

nuestra historia

Revista de Historia de la FIM

Núm. 1, 1er semestre de 2016

La primavera del Frente Popular de febrero a julio de 1936



fundación de
investigaciones
marxistas





Usted es libre de:

- Copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra.

Bajo las siguientes condiciones:

- No comercial: No puede utilizar los contenidos del Boletín para fines comerciales.
- Sin obras derivadas: No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Con el siguiente caso particular:

- Esta licencia no se aplica a los contenidos publicados procedentes de terceros (textos, gráficos, informaciones e imágenes que vayan firmados o sean atribuidos a otros autores). Para reproducir dichos contenidos será necesario el consentimiento de dichos terceros.

Nuestra Historia: Revista de Historia de la FIM

Edita: Fundación de Investigaciones Marxistas • **Equipo coordinador:** Manuel Bueno Lluch, Francisco Erice Sebares, José Gómez Alén y Julián Sanz Hoya • **Diseño de portada:** Francisco Gálvez (fjglvz@gmail.com) • **Consejo de Redacción:** Irene Abad Buil, Juan Andrade Blanco, Manuel Bueno Lluch, Claudia Cabrero Blanco, Francisco Erice Sebares, Juan Carlos García-Funes, José Gómez Alén, Fernando Hernández Sánchez, José Hinojosa Durán, David Ginard i Féron, Adrià Llacuna Hernando, Mirta Núñez Díaz-Balart, Victoria Ramos Bello, Julián Sanz Hoya, Víctor Santidrián Arias, Juan Trías Vejarano, Julián Vadillo Muñoz, Santiago Vega Sombría • **Envío de colaboraciones:** historiapce@fim.org.es • **Administración:** c/ Olimpo 35, 28043, Madrid. Tfno: 913004969. Correo-e: administracion@fim.org.es • web: www.fim.org.es • Foto de portada: Archivo Histórico del PCE • ISSN: 2529-9808.

ÍNDICE

EDITORIAL

Nuestra Historia

Consejo de Redacción 5

DOSSIER: LA PRIMAVERA DEL FRENTE POPULAR

Introducción

Fernando Hernández Sánchez 8

El Frente Popular: ¿Qué clase de acontecimiento? Historiografía y actualidad de las investigaciones sobre el Frente Popular

Serge Wolikow 11

Movilización sociolaboral y oportunidades políticas en España y Francia durante la primavera de 1936

Francisco Sánchez Pérez 24

Entre el pacto y la revolución: El movimiento libertario en la primavera de 1936

Julián Vadillo Muñoz 48

Arrancar la victoria de las fauces de la derrota. El Partido Comunista de España y el Frente Popular, de octubre de 1934 a julio de 1936

Fernando Hernández Sánchez 65

Las organizaciones juveniles de la República *frentepopulista*: entre el rechazo total y la adhesión incondicional

Sandra Souto Kustrín 82

AUTOR INVITADO

¿Comunismo después del fin del comunismo? La política sindical del Partido Comunista de Chile en la postdictadura chilena (1990–2010)

José Ignacio Ponce y Rolando Álvarez Vallejos 100

ENTREVISTA

Anita Leocadia Prestes

José Gómez Alén 116

NUESTROS CLÁSICOS

Maurice Dobb	
Carlos Berzosa	127
Cambios en el capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial	
Maurice Dobb	131

NUESTROS DOCUMENTOS

Presentación	
Víctor Manuel Santidrián Arias	142
Intervención de Jesús Hernández en el VII Congreso de la Internacional Comunista	
Jesús Hernández	145

ACTIVIDADES DE LA SECCIÓN

Edición de <i>E.P. Thompson: Marxismo e Historia social</i>	
Sección de Historia de la FIM	159

LECTURAS

A propósito de la idea de comunismo: una síntesis crítica de la New York Conference de 2011	
Juan Andrade	162
Biblioteca de Maruja Cazcarra: Cuando la «cuestión femenina» comenzó a hacerse política	
Irene Abad Buil	174
<i>De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo</i>, de Neil Faulkner	
Víctor Manuel Santidrián Arias	179
<i>The People: The Rise and Fall of the Working Class</i>, de Selina Todd	
Adrià Llacuna Hernando	182
<i>El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España</i>, de José Luis Martín Ramos	
Pablo Montes Gómez	187
<i>Poder, economía y sociedad en el sur. Historia e instituciones del capitalismo andaluz</i>, de Carlos Arenas Posadas	
Carlos Martínez Shaw	191

ENCUENTROS

«Italia e Spagna (1945-1975): per trent'anni così vicini e così lontani»	
Cristian Ferrer González	195
«80 años de la Guerra Civil Española: IX Encuentro de Investigadores del Franquismo»	
Julián Sanz Hoya	200
<i>Historical Materialism</i>, 12º Congreso Anual en Londres	
Juan Grigera	202
Primera Conferencia de la Red Europea de Historia del Trabajo	
Rubén Vega García	206
«Ara que fa 40 anys. Abans i després del 20-N»	
Vega Rodríguez-Flores Parra	208
«L'esquerra a la transició espanyola»	
Joan Gimeno Igual	210

MEMORIA

Perfecto de Dios. Una historia recuperada	
Carmen García-Rodeja	215
Encuentro Estatal de Colectivos de la Memoria Histórica y de Víctimas del franquismo	
Arturo Peinado Cano	220
La Memoria Histórica como arma arrojadiza. De cátedras y ayuntamientos	
Santiago Vega Sombría	227
Manuel De Cos Borbolla, eterno comunista	
Casiano Hernández	233

AUTORES (DOSSIER Y AUTOR INVITADO)	236
---	-----

Nuestra Historia

Hace algo más de dos años, en la Sección de Historia de la FIM, decidimos iniciar la publicación de un boletín semestral con una doble finalidad: dar cuenta de nuestras actividades e informar acerca de las publicaciones, proyectos de trabajo, reuniones científicas, etc. que consideráramos de interés para quienes comparten con nosotros y nosotras una visión política y socialmente comprometida de la investigación histórica. La iniciativa tuvo, desde el principio, una benévola acogida, que se fue confirmando y afianzando en números sucesivos, a medida que se introducían nuevos y más diversos contenidos y se ampliaba el espectro de colaboradores.

Paralelamente, continuando un trabajo ya iniciado con anterioridad, hemos venido realizando un persistente esfuerzo — siempre limitado por nuestras posibilidades y el alcance de nuestros instrumentos de expresión— en favor de la extensión del pensamiento marxista y crítico en el campo historiográfico, a través de jornadas de debate, encuentros y otras formas de difusión. Nuestra práctica y las reflexiones realizadas sobre la misma nos han llevado a la convicción de que existe un espacio creciente para el desarrollo de estas perspectivas, pero que se necesitan foros y plataformas adecuados que permitan superar la dispersión y el aislamiento de cuantos las comparten. Por esta razón, partiendo de la experiencia del citado boletín, nos planteamos hoy dar el salto, arriesgado pero esperanzador, hacia su reconversión en una revista que, manteniendo las funciones de la antigua publicación, responda a las necesidades,



cada vez más extensas, de un colectivo que, por fortuna, va creciendo y consolidándose, y de una comunidad científica en la que se detectan signos crecientes de interés por recuperar y desarrollar debates e incluso posiciones y propuestas que la avalancha postmoderna e idealista habían ido injustamente enterrando o soslayando.

El primer resultado tangible de la decisión tomada es este número 1 de la nueva revista, bajo el título, colectivamente debatido y decidido, de *Nuestra Historia*. *Revista de Historia de la FIM*. Tal denominación contiene, obviamente, un guiño de complicidad y cierto sentido de homenaje a *Our History*, título que daba nombre a una se-

rie de breves monografías publicadas por el célebre Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, punto de partida de la más brillante escuela historiográfica marxista del siglo XX; pero, sobre todo, pretende subrayar el deseo de calidez y cercanía comprometidas con nuestros objetos de investigación. Al fin y al cabo, lo que pretendemos no es más que —siguiendo el pedagógico consejo de «nuestro» Gramsci a su hijo Delio— analizar a «cuantos más hombres sea posible», a la totalidad de los seres humanos «en tanto se unen entre ellos en sociedad, y trabajan y luchan y mejoran».

La revista, que aspira a sostener la periodicidad semestral, permitirá integrar artículos y resultados de investigaciones, sueltos o agrupados en forma de dossier monográfico, a la vez que se conservan y mejoran secciones ya existentes en el boletín (reseñas y críticas de libros, informaciones de encuentros y congresos, etc.), incluidas las noticias acerca de nuestras actividades. Incorporamos con carácter habitual una sección de entrevistas y pretendemos que nunca falte la presencia de «autores invitados», con el fin de divulgar en nuestro país el trabajo de investigadores de otras latitudes cuya contribución historiográfica consideramos relevante. Mantendremos y ampliamos secciones como las dedicadas a «Nuestros clásicos» o «Documentos de Nuestra historia», con la voluntad de divulgar, previa presentación, textos clásicos de la tradición marxista y documentos de no fácil acceso o interpretación, potenciando el papel de la revista como instrumento de trabajo y órgano de difusión del pensamiento crítico y emancipador. No podemos olvidar, en ese mismo sentido, una sección específica dedicada a la Memoria democrática.

Una revista es, sobre todo, una herramienta. En nuestro caso, aspiramos a convertirla en una plataforma amplia y abierta

que practique el rigor de la Historia académica sin las servidumbres academicistas al uso, y que no rehuya el debate y la controversia intelectual. En esos términos de discusión fraternal y confrontación leal de análisis y propuestas, esperamos contribuir modestamente, desde nuestro campo, a la recuperación del pensamiento crítico frente al retroceso que, desgraciadamente, ha caracterizado las últimas décadas. Nos gustaría rescatar, con «nuestro» Marc Bloch, una Historia comprometida que se interese por la vida y el presente, y que ayude (como decía «nuestro» Pierre Vilar) a «pensarlo todo históricamente». Abogamos por una Historia particularmente sensible ante los mecanismos de la desigualdad, la explotación y la dominación que, como apuntaba «nuestra» Simone de Beauvoir a propósito de las mujeres, no son ni naturales ni biológicos, sino sociales y culturales; y que recoja de las luchas del pasado, como pretendía «nuestra» Ángela Davis refiriéndose a las esclavas rebeldes, «un legado de tesón, de resistencia y de insistencia en la igualdad» que nos ilumine y sirva de base en las nuevas batallas por el futuro. Queremos una Historia radical que, sin dejar de serlo, cumpla, como quería «nuestro» Thompson, «los niveles más exigentes de la disciplina»; que supere la fingida asepsia del academicismo y contribuya a la deslegitimación de los mitos, como deseaba «nuestro» Hobsbawm. Una Historia, en fin, que nos ayude —como pretende «nuestro» Fontana— «a denunciar la mentira de unos análisis tramposos que pretenden incitarnos a la resignación».

Propósitos tan ambiciosos no implican falta de realismo, siempre que los tomemos como un horizonte de trabajo y seamos conscientes de nuestro modesto punto de partida y de la necesidad de avanzar con prudencia, corrigiendo errores e incorporando nuevas y cada vez más amplias, diversas y plurales colaboraciones. En este

número 1, fruto del esfuerzo y el trabajo técnico de los numerosos compañeros y compañeras que forman el Consejo de redacción, se incluyen contribuciones de casi una treintena de colaboradores. El dossier sobre el Frente Popular, que viene a conmemorar el 80º aniversario de la plasmación de esta apasionante experiencia unitaria en nuestro país, incluye magníficos trabajos de Fernández Hernández, Francisco Sánchez Pérez, Sandra Souto y Julián Vaddillo, así como un texto ya clásico —pero no por ello menos actual— de Serge Wolkow. Se dedica luego en este primer número —y es propósito al que queremos dar continuidad— especial atención a América Latina, con una interesante aportación de los historiadores chilenos José Ignacio Ponce y Rolando Álvarez y una entrevista en la que la compañera brasileña Anita Prestes reflexiona a la vez sobre su labor de historiadora y su trayectoria militante. La Sección «Nuestros Clásicos» incorpora, introducido por Carlos Berzosa, un texto de Maurice Dobb que, más allá de su valor intrínseco, constituye un homenaje de NH al marxista británico en el 40º aniversario de su fallecimiento y, al mismo tiempo, una reivindicación de su figura intelectual en el campo de las Ciencias Económicas. Los «Documentos de Nuestra Historia», en sintonía con el dossier, incluyen, tras la adecuada presentación de Víctor Santidrián, una escasamente conocida intervención de

Jesús Hernández ante el VII Congreso de la Internacional Comunista. En la sección de «Lecturas», Irene Abad, Juan Andrade, Víctor Santidrián, Adrià Llacuna, Pablo Montes, y Carlos Martínez Shaw dan cumplida cuenta de algunas de las novedades bibliográficas recientes de mayor calado. Del mismo modo, Rubén Vega, Cristián Ferrer, Jon Gimeno, Juan Grigera, Vega Rodríguez-Flores Parra y Julián Sanz nos ofrecen otras tantas crónicas de encuentros y congresos celebrados dentro y fuera de nuestro país. La sección de «Memoria» aparece también, en este número, con una amplia información de actividades y debates, relatados por Carmen García Rodeja, Arturo Peinado, Casiano Hernández y Santiago Vega.

No queremos concluir esta sucinta presentación sin invitar a quienes comparten nuestros objetivos a colaborar en las actividades de la revista y, muy especialmente, a manifestarnos sus opiniones, sugerencias o desacuerdos, sean cuales sean. Ello incluye, obviamente, posibles valoraciones polémicas de nuestros contenidos que puedan abrir debates en las páginas de la revista. Así, *Nuestra Historia* será también suya o, mejor aún, ampliaremos el campo de ese *nosotros* potencialmente expansivo que se niega —como decía Hobsbawm— a «abandonar las armas» de la crítica, en un mundo que sigue necesitando, para esa tarea colectiva, la humilde pero a la vez imprescindible contribución de los historiadores.

DOSSIER

Presentación: La primavera del Frente Popular

Fernando Hernández Sánchez

Coordinador del dossier

1936 es un año clave en el transcurso del siglo XX. En sí mismo, contiene todos los elementos que configuran a esos precipitados de la Historia que conocemos como grandes acontecimientos o fechas emblemáticas. Es punto de llegada, giro y partida al mismo tiempo. A 1936 se arriba con la mochila plena de experiencias —las que arrancan de aquel octubre de 1917 cargado de presagios y esperanzas pronto limitadas—, de frustraciones —el avance aparentemente imparable del tsunami pardinegro que recorría Europa de este a oeste, anegando libertades y conquistas paciente y penosamente consolidadas por los trabajadores— y de balances: entre ellos, el que llevó a la Internacional Comunista o Kominintern a formular un giro copernicano en su línea estratégica en pos de la construcción de una amplia alianza antifascista. De 1936 nace una nueva etapa, la que rinde protagonismo a una clase trabajadora industrial que remonta sobre un campesinado en retroceso y reivindica un lugar propio en la representación política de las democracias de masas. Una clase que había irrumpido como sujeto político con voz propia en el periodo de entresiglos con la extensión del sufragio universal, pero que solo a partir de la Gran Guerra y sus consecuencias adquirirá conciencia de su fuerza, visibilidad en la calle y en los parlamentos y capacidad de



Trabajadores de la construcción en huelga en el solar de la Exposición de 1937. París, 1936. (Foto: Agence Meurisse — Biblioteca Nacional de Francia).

interlocución en las fábricas. Todo ello, en medio de una de las más agudas recesiones experimentadas por un sistema económico cuyas vías de agua no podían ya ser taponadas por el libre juego del mercado y la retracción de los poderes públicos.

La forma que adquirió aquella reunión

de las organizaciones de la izquierda —tanto obrera como burguesa— tan radicalmente escindidas por la lectura de la primera megamasacre mundial pero tan urgentemente interpeladas por la expansión rampante de la reacción en todas sus variantes, fue el Frente Popular. Como señala en su contribución Serge Wolikow, fue el acontecimiento fundador de la izquierda no solo de entreguerras, sino de una buena parte del siglo XX. Dotado de una capacidad movilizadora solo superada por el entusiasmo revolucionario de la inmediata primera postguerra mundial, el Frente Popular fue mucho más que una mera consigna táctica de los comunistas para salir de su aislamiento o una estratagema de la geopolítica defensiva de una Unión Soviética temerosa del cerco internacional. El Frente Popular concitó el entusiasmo de amplios sectores de trabajadores industriales, nacidos de la generalización del fordismo, que fueron capaces de aprovechar su concentración en las grandes unidades de producción —el universo de Billancourt o Manchester, la galaxia minera del Pas de Calais o de Asturias, los cinturones metalúrgicos de Vizcaya o el Sarre y las vías de irradiación del ferrocarril en todas direcciones— para intercambiar experiencias, acumular fuerzas e imponer avances sectoriales que trascendieron rápidamente de lo cuantitativo a lo cualitativo, otorgando por primera vez en la historia reciente una victoria global paradigmática a la totalidad de una clase.

El texto de Francisco Sánchez Pérez saca a la luz las manifestaciones de este tipo en la primavera española de 1936 que, si bien no consumadas por el estallido de la sublevación militar de julio, sí estaban en concordancia con lo que ocurría coetáneamente en entornos próximos y con una etiología similar. Mientras en España, la evolución de los acontecimientos condujo a su resolución mediante el estrangula-

miento represivo o una revolución social imprevista, dependiendo de la repartición geográfica del semifracasado golpe militar, en Francia, la imagen de las familias obreras tomando el sol en las playas antes acotadas por la burguesía durante aquel memorable verano de las vacaciones pagadas es una poderosa metáfora visual de lo que supuso el refuerzo de los instrumentos de negociación sindical, estimulados por las herramientas de las huelgas de afinidad y la ocupación de fábricas, combinados, por lo demás, con una mayoría institucional favorable a la concesión de mejoras sustanciales en las condiciones laborales.

No es de extrañar que la expresión «Frente Popular» suscite temores atávicos en el imaginario neoliberal y en el electorado conservador. Fue una breve, pero intensa y fructífera experiencia de hegemonía obrera que, aunque pronto presa de contradicciones derivadas del contexto internacional y de las tensiones sociales internas, dejó huella imperecedera en la memoria de dos generaciones. Una oleada de cambio que no solo concernió a las organizaciones de matriz socialista marxista, sino que envolvió en su atmósfera a quienes, como los anarcosindicalistas españoles, contemplaban horizontes más radicales a corto plazo. El trabajo de Julián Vadillo ayuda a comprender esa relación dialéctica entre aquellas dos ramas familiares del movimiento obrero, divergentes en lo programático pero condenadas a entenderse inmediatamente en lo táctico al albur de la apuesta violenta de la reacción por la restitución del orden tradicional amenazado. La contribución de Fernando Hernández Sánchez arroja luz sobre la génesis y el desarrollo del Frente Popular en España bajo el prisma, hasta ahora poco conocido, del seguimiento de los servicios de inteligencia del Reino Unido mediante la decodificación de los mensajes en clave cruzados

entre Madrid y Moscú. Porque lo que ocurría en España o Francia no era ajeno a los intereses ni del establishment británico, ni de, por supuesto, sus propias clases trabajadoras. El Frente Popular marcó la era de la incorporación de toda una generación de jóvenes a la acción política de masas. Una juventud numerosa, radicalizada, fascinada por el mito de Octubre como amanecer de un tiempo nuevo. No es de extrañar, como recoge Sandra Souto, que fuera entre las organizaciones juveniles donde arraigó antes y con mayor profundidad el giro frentepopulista. Fueron ellas, vanguardias de la vanguardia, las encargadas de llevar a cabo procesos de aproximación en pos de un objetivo común que desembocaron con rapidez en algo mucho más significativo que un mero agrupamiento electoral o en una plataforma de programa común: en una organización unificada de nuevo tipo. Fueron la escuela y el altavoz mediante los que se formó y convocó a la juventud del mundo al combate antifascista, desde la batalla callejera de Cable Street que el 4 de octubre

de 1936 deshizo en Londres la caricatura de una nueva marcha sobre Roma a las trincheras de la Ciudad Universitaria, Morata de Tajuña y Torija, donde el nazifascismo conoció sus primeros reveses en el campo de batalla. Si la jornada de cuarenta horas semanales, los convenios colectivos y las vacaciones retribuidas esmaltaron la panoplia de conquistas de sus mayores, de la juventud provino el impulso de las Brigadas Internacionales y el germen de la futura resistencia contra la ocupación. Será de su triunfo en 1945 cuando renazcan los objetivos del Frente Popular bajo la forma de los primeros rudimentos del Estado del bienestar, fundamentados durante los gobiernos de unión nacional para la reconstrucción, antes de que la guerra fría trazara una nueva divisoria en el campo político. Pero sin que, hasta la contrarrevolución thatcheriana de la década de los ochenta, ningún gobierno occidental se atreviera a cuestionar, y menos a retrotraer, las conquistas alcanzadas en los periodos 1936–1938 y 1944–1947. Ése fue su legado.

El Frente Popular: ¿Qué clase de acontecimiento? Historiografía y actualidad de las investigaciones sobre el Frente Popular*

The Popular Front: What kind of event? Historiography and present research on the Popular Front

Serge Wolikow

Resumen

El desarrollo de la historiografía sobre el Frente Popular se ha centrado en tres campos principales: la historia política, la historia social y la historia cultural. Con todo, la fragmentación del objeto de estudio ha dificultado una mayor reflexión global sobre el Frente Popular como un acontecimiento mayor que constituyó un proyecto político y cultural al tiempo que una alianza política y social inédita, con un vasto movimiento popular. Un acontecimiento matriz, inserto en la larga duración de la historia francesa, con notables consecuencias para el lugar social de la clase obrera, el arranque de una nueva cultura de democracia social a la francesa, y como referencia que nutrió los combates de la Resistencia y sus realizaciones tras la Liberación.

Palabras clave: Frente Popular (Francia), acontecimientos históricos, políticas de alianzas, clase obrera.

Abstract

The development of the historiography on the Popular Front has focused on three main fields, political history, social history and cultural history. However, the fragmentation of the object of study has hindered a more global reflection on the Popular Front, as one major event which constituted both a political and cultural project and an unprecedented social and political alliance with a broad popular movement. A fundamental event, embedded in the long life of French history, with significant consequences for the social area of the working class, the start of a new culture of social democracy French-style and as a reference which nourished the fights of the French Resistance as well as its accomplishments after the Liberation.

Keywords: Popular Front (France), historical events, alliance policies, working class.

* Versión original en: Serge Wolikow, «Le Front Populaire: Quel événement? Historiographie et actualité des recherches sur le Front Populaire», en Xavier Vigna, Jean Vigreux y Serge Wolikow, *Le pain, la paix, la liberté. Expériences et territoires du Front Populaire*, Éditions Sociales, 2006, pp. 11–24. Agradecemos al autor su autorización para la traducción y publicación en este número. Traducción de Fernando Hernández Sánchez.

El título un tanto enigmático de esta intervención preliminar merece una explicación. El aparente oxímoron puede parecer gratuito: ¿por qué asociar historiografía y actualidad? Por una parte, el distanciamiento desde el ángulo de la reflexión crítica sobre el saber histórico; por otro, la inmediatez de las representaciones ligadas a la actualidad de los cuestionamientos. De hecho, subrayar el contraste, cuando no la contradicción entre las dos dimensiones, remite a la especificidad y al lugar que ocupa el Frente Popular tanto en los estudios históricos como en la sociedad francesa, una plaza innegable, pero cuya definición permanece incierta, un episodio histórico que desde hace mucho tiempo ha sido objeto de análisis interpretativos en el propio ámbito político. A este respecto, la construcción memorial del Frente Popular comenzó incluso cuando aún no había concluido y bastante antes de que se emprendieran investigaciones históricas sólidas. No puede negarse que las representaciones conmemorativas forman parte de la historiografía. La historiografía, igualmente, se interesa por la memoria en tanto que esta delimita los contornos del episodio, e incluso su misma naturaleza, a partir de los trabajos históricos y teniendo en cuenta los contextos socioculturales de la actividad científica.

Ahora bien, si hay un acontecimiento de la historia política y social de la Francia del siglo XX que haya sido ya objeto de numerosos estudios, tanto en la propia Francia como en el extranjero, ese es el Frente Popular. ¿Por qué, entonces, volver sobre él? ¿Hay que someterse al dictado de las conmemoraciones? ¿Son sus límites los de las investigaciones anteriores? Para empezar, se puede responder negativamente a estas últimas preguntas a la vista de la densidad de esas investigaciones junto a las difusas referencias al Frente Popular en las movi-

lizaciones sociales y políticas contemporáneas.

El interés que mantiene el Frente Popular responde a que se trata de un episodio histórico cuya amplitud y complejidad merecen nuevas indagaciones a la altura de su importancia en la historia francesa. Desde luego, se trata de sacar a la luz los resultados de la investigación así como también promover enfoques relativos a renovadas hipótesis interpretativas acerca del Frente Popular.

La historiografía cuestiona no solamente las investigaciones pasadas, sino también sus posibles desarrollos en relación con nuevas aproximaciones al acontecimiento histórico, contemplándolo en todo su espesor y su complejidad e insertándolo en la larga duración histórica. Estudiar la historiografía de un episodio histórico como el Frente Popular invita a pasar revista al conjunto de las investigaciones y estudios que han tratado sobre él. Los aspectos generales de la historiografía del Frente Popular marcan claramente sus límites y la selección de los temas estudiados de manera sucesiva o conjunta o, la mayor parte del tiempo, yuxtapuestos.

Sin duda, la historiografía entendida como el conjunto de las investigaciones históricas contribuye a la construcción de la memoria colectiva. Esta, a su vez, marca también el curso de los estudios históricos. El hecho es que es absolutamente necesario reconocer la investigación histórica en la medida en que se apoya en una metodología, en hipótesis y en corpus documentales para producir resultados y proponer interpretaciones. En este sentido, la memoria histórica colectiva debe distinguirse de la historiografía y aplicarse principalmente al dominio de las representaciones del mundo y de uno mismo.

Las publicaciones recientes representan, en todo caso, una revisión muy interesante



Manifestación comunista del 1º de Mayo de 1934 en Vincennes (Foto: Agence Meurisse - Biblioteca Nacional de Francia).

de las investigaciones de las últimas décadas, tendentes a contemplar una especie de balance final. Esta historiografía ha estado estrechamente relacionada con los cambiantes contextos políticos de los últimos cuarenta años, habida cuenta de que fue a partir de los años sesenta cuando aparecieron los primeros estudios históricos. El desarrollo de las investigaciones, jalonado por las preocupaciones políticas del momento así como por la evolución de las corrientes históricas, conoció, de década en década, acentos y aproximaciones focalizadas en diferentes aspectos del Frente Popular. Se pueden distinguir de esta manera grandes campos temáticos en cuyo marco se inscriben estas investigaciones, principalmente los de la historia política, la historia social — en particular, la historia obrera —, la historia de la cultura, la de sus prácticas y sus representaciones. Es en estas temáticas

donde se inscriben, en general, los temas de las investigaciones más especializadas, apoyadas en problemáticas explícitas. Sin pretender realizar un inventario exhaustivo, se puede intentar un recorrido por estos trabajos utilizando esta malla de lectura. Para atenerse a algunas grandes rúbricas, se distinguirá esquemáticamente entre trabajos de historia política, de historia social y los relativos a la historia cultural.

Es en el campo de la historia política en el que se realizaron en Francia los primeros trabajos de investigación a partir de los años sesenta, casi en paralelo a la literatura anglosajona e italiana. Los historiadores, marcados por el contexto de la época, participaron sobre todo de una apreciación positiva del episodio histórico del Frente Popular, pero valoraron su herencia de manera muy diferente. Es preciso decir que la reflexión retrospectiva sobre el Frente Po-

pular derivó en un componente del debate político francés bastante antes de que se desarrollara la investigación histórica. Se puede incluso considerar que la intensidad de los debates acerca de la importancia de la obra y la significación del Frente Popular no favoreció el desarrollo de la reflexión histórica fundada en un trabajo científico. Cuando al final de la guerra fría y de las fidelidades ideológicas que la acompañaron la investigación histórica abordó el estudio de los años treinta y, sobre todo, del Frente Popular, no pudo remontar las líneas divisorias que persistían en el análisis de las responsabilidades de la derrota de la República, en el papel de los comunistas en la vida política nacional y en los orígenes de la colaboración con el ocupante alemán... Pero la historia política del Frente Popular durante los años sesenta se escribió en un clima político marcado por el reagrupamiento o aproximación entre las familias políticas de la izquierda y por el debate en torno a una posible alianza en la perspectiva de una próxima experiencia gubernamental.

Los estudios generalistas implicaron a historiadores cuyo compromiso militante, pasado o presente, tiñó su reflexión, cuando no su análisis. Es el caso de Georges Lefranc, antiguo sindicalista, profesor y líder del movimiento sindical en el momento de la Liberación, que llevó a cabo un trabajo histórico pionero y documentado sobre el Frente Popular en tanto que alianza de organizaciones, pero que, por sus fuentes y su propia experiencia, quedó a menudo condicionado por sus posiciones en la época. Los trabajos sobre las elecciones de 1936, conducidos por Georges Dupeux, constituyen una aproximación metódica que suministró elementos de análisis que subrayaban la importancia de las fracturas, consecuencia de la coalición electoral de la izquierda, pero también la fragilidad de una victoria

electoral que no fue prácticamente más que una marejada. El coloquio consagrado al gobierno de León Blum, en 1966, reunió las contribuciones de investigadores y de protagonistas que tenían en común el deseo de revalorizar una experiencia gubernamental marcada tanto por las decepciones de la izquierda, sobre todo de los comunistas, como por sus opositores conservadores que, siguiendo sobre todo a Alfred Sauvy, no habían cesado en insistir desde la guerra en el fracaso económico del Frente Popular, por ejemplo, en relación con la ley de las cuarenta horas de trabajo semanal.

Desde este momento, y sobre todo en las dos décadas siguientes, la cuestión del papel y del lugar de los comunistas en el Frente Popular fue la cuestión central de las investigaciones en la historia política del periodo. Los historiadores comunistas, en estrecha simbiosis con la línea del partido en esta época, abordaron el conjunto de acontecimientos a la medida del PCF, atribuyéndole los éxitos del Frente Popular y cargando sus fracasos en la cuenta de sus aliados. La lectura oficial, tal como expresaba el manual de historia del PCF en 1964, silenciaba lo esencial de la experiencia gubernamental y minimizaba la no participación del partido. Esta cuestión, así como la del cambio de orientación adoptado por el partido en 1934, afectaba a las relaciones con la Internacional Comunista y a la política de la URSS, temas tabú abandonados a los historiadores, sobre todo anglosajones, considerados como adversarios desde el mismo momento en que se los citaba. En la década de 1970, la problemática de la historia política del Frente Popular quedó muy ligada a la de la historia del comunismo, pero fue igualmente marcada por la cuestión más general de las potencialidades revolucionarias —o no— del episodio histórico. Fue sin duda entre los historiadores italianos entre quienes la reflexión

y el análisis de los cambios estratégicos del movimiento comunista en 1936 y 1937 fueron abordados con más asiduidad, pero también hubo algunos trabajos debidos a soviéticos y franceses. Desde este punto de vista, la posibilidad de acceder a los archivos de los partidos comunistas permitió al fin llevar a cabo un trabajo histórico documentado sobre las cuestiones que afectaban al funcionamiento interno de la Internacional Comunista. Los giros tácticos de los partidos comunistas, sobre todo en Francia, así como sus apuestas políticas en 1934 y 1936, comenzaron a ser mejor analizados. Es cierto que el clima internacional, caracterizado a mediados de los años setenta por la consolidación del eurocomunismo y la distensión derivada de los acuerdos de Helsinki, estimuló investigaciones e interrogantes sobre el giro democrático del compromiso comunista, su perdurabilidad y sus límites en tiempos del Frente Popular. El contexto internacional asociado al antifascismo suscitó análisis comparados y puso las bases para el desarrollo de futuras investigaciones históricas en los países donde el Frente Popular había sido, más que una consigna, una realidad política y social tangible. Diversos encuentros nacionales y un coloquio internacional en 1986 llevaron a una reflexión que puso en valor la dimensión fundadora de la experiencia del Frente Popular para los partidos comunistas, en un momento en que la mayor parte de ellos conocía ya un declive acentuado que les llevaba a distanciarse de esta herencia reivindicada desde hacía tanto tiempo. Aunque la historiografía del comunismo en el marco del Frente Popular es particularmente rica, a menudo contribuyó paradójicamente a reducir el campo de análisis político del Frente Popular, asimilándolo meramente a un giro táctico del movimiento comunista. La crítica de extrema izquierda reforzó esta tendencia interpretativa en el transcurso

de la década de 1970, insistiendo en la idea del Frente Popular como revolución fracasada, cuando no traicionada de hecho, por la política seguida por el PCF en 1936.

Aunque el impacto de las nuevas orientaciones del PCF en el periodo merece ser estudiado atentamente, de cara sobre todo a la movilización política y social del mundo obrero, lo cierto es que hace mucho tiempo que el campo de análisis derivó a la esfera de las organizaciones. La atención prestada al movimiento huelguista, al militantismo y al movimiento social ha constituido una segunda línea de investigación que comenzó en el curso de la década de 1970, antes de florecer durante la siguiente. Estos trabajos de historia social se inscriben, sobre todo, en la prolongación de los consagrados al mundo obrero de finales del siglo XIX, a los estudios centrados en la acción colectiva y el compromiso militante. Los trabajos sobre los efectivos de la CGT, las monografías locales consagradas al movimiento huelguista, las biografías de militantes implicados en estos movimientos, constituyeron un primer tiempo de estas investigaciones de historia social, a menudo comprometidas del lado de la historia obrera en la medida en que venían a completar, cuando no a aclarar, la de las organizaciones. Los trabajos sobre la vida obrera en la fábrica o en los barrios de las ciudades, el estudio de las movilizaciones sociales a través de las manifestaciones, las fiestas, el uso de las vacaciones pagadas y las prácticas culturales han ensanchado el campo de esta historia social dedicada desde entonces a aprehender tanto las representaciones como la implicación política propiamente dicha de estas nuevas prácticas. En 1986, un coloquio permitió reunir diversos trabajos e inscribirlos en la problemática del movimiento social y de la «Francia en movimiento», haciendo aparecer al Frente Popular como un momento esencial

de la modernización de la sociedad francesa. El hecho es que tanto las dificultades de acceso a los archivos de las organizaciones como los frenos largamente opuestos a la consulta de los archivos del Estado concernientes al movimiento obrero contribuyeron a marginar las investigaciones sistemáticas sobre las formas originales y masivas de movilización política y sindical, de las huelgas y la constitución de organizaciones locales antifascistas. Sobre este punto, los trabajos pioneros acerca del ejercicio de la manifestación jugaron un papel de incitación que produjo sus frutos gracias a la accesibilidad de los archivos indispensables para ello a comienzos de los años 1990. Una serie de estudios recientes han permitido enlazar con los trabajos antiguos concernientes al sindicalismo y las huelgas y movilizaciones de 1934. Las investigaciones realizadas sobre los intelectuales, su implicación y su actitud han sido llevadas a cabo a menudo en el marco de una historia social para la que la época del Frente Popular constituye bien un eslabón en una evolución, bien una estructura de larga duración. Otros trabajos han insistido sobre la política cultural de los gobiernos del Frente Popular y las nuevas prácticas iniciadas por organizaciones y asociaciones. El Frente Popular es un momento ineludible para todas las investigaciones de historia social, política, cultural, incluso si la mayor parte de las veces abordan estas temáticas desde un punto de vista incidental o parcial.

En resumidas cuentas, se han ido acumulando a propósito del Frente Popular estudios sobre los movimientos sociales, las huelgas, las estrategias políticas o sindicales, el antifascismo, el compromiso de los intelectuales, los exiliados, los emigrados, las políticas gubernamentales, así como las nuevas prácticas recreativas o el mundo obrero. Esta fragmentación obedeció a la lógica de los campos disciplinares, así

como a las preocupaciones culturales del presente transpuestas retrospectivamente. Tal fue el caso de la historia obrera y sobre todo de la de las huelgas a comienzos de los años 1960 y 1970.

La diversidad de investigaciones históricas, después de una cuarentena de años, se desarrolló según estratos sucesivos que han permitido un avance del conocimiento pero, paradójicamente, una disolución del acontecimiento. Nuestra hipótesis, antes de examinar estos trabajos más en detalle, es que la fragmentación acumulada de conocimientos tiende no solamente a la especialización de los saberes implicados, sino igualmente al olvido compartido por la mayor parte de los estudios de aquellos problemas inducidos por las temporalidades diferenciales de los procesos históricos, por su disposición en el momento histórico específico y la forma de los acontecimientos, que no pueden cobrar sentido más que a través de su inserción en la evolución más lenta de la larga duración. De alguna manera, la fragmentación, fase necesaria del trabajo de investigación, se ha manifestado en dos direcciones: en el espacio social y en la cronología, lo que ha suscitado una segmentación del momento histórico en beneficio de los objetos específicos. Por ejemplo, se distingue entre la política de las organizaciones obreras, la actividad gubernamental, los movimientos sociales, los modos de vida, las representaciones. Incluso la periodización que estructura el relato recompone el acontecimiento en torno al verano de 1936, con un prólogo 1934— 1936, y un epílogo 1936— 1938. Esta tendencia a la fragmentación no ha sido superada por el desarrollo de las investigaciones históricas suscitadas por el acceso y la explotación de los fondos de archivos largo tiempo inaccesibles, tales como los archivos de Moscú, los de la Internacional Comunista o los «archivos especiales» depositados en

la URSS al final de la guerra y devueltos a Francia solamente en los últimos años. Su explotación científica ha permitido acometer innovadoras investigaciones sobre la CGT, movilizaciones políticas y sociales como la huelga del 12 de febrero de 1934 o la Liga de Derechos del Hombre en tiempos del Frente Popular. Por tanto, es forzoso constatar que la lectura histórica del Frente Popular en su conjunto no ha suscitado reflexión específica ni incluso crítica. Es la sensación que se tiene viendo una buena parte de la bibliografía reciente, sobre todo la publicada con ocasión del septuagésimo aniversario. Ciertas obras se contentan con recopilar artículos escritos durante los últimos veinte años como si los conocimientos históricos no hubieran evolucionado. Otras prefieren volver sobre contribuciones pasadas para constatar que la historia obrera ha terminado. Las hay que reúnen aportaciones diversas para ilustrar las prácticas políticas populares en las localidades obreras, sin tener la ambición de escribir una necesaria historia del Frente Popular, a lo que a ciertos historiadores se arriesgan con resultados a menudo discretos en la dimensión política nacional e internacional.

Salvo la excepción de una última obra titulada de forma genérica *El futuro nos pertenece*, que intenta una historia social de conjunto, lo esencial de lo publicado intenta solamente actualizaciones parciales apoyándose en trabajos de nombres famosos desde hace al menos una década. ¿Se puede economizar el acontecimiento en su globalidad? ¿Cómo evitar cuestionar o hacerse las preguntas esenciales acerca del poder político, de los grupos sociales, de la transformación del imaginario? Emerge así el interés de un retorno crítico sobre el acontecimiento histórico para aprehenderle en tanto que tal, sin dudar en recurrir, para comprenderlo y caracterizarlo, al entrecruzamiento de la disciplina

histórica con otras ciencias humanas. Desde este punto de vista, las aproximaciones en sociología política o histórica son esencialmente intentos retrospectivos que defienden una lectura unilateral del periodo, yendo a buscar principalmente sus premisas o los precedentes en relación al mundo actual y privilegiando tal o cual aspecto de la vida social y política (el paro, las fiestas, la huelga o la manifestación). Al contrario que muchos historiadores, que insisten en la distancia temporal y se esfuerzan en restituir un contexto histórico singular del Frente Popular, numerosos politólogos o practicantes de la sociología histórica están deseando localizar modelos políticos que hayan perdurado. Muy a menudo, a despecho de las diferencias de aproximación que están lejos de ser despreciables, tanto la dimensión global del acontecimiento como su enmarque en una larga duración histórica son ampliamente eludidos. Este desconocimiento tiene consecuencias porque conduce a enclaustrar al Frente Popular en su especificidad, a adscribirlo a un pasado definitivamente sobrepasado. Escoger entre la narración de los acontecimientos políticos o la aproximación fragmentada de lo social es una antinomia paralizante. Para evitarla, hace falta insertar los análisis históricos en el contexto del acontecimiento. Volver sobre el Frente Popular en tanto que acontecimiento nos parece constituir una dimensión necesaria para avanzar en su conocimiento.

El Frente Popular en tanto que acontecimiento

Si acontecimiento es, como su propio nombre indica, lo que acontece, es también lo que rompe con la repetición y la reproducción idéntica de las formas políticas y sociales, constituye un momento histórico de innovación en cuyo transcurso el dispo-



Manifestación convocada por el Frente Popular en París, febrero de 1936 (Foto: Agence Meurisse - Biblioteca Nacional de Francia).

sitivo social se modifica. Todo no es acontecimiento y este puede ser de intensidad variable. Hablar del Frente Popular como de un magno acontecimiento social y político deriva de un análisis que no solamente lo califica, sino que lo identifica y lo sitúa cronológicamente. De hecho, la investigación histórica consiste, en este dominio, no solamente en nombrar sino también en construir el acontecimiento. Acerca de este punto se puede tener una concepción amplia o, por el contrario, una restringida. Por ejemplo, ¿el acontecimiento son las vacaciones pagadas, las huelgas y manifestaciones, la movilización antifascista? Una exposición consagrada al «acontecimiento histórico» abordó de manera aislada el 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos de América y la instauración de las vacaciones pagadas en Francia en junio de 1936, ¡asimiladas ambas a la revolución

social! El empleo frecuente del plural para definir un episodio histórico difícil de calificar —los acontecimientos de mayo-junio de 1936 o 1968— se debe a que su sentido es objeto de interpretaciones concurrentes, pero también a que el orden del análisis del discurso choca con el desorden más aparente, lo que es sintomático de un hecho a menudo disimulado: el acontecimiento sobre el que trabaja la investigación histórica es una construcción que debe ser explicada. La construcción del acontecimiento como hecho colectivo de rango mayor tiene carácter histórico, lo que en el caso del Frente Popular no es sólo un simple censo de micro acontecimientos cuya agregación constituye el acontecimiento supremo. Ello implica interpretación en la medida en que se distinguen unas manifestaciones sociales en un tiempo dado. Así, ¿en qué medida puede legítimamente o no utilizarse el tér-

mino Frente Popular para caracterizar un período de la historia de la sociedad francesa que atraviesa varios años? ¿No es retomar imprudentemente una terminología política marcada por un uso cuya ambición sería servir a una caracterización objetiva? En 1935 la SFIO rechazó el término «frente popular» en el mismo momento en que se negociaban los acuerdos con vistas a la manifestación del 14 de julio, que expresó los sentimientos antifascistas y republicanos contra el gobierno Laval y las ligas de extrema derecha. El término de «*rassemblement populaire*» fue entonces el elegido para designar al comité de organización de estas manifestaciones y luego, para la campaña de las elecciones legislativas, comportando principalmente la adopción de un programa común. Pero fue la apelación al Frente Popular, imaginada y formulada por los comunistas en el otoño de 1934, la que se impuso en la conciencia social. De hecho, la denuncia por los partidos de derecha y los medios conservadores respecto al término «Frente Popular» a fin de estigmatizar la conjunción como «moscutera» y, sobre todo, la irrupción del movimiento huelguista tras las elecciones vinieron a consolidar la consigna del Frente Popular asociada a la defensa de las libertades y a la movilización en torno a reivindicaciones sociales. La formación de un gobierno sin los comunistas contribuyó enseguida a identificar el Frente Popular con la acción legislativa de las asambleas, en las que la mayoría del Frente Popular era predominantemente socialista, y hacerle perder su connotación exclusivamente comunista. De ahí en adelante, el término no fue solamente aceptado, sino reivindicado por León Blum. Por tanto, el análisis histórico implica una reflexión metódica sobre la dimensión y la naturaleza del acontecimiento. Si parece pertinente el empleo del término Frente Popular para caracterizar

un periodo de varios años, comprendidos aquellos en los que el término estaba lejos de ser aceptado por todos los que enseguida lo reclamaron, esto implica igualmente no encerrar la noción del acontecimiento en el muy corto término y en una sola dimensión social. Una aproximación multiescala subyace a la manera de abordar el acontecimiento: este puede tomar un sentido en el corto plazo histórico, en una coyuntura sensible a los actores contemporáneos, en el horizonte de su percepción e incluso en un mes y año concretos. Pero puede, sobre todo para el historiador aunque también para la población, tomar un valor genérico, cuando no global, al menos a escala de la década: es el caso de ciertos magnos acontecimientos que trascienden a la evolución histórica de la colectividad nacional, de un grupo social y marcan masivamente a la mayoría de la población: por ejemplo, la Primera Guerra Mundial o la crisis económica. Estos son periodos que en tanto tales son identificables como acontecimientos, pero engloban varios años y numerosos microacontecimientos militares y sociales que constituyen su materia. Es cierto que la intensidad de las manifestaciones sociales y políticas inéditas es tal que muchas de ellas merecen ser calificadas de acontecimientos históricos mayores. Pueden ser consideradas así la jornada del 6 de febrero, la huelga general del 12 de febrero, la firma del pacto de unidad de acción entre comunistas y socialistas de julio de 1934, la elaboración y el lanzamiento de la consigna de Frente Popular por Thorez y Cachin en octubre de 1934, la realización del agrupamiento popular concretado en las manifestaciones del 14 de julio de 1935, la firma de un programa electoral común a los partidos de la izquierda y reafirmado por un centenar de asociaciones en enero de 1936, la reunificación sindical con la creación de una CGT única en marzo de 1936, la victoria elec-

toral de la izquierda, incluyendo a los comunistas, en las elecciones legislativas en mayo de 1936, el movimiento huelguista de varios millones de asalariados con la ocupación de empresas, la negociación nacional entre la patronal y la CGT, el voto de las grandes leyes sociales, la nacionalización de las empresas de armamento y la constitución de una sociedad nacional de ferrocarriles. Aisladamente, estos episodios constituyen acontecimientos por sí mismos, por su amplitud y su novedad. Pero, aunque se sitúan en planos diferentes, no se les puede considerar separadamente. Se hacen eco unos de otros. Pero pensar sus relaciones recíprocas no puede conducir a minusvalorarlos, sino al contrario, incita a pensar su especificidad en el cuadro de un periodo del que formaron parte original. En consecuencia, damos la bienvenida a afrontar el Frente Popular no solo simplemente como un acontecimiento mayor, sino como uno de estos meta acontecimientos constituidos por numerosos acontecimientos mayores, como un episodio histórico que se despliega a lo largo de varios años bajo la forma de una secuencia de acontecimientos, como un acontecimiento complejo que concierne al conjunto del cuerpo social. A este respecto, es igualmente magno y se sitúa a la altura de los episodios que han transformado la historia nacional, justo al lado de las conflictos militares internacionales que golpearon al conjunto de la población. Está al nivel de las crisis políticas que han cruzado la historia nacional desde el fin del siglo XVIII. Esta caracterización del Frente Popular como secuencia de acontecimientos global, como acontecimiento complejo, tiene consecuencias sobre la aproximación histórica al Frente Popular, comprendido en el detalle los acontecimientos particulares que lo estructuran. Por tanto el tratamiento diferenciado no implica separación entre historia social, política o cultural, etc.

La condición necesaria para pensar los lazos y las relaciones es ciertamente la contextualización, teniendo en cuenta las temporalidades diferentes de las evoluciones en el transcurso del período, así como las interacciones entre los diferentes dominios de la vida social y de las actividades concernidas.

A fin de cuentas, se trata de efectuar una revisión crítica sobre el acontecimiento en su conjunto. Se trata de una revisión que se liga a la complejidad y a la diversidad de los elementos constitutivos del acontecimiento, con el objetivo de deconstruir la unidad fáctica y a menudo retrospectiva del mismo. En sentido contrario al de un revisionismo alimentado por el relativismo, no se trata de negar su existencia, sino de pensar su naturaleza evitando los estereotipos simplificadores pero también la disolución del acontecimiento en nombre de un criticismo integral. Esto corresponde, en todo caso, a una diversidad sentida y reivindicada por los contemporáneos del acontecimiento, incluso y sobre todo si ellos han sido actores notables. Esto también remite a la forma de enfrentar los procesos históricos o, dicho de otra manera, a la evolución de las sociedades. Encarar así el acontecimiento en su singularidad, a escala de la larga duración y su carácter compuesto, permite abordar e incluso pensar fenómenos que estaban vedados antiguamente por miedo a tratarlos o por falta de rigor. Para emplear un vocabulario histórico un poco anticuado, los orígenes próximos o lejanos, las consecuencias inmediatas o duraderas, transitorias o perennes, pueden devenir objeto de investigación y de reflexión en la medida en que la heterogeneidad y la unidad del acontecimiento sean conjuntamente admitidas. Estas observaciones desembocan en una interpretación del Frente Popular como secuencia compleja de acontecimientos de carácter político predomi-

nante y estructurado de acuerdo a cuatro experiencias sociales, incluyendo prácticas y representaciones que se constituyen sucesivamente a lo largo de la secuencia pero se entremezclan enseguida.

Es en primer lugar, en 1934, un proyecto político y cultural, una anticipación, pero también una esperanza que tiene que ver con el movimiento de las ideas revolucionarias, el marxismo, el antifascismo, la propaganda, las acciones culturales, republicanas, revolucionarias. Después de la Primera Guerra Mundial, los movimientos en torno a la paz, contra la represión del movimiento obrero, el peligro de la guerra, contra el fascismo, no cesaron de movilizar energías militantes, a menudo en el movimiento de los partidos, pero también de manera distinta y a menudo variada. La ambición revolucionaria, si bien reafirmada a largo plazo, fue dejada a un lado por el Partido Comunista, impulsor de una consigna que puso como prioridad sobre todo un proyecto político de defensa democrática y social. La apelación al pueblo significaba igualmente el ensanchamiento de la base social de esta política, si bien el mundo obrero era el primer concernido por esta articulación entre reivindicaciones sociales y defensa democrática.

Fue al mismo tiempo una alianza política y social inédita por su objeto y sus socios, puesto que tenía una dimensión parlamentaria combinando la alianza de las izquierdas y la unión específica de las organizaciones obreras. Habiéndose ampliado a los sindicatos y a las asociaciones, suscitó negociaciones unitarias y un proceso programático apoyado sobre la realización de manifestaciones comunes. La politización que se operó en torno al Frente Popular superó la mera escena parlamentaria e interesó al mundo obrero afectado por las cuestiones del empleo como asunto central de la reunificación sindical.

La originalidad de este proyecto, suscitado por un movimiento popular de llamamiento a la unidad, fue la de favorecer como respuesta un vasto movimiento social caracterizado por la movilización y la organización de miles de asalariados urbanos con una dimensión nacional y no solamente parisina. Se desarrolló en dos tiempos, los de las manifestaciones callejeras y locales en 1934 o 1936, un alza de demostraciones —y después de movimiento huelguístico— sin parangón hasta entonces y cuya extensión desembocó en un reforzamiento excepcional de las organizaciones obreras. Las huelgas, cuyo florecimiento se inscribió en el nuevo contexto político creado por el triunfo electoral del Frente Popular, tuvieron una dimensión indisolublemente social y política. Se insertaron en un movimiento general, pero arraigaron en las empresas. La dialéctica de la espontaneidad y de la organización caracterizó a unas huelgas que desbordaron ampliamente a la organización sindical, pero que contribuyeron también ampliamente a su refuerzo, otorgándole al menos durante algunos años un carácter de masas. El Partido Comunista, que impulsó e inspiró ampliamente este movimiento, fue el primer beneficiario en los medios obreros y urbanos, donde amplió duraderamente su arraigo. Por su parte, a falta de participar en la experiencia gubernamental, dejó al Partido Socialista encarnar la nueva legislación social.

La experiencia parlamentaria y gubernamental del Frente Popular fue el fruto no solamente de la victoria electoral sino también del movimiento huelguista sin precedentes que sostuvo y promovió una experiencia gubernamental imprevista por los principales protagonistas del Frente Popular: los socialistas no habían vislumbrado encontrarse a la cabeza de la izquierda, los comunistas no esperaban tal progresión parlamentaria, las iniciativas gubernamen-

tales y las leyes sociales fueron adoptadas a partir del movimiento huelguista. La experiencia gubernamental tropezó en seguida con los obstáculos estructurales y la fragilidad de la alianza en torno a las cuestiones económicas y diplomáticas. La composición gubernamental, desplazada en relación a la del movimiento social y la de la alianza política —puesto que los comunistas estaban ausentes del gabinete— fue el punto de partida del desequilibrio.

Evocar estos diferentes estratos del acontecimiento no es desmembrarlo ni disolverlo, bien al contrario, es encararlo en sus temporalidades y lugares diversos que aclaran las tensiones que lo atraviesan, que explican también una riqueza que no puede ser reducida a tal o cual aspecto, por emblemático que sea —por ejemplo, las vacaciones pagadas— cuando se evoca el acontecimiento en su conjunto.

La inserción en la larga duración, un acontecimiento bisagra y regulador.

La lectura histórica del acontecimiento no supone solamente una contextualización inmediata sino su inscripción en la larga duración de la historia social y política francesa. Desde este punto de vista, el Frente Popular encontró eco en los debates que atravesaron el movimiento obrero francés desde finales del siglo XIX, a propósito de la participación gubernamental, de la alianza entre revolucionarios y reformistas, así como de la unión de las izquierdas. Los avatares del cartel de izquierdas en los años 1920, pero también las primeras experiencias unitarias del PCF explican la capacidad de las diferentes fuerzas políticas de izquierda para encontrarse en los años treinta en torno a un proyecto común por el hecho de circunstancias políticas excepcionales que incitan y autorizan la invención política. El peso de la coyuntura internacio-

nal es esencial para comprender el surgimiento del acontecimiento, notablemente la derrota de la izquierda y de la democracia en Alemania, las decepciones revolucionarias del comunismo, las inquietudes diplomáticas de la Unión Soviética y su miedo al aislamiento. Falta decir que la forma política y la dinámica social que reviste el Frente Popular se inscriben en una historia política nacional en la que el movimiento obrero estaba integrado en la República relegado a los márgenes de una democracia que no le reservaba al proletariado más que una plaza limitada. El frente popular marcó la irrupción de los obreros en una escena política que ocuparon a título igual que los empresarios, sin querer subvertirla, pero reclamando el lugar debido para la acción colectiva. El Partido Comunista, principal portavoz y organizador de esta aspiración, fortaleció la identidad obrera.

En la medida en que no es un simple acontecimiento político incluso entre los mayores, más aún, el Frente Popular marcó de manera profunda a la sociedad francesa. En este sentido, se le puede caracterizar como un acontecimiento matriz que contribuyó a dar forma a las nuevas relaciones sociales, a las prácticas perdurables apoyadas en dispositivos jurídicos nuevos en el ámbito del derecho del trabajo, por ejemplo. El nuevo lugar de la clase obrera en el espacio social es una herencia que la revancha social no intentará arrancar desde entonces. La relación entre progreso social, las modalidades de contrato de trabajo y los beneficios de los convenios colectivos, abrió la vía tras la Liberación a la constitución de grupos socioprofesionales definidos por competencias reconocidas como cualificaciones. La acción política, asociando luchas reivindicativas e intervención política en el espacio de la representación política, dibujó una nueva cultura que se podría caracterizar como una democracia social a la

francesa, en la medida en que la parte de la negociación social quedó limitada y pasó a ocupar un lugar secundario tras la intervención pública y las movilizaciones huelguísticas. Fue una cultura política que articuló combate sindical y político en la que ciertas escisiones tradicionales del movimiento obrero fueron desplazadas incluso aunque se reactivaran desde 1938. Pero por encima del corto plazo que marca el declive del Frente Popular, el acontecimiento resuena en la memoria social como referencia y experiencia que nutrirá los combates de la resistencia, su programa y sus realizaciones tras la Liberación. La huella del Frente Popular es, sin duda, más profunda que su memoria visible y explícita. Hay que buscar en las nacionalizaciones de la Liberación, la puesta en marcha de la Seguridad Social

y el gobierno tripartito para encontrar su eco profundo como iniciativa histórica que marca y que ha sido patrimonio común de una buena parte de los resistentes. Bajo la obra de la Liberación emparejada con la experiencia del Frente Popular se encuentra la huella de este en la historia política y social de la Francia contemporánea. En este sentido, la actualidad del Frente Popular reside sin duda más en su arraigo cultural profundo que en su analogía con las reivindicaciones sociales de setenta años después. Así, las manifestaciones de la juventud estudiante en la primavera de 2006 contra la precariedad social y la generalización de los contratos individualizados de trabajo se apoyan en la defensa de los convenios colectivos que se generalizaron ¡precisamente durante el Frente Popular!

Movilización sociolaboral y oportunidades políticas en España y Francia durante la primavera de 1936

Mobilization and political opportunities in Spain and France in the spring of 1936

Francisco Sánchez Pérez
Universidad Carlos III de Madrid

Resumen

El período republicano conocido como el del Frente Popular (febrero–julio de 1936) se caracterizó en España no sólo por un cambio de gobierno sino también por una extraordinaria movilización política, social y laboral promovida desde fuera de los ministerios, encaminada a ejercer una importante presión para que se cumpliese el programa del FP con la mayor celeridad posible, en lugar de enfrentarse abiertamente al ejecutivo. Cambio sutil de táctica de las organizaciones obreras, pero también del propio gobierno, que recurrió menos de lo habitual a la fuerza bruta y la represión, si se compara con lo sucedido en períodos anteriores de la historia de España. Esta situación sin embargo no fue exclusiva de España sino que se repitió en Francia, donde sucedió algo similar entre abril y junio de 1936. Pero la forma en que se constituyeron ambas coaliciones, los distintos equilibrios políticos, el tipo de movilizaciones, su ritmo y la tradición histórica de ambos países también arrojaron notables diferencias.

Palabras claves: Frente Popular (España), Segunda República, Movimiento obrero, Frente Popular (Francia), huelgas, 1936

Abstract

The Republican period known as the Popular Front (February–July 1936) was marked in Spain not only by a change of government but also by an extraordinary political, social and labour mobilization promoted from outside the ministries, in order to exert significant pressure for the FP program to be fulfilled as quickly as possible, rather than openly confront the executive. A subtle change of tactics of labour organizations, but also of the government itself, which resorted less than usual to brute force and repression as compared with what happened in previous periods of the history of Spain. However, this situation was not exclusive to Spain but was repeated in France, where something similar happened between April and June 1936. But the way in which both coalitions were created, their different political balances, the type of mobilizations, their rhythm and the historical tradition of both countries also offered considerable differences.

Keywords: Popular Front (Spain and France), Second Republic, Labour movement, strikes, 1936.

El período republicano conocido como el del Frente Popular (febrero–julio de 1936) se caracterizó en España no sólo por un cambio de gobierno, con un marcado giro de contenido social con respecto a lo que se había hecho en los más de dos años anteriores. También fue clave para entenderlo la extraordinaria movilización política, social y laboral promovida desde fuera de los ministerios, que resulta muy llamativa, por exótica, para la época republicana. Pues actuó en paralelo, presionando claramente al gobierno para que cumpliera su programa con la mayor celeridad posible, en lugar de enfrentarse abiertamente a él, cambio sutil de táctica de las organizaciones obreras y del propio gobierno, que recurrió menos de lo habitual a la fuerza bruta y la represión. Esto daba la impresión de que ambas iniciativas parecían complementarse, aunque aun así los choques y tensiones se prodigaron en una complicada estrategia de retroalimentación entre la legitimidad que suministraba el parlamento y el gobierno y las movilizaciones de la calle. Aunque sostenida desde febrero y multiforme, tuvo una faceta huelguística, desarrollada en particular entre mayo y julio de 1936, es decir en la víspera inmediata de la guerra. La publicística y la historiografía más conservadora desde la misma primavera de 1936 ha oscilado en caracterizar dicha movilización como una revolución en marcha comunista o simplemente obrera, un desbordamiento del gobierno, incapaz de contenerla y hacerla frente, o una persecución sistemática y violenta de las pacíficas derechas, alentada o tolerada por el gobierno y sus aliados. O bien las tres cosas juntas y combinadas. Opinión política ya difundida en su día por Gil Robles o Calvo Sotelo, y luego convertida en teoría historiográfica. Esa sensación de inquietud de la opinión conservadora y los poderosos ante el retorno de las odiadas reformas, ahora respaldadas en la calle con un

amplio apoyo obrero y popular, y que había forzosamente que yugular, la han convertido mágicamente en una «revolución», o en términos modernos más eufemísticos empleados por algunos autores, vistas las evidencias acumuladas en su contra, en «focos de revolucionarismo», «situación prerrevolucionaria», o fórmulas ininteligibles similares, que nada explican, salvo la mentalidad muy conservadora del que escribe.

Lo que nunca se ha dicho, ni siquiera entre esta historiografía, es que esta movilización fuese dirigida contra el gobierno mismo, al que suelen caracterizar como impotente, incapaz y rehén de las fuerzas revolucionarias, cuando no promotor mismo de la violencia y las persecuciones, pero nunca como *enemigo* de la izquierda obrera. Existe por tanto un amplio consenso historiográfico en torno a la idea que el gobierno y la izquierda obrera, su aliada, funcionaban en paralelo, no enfrentados, aunque en ocasiones pudieran chocar, y que esta situación poco o nada tiene que ver con la del primer bienio republicano, en particular con la abierta hostilidad entre el Gobierno Azaña y la CNT–FAI, por no hablar del segundo. Esta relación peculiar y simbiótica se va a ver aquí con algunos ejemplos. Esta situación sin embargo no fue exclusiva de España y los problemas españoles, sino que se repitió en uno de los pocos países europeos donde operó con éxito un Frente Popular propio: se trata de Francia y su *Rassemblement Populaire* («Coalición Popular»). También ganó las elecciones, ocupó el gobierno y fue curiosamente respaldado a su manera y desde fuera por una movilización social y laboral, sin comparación posible tampoco en la propia historia de la Tercera República. Todo esto ocurrió entre abril y junio de 1936, es decir casi al mismo tiempo que la experiencia española. Sin embargo la forma en que se constituyeron ambas coaliciones, los distintos equilibrios políticos, el tipo de movilizaciones, su ritmo

y la tradición histórica de ambos países también arrojan notables diferencias, que aquí también se van a comentar.

Las elecciones, el programa y el Frente

Como es muy sabido, la coalición que se acordó en España en enero de 1936, que pronto pasó a denominarse «Frente Popular» (FP), fue promovida por el centro liberal republicano compuesto por azañistas, extradical-socialistas y extradicales, que atrajo a diversos partidos y formaciones de la izquierda obrera, sin desecharlo en principio, pues sólo estaba interesado por el apoyo del PSOE. Hay que decir sobre esto que pese a las reticencias de las llamadas izquierdas socialistas, entonces encarnadas por las Juventudes, un amplio sector del PSOE y la dirección *caballerista* de la UGT, poco entusiastas en general con la perspectiva de reeditar la coalición con los republicanos, esto es, con la *burguesía*, sin su concurso y presión habría sido imposible que el pacto se hubiese extendido al resto de la izquierda obrera, es decir que hubiese existido el FP, por muy entusiastas que fueran los muy minoritarios comunistas al respecto. El FP tuvo su correspondiente variante en Cataluña, organizada en torno a la Esquerra, partido dominante allí. Del centro derecha liberal sólo quedaron fuera los lerrouxistas, muy desorientados y en gran parte desacreditados por los escándalos, el recién nacido «portelismo», que se formó tarde para poder interferir o sumarse a dicha coalición^[1], con la que sin embargo tendió puentes en las elecciones en muchos lugares, como en Lugo o en la segunda vuelta en Cuenca celebrada en mayo (pues eso es lo que fue y

no exactamente una repetición electoral), el aislado Alcalá-Zamora (que sin embargo votó al FP en cierta manera, si hay que creer a sus *Memorias*^[2]), y los conservadores de Miguel Maura, que se había mantenido fuera (no *contaminado* por tanto) de los gobiernos radical-cedistas. Por no hablar del PNV, que no se mostró hostil y luego lo apoyaría en guerra. Del significado e implicaciones del pacto y según la fuerza política sobre la que pongamos el foco existían diversas interpretaciones, y en alguna fuerza (los socialistas) más de una, pero en cualquier caso se hacían eco de los tres niveles que el pacto del FP recogía a la vez. En primer lugar era un acuerdo electoral *ad hoc* para ganar los comicios del 16 de febrero (en primera vuelta). En segundo lugar era un acuerdo programático de gobierno, destinado a perdurar necesariamente al menos mientras se desarrollase dicho programa. Por último, era una estrategia internacional, fomentada por el giro de la Internacional Comunista en el verano de 1935, que fomentaba las alianzas estratégicas entre la izquierda obrera, y en particular la de estricta obediencia a Moscú, y los partidos *burgueses* progresistas en defensa de la democracia liberal frente a la amenaza fascista, o simplemente autoritaria. Y aunque no tenían la misma importancia ni rango para los firmantes del pacto, no puede decirse que no fuese una combinación de estos tres niveles, aunque algunos autores han hecho mucho o todo el hincapié sólo en uno o algunos de ellos^[3]. Y los tres

1.-Pilar Mera Costas, «Diseño y construcción de un proceso electoral. Manuel Portela Valladares y las elecciones de 1936», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2013), <http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d011.pdf>, pp. 18-19.

2.-Niceto Alcalá Zamora, *Asalto a la República. Enero-Abril de 1936*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, pp. 156-158.

3.-Reducido a una reedición de la conjunción de 1931 aparece en Santos Juliá Díaz, *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Madrid, S. XXI, 1979, p. 162, o como inexistente antes de la guerra en Santos Juliá Díaz, «The origins and nature of the Spanish Popular Front», en Martin S. Alexander y Helen Graham (eds.), *The French and Spanish Popular Fronts. Comparative Perspectives*, Cambridge University Press, 1989, pp. 24-37.



Propaganda del Frente Popular ante las elecciones de febrero de 1936 (Archivo Histórico del PCE).

están imbricados.

El nivel electoral se reducía a vencer en los comicios y cambiar la orientación del gobierno. Incluso los más reticentes a renovar el pacto con la *burguesía* (la izquierda socialista) o los que se quedaron fuera por ser un artilugio *político*, pero que eran libres de votarlo (los cenetistas), lo consideraban un buen acuerdo o expediente para traer la ansiada amnistía legal y laboral. Como del gobierno se iban a responsabilizar los republicanos liberales en exclusiva, por consenso general, pero con apoyo de la izquierda obrera desde fuera, esto condicionó el reparto de puestos para el parlamento. Por ello, la mayoría parlamentaria no descansaría sobre los socialistas sino sobre los republicanos, mucho más unidos que antaño, en apenas dos formaciones (Izquierda Republicana y Unión Republicana más los nacionalistas, capitaneados por la Esquerra). Y así se negoció en los puestos elegibles para las listas provinciales, donde como norma general y

como se ha dicho los socialistas cedieron, los republicanos se impusieron y los comunistas se resignaron, en una proporción de un 56% para los republicanos, un 36 % para los socialistas y menos del 10% para el resto de fuerzas obreras^[4]. Como eran listas abiertas, donde los candidatos más al centro casi siempre quedaban los más votados, el resultado prometía decantar la balanza, como así sería. Los resultados lo demuestran: de un total de 267 diputados que ganó el FP en marzo de 1936 (286 en mayo con las impugnaciones y repeticiones, sobre una mayoría absoluta de 237) los republicanos progresistas junto a los nacionalistas de izquierda sumaron 153 en marzo (160 en mayo), el 57% de los conseguidos. Mientras que toda la izquierda obrera en su conjunto ni siquiera alcanzaba el número de diputados que había

4.-La confección de candidaturas y el *modus operandi* en José Luis Martín Ramos, *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 133-134

tenido el PSOE en el primer bienio: en marzo 114 (sumando los 7 diputados de organizaciones catalanas como la Unió Socialista, el Partit Proletari y la Unió de Rabassaires) frente a los 120 que obtuvo el PSOE sólo en octubre de 1931. Aunque con las impugnaciones y repeticiones superaría ligeramente esa cifra en mayo, hasta 128, y se debió a que en la repetición de Granada la coalición fue al copo. Y al PSOE precisamente y para compensarle le dejaron presentar el doble de diputados (9) que republicanos y comunistas juntos (4). Esto no había sido la norma habitual en febrero-marzo, como se ha visto^[5].

Esta situación difiere bastante de la francesa. La iniciativa de un pacto en Francia no parte como en España de un diálogo entre republicanos (Azaña) y socialistas (Prieto) sino de la unidad de acción de los socialistas (SFIO) y los comunistas (PCF). El punto de partida no era la amnistía por un movimiento abortado como el de octubre de 1934 sino la respuesta de la izquierda obrera a lo que se consideraba un intento de *putsch* o «Marcha sobre París» el 6 de febrero: la huelga general del 12 de febrero de 1934, convocada por la CGT y secundada por la SFIO, pero a la que se sumaron las organizaciones comunistas, y las manifestaciones separadas de la SFIO y el PCF del mismo día, que terminaron convergiendo al grito de *Unité!*. Aunque en realidad el resultado de los disturbios del 6 fueron un giro a la derecha del gobierno francés y la caída de Édouard Daladier^[6], para la mitología frentepopulista fue el pun-

to de partida de los acuerdos subsiguientes y el renacer del movimiento obrero (y la recuperación de la calle frente a las ligas nacionalistas) y así lo ha recogido la historiografía francesa clásica^[7]. El francés nació por tanto de un acercamiento entre el PCF, mucho más potente y con una mayor presencia entre los trabajadores que el español, que en comparación era un grupúsculo, y la SFIO en el famoso pacto de unidad de acción del 27 de julio de 1934. A este entendimiento previo se incorporaron los radicales (el centro izquierda liberal) en el pacto solemne del 14 de julio de 1935 (fiesta nacional del país y de resonancia mundial) que selló la llamada «Coalición Popular» (*Rassemblement Populaire*), más antigua por tanto que la española. Tampoco la postura de la izquierda republicana fue equivalente en Francia y en España. En Francia los radicales (la izquierda republicana allí, que no en España) estuvieron en el gobierno de forma constante a lo largo de los años treinta, con y sin apoyo socialista, y de hecho tuvieron permanentemente ministros entre 1934 y hasta enero de 1936, cuando todos los ministros radicales dimitieron en bloque. Por ello puede afirmarse que la izquierda burguesa en Francia es la que derriba un período para comenzar otro, cambiando de aliados, en algunos casos abandonando sus pactos con la derecha en la misma campaña electoral. El peso de la izquierda obrera era mucho mayor en Francia, lo que se demuestra en diputados: en el parlamento antes de las elecciones ya había mayoría de izquierda (o si se prefiere de los partidos que integrarían luego el FP), unos 322 sobre 615. Tras mayo de 1936, esa mayoría se amplió (a 370 sobre 618) pero sobre todo se reequilibró a favor de la SFIO (de 132 a 146, porque, aunque a veces se habla de 97, estos eran los escaños después de la es-

5.— Los resultados electorales comparados los he mostrado en Eduardo González Calleja, Francisco Cobo Romero, Ana Martínez Rus y Francisco Sánchez Pérez, *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015, pp. 814–816.

6.— Sobre la trascendencia del suceso: «C'était la première fois dans l'histoire de la République qu'un ministère fuyait devant une émeute de la rue» [«Era la primera vez en la historia de la República que un ministerio huía ante un motín callejero»], Dominique Borne y Henri Dubieff, *La crise des années 30, 1929–1938*, París, Seuil, 1989, p. 112.

7.— Georges Lefranc, *Histoire du Front Populaire*, París, Payot (Sec. edit.), 1974.

cisión de los neo-socialistas en 1935) y del PCF (de 11 a 72), con un amplio retroceso radical (de 156 a 106), partido que quedó por detrás del socialista^[8]. Más de la mitad de los diputados del FP francés eran de la izquierda obrera; nada que ver con la situación española. Esto se reflejó en el gobierno: nada de un gobierno republicano monocolor. Su presidente León Blum, y la mayoría de los ministros, serán socialistas. A diferencia además del pacto español incluyó al sindicato independiente, la CGT de Jouhaux, lo que refrendaba un apoyo sindical que en el caso español quedó relegado a la UGT, con la CNT desligado de él. También se ha dicho que los partidos que lo formaban ya tenían mayoría en la cámara, aunque el reparto de escaños inclinó la balanza hacia la izquierda (a favor de socialistas y comunistas). Tampoco se sabía quién ni cómo formaría gobierno, ni estaba pactada semejante cosa. En España sin embargo se combinó un vuelco mucho más radical con la situación anterior, dada la debilidad de la izquierda republicana en los comicios de 1933 y los algo más de 60 diputados de la izquierda obrera de entonces, con una coalición de contenidos más moderados, por el peso político de las distintas fuerzas, pero como veremos a continuación también programáticos y en la práctica. Y todos sabían que sería republicano y lo presidiría Azaña.

El programa de gobierno también reflejó ese diferente equilibrio político en los dos países. El español del 15 de enero y pese a las sugerencias de la izquierda obrera se mantuvo ampliamente en los términos impuestos por los republicanos liberales, pese a que sorprendentemente se descolgó de su firma en el último momento (el 14 de enero) el virtual autor de parte de él, Felipe Sánchez Román, por razones no del todo acla-

radas, aunque probablemente relacionadas con exigencias a las organizaciones obreras que estas no podían asumir por escrito, más que a que vetase la presencia del PCE, como siempre se ha dicho^[9]. Y aunque se trataba básicamente de una reedición, o reactivación si se prefiere de las políticas del primer bienio, basadas en la colaboración republicanosocialista, y no era en absoluto un programa revolucionario bajo ningún punto de vista, añadía algunos matices importantes. Sutiles deslizamientos temáticos, que muestran a las claras el duro aprendizaje y la experiencia acumulada después de cinco años de república y conformaban un programa progresista pero no falto de realismo. Entre las reformas que se reasumían se encontraba en un lugar preferente la agraria, pero ahora no se hablaba de una nueva ley de reforma agraria o de las expropiaciones, que ya no parecían el tema estrella, sino de la revisión de los desahucios practicados, una nueva ley de arrendamientos que asegurase «el acceso a la propiedad de la tierra que se viniera cultivando durante cierto tiempo», «una política de asentamientos de familias campesinas» y «normas para el rescate de los bienes comunales», nuevos objetivos, probablemente más realistas. Se daba especial énfasis a una política más activa de obras públicas, entre otros motivos, para atajar el paro, otra lección aprendida de los años anteriores. Para financiarla se anunciaba una «reforma fiscal». También se prometía «restablecer la legislación social», pero reorganizando la polémica jurisdicción de trabajo «en condiciones de independencia», «salarios mínimos» agrarios, una reforma para unificar la asistencia sanitaria «bajo la dirección del Estado» y el impulso a la creación de escuelas de primera enseñanza. No se decía ni una palabra de la Igle-

8.—Los datos electorales franceses en D. Borne y H. Dubieff, *La crise des années 30*, pp. 141–146.

9.—Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa y la tragedia de la II República*, Comunidad de Madrid, 2006, pp. 383–384; S. Juliá Díaz, *Orígenes del Frente Popular*, pp. 142–143.

sia ni de restablecer plenamente la Ley de Congregaciones ni eliminar los subsidios al clero ni nada semejante¹⁰. La ambigüedad sobre la reposición de los jurados mixtos del primer bienio demuestra que no eran tampoco un problema considerado prioritario o de los más urgentes (frente al agrario por ejemplo), y esto se notará de hecho en el despliegue en la práctica de la labor de gobierno. Error de cálculo que alimentaría una importante ofensiva sindical, por otra parte inevitable tras las deprimentes experiencias de 1934–1935, y complicada de atajar sin unos jurados bien lubricados.

En Francia el programa, que se publicó unos días antes que el español, también era moderado pero no partía de reeditar una experiencia de gobierno conjunta republicanosocialista, que nunca había existido allí. La oposición a incluir en particular nacionalizaciones (que llegarán en 1945–1946), que sí pedían la CGT y la SFIO, no sólo procedía en este caso de los republicanos sino del PCF, con un peso mucho mayor que en España y que no deseaba de ningún modo asustar a la clase media. Era poco detallado en lo social y económico, pero sí que recogía la rectificación de las políticas deflacionistas de Pierre Laval, la reducción de la jornada y la promoción de obras públicas, medidas básicas en la lucha contra el paro. Tampoco apostaba abiertamente por candidaturas conjuntas en las elecciones, particularmente en la primera vuelta y de hecho los comunistas mejoraron su representación a costa de los radicales.

Como estrategia global el frentepopulismo fue un fenómeno internacional y en absoluto producto exclusivo de las circunstancias españolas. El giro que impuso la Internacional Comunista en el VII Congreso de la IC en Moscú del 25 de julio al 21 de

agosto de 1935 y el *Informe Dimitrov* impulsó a los partidos comunistas que sobrevivían a la imparable ola autoritaria y fascista, que en Europa ya empezaban a ser pocos, y a los clandestinos y exiliados, que cada vez eran más, a aliarse con la socialdemocracia y las formaciones democráticas y burguesas para hacerla frente. Este cambio encontraba eco en la experiencia, vista como un suicidio, de la izquierda obrera en Austria, pero sobre todo en Alemania, donde el enfrentamiento entre socialdemocracia y comunismo había supuesto una importante contribución al ascenso de Hitler al poder. Por ello en realidad lo que hizo el Congreso de la IC es dar luz verde a iniciativas ya existentes (un *nihil obstat*), un contenido ideológico más elaborado y un esbozo de programa a estas políticas que daban sus primeros pasos o balbuceos con carácter oficial, y animar a otros partidos a que siguieran sus pasos. Un contenido y un programa no siempre bien entendido por organizaciones abonadas en ocasiones al maximalismo revolucionario tanto por tradición (las comunistas) como por mimetismo o conversión (las socialdemócratas). Pero como en tantos casos en la historia, los cambios en los patrones de acción colectiva vinieron primero y los cambios en las organizaciones, tácticas e ideologías les siguieron después. Por ello tanto en el caso francés como en el español los Frentes Populares no fueron simplemente una mera idea de la IC que había que seguir a pie juntillas sino que existían dinámicas domésticas propias que favorecían estas convergencias. En Francia el clima unitario antifascista empezó a cuajar en la oposición al *putsch* ultranacionalista de febrero de 1934 y en España el acercamiento comenzó en las Alianzas Obreras preparatorias de lo que sería la insurrección de octubre y se fortaleció con la represión, las campañas por la amnistía y los comités de solidaridad y ayuda a los presos subsiguientes. Así como en los

10.—Las citas y expresiones entresacadas del «Texto del manifiesto del bloque de izquierdas», *La Vanguardia*, 16–02–1936, p. 23.

procesos unitarios posteriores a 1934 con la entrada en la UGT de los sindicatos comunistas, la fusión de todo el marxismo catalán (PSUC), con la excepción de los comunistas contrarios a la IC, que se unieron por su cuenta (POUM) y la creación de las Juventudes unitarias social-comunistas (JSU).

Y es que hay que recalcar que en toda Europa se estaban produciendo importantes acercamientos entre organizaciones socialdemócratas y comunistas, favorecidas por el ascenso nazi y de otros estados autoritarios, la clandestinidad forzada y la represión compartida que ya estaban sufriendo en numerosos países, y la admiración muy generalizada hacia la URSS^[11]. El surgimiento de alas o sectores de «izquierda socialista» o de juventudes socialistas propensas a fusiones con los comunistas se dieron en toda la Europa de los años treinta con mayor o mejor fortuna, con ejemplos británicos, alemanes, italianos y belgas, al igual que en Francia y en España^[12]. Entendían, al igual que muchos comunistas, que la situación no era para seguir con las políticas de antaño, vistas ahora como suicidas. Y desde luego, no se trataba de un endemismo hispano ni tiene nada que ver con que el PSOE perdiese tres ministerios en 1933. En España el fascismo doméstico lo encarnaba el «vaticanismo» de la CEDA y las Juventudes de Acción Popular (JAP), que aunque no se confundían en los años treinta con Hitler sí que se asociaban a Dollfuss y a su sucesor Schuschnigg en Austria o al salazarismo portugués (en particular desde 1933), de lo que hay numerosas pruebas en la prensa y la publicística

de la izquierda obrera y el centro liberal^[13]. Aunque hoy se clasifique el *austrofascismo* y el salazarismo como ideologías «autoritarias», mucho más extendidas en Europa que el fascismo más radical (que según Michael Mann sólo creó regímenes propios en Italia, Alemania, Austria, Hungría y Rumania, y en estos tres últimos países brevemente), se trata de una discusión meramente académica que encubre que las similitudes son mucho mayores que las diferencias en lo que le importaba a la izquierda obrera y al centro liberal en la época: el antiliberalismo, la represión del movimiento obrero, el ultranacionalismo y el militarismo. A lo que en el caso español o el austríaco se podría añadir el ultraclericalismo. Por lo que el componente antifascista estuvo claramente presente en octubre de 1934 y volverá a estarlo en febrero de 1936, con independencia del grado de implantación real que tuvieran los auténticos fascistas en esos años. Fascistas que en cualquier caso desencadenaron una nutrida oleada de atentados en la primavera de 1936, que sembraron el terror y el desasosiego en las organizaciones del FP y la sociedad española en general.

Distintos ritmos, iguales oportunidades

En cualquier caso los respectivos Frentes Populares ganaron las elecciones, que en ambos países eran a dos vueltas: en España esto ocurrió primero (16 de febrero y 4 de marzo) y en Francia más tarde (26 de abril y 3 de mayo). En España sin embargo el cambio de gobierno fue fulminante y se produjo entre la primera y la segunda vuelta, mientras que en Francia no se formó el Gobierno Blum hasta el 4 de junio. Para el caso español lo acostumbrado ha sido decir

11.—David Priestland, *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 191–238.

12.—Sandra Souto Kustrín, «La política frentepopulista y su concreción en Europa: un balance», en Marie-Claude Chaput (ed.), *Fronts populaires: Espagne, France, Chili*, París, Université Paris Ouest Nanterre–La Défense, 2007, pp. 23–38.; Helen Graham y Paul Preston (eds.), *The Popular Front in Europe*, Londres, Macmillan, 1987.

13.—Sandra Souto Kustrín, «Octubre de 1934; historia, mito y memoria», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, 11 (2013), en <http://hispanianova.rediris.es/11/dossier/11d013.pdf>

que Manuel Portela abandonó a causa de los disturbios populares, al negarse a proclamar el estado de guerra. Hoy sabemos, más matizadamente, que otra razón de peso para el abandono fue negarse a proclamar dicho estado de guerra como le exigían políticos de la derecha antiliberal, el jefe del Estado Mayor, es decir el general Franco, que ya se había adelantado en varias provincias y ahora quería el respaldo de Portela, e incluso el presidente de la República, que no parecía verlo con malos ojos o que al menos le cargó con la responsabilidad^[14]. En cualquier caso, para poder entender este hecho no bastan las explicaciones psicológicas sobre el carácter de Portela: la abrumadora derrota gubernamental y el cambio que suponía en un país donde semejante hecho apenas tenía precedentes son el contexto adecuado para entenderlo (que no justificarlo, algo que no todos los autores y cronistas distinguen). En Francia el cambio de equilibrios en la cámara no era tan radical, como ya se ha referido, sino más bien un trasvase de poder entre los miembros de la coalición, y los radicales con Albert Sarraut de presidente ya estaban en el gobierno saliente (y algunos como Jean Zay seguirían en el entrante). Además, los resultados de la primera vuelta no fueron tan determinantes como en España donde sólo hubo segunda vuelta en seis provincias (unas de ellas Cuenca en mayo); es decir donde la victoria del FP quedó muy clara desde el primer momento. Blum se negó a hacerse con el gobierno antes de lo estipulado, para no dar la apariencia de ilegalidad, y esto bien podría haber a su vez mediatisado por el antecedente español y evitar en la medida de lo posible incidentes un tanto incómodos o una presión de las masas antes de tiempo. Si este era el propósito de Blum

se equivocó totalmente.

Aquí radica una de las claras diferencias entre el caso español y el francés, influido por todo lo anteriormente expuesto. Aunque en España hubo incidentes y una movilización importante desde el principio, acompañada por el júbilo de la victoria frentepopulista, mucho menos esperada y anuncio de un giro mucho más radical de políticas que en Francia, no puede decirse que hubiera una ofensiva sociolaboral en forma de huelgas para presionar al nuevo gobierno hasta al menos mayo de 1936, con todas las salvedades que se quieran poner al global de las estadísticas oficiales y a los casos regionales, de los que tenemos bastantes datos. En Francia sin embargo empezó a la semana de conocerse la victoria del FP en la segunda vuelta (el 11 de mayo en Le Havre, el 14 de mayo en la región parisina): es decir, cuando no había aún nuevo gobierno. Este problema de las fechas y el diferente ritmo es clave porque gracias a estas circunstancias, y pese a que las elecciones en España fueron dos meses antes, las huelgas no sólo coincidieron en el tiempo sino que las francesas claramente precedieron al grueso de las españolas de junio-julio y, es más, probablemente las influyeron. El caso de Madrid es meridiano al respecto.

Por lo tanto el aprovechamiento de las oportunidades políticas en ambos países fue diferente: mientras en España los trabajadores organizados salieron a festejarlo desde febrero con manifestaciones, mítines, celebraciones masivas, actos multitudinarios e intimidaciones variadas hacia la derecha política y católica, pidiendo la amnistía, la reposición de las leyes laborales, la readmisión de los despedidos y un nuevo impulso para la reforma agraria, ocupando la calle y el campo (con invasiones de fincas), en Francia los trabajadores, no tan organizados, lo van a festejar apoderándose en mayo de las fábricas, las minas y los comercios, los mismos

14.-La crisis, bastante pormenorizada, en Eduardo González Calleja, *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 300-305.



Ocupación de una fábrica en París durante la huelga de la metalurgia de junio de 1936 (Foto: Agence Meurisse - Biblioteca Nacional de Francia).

establecimientos en los que trabajaban, por todo el país, como si fueran su rehén, que sólo devolverán cuando el gobierno actúe. Y no será hasta entonces cuando se inicie un repunte huelguístico en España, pero sin la extensión, la unanimidad ni la espontaneidad de los paros franceses y sin recurrir de forma masiva a la pernocta en los establecimientos, rasgo característico y novedoso de las huelgas galas y que llamó muchísimo la atención de sus contemporáneos.

Lógicamente la gravedad de lo acontecido en España se ha adobado con el tema de la violencia político-social, que en esos meses fue mayor que en Francia. Es un tema que trasciende a este artículo pero que importa en la medida que ha contribuido a ennegrecer el panorama español frente al francés, como si fuese notablemente mucho más excepcional o directamente un síntoma del

clima de guerra civil y caos que ya se vivía en España, cuando en el ámbito del conflicto sociolaboral la situación en Francia no era ni mucho menos grave ni inferior en volumen o intensidad. Un medidor de la violencia que se ha utilizado es el de las víctimas mortales, pero los datos más fehacientes aportados hasta la fecha apuntan en una doble dirección^[15]. Por un lado, que unos dos tercios de las víctimas lo fueron a manos de las fuerzas armadas y policiales y la derecha antiliberal y la extrema derecha, es decir básicamente pertenecían a la izquierda política (obrero básicamente) o bien formaban parte de las movilizaciones reivindicativas de esos

15.-Rafael Cruz Martínez, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006; Eduardo González Calleja, *Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República española (1931-1936)*, Granada, Comares, 2015.

meses, que eran reprimidas con dureza. Es decir, que hubo una notable violencia procedente de los cuerpos armados. Diferencia notable con Francia, donde para empezar no se los usó para desalojar a los huelguistas de los establecimientos ocupados, lo que habría elevado mucho el número de víctimas. Tampoco hubo en Francia un despliegue letal de la extrema derecha comparable, con toda probabilidad porque no había un golpe militar en marcha que necesitase legitimarse con ninguna «estrategia de la tensión» a base de atentados selectivos. Por otro lado, el otro dato sustancial es que el número de muertos disminuyó en España drásticamente a partir de mayo, precisamente cuando las huelgas urbanas comienzan a desplegarse en el paisaje urbano e industrial, lo que rompe la relación entre los muertos y los paros. Lo que sí es evidente es que el despliegue postelectoral del FP español fue callejero y rural (el 77% de las víctimas ocurrió en pequeñas localidades y agrocidades), tendente al choque abierto en esos ámbitos, mientras que el francés se centró más en el ámbito fabril y urbano, con la ocupación de la empresa y el taller, *invisibilizando* al contendiente (la policía, el empresario), en lugar de buscarlo, y «paralizando» el tiempo. Esto, sumado al distinto uso de la fuerza pública en ambos países, arroja algunas claves del distinto grado de letalidad de ambos procesos.

La dinámica agraria

En España además se partía de una situación de virtual excepción y de represión de las organizaciones obreras, desde junio de 1934 en el campo y desde octubre de 1934 en las ciudades, con la carga de revancha añadida. En particular sobre los trabajadores que habían sustituido a los represaliados. Organizaciones que tenían ahora que rearmarse para lanzarse a una ofensiva sindical más o

menos reivindicativa, particularmente en el campo. En el caso francés no hubo oleada huelguística en el ámbito campesino donde el problema de las relaciones laborales y los jornaleros sin tierra no alcanzaba las dimensiones del español. En España en cualquier caso el *modus operandi* de la protesta campesina cambió en la primavera de 1936. Casi todas las fuentes documentales disponibles y monografías sobre las huelgas agrarias muestran un panorama de una frecuencia y una intensidad menores de éstas respecto no a 1935, lógicamente, sino a 1932–1933^[16]. Eso no quiere decir que no hubiese conflictividad, pero se canalizó preferentemente hacia las entradas, a veces masivas, en tierra ajena. En las condiciones citadas era para los sindicatos menos costoso y complicado refinar ciertas prácticas seculares/tradicionales de jornaleros y yunteros, es decir, laborar en fincas que no eran de su propiedad, que organizar un paro. De hecho la restauración en buena medida en 1935 del orden tradicional en el campo y la desaparición de las huelgas conllevó la proliferación de las prácticas endémicas de la protesta social tradicional en el campo español, como los delitos y robos en las fincas, que al parecer se incrementaron notablemente en la mayoría de los casos bien estudiados. Estas incursiones en propiedad ajena yo las he clasificado de forma simplificada en *invasiones* (a la busca de sus-

16.–Mario López Martínez, *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931–1936*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1995, p. 156; Manuel Pérez Yruela, *La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931–1936)*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979, pp. 277–282; Francisco Cobo Romero, *Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917–1950*, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, p. 252; Fernando Pascual Ceballos, *Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1983; Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890–1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2000, p. 256; Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931–1939)*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 149.

tento directo, es decir fruta, espigas, leña o caza), sin sustrato legal alguno pero más toleradas, *trabajos al tope* (en su acepción sureña significa emplear toda la mano de obra que una finca puede asumir, a la búsqueda de jornal), que además se podía apoyar en las leyes de Laboreo Forzoso y las Comisiones de Policía Rural (sobre todo si había alcaldes socialistas) y *ocupaciones* (con intención de roturar y por tanto quedarse), estas últimas necesitadas para prosperar de respaldo legal, que podía dar el Instituto de Reforma Agraria a través de la Ley de Reforma Agraria, la intensificación de cultivos, las cláusulas de «utilidad social» o el rescate de comunales, que entonces pasó a discutirse en el Congreso («que lo que era del común vuelva al común», según la reivindicación secular campesina). En ellas el objetivo prioritario eran las fincas susceptibles de entrar en esos supuestos^[17]. Este repertorio ya existía, pero se extendió con singular éxito, profundidad y extensión. Epítome de lo antedicho sería el incidente del 29 de mayo en Yeste, choque entre campesinos y Guardia Civil y masacre que podría compararse a las del primer bienio. Ocurrió en Albacete, una de las provincias menos conflictivas de la República hasta entonces. Significativamente fue la consecuencia de una ocupación de una finca que había sido comunal en el pasado (o así al menos lo consideraban los campesinos), ahora en manos del cacique del pueblo. En realidad el origen de la desavenencia fue un desacato a los guardias civiles posterior al desalojo de la finca. En cualquier caso, el incidente que provoca la matanza muestra hasta qué punto se había avanzado en este aspecto, pues fue un enfrentamiento desgraciado justo cuando la mediación ante los agentes de la Guardia Civil para la liberación de unos jóvenes parecía haber dado sus fru-

tos y todo ocurrió lejos de la disputada finca que había motivado todo el pleito^[18].

Pero esta movilización rural se desplegaba en paralelo a la labor gubernamental, en una singular dialéctica, y buscando evitar el choque abierto con la represión estatal y la legislación que se estaba desplegando. En España los gobiernos Azaña-Casares lejos de ser un mero *revival* del primer bienio aceleraron el ritmo de aprobación de las medidas y la voluntad política de llevarlas a cabo sin demora y dilaciones, particularmente en el tema de la reforma agraria, al que acudieron con más rapidez y diligencia, relegando a un segundo plano la reposición de los jurados mixtos. La panoplia legislativa se centró en el asentamiento de campesinos, más que en las expropiaciones, y en los temas urgentes, como ya sugería el programa del FP: actuación sobre arriendos y desahucios, situación de gran emergencia tras lo sucedido en 1934-1935; condonación de multas precisamente a invasores de fincas y ladrones de leña y caza, siempre que no reincidiesen en el plazo de dos años; los urgentes decretos de yunteros, emitidos con urgencia porque se acababa el nefasto invierno 1935-1936 y había que hacer las labores de barbechera; el Decreto de 20 de marzo (*Gaceta* del 28 de marzo) que permitía los asentamientos rápidos e inmediatos (120.000 campesinos en 600.000 hectáreas), y entre cuya aprobación y publicación se procedió a las famosas «invasiones» de Badajoz (el 25 de marzo), clásico ejemplo de la retroalimentación existente entre legislación y movilización, y del que se ha dicho que «en su lógica interna, esta acción colectiva no hacía sino cumplir

17.- Más detalles en Francisco Sánchez Pérez, «Las protestas del trabajo en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 41(1) (2011), pp. 77-101.

18.- Véase Manuel Requena Gallego, *Los sucesos de Yeste (mayo 1936)*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1983. La finca era propiedad del clan de los Alfaro, llamados por Requena «institución caciquil», p. 63. Edmundo Alfaro fue votado por todos los electores (!!!) del municipio de Yeste en las elecciones de junio de 1931.

el programa del Frente Popular»^[19], pues se centraba en fincas susceptibles de expropiación señaladas por el propio Instituto de Reforma Agraria, en un tira y afloja entre la FETT y éste^[20]; un nuevo proyecto de Ley de Bases de la Reforma Agraria (16 de abril, *Gaceta* de 19 abril), que garantizaba las indemnizaciones en todos los casos; otro de recargo progresivo sobre la contribución territorial correspondiente a la riqueza rústica (7 de mayo, *Gaceta* de 8 de mayo): y el de rescate y readquisición de bienes comunales por parte de los municipios (16 de abril, *Gaceta* del 19 de abril), que proponía revisar los despojos sufridos por los ayuntamientos desde la desamortización de Madoz de 1855. Este proyecto entró en comisión el 16 de abril pero solo se empezó a debatir a mediados de junio, después de los incidentes de Yeste, provocados precisamente por la invasión de antiguas fincas del común, y se había aprobado el primer artículo el 10 de julio.

Gobiernos y dinámicas sindicales

Respecto a los obreros industriales y los trabajadores de las ciudades existía una importante tradición sindical en determinados sectores como el textil, el metal, la madera, la alimentación, la construcción y entre los ferroviarios o los mineros, por lo que y pese a la represión sufrida no resultaba tan complicado resucitar las organizaciones sindicales en las grandes ciudades y las cuencas minero-industriales (Asturias, Vizcaya). El triunfo político de febrero de 1936 conllevaba la reapertura de centros y prensa obrera, la reimplantación de la legislación laboral y

los Jurados mixtos y en particular la amnistía, que facilitaba la vuelta al primer plano de los cuadros dirigentes y los activistas más significados. Los sindicatos tenían además un margen de libertad mayor que en Francia, pues la dirección *caballerista* de la UGT estaba enfrentada con la directiva prietista del PSOE, que se hallaba fuera del gobierno, no le entusiasmaba demasiado la idea de mantener en el tiempo la alianza con los republicanos liberales, siendo más proclive a la unidad de acción con las demás organizaciones obreras, incluida la CNT, que no había suscrito el FP. El compromiso del PCE con la coalición era muy serio, pero estaba en rodaje y su influencia sobre los sindicatos era muy limitada. Poco que ver en esto con la situación francesa, donde la CGT se comprometió a fondo con el FP y no planeó ninguna ofensiva sindical y menos con un gobierno interino, y el PCF, interesado en una alianza interclasista, tenía una mayor influencia sobre los asalariados. Pese a todo también había un ala izquierda en la SFIO, más minoritaria que en España (la de Marceau Pivert), entusiasta con el tema de la movilización obrera, grupúsculos trostkistas, y una juventud obrera, en particular, más radicalizada (como en España) y mucho menos asociada. Todo esto hace más comprensible cómo será el despliegue huelguístico en Francia de mayo-junio: aprovechando el vacío de poder (las fuerzas del FP no ocupaban el gobierno aún), festivo (celebrando la victoria *obrera*), inmediato, espontáneo, recurriendo a un método muy poco explorado por los sindicatos, la huelga *sur le tas*, es decir, ocupando el centro de trabajo, extendido a sectores poco proclives a las huelgas (centros comerciales, trabajo femenino), y todo ello facilitado por un mínimo control de las asociaciones obreras, demostrado en que la mayoría de las huelgas se hizo sin peticiones previas redactadas por las direcciones sindicales, y en muchos casos hubo que inventar-

19.-Sergio Riesgo Roche, *La reforma agraria y los orígenes de la guerra civil. Cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 303.

20.-Francisco Espinosa, *La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Madrid, Cátedra, 2007, p. 134.

se unas bases *ad hoc*. El resultado inmediato de las huelgas fue un aumento vertiginoso de la afiliación a la CGT y una presión extraordinaria sobre el futuro gobierno para que tomase alguna medida global, en lugar de ir sector por sector. La medida global fueron los acuerdos de Matignon del 7 de junio, sólo tres días después de la toma de posesión de Blum, y la aprobación de un paquete de leyes sociales (desde el 11 de junio): contratos colectivos, libre sindicación, aumentos salariales de entre el 7 y el 15%, quince días de vacaciones pagadas y semana de 40 horas (la semana de «dos domingos»).

Por el contrario, las huelgas españolas se mantuvieron bajo el control de las asociaciones y su principal originalidad fue la colaboración inter-sindical posterior a la readmisión de despedidos. A ello colaboró el excesivo retraso del gobierno en la reposición de los Jurados mixtos conforme a la legislación del primer bienio. Enrique Ramos y Ramos, el ministro de Trabajo (de IR), volvió a convocar a plenos, cesó y nombró a numerosos presidentes y vicepresidentes de jurados mixtos y abrió el plazo para nuevas inscripciones en el censo electoral social, pero sin reponer la legislación anterior. Hubo que esperar a su sustitución por Joan Lluhí, que procedía del ala más socialdemócrata de la Esquerra el 13 de mayo, y nada menos que al 30 de mayo para que se decidiera el gobierno a derogar la ley de 1935 y poner en vigor la de noviembre de 1931, lo que suponía el cese inmediato de los funcionarios judiciales y fiscales que los presidían (Gaceta del 2 de junio). Aún así, esto no solucionaba todo y a partir del 7 de junio se fueron abriendo los plazos para la elección de vocales en jurados mixtos de toda España (empezando, como puede verse en la Gaceta, por orden alfabético con las provincias que empezaban por A, B, C, etc.) y nombrando jurados mixtos circunstanciales para intentar resolver los conflictos ya en

marcha, particularmente en Madrid: el de la construcción (a partir de 15 de junio, Gaceta del 16 de junio), el de la madera (30 de junio, Gaceta del 11 de julio) o el de la hostelería (15 de junio, Gaceta del 20 de junio), aunque éste ya se había terminado por entonces. Un tercer vector lo abrió la necesidad de aprobar nuevas bases de trabajo a nivel nacional para gremios como la banca (convocatoria de conferencia del 12 de junio) o la «gran industria química» (convocatoria de conferencia del 3 de julio que funcionaría como jurado mixto circunstancial)^[21]. Las elecciones para jurados mixtos en muchas provincias nunca se llegaron a celebrar, al menos antes del 18 de julio, como ilustra el muy estudiado caso de Albacete^[22]. El resultado es que la mayoría de ellos no se habían repuesto aún cuando estalla la guerra. Y esto cuando ya había varias huelgas en marcha, empezando por la de la construcción en Madrid, que precisamente buscaban la aprobación de nuevas bases de trabajo.

La búsqueda sin embargo de *un lugar en el sol* por los sindicatos, en un momento de intensa afiliación y *reafiliación*, también concitó rivalidades y violencia, particularmente en las ciudades donde las fuerzas parecían equilibrarse o reequilibrarse entre la UGT y la CNT, como en Málaga y Madrid en junio y julio. Por ello las huelgas industriales españolas tardaron en general tres meses en comenzar, no fueron tan masivas, los sindicatos las intentaron ligar a bases de trabajo negociables, aún cuando la CNT elevase el listón en algunas de ellas (las de la construcción y las de la hostelería), y los proce-

21.- El despliegue de medidas laborales en Francisco Sánchez Pérez, «Las reformas de la primavera del 36 (en la Gaceta y en la calle)» en Francisco Sánchez Pérez (coord.), *Los mitos del 18 de julio*, Barcelona, Crítica, 2013, pp. 291-312.

22.- Pedro Oliver Olmo, *Control y negociación: los jurados mixtos de trabajo en las relaciones laborales republicanas de la provincia de Albacete (1931-1936)*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses, 1996, pp. 111-112.

dimientos no fueron tan novedosos ni las ocupaciones de centros de trabajo, tan extendidas, aunque hubo casos, hasta entonces muy excepcionales y quizá influidos por las noticias que llegaban de Francia. Si bien no es menos cierto que la colaboración entre sindicatos presionó notablemente a la UGT y a la STV católica para adentrarse en estrategias de reivindicación que no eran las suyas y obligó a buscar nuevas fórmulas para solucionar los conflictos: en particular la movilización de los parados, la creación de listas de desempleados adscritos a los sindicatos y la presión obsesiva por la reducción de jornada, con el paro rampante en el horizonte de todas estas estrategias, bastante alejadas de las típicas de las sociedades de oficio. En cualquier caso, también se extendieron los conflictos laborales a sectores de menor tradición (mano de obra femenina, empresas de servicios).

Y aunque no había un vacío legal como el francés, la oportunidad política era muy buena para convertir la huelga en un extraordinario medio de presión sobre el gobierno Casares para que acelerase las reducciones de jornada, la lucha contra el paro y la reposición de la legislación laboral. Aunque en el último apartado se demoraron en el tema más delicado, el de los jurados mixtos, como ya he explicado, los gobiernos Azaña-Casares sí tomaron medidas en los demás apartados, que de alguna manera legitimaban las peticiones sindicales manifestadas en varios conflictos, siguiendo la retroalimentación ya expuesta. Y es que el problema del paro, que se suele decir que remitió en 1934-1935, llegó al paroxismo en vísperas de la victoria del Frente Popular: en enero de 1936 había 748.810 parados, 457.458 completos (no trabajaban ningún día de la semana), de ellos 481.738 agrícolas y 95.145 en la construcción; pero es que en febrero de 1936, último mes en el que el *Boletín del Ministerio de Trabajo* suministra datos, las cifras alcanzan

los 843.872, 543.088 completos, con 562.421 agrícolas y 100.887 en la construcción, cifra mensual que es la más elevada de toda la historia republicana, siguiendo a la misma fuente^[23]. Y así fue; las prolongadas lluvias de principios de año agravaron más el problema. Siguiendo la lógica de la restauración de horarios se repusieron las 44 horas semanales para los metalúrgicos (5 de marzo, *Gaceta* del 7 de marzo), que habían sido aprobadas por los jurados mixtos de Barcelona, Zaragoza, Valencia y Madrid, pero que los gobiernos radicalcedistas habían anulado en noviembre de 1934 (pasando de nuevo a las 48 horas). Pero se fue más allá porque el alcance de las 44 horas era ahora toda España. Nueva fue sin embargo la reducción de la jornada ordinaria de la minería del carbón a 40 horas, con un máximo de 44 horas para labores especiales (Decreto del 18 de junio, *Gaceta* del 21 de junio), que ya se hizo bajo la presión de diversas huelgas en el sector minero con ese objetivo. El horizonte de las 40 horas, la «semana de dos domingos», que ya se ha visto lograron los trabajadores franceses por entonces a nivel nacional, era algo que se vislumbraba como posible, como demuestra la convocatoria para el 7 de septiembre de una «Conferencia para la limitación de jornada», para «estudiar las posibilidades de la implantación de la jornada de cuarenta horas de trabajo semanales» (7 de julio, *Gaceta* del 10 de julio). Que nunca se celebrara dicha conferencia no quiere decir que el horizonte de las 40 horas no existiese y los huelguistas de mayo-julio lo sabían (eso es lo que se concedió por ejemplo a los de la construcción de Madrid), aunque en-

23.-El propio *Boletín* ante las alarmantes cifras se ve obligado a incluir una nota, atribuyendo el alza «casi en su totalidad, a aumento en el paro agrícola, lo que obedece, a su vez, al régimen general de lluvias e inundaciones, que ha paralizado todo trabajo en el campo», *Boletín del Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión*, 68, marzo de 1936, pp. 361-362; y 69, abril de 1936, p. 512.

tre los peones y albañiles de la construcción y los jornaleros del campo abundaba la reivindicación de las 36 horas. Que el tema de la jornada se ligaba al asunto del paro, y no solo entre los sindicatos, lo demuestra el preámbulo de dicho decreto: «a consecuencia (...) de la grave crisis económica que atraviesa el mundo entero, se ha producido e incrementado el paro obrero involuntario en extensión y duración jamás conocidas (...). La reducción de la jornada de trabajo en España disminuiría seguramente la cifra de los parados forzados». También se promovió un ambicioso proyecto de ley de obras en el Extrarradio de Madrid (4 de mayo, *Gaceta* de 6 de mayo), que se convirtió finalmente en ley el 18 de junio (*Gaceta* del 19 de junio), pero ya con la presión de la huelga general de la construcción madrileña encima.

Esta agitación huelguística fue criticada por las organizaciones del FP tanto en España como en Francia. En España el sector prietista del PSOE, pero también el PCE lo interpretaron como un desbordamiento de las bases, una pérdida de identidad de la Unión a favor de la CNT y una estrategia deliberada de radicalización pueril que desestabilizaba al gobierno^[24]. Teoría política que como tantas otras luego ha sido convertida en explicación historiográfica. En cualquier caso, parece evidente que la UGT durante la primavera de 1936 y en casi todas las provincias sufrió un auténtico aluvión no solo de afiliación sino de «reafiliación» (trabajadores que habían abandonado temporalmente el sindicato en el bienio anterior pero que retornaban ahora) y de absorciones (no sólo de la CGTU, el sindicato comunista, sino también de sindicatos autónomos y de cuello blanco, por ejemplo en Cataluña). Este dato es fundamental para entender cómo las

tácticas y estrategias de la UGT tradicional debieron alterarse indudablemente en las ciudades ante tal crecimiento de la afiliación en flecha, que amenazaba con romper todas las costuras del sindicato. El crecimiento ugetista es muy detectable incluso en los propios feudos de la CNT, como Sevilla (podría hablarse de *sorpasso*) o Cataluña, allí dirigida por comunistas ex-cenetistas^[25]. Esto coincide con lo que sabemos de la CNT, bastante más pragmática que cinco o tres años antes, en franco retroceso no sólo en Sevilla y Barcelona, sino también en Valencia, y un tanto descolocada tras octubre de 1934 y ante los puños en alto que se levantaban por doquier^[26]. El resultado en términos de disminución de la conflictividad será evidente, como se verá en los grandes centros confederales.

En este sentido, la mayoría de los trabajadores industriales de mayor tradición, por muy influidos que estuvieran por los «políticos», estaban convencidos de que la fuerza de las organizaciones y sus movilizaciones eran las que creaban la legalidad laboral y no las decisiones del parlamento o los débiles gobiernos, volubles, cuando no impotentes, como ya se había visto en el primer bienio (con la creciente resistencia patronal) y en el segundo (cuando la legislación había sido mutilada o desvirtuada con simples retoques o excusas legales). Por lo tanto parece bastante comprensible que algunas huelgas convocadas por UGT-CNT desconfiaran o prescindieran de los Jurados mixtos, entonces poco operativos, o en cualquier caso, que

24.-El punto de vista de Prieto más divulgado sobre esta cuestión es el del mitin de Cuenca del 1 de mayo, en Indalecio Prieto, *Siento a España: discurso*, Ediciones «La Motorizada», 1938.

25.-Para Sevilla, José Manuel Macarro vera, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985, pp. 49-56. Para Cataluña, David Ballester, *Marginalidades y hegemonías: la UGT de Cataluña (1898-1936). De la fundación a la II República*, Barcelona, Ediciones del Bronce, 1996, pp. 209-210.

26.-J. Casanova, *De la calle al frente*, p. 139: «indicios de la parálisis de la organización anarcosindicalista en 1935 hay muchos».

era más práctico doblegar a los patronos con una huelga unánime antes de esperar que un fallo o un laudo más o menos legal hiciese a los patronos que obedecieran, algo del todo hipotético. Aunque ya se habían dado casos y precedentes de colaboraciones UGT-CNT en los años 1933 y 1934 habían sido muy escasos, por lo que plantear las huelgas al unísono no dejó de ser una novedad característica de 1936. Esta obsesión por la firma del patrono la compartían con los obreros franceses. La vuelta al trabajo en las huelgas de la primavera gala fue muy dificultosa porque sintomáticamente la mayoría de los trabajadores no querían retornar a su actividad normal si el patrón no firmaba en persona un acuerdo escrito comprometiéndose a respetar los acuerdos de Matignon (de índole «política» y alcance nacional). Por eso *Le Populaire*, el periódico socialista, el 8 de junio, para explicar los acuerdos a sus lectores lo hacía en términos de solución convencional de una huelga: «Victoire! Victoire! Les patrons ont capitulé! (...) Les patrons? Quels patrons? Tous». Es bastante dudoso por otra parte que sin estas huelgas se hubiesen aprobado las medidas de Matignon o al menos ni tan fácil ni tan rápidamente, y en particular que la patronal, bastante asustada, hubiese firmado dichos acuerdos. Tras estas leyes y con la inestimable colaboración del PCF las huelgas pudieron disolverse en julio.

El papel de la capital del estado en el caso francés y el Español también fue diferente^[27]. A diferencia de París, que había ejercido de forma sistemática un papel dominante durante las olas de 1906, 1919–1920 o 1936^[28], Madrid aunque había tenido un

papel importante en los años 1917–1920^[29], siempre había ocupado una posición claramente secundaria en el movimiento huelguístico frente a Barcelona. Eso cambió en los años treinta cuando Madrid se puso en la cabeza del movimiento obrero del país^[30], rol hasta entonces muy discutido, al calor de las transformaciones que había tenido la estructura socioprofesional de la ciudad en los últimos veinte años, los cambios en los repertorios y patronos de la protesta urbana, que habían permitido la consolidación de la huelga general de industria como forma de acción colectiva hegemónica, y las oportunidades políticas que la Segunda República proporcionó, con la brusca irrupción de la democracia de masas y el intervencionismo del Estado en la vida social. La crisis económica y el paro de los años treinta fueron muy importantes tanto en París como en Madrid y la visibilidad del cambio político se encarnaba en la capital mejor que en ningún otro sitio. El problema es que también se visibilizaba mejor el caos y la violencia, sobre todo con los atentados políticos que se sucedieron en la ciudad en esos meses, de los que se hizo eco la prensa conservadora y la no tan conservadora, y luego multitud de autores posteriores, como si fuese un epítome de toda España.

en Charles Tilly y Edward Shorter, *Las huelgas en Francia, 1830–1968*, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1985.

29.–La problemática en Madrid de esos años puede verse en Francisco Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901–1923*, Madrid, Cinca/Fundación Francisco Largo Caballero, 2006.

30.–Muy significativamente en el trabajo de Michael Seidman, *Workers against work. Labor in Paris and Barcelona during the Popular Fronts*, Berkeley, University of California Press, 1991, la comparación con Barcelona remite a la revolución faísta tras el 18 de julio, sin una sola referencia a los meses anteriores. Difícilmente puede compararse eso a la oleada de huelgas de junio en Francia, pero el autor insiste en ello, empeñado en describirnos dos revoluciones, para lo que Madrid no ofrece un buen perfil obviamente.

27.–Más sobre el particular en Francisco Sánchez Pérez, «Madrid, capital de la protesta: de agosto de 1917 a julio de 1936», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2007, pp. 301–311; y Francisco Sánchez Pérez, «Las huelgas del 36: ¿por qué Madrid?», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, 48 (2012), pp. 27–42.

28.–Véase el proceso y el papel centralizador de París

El despliegue del conflicto

Con respecto al despliegue huelguístico concreto, en Francia se ha hablado de «explosión social»^[31]. El origen de las primeras huelgas (el 11 de mayo en la fábrica de aviones Bréguet en Le Havre y el 13 en otra de Toulouse) fueron las típicas represalias patronales y despidos que se habían adoptado tras el paro del Primero de mayo precedente (fiesta o reivindicación que los patronos consideraban una huelga ilegal). Ya en ellas se produjo la característica más llamativa de esta oleada: la ocupación de las fábricas por los huelguistas (huelga de brazos caídos o *sur le tas*, pero pernoctando dentro si se daba el caso), que de alguna forma impide el uso de esquirols y la ruptura de la unidad de los operarios fuera de la fábrica (en un contexto de trabajadores jóvenes, poco cualificados y de escasa tradición asociativa). Este método, surgido de forma espontánea, no tenía ninguna tradición en las protestas obreras francesas^[32] y muy pronto se extendió a la *banlieu* de París (a partir del 14 de mayo), en particular en las empresas metalúrgicas, con algunas grandes fábricas como Renault a la cabeza. De allí saltó a provincias y prácticamente llegó a cada rincón de Francia hasta unos niveles que superaban las oleadas de épocas anteriores (más de 17.000 conflictos

y dos millones y medio de huelguistas). La oleada, independientemente de la actitud de algunos militantes comunistas o sindicalistas aislados que hicieron de cabecillas o agitadores^[33], no fue organizada ni planeada, tanto en el *modus operandi*, inédito como se ha dicho, como en el esfuerzo que hicieron particularmente la CGT y el PCF porque la *mancha* no se extendiese, y tras los acuerdos de Matignon porque el frenesí remitiese, como ya se ha mencionado. También tuvo un alto porcentaje festivo con viejos rituales de inversión de autoridad, extraídos del carnaval y el *charivari* («ahora–nosotros–somos–los–amos»)^[34], y el nuevo ritual del puño alzado o levantado, el *poing dressé* o *poing levé*, procedente de la contracultura comunista de la Alemania de Weimar^[35] y se ha comentado reiteradamente el alto porcentaje de obreros e incluso empresas enteras de cultura sindical escasa que participaron, llegándose al extremo tras las jornadas de Matignon de sumarse sectores sin presencia sindical alguna como los empleados de grandes almacenes, con abundante mano de

31.–Expresión usada en francés en Georges Lefranc, *Juin 36. L'explosion sociale du Front Populaire*, Paris, Gallimard, 1966, y en inglés en Julian Jackson, *The Popular Front in France: defending democracy, 1934–38*, Cambridge University Press, 1988, p. 85.

32.–M. Seidman, *Workers against work*, p. 216, insiste en que estas huelgas no sólo eran habituales, sino que los trabajadores llevaban mucho tiempo haciéndolas, pero los ejemplos que pone son casuales (no sistemáticos) y no implican pasar días dentro de la fábrica o establecimiento. Julian Jackson, *The Popular Front in France*, p. 101, cita casos en Francia de obreros polacos (mineros) que habían practicado estas huelgas (con poco éxito y escasa solidaridad de los compañeros indígenas). Por el contrario, los testimonios contemporáneos de que eran procedimientos originales y poco difundidos son innumerables.

33.–Antoine Prost, «Les Grèves de juin 1936, essai d'interprétation», en René Rémond y Pierre Renouvin (eds.), *Léon Blum. Chef de gouvernement, 1936–1937*, Paris, FNPS (Sec. Edit.), 1981, pp. 69–87. También en Raymond Hainsworth, «Les grèves du Front Populaire de mai et juin 1936. Une analyse fondée sur l'étude de ces grèves dans le bassin houiller du Nord et du Pas-de-Calais», *Le Mouvement Social*, 96 (1976), pp. 3–30.

34.–«La «grève sur le tas», c'est un pique-nique prolongé», reportaje de Bertrand de Jouvenel para *Marianne* (17 junio 1936), citado en Louis Bodin y Jean Touchard, *Front Populaire 1936*, Paris, Armand Colin, 1985, p. 100. La fiesta y el ritual han propiciado nuevos enfoques del año 1936, clave de bóveda del movimiento obrero francés, revisados por la antropología política y social. Véase Danielle Tartakowski, *Le Front Populaire. La vie est à nous*, Paris, Gallimard, 1996.

35.–Gilles Vergnon, «Le «poing levé», du rite soldatique au rite de masse. Jalons pour l'histoire d'un rite politique», *Le Mouvement social*, 212 (2005), pp. 77–91. Este ritual cambia de sentido y de minoritario pasa a masivo tanto en España como en Francia simbolizando la adhesión a la lucha antifascista.

obra femenina^[36]. Los principales protagonistas fueron los grandes establecimientos industriales de más de quinientos trabajadores y los empleados administrativos. Fue muy habitual que las huelgas comenzasen y las reivindicaciones se redactasen después. Sectores muy sindicados pero vinculados a los servicios públicos como los ferroviarios, los maestros o los carteros no participaron tan ampliamente. La vuelta al trabajo fue muy dificultosa porque sintomáticamente la mayoría de los trabajadores no querían retornar a su actividad normal si el patrón no firmaba en persona un acuerdo escrito comprometiéndose a respetar los acuerdos de Matignon. «Por primera vez sin duda en la historia de Francia» el nuevo gobierno no envió policía ni soldados para desalojar las fábricas ocupadas^[37] y a la inversa la victoria colectiva que supusieron estos acuerdos permitió que la huelga se ganase en los despachos gubernamentales y no en el tajo. Otra de las consecuencias del éxito fue el aumento brusco y desbordante de la afiliación sindical (en la Renault por ejemplo la CGT pasó de 700 a 25.000 afiliados)^[38]. Por tanto esta oleada fue un acto de presión política masiva sobre el nuevo gobierno y un acto de impaciencia porque éste no se constituía, era difícilmente resoluble conflicto a conflicto y no tenía mucho que ver con la cultura sindical tradicional, pues se centró en los

trabajadores semicualificados de las nuevas industrias, basadas en la cadena de montaje por un lado y en profesiones administrativas del comercio y los seguros por otro.

En el caso español, la actividad huelguística durante la primavera de 1936 es evidente que aumentó notablemente frente a 1935 pero no llegó ni a aproximarse a las dimensiones de lo que pasó en Francia. Hay serias dudas sobre su amplitud, muy irregular. En cualquier caso se concentran en un solo trimestre: 911 entre mayo y julio de 1936, habiendo más huelgas en cada uno de estos meses que en cualquiera de todo el período republicano y solo en un trimestre más que en el resto de años completos (salvo quizá 1933), lo que no deja de ser sorprendente. Esto se debe a los problemas de las estadísticas que aportaba el *Boletín del Ministerio de Trabajo* y que hemos criticado a fondo en otro lugar^[39], porque se computaban todos los conflictos posibles, es decir los *planteados*, donde había demandas que podían acabar en un conflicto, pero no los realmente *declarados*, que más tarde se depuraban a la baja, sobredimensionándolos sistemáticamente desde noviembre de 1933. El problema es que para 1935 y 1936 nunca se hizo tal depuración ni tenemos constancia de su existencia. Un indicio de que esa es la clave lo aporta la aparición en el *Boletín* en su lista de junio de una huelga de «obreros de la construcción» en Sevilla por presentación de «nuevas bases de trabajo»^[40], huelga que como sabemos nunca se llegó a producir pues se firmó un acuerdo sin paro^[41]. Coin-

36.- Véase por ejemplo el testimonio de Madeleine Collette, trabajadora a la sazón de Magasins Réunis Étoile en Georges Lefranc, *Histoire du Front Populaire*, pp. 489-493. En dichos almacenes apenas hay una cajera sindicada que esboza una mínima estrategia entre 500 empleados, las reivindicaciones se hacen la misma noche (toda en vela) que la huelga comienza y en el mismo establecimiento, para después solicitar el apoyo de sindicalistas externos (mayoritariamente masculinos).

37.- D. Borne y H. Dubieff, *La crise des années 30*, p. 153.

38.- Las cifras de Renault son de Bertrand Badie, «Les grèves du Front Populaire aux usines Renault», *Le Mouvement Social*, 81 (1972), pp. 69-109. La CGT pasó de 750.000 afiliados a principios de 1936 a casi 4.000.000 un año después.

39.- E. González Calleja, F. Cobo Romero, A. Martínez Rus y F. Sánchez Pérez, *La Segunda República española*, pp. 754-762 y 111-1112.

40.- *Boletín del Ministerio de Trabajo, Sanidad y Previsión*, 72, julio de 1936, p. 47.

41.- Antonio Miguel Bernal, José Luis Gutiérrez y Manuel Ramón Alarcón, *La jornada de seis horas, 1936: movimiento obrero y reducción de la jornada de trabajo en el ramo de la construcción de Sevilla*, Córdoba, Centro Andaluz del Libro, 2001, pp. 16-17.

cidió en el tiempo en cualquier caso con el despliegue de huelgas en Francia de mayo-junio, si no estuvo directamente inspirada al menos en parte por él, y también con el cambio de gobierno en mayo, una nueva hornada de gobernadores civiles en muchos casos y el Congreso de Zaragoza de la CNT a primeros del mes con su eslogan de las 36 horas, que está influido por el acuerdo de abril de UGT y CNT para presentar nuevas bases de trabajo en Madrid en la construcción y no al revés. En cualquier caso no parece un despliegue atípico respecto a lo que había ocurrido en 1930-1934, destacando que el caso excepcional no fue éste, sino 1935.

En cualquier caso los datos invocados chocan con la historiografía que ha abordado este tema allí donde lo ha hecho con algo de profundidad, en particular la local, y que matiza, cuando no contradice abiertamente, los datos institucionales. Pues en general muestra datos de huelgas inferiores a las del primer trienio y destaca en particular la ausencia de huelgas insurreccionales semejantes a las de 1931-1934 que no se dan en parte alguna y que tampoco fueron abordadas por las autoridades con la misma saña: no hay nada semejante a la rebelión de la Telefónica o la «semana sangrienta» sevillana de 1931, de las huelgas generales de Zaragoza o la batalla campal perpetua de la Barcelona de 1931-1933, de las insurrecciones de la CNT-FAI de 1932-1933 o la huelga agraria de junio de 1934, por no hablar de octubre de ese año. No hay más que comparar cómo fue tratada la más grave, la huelga general de la construcción de Madrid, y eso que se prolongó por mes y medio. La impresión general es que habían cambiado cosas muy importantes en el país, si se compara con todo lo anterior. Ya se han mencionado los datos agrarios que muestran que el número de paros, sin ser inexistente, es inferior al del primer bienio, lo que de paso erosiona la teoría de que es la radicalización ideológica del

PSOE o de la UGT lo que incide en el aumento de huelgas agrarias. Muy al contrario, parece que la radicalización no es la causa de los conflictos, sino la consecuencia de éstos. O que la UGT *caballerista* de 1936 no tuvo por qué ser más amante de los conflictos que la *besteirista* de antes de enero de 1934.

En cualquier caso, sabemos que en aquellas ciudades donde la hegemonía cenetista aún era importante como Zaragoza, Barcelona o incluso Sevilla, el despliegue de conflictos fue comparativamente menor que en otras zonas y de mucha menor violencia que en las auténticas batallas campales del primer bienio, siguiendo la pauta que se ha señalado para las huelgas agrarias. El número de huelgas en Zaragoza capital en 1936 fue de una (de ferroviarios) frente a más de 30 todos los años en 1931, 1932 y 1933; en Sevilla ciudad hubo 13 huelgas, concentradas en mayo y junio (frente a 67 en 1931 ó 27 en 1933), y 9 de ellas en conflictos muy localizados, sin una sola huelga general, algo excepcional en Sevilla, donde hubo 15 huelgas generales entre 1931 y 1934 (12 sólo entre 1932 y 1933); en Barcelona y en Cataluña, pese a que siguió habiendo huelgas, los conflictos fueron de tal cariz que se creó el contramito de la «primavera trágica», el del «oasis catalán»^[42]. Por el contrario la ofensiva de la CNT en Madrid, a través de sectores menos cualificados como la hostelería o la construcción, aumentó su presencia de forma relevante, cuanto menos^[43]. En

42.-Jesús Ignacio Bueno Madurga, *Zaragoza, 1917-1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, Zaragoza, Inst. Fernando el Católico, 2000, p. 283; José Manuel Macarro Vera, *La utopía revolucionaria. Sevilla en la Segunda República*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla, 1985, pp. 72-79 y 91; Eduardo González Calleja, «Entre el *seny* y la *rauxa*. Los límites democráticos de la Esquerra», en Fernando del Rey Reguillo (dir.), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, pp. 328-329.

43.-Santos Juliá Díaz, *Madrid, 1931-1934. de la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, S. XXI, 1984; Francisco

cualquier caso, la ecuación seguía siendo la tradicional, cuanto mayor crecimiento de la UGT frente a la CNT menos huelgas y más moderadas, por lo que la radicalización sindical ugetista de 1936 es cuando menos discutible. Por lo tanto, puede concluirse que la recuperación sindical fue muy rápida a través de una militancia de aluvión, que amenazó con romper el equilibrio sindical en algunas zonas (no siempre en el mismo sentido), y que extendió las huelgas (como en el campo) a sectores de la producción inéditos en su faceta reivindicativa o asociativa hasta la fecha. Sectores de mano de obra femenina, como las sastras y perfumistas de Madrid, pero también masculina, como los toreros de la Plaza de las Ventas, los marinos de Vizcaya o los dependientes y oficinistas de Málaga^[44].

En buena parte de las huelgas la preocupación por liberar el mayor número de trabajadores del drama del desempleo (y la certeza de que las instituciones eran impotentes en este campo) se convirtió en una prioridad sobre cualquier otra^[45]. Tradicionalmente, el desempleo no proporcionaba el medio más adecuado para la combatividad sindical al obstaculizar las huelgas y debilitar a las organizaciones, enfrentando a unos colectivos de trabajadores con otros, sindicados o no. La competencia sobre el puesto de trabajo se agravó por el retorno de los represaliados y despedidos de octubre, que exigían en primer lugar el despido

de los «nuevos», generalmente menos cualificados, peor remunerados y protegidos por sindicatos católicos, más dóciles. A estos trabajadores se les exigía la afiliación en los sindicatos dominantes y que esperasen en ellos su «turno». Quizá algunos, resentidos, abrazaron el fascismo o el pistoleroismo. Buscar soluciones para el paro a través del reparto del trabajo y la reducción del horario se convirtió en tema sindical casi prioritario, en particular en el caso de la CNT, que no admitía la intervención de las instituciones. La CNT además tenía buena parte de su clientela en los barrios periféricos de las grandes ciudades, de inmigración más o menos reciente y con peores condiciones de habitabilidad, poblados de trabajadores de baja cualificación^[46].

Lo expuesto anteriormente sirve para comprender la novedad, la virulencia y la audacia de ciertas tácticas y prácticas, vistas incluso por veteranos dirigentes sindicales como maximalistas. Se hicieron sentir en particular a partir de mayo, cuando muchos despedidos ya habían sido readmitidos y las organizaciones ya habían tenido tiempo de reorganizarse y plantear nuevas bases de trabajo y demandas salariales. Por ejemplo, la presión de los parados y el cierre de empresas en crisis creó una movilización novedosa, aunque muy minoritaria, como la huelga de brazos caídos, nombre dado en España a las huelgas con ocupación del centro de trabajo, que se dieron en el metal, los astilleros de Cádiz (con encierro y huelga general de solidaridad) y grandes fábricas (como la de cerveza El Águila en Madrid, que también arrastró a una huelga del ramo), pero también en sectores sin una amplia tradición reivindicativa o societaria, en particular los que acogían un importante porcentaje de mano de obra femenina (acei-

Sánchez Pérez, «Un laboratorio de huelgas: el Madrid del Frente Popular (mayo-julio de 1936)», en M. C. Chaput, *Fronts Populaires*, pp. 155-172.

44.— La anécdota del conflicto taurino la cuenta José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 643.

45.— Más detalles en Francisco Sánchez Pérez, «Las huelgas durante la república española: el caso de 1936», en Julien Lanes Marsall, David Marilhac, Muchel Ralle y Miguel Rodríguez (eds.), *De los conflictos y de sus construcciones. Mundos ibéricos y latinoamericanos*, París, Éditions Hispaniques, 2013, pp. 119-129.

46.— José Luis Oyón, *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2008.

tuneras de la Casa Peter en Sevilla). Estos sectores también eran propensos a extender la huelga y convertirla en un problema de orden público en la calle y formaron parte del paisaje icónico de los meses anteriores a la guerra: en Madrid las sastras y perfumistas (de Gal y Floralía) levantaban el puño y perseguían esquiroles por las calles; los pescadores en Guipúzcoa iban a la huelga general. Ninguno de estos sectores había organizado huelga alguna hasta la fecha al menos en los años treinta^[47]. Es comprensible que el ver a mujeres y a sectores de conflictividad hasta entonces inédita paseando amenazadoramente las calles (haciendo *piquetes* como se diría hoy, *visitas* como se decía entonces) les pareciese a los más conservadores que se habían pasado todas las líneas rojas^[48]. Los sindicatos más afectados por el paro y más radicalizados presionaban en torno al tema de las 36 horas, que ligaban indefectiblemente al reparto del trabajo. Esta jornada, que ya formaba parte de las reivindicaciones agrarias, se convirtió en un objetivo de la construcción, antes incluso de recibir el *placet* del Congreso cenetista de Zaragoza en mayo de 1936. En dos huelgas en particular las 36 horas fueron el meollo de sus peticiones: en Madrid donde ya formaba parte de las nuevas bases de trabajo en abril, y que encalló en una colosal (unos 80.000 traba-

jadores de Madrid y alrededores) y larguísima huelga, comenzada el 1 de junio y aún sin solucionar del todo el 18 de julio^[49]; y en Sevilla (en junio), donde pudieron aprobarse sin conflicto.

En este contexto altamente competitivo entre sindicatos por captar militancia las dimensiones del despliegue huelguístico y la aparición de la violencia en el transcurso de las huelgas dependió sobre todo de ese complicado equilibrio de fuerzas entre sindicatos, la capacidad de colaboración y/o competencia entre ellos, el grado de desconfianza en los jurados mixtos (lo que favorecía la acción directa y el acercamiento a la CNT) y la virulenta presión de los desempleados. Los casos más graves de pugna intersindical se dieron en Madrid, pero sobre todo en Málaga. En Madrid se derivó del desenlace de la huelga de la construcción, cerrada en falso por la oposición del sindicato cenetista local a aceptar la decisión del jurado mixto creado *ad hoc* (es decir «circunstancial») y un laudo ministerial que concedía, entre otras cosas, las 40 horas (procedimiento que sí había aceptado, aún en otro contexto, con un gobierno radical en febrero de 1934). Esto separó a los dos sindicatos, mientras los trabajadores dirimían sus diferencias a tiros (al igual que en la huelga del mismo sector en septiembre de 1933), como había sucedido también a su vez en la huelga de camareros de mayo-junio. Pero nada comparable a lo de junio en Málaga, donde los asesinatos de sindicalistas ugetistas y cenetistas se hacían en los propios domicilios, teniendo como telón de fondo el control de la distribución del pescado en la ciudad^[50].

47.—En realidad sí hubo huelga de sastras en Madrid antes de 1923 como expliqué en F. Sánchez Pérez, *La protesta de un pueblo*, pp. 238–345.

48.—Sobre el particular tenemos la anécdota, muy característica de esta mentalidad, José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, pp. 642–644, donde para ilustrarnos del caos que se vivía en España se refiere a una huelga de toreros y a otra de operadores que suspendió la proyección de una película «en uno de los principales cines de Madrid». Como puede verse el fenómeno huelguístico llegaba incluso a los reductos más queridos por la opinión pública conservadora, hasta entonces protegidos de ese virus. Pese a todo es significativo que solo le dedique a las huelgas urbanas cuatro páginas en un libro de más de 800 que intenta demostrar que la guerra fue inevitable. No sería inevitable por tanto por esa razón.

49.— F. Sánchez Pérez, «Un laboratorio de huelgas»; Santos Juliá Díaz, «¿Feudo de la UGT o capital confederal? La última huelga de la construcción en el Madrid de la República», *Historia Contemporánea*, 6 (1991), pp. 207–220.

50.—José Velasco Gómez, *Luchas políticas y sociales durante la IIª República en Málaga, 1931–1936*, Málaga, Diputación Provincial, 2005.

Pero, en cualquier caso, no existió una dirección unificada y con un mínimo de coordinación del movimiento, en lo que sí hay un paralelo evidente con Francia, por lo que la virulencia de la oleada huelguística es muy desigual, más elevada en Vizcaya y Guipúzcoa, quizá en Asturias, donde había que recomponer el estropicio de octubre de 1934, pero sobre todo en Málaga y Madrid. Pero en la Andalucía urbana en su conjunto es bastante evidente que las huelgas disminuyeron frente a 1931-1934, al menos en cinco de las ocho provincias^[51]. Y al este del sistema ibérico esto es ampliable a Zaragoza y Barcelona. Falta un estudio más sistemático en Murcia y el País Valenciano, por no decir del conjunto del país no ya para 1936 sino para todo el período republicano, al menos comparable al que se ha hecho en otros países. Rafael Cruz ha intentado hacer una tipología de las huelgas de la España de 1936, agrupándolas en cuatro categorías: las de la construcción, que tuvieron un gran peso en el total, junto a otros servicios urbanos (agua, gas y electricidad, hielo y refrescos, hostelería, transportes, ocio), que les dieron una mayor visibilidad e impacto para las clases medias y las élites urbanas, que si se hubieran limitado a las canteras, las minas, el metal, los puertos o el campo; los paros generales locales de 24 ó 48 horas, que se prodigaron esos meses, generalmente para protestar contra provocaciones y atentados frustrados o consumados por la extrema derecha, muy activa esos meses, o bien como solidaridad por otros conflictos encallados o mal resueltos; las huelgas de competencia intersindical más feroz con choques en la calle, como las de Málaga antecitadas; y el caso de Madrid, donde convergieron las tres categorías^[52].

51.-Diego Caro Cancela, «Elecciones, conflictividad social y violencia política en la Andalucía del frente popular», *Trocadero*, 17 (2005), pp. 57-75.

52.-R. Cruz Martínez, *En el nombre del pueblo*, pp. 150-154.

Tanto en Francia como en España y pese a las diferencias apuntadas hubo por tanto grandes similitudes, ejerciendo el país galo de referente cronológico imprescindible: oportunidad política y presión sobre el gobierno en materia de paro y de jornada, trabajadores jóvenes, métodos novedosos, control de las ejecutivas sindicales sólo relativo, sin llegar en España a la espontaneidad francesa, extensión a sectores de escasa tradición asociativa y huelguística, centralización en la capital, con Madrid de imagen y escaparate privilegiado de estas huelgas, junto a algunos de los elementos más perturbadores de la violencia política, y en particular del *envalentonamiento* y rebelión de los de abajo, del *upside down*. En los meses de junio y julio llegaron a estar en huelga en Madrid cerca de 100.000 personas simultáneamente y podían verse plazas de toros repletas de peones y albañiles, asambleas al aire libre con miles de personas en la Ciudad Universitaria alzando su mano para votar, grupos de sastras o perfumistas de Gal y Floralia levantando el puño ante los estupefactos viandantes, petardos y pedradas en los escaparates y terrazas de bares y restaurantes, todo salpicado con entierros multitudinarios de mártires con uniformados escoltándoles y realizando el saludo a la romana o con el puño en alto. Esta imagen de un Madrid «subversivo» y su abusiva proyección a toda España tuvieron un gran peso en la difusión y construcción posterior del mito de la anarquía y la revolución que asolaban el país y significó un escenario de fondo que explotaría a fondo la propaganda franquista y después la historiografía afín para justificar el golpe, la guerra y la dictadura subsiguiente.

De esa imagen no se libró el 36 francés, pues para los dirigentes de la Francia de Vichy esos acontecimientos eran considerados el síntoma de todo aquello que rechazaban en su país y que había llevado a la decaden-

cia nacional y a la «extraña derrota». Pero en la Francia democrática tras 1945 esos meses se consideraron un precedente de la coalición vencedora en la guerra contra nazis y colaboracionistas y se terminaron recalcando más sus aspectos festivos, simbólicos y épicos que cualesquiera otros. Muy al contrario la imagen tenebrosa y ennegrecida ha seguido siendo la dominante en España prácticamente hasta hoy. Y aunque recientemente acaba de aparecer una obra que hace un enfoque francamente positivo de los planteamientos y logros del FP de 1936 y el legado de ese tiempo, algo realmente muy complicado de encontrar hace tan sólo veinte años, quizá menos^[53], sigue abundando la publicística que repite invariablemente la cantinela del llanto y el crujir de dientes y que la primavera de 1936 fue la causa de la guerra civil. Relato legendario y mito que poco o nada tiene que ver con las ciencias sociales, pero que en cualquier caso hay que tener mucha desfachatez para presentarlo como un relato original y novedoso, cuando es el mismo que la dictadura franquista explicó a los españoles durante cuarenta años y que algunos siguen sosteniendo hasta el día de hoy, más allá de cualquier evidencia^[54].



Reparto de diarios durante la huelga de vendedores de periódicos. Barcelona, mayo de 1936 (Foto: C. Pérez de Rozas - Arxiu Fotogràfic de Barcelona).

53.— J. L. Martín Ramos, *El Frente Popular*.

54.— Stanley G. Payne, *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Madrid, Espasa, 2016.

Entre el pacto y la revolución. El movimiento libertario en la primavera de 1936

*Between pact and revolution. The libertarian movement in the
spring of 1936*

Julián Vadillo Muñoz

Doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid

Resumen

La historia del anarquismo en España es una de las partes más importantes de la historia del movimiento obrero. Es muy difícil entender la historia del obrerismo español si no se tiene en cuenta al anarquismo como movimiento político y social. Con la llegada de la República el anarquismo y sus organizaciones serán actores protagonistas. Aunque los anarquismos no participaron directamente de la formación del Frente Popular, sus debates precedentes sirvieron para que ellos mismo tuvieran una posición ante la coalición electoral que triunfó en febrero de 1936. Igualmente, debido a la reorganización del mismo tras la huelga general de octubre de 1936, el movimiento libertario tuvo un papel protagonista en la primavera de 1936, que pondría a los anarquistas como un factor protagonista en las luchas obreras que se desarrollaron en los meses que precedieron al golpe de Estado de julio de 1936.

Palabras clave: Anarquismo, alianza revolucionaria, CNT, FAI, abstencionismo, pacto revolucionario.

Abstract

The history of anarchism in Spain is one of the most relevant chapters of the history of the workers movement. It is very difficult to understand the history of the Spanish labour movement if the anarchism as a political and social movement is not taken into account. With the advent of the Republic the anarchism and its organizations became leading actors. Although not directly involved in the formation of the Popular Front, their previous debates ensured that they had a position regarding the electoral coalition that triumphed in February of 1936. Also, because of its reorganization after the general strike of October 1936, the libertarian movement played a leading role in the spring of 1936, which would make the anarchists a leading factor in the labour struggles that developed in the months preceding the coup d'état of July 1936.

Keywords: Anarchism, revolutionary alliance, CNT, FAI, abstentionism, revolutionary pact

Introducción

Una de las peculiaridades que ha tenido España ha sido la importancia del anarquismo en el seno del movimiento obrero y en la historia política de la edad contemporánea. Una influencia que incluso se extendió a los años de plomo de la dictadura franquista.

Desde la introducción de la Internacional en España, las ideas libertarias fueron protagonistas en el desarrollo del movimiento y de las luchas políticas y sociales. A diferencia de otros países donde el anarquismo comenzó a decaer en la década de 1910, en España su fuerza, con flujos y reflujos, se mantuvo en el tiempo, y los anarquistas fueron rivales de los socialistas por el control del movimiento obrero. Otra peculiaridad es que, en países como Francia, Argentina o Rusia, la irrupción del movimiento comunista rompe las estructuras de socialistas y libertarios. Sin embargo, en España el estallido de la Revolución rusa y los debates posteriores que tanto socialistas como anarquistas tuvieron no significaron una pérdida de su influencia ni un avance de las posiciones comunistas emanadas de sus organismos internacionales. Italia fue también un centro de batalla entre las corrientes del obrerismo, pero la llegada del fascismo al poder en la temprana fecha de 1922 proscribió cualquier debate y condenó al conjunto del movimiento obrero al exilio o al confinamiento.

En España, sin embargo, a pesar de la dictadura de Primo de Rivera, el obrerismo libertario se recompuso y se presentó de la mejor manera con la proclamación de la República. Durante este periodo rivalizó con los socialistas y solo llegada la Guerra Civil le disputó ese control del movimiento obrero el Partido Comunista. Es por ello que la actividad, desarrollo y debates de los libertarios durante el periodo republicano

y, particularmente, durante la primavera de 1936, fueron determinantes para entender la posición de la CNT y la FAI ante el estallido de la Guerra Civil.

República y anarquismo. Una relación de amor/odio. De la proclamación de la República a 1935

Lejos del lugar común de considerar al anarquismo como un opositor enconado de la República, las relaciones entre el movimiento libertario y los republicanos pasaron, a lo largo de la historia, por diferentes etapas de rivalidad o colaboración. Y la proclamación de la República no se podría entender sin la actividad que los libertarios tuvieron en la oposición a la dictadura de Primo de Rivera.

De facto, cuando se proclamó la República en España en abril de 1931, solo dos movimientos políticos mostraron su oposición a la misma. Por una parte los monárquicos alfonsinos, por razones obvias, y por otra los comunistas, que vieron en el régimen republicano un Estado burgués que lo alejaba de las posiciones del Estado obrero soviético que defendían^[1].

Sin embargo, el movimiento libertario, que desde 1923 estaba proscrito por la dictadura, que desde el exilio había organizado varias intentonas de derrocar el régimen en España y cuya organización miró en su amplia mayoría con buenos ojos la colaboración con otras fuerzas políticas para tumbar la monarquía en España, recibió como si fuera suya, como si fuera un proceso revolucionario propio, la proclamación de la República. Así lo expresaba:

«Ha sido proclamada la República en España.

1.— Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 54. Ver también Joan Estruch, *Historia del PCE (I) (1920-1939)* Barcelona, El Viejo Topo, 1978, p. 65.

«El Borbón ha tenido que dejar el poder.

Los ayuntamientos, las diputaciones, las oficinas de Correos y Telégrafos están en manos del pueblo.

Para afirmar estos hechos hemos de manifestarnos en la calle.

No somos entusiastas de una República burguesa, pero no consentiremos una nueva dictadura.

El pueblo debe estar dispuesto para hacer frente a una posible reacción de las fuerzas armadas.

Si la República quiere, realmente, consolidarse, tendrá que tener en cuenta la organización de los trabajadores. Si no lo hace, perecerá.

Como primera condición exigimos la inmediata libertad de todos nuestros presos.

Después de esto, lo más importante de todo, pondremos otras condiciones.

La Confederación Regional del Trabajo de Cataluña declara la huelga general y se atenderá, en sus actos, a la marcha de los acontecimientos.

Por la libertad de los presos. Por la Revolución.

¡Viva la Confederación Nacional del Trabajo!»^[2].

El titular de *Solidaridad Obrera* el 14 de abril no podía ser más sintomático. Un reconocimiento de la victoria republicana, aunque no se mostraba el entusiasmo de que con el cambio de régimen la situación social cambiase para los trabajadores^[3]. Para los libertarios quedaba exigir a la República para que contase con la clase obrera, uno de cuyos representantes era la CNT. Eran los momentos de las bodas republicanas con los libertarios, que paulatinamente se fueron alejando. Lo que quedaba

claro es que para la CNT la proclamación de la República fue un proceso revolucionario del que ellos mismos eran protagonistas. El anarquismo había crecido al calor de la oposición a la dictadura. No había participado del Pacto de San Sebastián, pero sí de las conspiraciones contra el régimen anterior. Muchos de los movimientos, como el de Jaca, tenían un sabor libertario, teniendo en cuenta que personajes como Fermín Galán eran simpatizantes del anarquismo y contaban con la CNT para sus movimientos. Nadie negaba la tarea protagonista de los libertarios en el cambio de régimen. «A esa República ‘salida del pueblo’, preferible a una ‘monarquía por la gracia de Dios’, y a la que no pocos cenetistas habían contribuido a traer con su voto, se le pedía muchas cosas, pero sobre todo libertad»^[4].

El congreso que la CNT realizó en mayo de 1931, con la República recién proclamada, en el Teatro del Conservatorio (actual Teatro María Guerrero), también aleja la visión clásica que sobre el movimiento libertario se tiene. Lejos de una visión que se ha querido dar de un congreso polarizado entre un sector «reformista» y un sector «faísta», enfrentados por cuestiones como las Federaciones Nacionales de Industria o el tiempo que se ha de dar a la República, la lectura de sus actas y debates se aleja de esa percepción. En primer lugar, porque no existió nunca un sector faísta. Cuando se estudian los sindicatos con posible influencia faísta, se ve que muchos de ellos votaron a favor de las Federaciones Nacionales de Industria. Y, por otra parte, las personalidades encasilladas dentro del faísmo no estaban encuadradas dentro de la FAI. Ni Durruti ni Ascaso ni García Oliver ni Federica Montseny eran en aquel momento integrantes de la Federación Anarquista

2.— Adolfo Bueso, *Recuerdos de un cenetista*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 339.

3.— *Solidaridad Obrera*, 14 de abril de 1931, n.º 126

4.— Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 14.



Federica Montseny en un mitin de la CNT en la Monumental de Barcelona el 19 de julio de 1936
(Foto Marco: Arxiu Fotogràfic de Barcelona).

Ibérica. En ese congreso se aprobaron por aplastante mayoría las Federaciones Nacionales de Industria: por 302.343 votos a favor frente a 90.676 votos en contra. Igualmente, la CNT hizo un repaso a la situación del momento. Consideró la asamblea constituyente emanada de la proclamación de la República como un «hecho revolucionario» del que ellos mismos se sentían partícipes. Analizó la cuestión regional en Cataluña, País Vasco y Galicia, donde también estaba presente, y el modelo de relaciones laborales que Largo Caballero estaba implementando desde el Ministerio del Trabajo. Si bien hizo una crítica a los Jurados Mixtos, comparándolos con los Comités Paritarios, también dejaba la puerta abierta a establecer marcos reivindicativos que fuesen asumidos para unas mejores condiciones de la clase obrera basados en la negociación. Las críticas iban dirigidas a la UGT y a Largo Caballero, sus rivales naturales. A pesar de

esta concesión a la negociación del anarcosindicalismo, se ratificó en los acuerdos del Congreso de la Comedia de 1919 a favor del comunismo libertario. De ese congreso de mayo de 1931 salió elegido secretario general de la CNT Ángel Pestaña, director de *Solidaridad Obrera*. Como dice el historiador Juan Pablo Calero, «es difícil seguir sosteniendo la teoría de la dictadura extrema de la FAI sobre la CNT a la vista de los dictámenes aprobados en el Congreso de 1931»^[5]. Apelar a las memorias de Juan García Oliver (*El eco de los pasos*) para justificar toda una teoría historiográfica se antoja un argumento débil a la vista de las nuevas investigaciones. Además, como el propio Julián Casanova muestra, intervenciones como la de Galo Díez en el congreso muestran un interés de la CNT por dejar hacer

5.— Juan Pablo Calero Delso, *El gobierno de la anarquía*, Madrid, Síntesis, 2011, p. 40.

a la República y, solo cuando el pueblo se desilusionase con ella, trabajar junto a esos republicanos desilusionados por una transformación más radical de la sociedad^[6].

Sin embargo, pronto comenzaron los conflictos entre las autoridades republicanas y el movimiento libertario. Algunos eran por cuestiones laborales, como la huelga de Telefónica en junio de 1931 en Madrid, que enfrentó al incipiente movimiento anarcosindicalista con la UGT, un sindicato sectorial y la propia patronal. También a medida que el Gobierno republicano desde el Ministerio del Trabajo sacaba la nueva legislación. La CNT se opuso a la legislación que comenzó a promulgar Largo Caballero y que se empezó a aplicar. La Ley de Términos Municipales o la Ley de Jurados Mixtos fueron duramente criticadas por la CNT.

También se produjeron enfrentamientos con las fuerzas del orden público, destacando los sucesos del Parque de María Luisa en Sevilla. La huelga general convocada en Sevilla en julio de 1931 acabó con el asesinato de cuatro trabajadores en ese parque tras su detención. Los recuerdos de la Barcelona de Martínez Anido se hicieron presentes en la prensa confederal^[7] e incluso el diputado Eduardo Barriobero, federal y afiliado a la CNT, pidió formalmente la salida de los socialistas del Gobierno. Una medida que se fue haciendo más evidente tras los sucesos de Arnedo y Castiblanco, que, aunque no fueran responsabilidad de los libertarios, sí significaron una ruptura de la luna de miel entre el obrerismo y la extrema izquierda republicana con el Gobierno republicano-socialista.

Sin embargo, el cambio de estrategia de los libertarios hay que fecharlo en febrero de 1932, una vez que el movimiento de

enero de las cuencas mineras de Alto Llobregat y Cardoner fracasó. En ese momento la Regional Catalana de la CNT adopta la posición insurreccional, a lo que se unen las duras críticas del movimiento libertario contra la Reforma Agraria. Esta posición de la Regional Catalana no fue bien recibida por los sectores sindicalistas del movimiento libertario. Es en este momento también cuando se produce la salida de los *treintistas* de la CNT y la formación de la Federación Sindicalista Libertaria. El treintismo, como corriente moderada del movimiento libertario, se convierte más en una reacción ante lo que consideran un error de estrategia insurreccional que en una diferencia sustancial en lo que eran los principios de los libertarios. Analizar la prensa y la documentación de la CNT y de la FSL (que encarnó el treintismo y que se conoció como sindicatos de oposición) muestra cómo los análisis eran idénticos pero la estrategia difería. Además, el treintismo ni siquiera se puede considerar una escisión. Entre la firma del manifiesto en 1931 y la ratificación de la salida de algunos sindicalistas de la CNT pasan casi dos años^[8]. En algunos sitios fueron expulsados y en otros se marcharon. Al igual que hay que distinguir entre la estrategia de los treintistas que fundan la FSL y la estrategia política que adoptó Ángel Pestaña con el Partido Sindicalista.

En este ambiente de división en el movimiento libertario y de divorcio con la política republicana se producen los sucesos de Casas Viejas^[9] de enero de 1933, que

8.— J. P. Calero Delso, *El gobierno de la anarquía*, p. 48.

9.— Ramón J. Sender, *Viaje a la aldea del crimen*, Madrid, Juan Pueblo, 1934; Eduardo de Guzmán, *La tragedia de Casas Viejas, 1933. Quince crónicas de guerra*, 1936, Madrid, VOSA, 2007; Jerome R. Mintz, *Los anarquistas de Casas Viejas*, Cádiz, Diputación de Cádiz, 2008; José Luis Gutiérrez Molina, *Casas Viejas. Del crimen a la esperanza*, Córdoba, Almuzara, 2008; Tano Ramos, *El caso Casas Viejas. Crónica de una insidia*, Barcelona, Tusquets, 2012.

6.— J. Casanova, *De la calle al frente*, p. 15

7.— *Solidaridad Obrera*. 24 de julio de 1931, nº 212.

marcan un antes y un después en la propia coalición republicano-socialista, que se ve erosionada hasta su ruptura definitiva en septiembre del mismo año.

Todos estos sucesos provocaron que en la convocatoria electoral de noviembre de 1933 los libertarios hiciesen una fuerte propaganda abstencionista. «¡Trabajador, abstente! El trabajador no vota, se abstiene de acudir a la farsa de las elecciones; pero que la burguesía y los políticos se fijen bien en la manera de votar que tendrá el proletariado»^[10]. Si bien la derrota de la izquierda no se puede vincular a la abstención anarquista, sino a la disgregación de la misma, lo cierto fue que en los feudos libertarios la abstención tuvo un alto porcentaje. Esa abstención vino acompañada en el movimiento libertario de una insurrección en diciembre de 1933 que se tornó en estrepitoso fracaso y que marcó el inicio del cambio de estrategia de los libertarios. La «gimnasia revolucionaria» de la que García Oliver se haría eco años después había sido un fracaso, aunque las necesidades de los campesinos, base de esa estrategia, seguía siendo la misma.

A partir de 1934 comienzan a surgir en el seno del movimiento libertario debates en torno a la necesidad de ir a un entendimiento con los socialistas. Es la FAI madrileña la que comienza esos debates a finales de 1933^[11], lo que marcará el curso de la historia del movimiento libertario hasta el estallido de la huelga general de octubre de 1934. Hay que destacar que a partir de este momento el movimiento libertario tiene una doble lectura. En los lugares donde era hegemónico se produce un reflujo, mientras que en aquellos sitios donde estaba en

pleno desarrollo se comienza a convertir en un agente protagonista. Igualmente, a partir de ese 1934, los debates de los libertarios giran, básicamente, en torno a dos ejes:

a) El avance del fascismo en Europa se podía plasmar en España y era necesario atajarlo.

b) De producirse un proceso revolucionario, este debería ir acompañado de una alianza de las fuerzas revolucionarias, sobre todo de los socialistas.

Además, a nivel sindical la victoria de la derecha había provocado un divorcio entre la UGT y los organismos oficiales como los Jurados Mixtos. Muchas huelgas, como en Madrid, se comienzan a resolver a través de la acción directa propia del anarcosindicalismo. Un ejemplo es la huelga de la construcción en Madrid en febrero de 1934, donde para Santos Juliá «la acción unida de los dos sindicatos madrileños habrá producido, pues, una clara victoria de los trabajadores sobre los patronos que no deja al gobierno más alternativa que su puro y simple refrendo»^[12].

En ese ambiente de conflictividad laboral y también de rifirrafes entre grupos de la extrema derecha y militantes obreros estalla la huelga general de octubre de 1934. Se trata de un momento clave porque la estrategia de alianza revolucionaria se puso en práctica. En algunos lugares, como Barcelona, fue inexistente. En otros, como Madrid, un fracaso^[13]. Y en otros, como Asturias, una derrota para el movimiento obrero^[14]. El saldo de octubre de 1934 fue negativo para el movimiento libertario. Sus locales fueron clausurados, muchos de sus mili-

10.— CNT, 28 de noviembre de 1933.

11.— «Proyecto de dictamen sobre la conveniencia de ir a una inteligencia con los elementos socialistas a fin de garantizar el triunfo de la futura revolución», Paquete 35. Caja 149, Archivo del Comité Peninsular de la FAI (ACPFAl).

12.— Santos Juliá, *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984. p. 366

13.— Sandra Souto Kustrin, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004.

14.— David Ruiz, *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934*, Barcelona, Labor, 1988.

tantes encarcelados, la alianza revolucionaria fue una estrategia fallida y se produjo en una situación de fuerza complicada. El análisis que realizaron en enero de 1935 no podía ser más sintomático: «Este Comité Revolucionario estima que la CNT ni hizo lo que debiera nacionalmente, por la actuación de determinados militantes de importantes organismos confederales, y propone se haga una investigación para averiguar lo que haya de cierto en gravísimas acusaciones que este Comité Revolucionario conoce y de las que informará a las organizaciones tan pronto como exija»^[15].

En ese momento de reflujo, en el anarquismo se produjo una división entre aliancistas y antialiancista que llevó incluso a rupturas formales en lugares como Madrid. Unas rupturas que quedaron subsanadas en enero de 1936^[16], cuando ya la campaña electoral se veía en el horizonte.

El anatema electoral. El movimiento libertario, la formación del Frente Popular y las elecciones de febrero de 1936

La historia de los anarquistas con las elecciones durante la Segunda República es el fiel reflejo del pragmatismo y del análisis del momento que los libertarios hicieron durante ese periodo. Si es evidente que en las elecciones de abril de 1931 la participación de los libertarios fue fundamental para la victoria de la coalición republicano-socialista, entendiendo ese proceso como unas elecciones plebiscitarias, su posición frente a las elecciones de junio de 1931 y las de noviembre de 1933 fue la de la abstención. Bien es cierto que en las segundas la campaña fue más fuerte, teniendo en

cuenta todos los acontecimientos desarrollados durante el primer bienio.

Sin embargo, las elecciones de febrero de 1936 se tornaban distintas a las anteriores. Y como tal se las tomó el movimiento libertario. Y es que alrededor de dichas elecciones se ha fraguado uno de los lugares comunes de la investigación del anarquismo, al considerar que los libertarios aconsejaron votar a sus militantes y que por ellos se produce la aplastante victoria del Frente Popular. Ni es cierta esta afirmación tan tajante ni lo es que realizasen una virulenta campaña de abstención.

El anarquismo mantuvo su posición de crítica a las instituciones políticas y a la participación electoral. Pero hay que distinguir entre la propaganda realizada por la prensa, los acuerdos emanados de sus órganos decisorios y el comportamiento electoral de sus militantes. Estas tres variables fueron las que determinaron la posición de los libertarios antes las elecciones de 1936.

Desde finales de 1935, cuando la cita electoral se intuía, periódicos como *Solidaridad Obrera* o *Tierra y Libertad* ejercieron una fuerte crítica a las instituciones, a las elecciones y las políticas emanadas de la Segunda República. Un artículo el 1 de noviembre de 1935 se hacía eco del alto coste económico de unas elecciones^[17]. Esta crítica electoral fue común en *Solidaridad Obrera*, donde se hacían críticas constantes tanto a la izquierda como a la derecha política. En el mitin celebrado en Valencia el 18 de noviembre de 1935 y en el que intervinieron Pablo Manllor, Tomás Cano Ruiz, José Villaverde y Francisco Ascaso, José Villarverde dijo que eran los políticos quienes tenían que rectificar sus tácticas y no la CNT. Igualmente, en un mitin en Cuenca en la misma fecha, Manuel Gascón dijo lo

15.— ACPFAI. Paquete 35. Caja 149. Circular del 15 de enero de 1935.

16.— Ibidem. «Acta del pleno local de Grupos anarquistas de Madrid afectos a la FAI». 12 de enero de 1936.

17.— «El carnet electoral», en *Solidaridad Obrera*. 1 de noviembre de 1935, nº 1106

siguiente: «Se extiende en consideraciones sobre lo económico, así como la situación política nacional y lo que podría suponer unas elecciones si la CNT se apartara de su apoliticismo, ya que contribuiría a un estancamiento la cuestión internacional en el orden político político»^[18]. Sin embargo, no es cierto que la CNT y el movimiento libertario no estuviesen revisando su actividad en los tiempos pasados. Ya hemos visto los análisis que hizo respecto a su actividad en octubre de 1934. Además, la propia estrategia del periodo 1932–1933 estaba también siendo evaluada y llegó a ser analizada en el congreso de Zaragoza, como veremos.

Pero en muchas ocasiones el análisis del movimiento libertario se hace en relación a los acuerdos de Cataluña, donde el anarquismo es hegemónico. En otros lugares del territorio, así como para otros militantes, las posiciones serían muy distintas. Destacaríamos, por ejemplo, a Miguel Pérez Córdón, que a inicios de 1935 publicó un diálogo ficticio en *La Tierra* en el que dos trabajadores conversan sobre la necesidad de ir o no a votar. La conclusión es que lo menos malo eran las opciones de izquierda^[19].

Fue a partir de 1936 cuando la propaganda comenzó a ser distinta en prensa. Se mantuvieron las críticas al sistema, pero se esboza que no va a haber una campaña como la de noviembre de 1933. Además, comenzaron a aparecer en la prensa libertaria constantes referencias a la represión en Asturias y a los presos, uno de los puntos fundamentales en la formación del Frente Popular. Igualmente, es un momento de intensificación de debates en el seno del movimiento libertario sobre la conveniencia de ir al pacto con los socialistas o más

concretamente con la UGT, lo que hace que sus análisis vayan variando. El 7 enero de 1936, *Tierra y Libertad*, en un artículo titulado «Los anarquistas y la situación política española», habla de la abstención en términos activos. Para los anarquistas no votar basándose en la nada es igual de inútil que votar, si no hay una propuesta firme detrás. Pero en el mismo número hace un llamamiento a acabar con la «reacción», en un artículo demoledor contra Gil Robles^[20]. Las críticas contra la derecha política fueron haciéndose más habituales. Más teniendo en cuenta que en lugares como Madrid se denunció la utilización de las siglas CNT por parte de la derecha para realizar una falsa campaña de abstención^[21].

Y es que el punto nodal sobre este asunto lo tomaron la Conferencia de Sindicatos de Cataluña y el Pleno Nacional de Regionales de la CNT que se celebró a finales de enero de 1936. El anarcosindicalismo afirmó su posición apolítica y por lo tanto su defensa del abstencionismo activo. La Regional Catalana era la que más abogaba por ello, pero también se hacía eco en sus diferentes sindicatos de que la campaña llevada en 1933 había sido un error. Pero igualmente, la opinión de los sindicatos libertarios catalanes no era la de toda la confederación. El Pleno Nacional de Regionales abogó por no llevar a cabo ninguna campaña de acción abstencionista. Incluso la Federación Local de Zaragoza consideraba que esa campaña solo era una cuestión de táctica sindical^[22].

Y es que no se le escapaba a la CNT que los trabajadores iban a tener una presencia mayor en las urnas que en 1933. Aquí se entiende el discurso del libertario aragonés Miguel Abós: «Caer en la torpeza de hacer

18.— *Solidaridad Obrera*. 19 de noviembre de 1935, n.º 1121

19.— *La Tierra*. 31 de enero de 1935.

20.— *Tierra y Libertad*. 7 de enero de 1936, n.º 1

21.— S. Souto Kustrín, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?», p. 387.

22.— P. Calero Delso, *El gobierno de la anarquía*, p. 74

campana abstencionista equivale a fomentar un triunfo de las derechas. Y todos sabemos por amarga experiencia en dos años de persecución lo que las derechas quieren hacer. Si el triunfo de la derecha se diera yo os aseguro que aquella feroz represión a que sometieron a Asturias se extendería a toda España»^[23]. Una posición en consonancia, por ejemplo, con algunos sindicatos del campo andaluz. La Sociedad de Viticultores de Jerez, afecta a la CNT, emitía esta propuesta: «Aconsejar en estos momentos la abstención es una inconsecuencia y un absurdo. Sería ofrendar la victoria a la plutocracia y a la aristocracia. Sería retrotraer al movimiento obrero a las épocas más funestas; entregar a la clase proletaria al azote vil de las más inicuas explotaciones. Sería un error de consecuencias graves»^[24].

Era evidente que la propaganda de prensa tenía una posición que difería de los debates internos. La CNT y la FAI no tenían una posición unánime al respecto y dependiendo de la zona de influencia existían posiciones más favorables a la abstención o a dejar hacer a conveniencia.

La cuestión es que el Frente Popular ganó las elecciones, con 1.500.000 votos más que en las elecciones de 1933. ¿Por el apoyo anarquista? No necesariamente. Bien es cierto que la abstención bajó. En noviembre de 1933 la abstención se situó en el 32,54% por el 24% que algunos estudios otorgan en 1936^[25] (aunque otros la sitúan en el 27,10%). Pero también es verdad que en feudos libertarios como Cádiz, Sevilla o incluso Málaga la abstención fue muy alta. Aunque la presencia del tema de los presos en distintos mítines anarquistas era una invitación velada a una participa-

ción en las elecciones. Mariano Rodríguez Vázquez así lo dejaba caer afirmando que la victoria de la izquierda tendría que llevar a la liberación de los presos, si bien nada más se podía esperar de ellos^[26]: «Pero lo cierto es que muchos militantes de la CNT acudieron a los colegios electorales y se sintieron satisfechos con el triunfo de la izquierda, que permitía desplazar del gobierno a la derecha y sacar a sus compañeros de las cárceles»^[27]. Una visión que corroborarán también los titulares de la prensa libertaria. El mismo día de las elecciones, *Solidaridad Obrera* hacía un llamamiento ante un peligro de golpe militar, en clara alusión a un posible triunfo de las izquierdas del Frente Popular^[28]. El número del 18 de febrero fue más sintomático todavía. Con una portada censurada, en las páginas siguientes hay titulares como el que sigue: «El Frente Popular ha conseguido un triunfo aplastante», «Ante el triunfo electoral republicano-socialista, las fuerzas fascistas no renuncian al golpe de Estado»^[29]. Es evidente el entusiasmo de las fuerzas anarcosindicalistas por la victoria del Frente Popular, al que van a exigir. Una situación similar a la generada a la de abril de 1931, solo que el crédito ahora sería menor y las estrategias estaban por definir.

La participación en las urnas de los anarquistas la confirma Durruti en el mitin que se celebró el 4 de marzo de 1936 en el Pírc de Barcelona. Dijo Durruti: «No venimos aquí a celebrar festejos por la llegada de unos señores. Venimos a decir a los hombres de izquierda que fuimos nosotros los que determinamos su triunfo y que mantenemos dos conflictos que deben ser solucionados de manera inmediata. Nuestra

23.— *Ibidem*.

24.— *Ráfagas*. 10 de febrero de 1936.

25.— José Luis Martín Ramos, «La sublevación de julio de 1936», en Víctor Hurtado, *La sublevación*, pp. 4–7.

26.— *Solidaridad Obrera*. 5 de febrero de 1936. N.º 1188

27.— P. Calero Delso, *El gobierno de la anarquía*, p. 76

28.— *Solidaridad Obrera*. 16 de febrero de 1936, n.º 1199

29.— *Solidaridad Obrera*, 18 de febrero de 1936, n.º 1200.



Manifestación de trabajadores de la UGT y de la CNT previa a un mitin conjunto. Barcelona, octubre de 1936 (Foto: Pérez de Rozas. Arxiu Fotogràfic de Barcelona).

generosidad determinó la reconquista del 14 de abril. La CNT, los anarquistas, reciente el triunfo electoral, estábamos en la calle —los hombres de la Esquerra lo saben— para impedir que los funcionarios que no querían aceptar el resultado de la voluntad popular se sublevaran. Mientras ellos ocupaban los Ministerios y sus puestos de mando, la CNT hacía presencia en la calle para impedir el triunfo de un régimen que todos repudiamos»^[30].

Es evidente, a la vista de la documentación trabajada, que el papel de los anarquistas en las elecciones de febrero de 1936 y la victoria del Frente Popular es complejo y que no se puede analizar como un todo. La propaganda de prensa choca en ocasio-

nes con la decisión y opiniones de algunos destacados militantes anarquistas, así como con el comportamiento electoral de los mismos en sus respectivas zonas de influencia.

Hacia el pacto revolucionario. El Congreso de Zaragoza de mayo de 1936. Reformulación y reforzamiento libertario

Conseguida, en parte, la liberación de los presos tras la victoria del Frente Popular, dos temas circularon en los debates de los libertarios. Por una parte, el constante llamamiento de alerta ante un posible golpe de Estado, ante el que los anarquistas pedían unidad y decisión. Por otra, la necesidad de un pacto revolucionario con la UGT.

30.— *Solidaridad Obrera*, 6 de marzo de 1936, nº 1216.

A esto hay que añadir la importancia de la conflictividad laboral y social, en la que los libertarios estuvieron inmersos.

Junto a los titulares de la prensa confederal y a las numerosas circulares de sus organismos, el congreso confederal de mayo de 1936 fue el fiel reflejo de la situación en la que se encontraba el movimiento libertario. El Congreso de Zaragoza significó para la CNT un análisis de su situación, un repaso a lo que habían sido los años republicanos, la plasmación de la unificación con los sindicatos de oposición, el desarrollo de su intención de pacto revolucionario con la UGT y el pertrecho ideológico tanto a corto plazo en reivindicaciones concretas como a largo plazo en un proceso revolucionario anarquista que llevase al comunismo libertario. Fue un congreso donde se plasmó la dimensión sindicalista y revolucionaria de la CNT.

Lo primero que hay que destacar del congreso confederal es el análisis que los anarcosindicalistas hicieron de su actividad desde la proclamación de la República. La conclusión a la que llegaron fue que a pesar de haber plantado batalla al capitalismo, la CNT no podía en las circunstancias del momento luchar en solitario. El repaso que se hace de los movimientos revolucionarios de 1932 y 1933 no es positivo. Las conclusiones que sacan es que tras las insurrecciones de enero de 1932 y enero y diciembre de 1933 la CNT salió debilitada. Aunque no se considera un error la campaña de abstención de 1933 debido a los fallos cometidos por la izquierda, sí consideraron negativo que se hiciese un llamamiento a la revolución que estuvo condenado al fracaso. Y que el resultado de la huelga general de octubre de 1934, teniendo en cuenta la diversidad de actuación de los libertarios, no fuese mucho mejor. Este análisis ocupó el eje central del congreso y numerosas

sesiones^[31]. Por ello, uno de los grandes debates que se plantearon fue la alianza revolucionaria con la UGT. De la insurrección anarquista se pasó a la alianza del proletariado como condición indispensable para superar el capitalismo. La CNT emplazaba a la UGT a la celebración de un congreso que debatiese sobre estos puntos básicos:

Firma de una alianza revolucionaria con el reconocimiento explícito del fracaso de la colaboración política y parlamentaria de la UGT.

Dstrucción del régimen político y social que regulaba España.

El nuevo modelo social sería determinado por la libre elección de los trabajadores.

Llamamiento a la unidad de acción para la defensa de la revolución frente al capitalismo nacional y extranjero.

En caso de aceptación por la UGT, se iniciarían de inmediato las relaciones entre ambos comités para certificar el acuerdo^[32].

Quedaba clara la postura de la CNT frente a un posible hecho revolucionario futuro. Este solo pasaba por un pacto con la UGT bajo determinadas condiciones.

Pero antes de pasar a esta opción, el anarcosindicalismo debía unificar sus fuerzas, que estaban dispersas desde 1932. La marcha de los treintistas y la formación de los sindicatos de oposición en la Federación Sindicalista Libertaria lastraron al movimiento libertario durante toda la República. Fue otra de las razones de su posición de debilidad durante el bienio republicano-socialista. Sin embargo, el Congreso de Zaragoza cerró esta división con la reintegración de los sindicatos de oposición a la CNT. Según el dictamen de dicho acuerdo, todos los sindicatos de oposición retornaban a las

31.— *Congreso confederal de Zaragoza. CNT*, Madrid, Zero XYX, 197, pp. 138–213

32.— *Ibidem*, pp. 225–226

normas de los congresos anarcosindicalistas, con la realización de congresos regionales para certificar dicha reunificación y donde todos los órganos de prensa de los sindicatos de oposición pasaban a ser automáticamente de la CNT^[33]. Las intervenciones de los sindicatos de oposición en el congreso fueron numerosas. De hecho, a este congreso de la CNT se le conoció como el «congreso de reunificación». Tan solo quedaron fuera los integrantes del Partido Sindicalista de Pestaña, que ni siquiera habían seguido la senda marcada por los sindicatos de oposición.

El peligro que los libertarios mostraban ante un golpe de Estado y el fascismo también estuvo presente en el congreso. La CNT reclamó al Gobierno una amnistía mayor que llegase a los presos sociales y comunes. Su compromiso contra el fascismo quedaba plasmado de la siguiente manera: «Que la organización confederal intervenga de una manera directa y decidida contra el fascismo, impidiendo su desarrollo y la acción fascistizante en fábricas, talleres y demás lugar de trabajo»^[34].

Sin embargo, podría dar la impresión de que el congreso de la CNT solo se centró en posiciones finalistas y de transformación. Lejos de ello, los anarcosindicalistas sacaron del congreso una idea clara de cómo tenían que ser sus reivindicaciones a corto plazo. Cuál tenía que ser su programa de acción y mejora de las condiciones de la clase obrera en el campo y la ciudad. Por ello se pertrechó de una serie de medidas que pusieron en práctica en los meses siguientes hasta el golpe de Estado de julio de 1936 y el inicio de la Guerra Civil. En lo que se refería a los obreros industriales, la CNT proponía la consecución de la siguiente tabla reivindicativa:

«1º Jornada de 36 horas semanales sin disminución de sueldos y aumento de la ocupación de brazos en proporción a la disminución de la jornada.

2º No consentir el cierre de fábricas, incautándose los sindicatos de las que se cierran para explotarlas en común.

3º Abolición de la duplicidad de empleos y profesiones fijas y eventuales.

4º Abolición del trabajo a destajo, primas y horas extraordinarias.

5º Constitución de las bolsas de trabajo dentro de los sindicatos.

6º Reclamar del Estado, Municipios y Diputaciones la intensificación de obras de carácter nacional, municipal y provincial, como puentes, puertos, canalización de ríos, repoblación de montes, urbanización de las ciudades, higienización de las viviendas y de todas aquellas obras productivas con salarios de tipo sindical a cargo de los presupuestos ordinarios y extraordinarios de estas instituciones.

7º Retiro obligatorio a los 60 años para los hombres y a los 40 para las mujeres con el 70% del salario».^[35]

Se comprueba un plan de reivindicación laboral que conlleva reducción de jornadas, mejoras salariales, reivindicaciones ante las Administraciones públicas y planes de subsidios y seguros sociales. Una posición muy cercana al sindicalismo revolucionario francés de la época encabezado por Pierre Besnard.

Pero la CNT no se quedó solo en el plano laboral urbano. También abordó el gran problema que atenazaba a los trabajadores españoles: la Reforma Agraria. Teniendo en cuenta que era una reivindicación histórica y que la República no había obtenido los resultados esperados, la CNT fijó unos ob-

33.— Ibidem, p. 108.

34.— Ibidem, p. 220.

35.— Ibidem., p. 217.

jetivos de reforma agraria con este cuadro reivindicativo:

- «a) Expropiación sin indemnización de las propiedades de más de 50 hectáreas de tierra.
- b) Confiscación del ganado de reserva, aperos de labranza, maquinarias y semillas que se hallen en poder de los terratenientes expropiados.
- c) Revisión de los bienes comunales y entrega de los mismos a los Sindicatos de campesinos para su cultivo y explotación en forma colectiva.
- d) Entrega proporcional y gratuita en usufructo de dichos terrenos y efectos a los Sindicatos de Campesinos para la explotación directa y colectiva de los mismos.
- e) Abolición de contribuciones, impuestos territoriales, deudas y cargas hipotecarias que pesen sobre las propiedades, aperos de labranza y maquinaria que constituyen el medio de vida de sus dueños y cuyas tierras son cultivadas directamente por ellos, sin intervención continuada ni explotación de otros trabajadores.
- f) Supresión de la renta en dinero o en especie, que los pequeños arrendatarios «rabassaires», colonos, arrendatarios forestales, etc., se ven obligados actualmente a satisfacer a los grandes terratenientes.
- g) Fomento de obras hidráulicas, vías de comunicación, ganadería y granjas avícolas, repoblación forestal y creación de escuelas de agricultores y estaciones etnológicas.
- h) Solución inmediata del paro obrero, reducción de la jornada de trabajo y nivelación de los sueldos con el coste de vida.
- i) Toma directa por los Sindicatos de campesinos de las tierras que por insuficiente cultivo constituyen un sabotaje a la economía nacional»^[36].

Era evidente que los anarcosindicalistas

36.— Ibidem, p. 223

querían una aplicación de la Reforma Agraria, pero de inmediato y con condiciones que no contemplaba la Ley de Bases. Un programa que muchos campesinos ya habían comenzado a aplicar con la ocupación de tierras en las semanas posteriores a la victoria del Frente Popular. Y que también sirvió de base para las futuras colectivizaciones durante la Guerra Civil.

Por último, hay que destacar que el Congreso de Zaragoza de 1936 fue el congreso del comunismo libertario. Históricamente se han querido establecer aquí las bases de lo que sería la revolución de carácter libertario que se inició en parte del territorio español que permaneció leal a la República. Sin embargo, el Dictamen del Concepto Confederal del Comunismo Libertario hay que entenderlo como una guía de posible sociedad futura, pero nunca como un programa cerrado de los anarquistas. De hecho, la idea del comunismo libertario estaba aprobada por la CNT desde el Congreso de la Comedia de 1919 y ratificado en el Congreso del Conservatorio de 1931.

Lo que hizo la CNT en Zaragoza fue establecer como dictamen algo que la FAI ya había aprobado en 1933. El Concepto Confederal del Comunismo Libertario era el mismo que Isaac Puente había escrito para la FAI tres años antes. Además, durante el periodo republicano se desarrollaron diversas propuestas por parte de algunos militantes sobre cómo podría ser una sociedad futura anarquista. Al proyecto de Isaac Puente se pueden unir el de Mauro Bajatierra^[37] o el de Horacio Martínez Prieto^[38], que llevaba incluso un prólogo de Isaac Puente. De hecho, esta diversidad de visiones fue

37.— Mauro Bajatierra, *Hacia la República Social (Comunismo Libertario)*. Folleto de orientación revolucionaria, Madrid, Biblioteca Plus Ultra, s/f [Probablemente del primer bienio republicano]

38.— Horacio Martínez Prieto, *Anarco-sindicalismo. Cómo afianzaremos la revolución*, Bilbao, 1932.

lo que posibilitó la diversidad de medios de explotación en las colectividades que se desarrollaron en la retaguardia republicana. Se trataba del ejercicio de creatividad y visión de futuro de los libertarios. A partir de julio de 1936 todo se precipitó.

El Congreso de Zaragoza de 1936 marcó algunas cuestiones importantes para la CNT. La organización estaba reunificada y se pertrechó de un importante cuerpo reivindicativo e ideológico con el que se presentó cuando se produjo el golpe de Estado contra la República.

La conflictividad laboral. La huelga de la construcción de Sevilla y Madrid.

Una vez realizado el congreso confederal, y unificadas las fuerzas del anarcosindicalismo, con la propuesta encima de la mesa de pacto revolucionario con la UGT, los libertarios se lanzaron a la consecución de sus objetivos laborales. Y esas reivindicaciones que habían quedado aprobadas en mayo de 1936 se comenzaron a poner en circulación entre los medios obreros.

De entre todas las movilizaciones obreras que se dieron en aquel momento, habría que destacar dos por la participación de los libertarios: las movilizaciones de la construcción de Sevilla y Madrid de junio de 1936. La primera con una aceptación de las bases reivindicativas de la CNT. La segunda con un transfondo más social y político, y no solo laboral.

El Congreso de Zaragoza había oficializado lo que ya era un hecho entre muchos sindicatos confederales: la lucha por las 36 horas de trabajo, algo que en el campo era evidente y que querían trasladar al ámbito urbano. Y en un sector laboral, el de la construcción, donde los anarcosindicalistas estaban cosechando éxitos y avances frente a su rival UGT. Muchas bases del trabajo que se presentaron incluso antes del Congreso

de Zaragoza presentaban esta reivindicación^[39].

En Sevilla, el Sindicato Único de la Construcción de la CNT consiguió tras una intensa huelga en junio de 1936 alcanzar un acuerdo con la patronal para la aprobación de unas bases de trabajo que establecían la jornada laboral semanal de los trabajadores de la construcción en 36 horas. Sevilla había sido uno de los focos del movimiento libertario. Ya en 1931 se habían alcanzado unas bases laborales tras movimientos huelguísticos, que tras el triunfo de la derecha fueron suspendidas. La represión a la que fue sometida la CNT sevillana diezmó sus fuerzas. Solo tras la victoria del Frente Popular y la reorganización efectiva de la central anarcosindicalista, los trabajadores adscritos a la CNT retomaron la preeminencia en el movimiento obrero, y tras el espaldarazo del Congreso de Zaragoza comenzaron a redactar unas bases laborales con el fin de poner en práctica los acuerdos confederales, que eran básicamente los suyos desde antes del mismo congreso: «El día 16 de junio la patronal recibió las bases con un plazo de once días para contestar afirmativamente. En caso contrario el sector iría a la huelga general indefinida»^[40].

Las bases laborales establecían la duración de la jornada laboral, el aumento de salarios, la eliminación de las horas extra y los destajos, el control sindical, los seguros sociales en enfermedades y bajas, las vacaciones pagadas, etc. Eran unos acuerdos basados en el control sindical sobre la base laboral y la desaparición de los Jura-

39.— Francisco Sánchez Pérez, «Las protestas del trabajo en la primavera de 1936», en *Mélanges de la Casa Velázquez*, 41-1 (2011), p. 95.

40.— Antonio María Bernal, M. R. Alarcón y José Luis Gutiérrez, *La jornada de seis horas. Movimiento obrero y reducción de la jornada de trabajo en el ramo de la construcción de Sevilla*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro-Libre Pensamiento, 2001, p. 69.

dos Mixtos en la intervención de la negociación. Estaba claro que la reducción de la jornada laboral significaba para la CNT un mayor número de trabajadores en sus puestos de trabajo, acompañado por un aumento de los salarios, así como la centralidad de la CNT para el control efectivo de las contrataciones y reivindicaciones laborales. Además, se introducían seguros sociales que aseguraban un mayor bienestar a los trabajadores del sector.

Este envite de la CNT demostraba dos cosas fundamentales para romper la visión clásica que se tiene del anarcosindicalismo:

Un sindicato como el de Sevilla, históricamente clasificado como «faísta» en esa división artificial, potenciaba su Federación Nacional de Industria de la Construcción, establecida desde 1931. No casa, pues, con la hipótesis de que los sindicatos «faístas» eran contrarios a las Federaciones de Industria.

La política sindical de acción directa, modelo sindical de la CNT, se había impuesto sobre la política laboral de conciliación de los Jurados Mixtos, por la que la UGT apostó al inicio de la República. Una tendencia que desde inicios de 1934 se fue plasmando, pero que se confirmó en algunos sectores en vísperas de la Guerra Civil.

Cuando había pasado casi el plazo marcado por el Sindicato Único de la Construcción de la CNT, los anarcosindicalistas decidieron comenzar la huelga general. A pesar de que hubo algunos enfrentamientos, la patronal comenzó las negociaciones el 25 de junio, unas negociaciones que culminaron tras diez horas, el 26 de junio, y por las que se plasmó una nueva ley de bases que aprobaba las medidas presentadas por la CNT y que se hacía extensiva a ramos como el de la madera y la metalurgia^[41].

41.— *Boletín del Ministerio del Trabajo, Sanidad y Previsión*, nº 72, julio de 1936.

La prensa confederal tuvo un tono triunfalista. *Solidaridad Obrera* titulaba así el 27 de junio: «Los obreros del ramo de la construcción de Sevilla han conseguido la jornada de seis horas»^[42]. Además, en el mismo número se hace una disertación sobre la utilidad de las huelgas. Asimismo, los anarcosindicalistas se ven en disposición de ser la organización referencia del proletariado español, debido a sus actividades y conquistas: «¡Ha sonado la hora del proletariado! Frente a 'nuestra' burguesía, avara, despótica, con reminiscencias feudales, se alza potente, lleno de vitalidad, el proletariado, que ha de crear un nuevo mundo y una misma vida»^[43].

La consecución de esta reivindicación, adoptada unas semanas antes en Zaragoza, animó a los libertarios, que en esas fechas tenían conflictos similares en distintos sectores, incluida la construcción, en Girona, Lleida o Madrid.

Sin embargo, la aplicación de las medidas no fue fácil. En los días sucesivos, los sindicatos sevillanos se lanzaron a conflictos sectoriales para exigir el cumplimiento de la medida^[44]. Igualmente la patronal cedió porque, como algunos investigadores afirman, la inminencia de un golpe de Estado hacía que dicho acuerdo tuviese poco recorrido. «Otra ciudad donde se presentaron las 36 horas, pero en este caso siguiendo las directrices de Zaragoza, fue Sevilla (en junio), donde pudieron aprobarse sin conflicto, algo que demostraba el conformismo, o quizá el escepticismo patronal sobre las posibilidades reales de que se aplicase»^[45]. Algunos de los empresarios que firmaron el acuerdo en la propia sede de la CNT se mostraron partidarios sin dilación del gol-

42.— *Solidaridad Obrera*, 27 de junio de 1936, nº 1312

43.— *Solidaridad Obrera*, 28 de junio de 1936, nº 1313

44.— A. M. Bernal y otros, *La jornada de seis horas*, p. 73.

45.— F. Sánchez Pérez, «Las protestas del trabajo», p. 95.

pe de Estado de julio de 1936.

Aun así, unos días antes era evidente que la CNT se encontraba en una disposición de triunfo entre la clase obrera, ya que la fuerza de su sindicato en Sevilla le había llevado a conquistar una medida laboral histórica sin apenas plantear la huelga. Para el conflicto de Madrid era un buen puntal.

La huelga de la construcción de Madrid

Madrid había sido siempre la tarea pendiente de los libertarios. Si bien su fuerza fue importante en zonas como Cataluña, Levante, Aragón y parte de Andalucía, el centro de la Península se resistió siempre a los libertarios. La proclamación de la República significó un giro definitivo a esta tendencia. Y a partir de 1934 en la capital de España la CNT comenzó a avanzar en sectores, como la construcción y la gastronomía, que habían sido feudos de la UGT. La pugna y competitividad entre sindicatos hizo que los anarcosindicalistas avanzasen posiciones en Madrid.

Entre las numerosas huelgas que se produjeron, la de la construcción en junio y julio de 1936 destacó por encima de cualquier otra, ya que cuando se produjo el golpe de Estado de 1936 aún no estaba resuelta. Y fue una huelga que se extendió por otros puntos de la geografía madrileña, como fue el caso de Alcalá de Henares^[46]. Igualmente esa huelga significó un enfrentamiento entre los propios sindicatos y entre la militancia y la dirección de la UGT.

La base de la reivindicación de los trabajadores de la construcción madrileños estuvo en la reducción de las horas de trabajo, muy en consonancia con los acuerdos adoptados por la CNT en Zaragoza en mayo de ese mismo año. La huelga comenzó el 1

de junio y, como titulaba *Solidaridad Obrera*, los libertarios la consideraban como una de las «grandes batallas del trabajo»^[47]. Para la CNT madrileña y su Sindicato Único de la Construcción, que había mostrado un avance importante con la figura de Cipriano Mera desde 1934, significaba no solo poner en marcha lo adoptado en Zaragoza, que era parte de su tabla reivindicativa desde mucho antes, sino la posibilidad de llegar a acuerdos con la UGT, plasmando así la posibilidad de avanzar en el pacto revolucionario, aprobado también en Zaragoza. La huelga implicó a 80.000 trabajadores de la construcción tanto en la capital como en los pueblos limítrofes^[48].

Sin embargo, a diferencia de lo sucedido en Sevilla, donde la patronal cedió, en Madrid fueron las instituciones las que intentaron mediar en el conflicto con un Jurado Mixto y un laudo ministerial que aprobaba las 40 horas semanales. Mientras algunos integrantes la Federación Local de Edificación de la UGT veían con buenos ojos el acuerdo, el Sindicato Único de la Construcción de la CNT lo veía insuficiente, lo que llevó a un enfrentamiento físico e incluso armado entre los integrantes de ambas entidades sindicales^[49].

Además, el conflicto reflejó una quiebra en el interior de la UGT madrileña. Durante el congreso de la Federación Nacional de Edificación de la UGT celebrado el 24 de junio de 1936 se plasmó la división existente entre las bases y los dirigentes. Los integrantes de la construcción madrileña eran conscientes del avance de la CNT y habían adoptado algunas disposiciones durante la huelga de la construcción sin tener en

47.— *Solidaridad Obrera*, 2 de junio de 1936, nº 1290.

48.— Eduardo González Calleja, Francisco Cobo Romero, Ana Martínez Rus y Francisco Sánchez Pérez, *La Segunda República española*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, p. 1119.

49.— F. Sánchez Pérez, «Las protestas del trabajo», p. 95.

46.— Julián Vadillo Muñoz, *El movimiento obrero en Alcalá de Henares*, Guadalajara, Silente Académica, 2013, pp. 305–306

cuenta a sus líderes. Además, los socialistas volvían a una práctica frecuente desde 1934: no seguir los cauces legales para la convocatoria de una huelga y declarar una general por métodos de acción directa. Parte de la militancia ugetista se había comprometido en la reducción de la jornada a 36 horas y el aumento salarial^[50].

A pesar de los intentos de mediación, el acuerdo alcanzado en Sevilla ponía a la CNT en una posición de ventaja sobre la UGT a la hora de manejar los tiempos de la huelga. Por esa fuerza de la CNT se vio apartada la UGT. La segunda acusaba a la primera de politización de una huelga que era estrictamente económica. La primera acusaba a la segunda de no atenerse a los acuerdos adoptados en su pacto. Muchos de los integrantes anarcosindicalistas que participaban en la huelga, como el mismo Cipriano Mera, acabaron en la cárcel al no aceptar las disposiciones gubernamentales y continuar con el conflicto huelguístico^[51].

Cuando el 18 de julio de 1936 una parte del Ejército se sublevó contra la República, la huelga de la construcción de Madrid todavía estaba en pleno desarrollo.

Colofón

La primera mitad de 1936 fue fundamental para el desarrollo del movimiento anarquista. Más allá de la participación de sus militantes en el proceso electoral de febrero de 1936, el movimiento libertario, que había salido erosionado del primer bienio republicano y de la huelga general de octubre de 1934, fraguó en los meses previos al

golpe de Estado su programa reivindicativo laboral y político, con el que afrontaría la Guerra Civil, si bien en un contexto que ni ellos mismos preveían.

Lo que queda claro es que la imagen clásica que se ha ofrecido sobre el anarquismo no encaja con los movimientos habidos en aquellas fechas. La CNT logró reunificarse en mayo de 1936, presentar un proyecto revolucionario a la UGT y dotarse de una plataforma reivindicativa de carácter laboral y agrario que sirviese a los trabajadores, además presentarse ante los mismos como la organización de la transformación social

Igualmente, es imposible hacer una lectura del anarquismo como un ente monolítico. Su disparidad geográfica y sus diversas posturas ante la realidad del momento lo convierten en un movimiento heterogéneo. En el tiempo que media entre el inicio del año 1936 y el golpe de Estado se plasma esa diversidad, tanto geográfica como humana. No es lo mismo hacer una lectura del anarquismo catalán, con enormes diferencias internas, que del anarquismo madrileño, asturiano, andaluz o aragonés. Sin embargo, el Congreso de Zaragoza de 1936 logró unificar en la CNT a las distintas familias. Ello posibilitó que cuando se produjo el golpe de Estado la CNT fuera una organización más sólida que sus rivales socialistas o republicanos, que vivían entonces duras batallas internas. El paso de los meses hizo aflorar también esas divisiones en el interior del movimiento libertario, que terminó por explotar cuando finalizó la Guerra Civil. Pero eso ya es otra historia.

50.— «Acta de la sesión celebrada por el Congreso de la Federación Nacional de la Edificación el día 24 de junio de 1936». Centro Documental de la Memoria histórica, PS-Madrid, Carpeta 2174

51.— Cipriano Mera, *Guerra, cárcel y exilio de un anarcosindicalista*, Madrid, LaMalatesta editorial y otros, 2006. p. 30.

Arrancar la victoria de las fauces de la derrota. El Partido Comunista de España y el Frente Popular, de octubre de 1934 a julio de 1936

Snatching victory from the jaws of defeat. The Communist Party of Spain and the Popular Front, from October 1934 to July 1936

Fernando Hernández Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Entre 1935 y 1936, las derrotas del movimiento revolucionario a nivel europeo, la división de la izquierda y el ascenso del fascismo llevaron a los comunistas a defender un acercamiento entre sindicatos y partidos obreros en el marco de los Frentes Populares Antifascistas. En España, la adhesión al programa del Frente Popular llevó al PCE a abandonar una posición marginal, sin capacidad alguna de influencia del sector político de la izquierda, para ubicarse en un espacio de centralidad e iniciar el camino hacia la constitución de una organización de masas.

Palabras clave: Comunismo, Frente Popular, Segunda República, Komintern, Gobierno.

Abstract

Between 1935 and 1936, the defeats of the revolutionary movement in Europe, the division of the left and the rise of fascism led the Communists to defend a rapprochement between unions and workers' parties in the framework of the People's Antifascist Fronts. In Spain, the adherence to the Popular Front programme made the PCE abandon a marginal position with no ability to influence the political sector of the left and place itself in a space of centrality to move towards the establishment of a mass organization.

Keywords: Communism, the Popular Front, Second Republic, Komintern, Government.

Como es conocido, el resultado de las jornadas de octubre de 1934 fue una derrota sin paliativos para la izquierda española que, salvo en Asturias —donde se llegaron a crear verdaderos órganos de poder revolucionario— mostró un elevado grado de imprevisión en el planeamiento, vacilación en la ejecución e incapacidad para arrastrar al movimiento a la mayor parte de la clase trabajadora organizada^[1]. Una buena parte de la cúpula dirigente de los sindicatos y de los partidos de la izquierda ingresó en prisión, y la prensa —entre ella, Mundo Obrero— fue clausurada. En la confusión de la derrota se llegó a especular con la muerte de Pasionaria mientras cubría la retirada de los revolucionarios de Oviedo^[2].

Octubre trajo consigo consecuencias que trascendieron al fracaso y a la represión subsiguiente. Vicente Uribe, miembro del Buró Político del Partido Comunista de España (PCE), se entrevistó en la cárcel con Francisco Largo Caballero, por intermediación de Julio Álvarez del Vayo, para plantearle, entre otros asuntos, la oportu-

nidad de que convirtiera las sesiones de su proceso en un acta de acusación contra el tribunal y el gobierno radical-cedista, al estilo de lo que había hecho Dimitrov en Leipzig. El líder socialista, amparándose en un sometimiento a la voluntad de su organización, persistió en negar toda participación personal y toda responsabilidad en el movimiento. Uribe pifaba ante esta respuesta: «Con esto se llegaba a la peregrina situación de que el máximo responsable del movimiento aparecía ante las masas como una inocente paloma que no conocía nada ni se había enterado de nada. Muchos obreros fueron a la huelga impulsados por Caballero; en ella dejaron la vida unos y perdieron la libertad otros, pero a la hora de asumir la responsabilidad la rehusaron poco elegantemente»^[3].

Con menos que perder, el PCE reivindicó abiertamente la responsabilidad del movimiento insurreccional, cobrando una presencia política en el terreno que les dejó expedito la retracción de los dirigentes socialistas. A pesar de la represión policial y de la posibilidad de incurrir en la última pena para sus máximos dirigentes, los comunistas desarrollaron una amplia campaña de propaganda en el interior y en el extranjero^[4]. Fracasó el intento de

1.— Como afirma un nada radical Santos Juliá en un implacable diagnóstico: «Una revolución a fecha fija, pendiente de una provocación que el adversario podía administrar a su gusto y desligada de la anterior movilización obrera y campesina, basada en una deplorable organización armada, sin objetivos políticos precisos, con la abstención de un numeroso sector de la clase obrera sindicalmente organizada, proyectada como mezcla de conspiración de militares presuntamente adictos y del huelga general del gran día, frente a un estado que mantenía intacta su capacidad de respuesta, no tenía ninguna posibilidad de triunfar». Santos Juliá, «Preparados para cuando la ocasión se presente»: Los socialistas y la revolución, en *Violencia política en la España del siglo XX*. Taurus, Madrid (2000), p. 184. Un testimonio de primera mano sobre los hechos de octubre sigue siendo la obra clásica de Amaro del Rosal, 1934: *El movimiento revolucionario de Octubre*, Madrid, Akal 1984.

2.— Los servicios de inteligencia británicos interceptaron los mensajes de la Komintern entre Madrid y Moscú hasta vísperas de la batalla de Madrid, en octubre de 1936. Los cables decodificados se encuentran en los archivos de Londres. The National Archives (TNA), HW 17/26,1770/Sp., 27/10/1934.

3.— Vicente Uribe, *Memorias* (Manuscrito depositado en el Archivo Histórico del PCE, en adelante: AHPCE).

4.— TNA, HW 17/26, 3428/Sp. 9/1/1935. «Parece que la policía cuenta con algunos medios para obtener información sobre el Partido Comunista. Hace ocho o diez días Bravo fue detenido por las autoridades como secretario del [Socorro Rojo] y poco después fue puesto en libertad. Bravo, que ha permanecido en el PC desde su fundación, se ha convertido probablemente en un informador. Se le supone la entrega de dos fugitivos de la policía que ha dado a ésta una gran cantidad de información de otros. Después de esto huyó a Portugal (...) La última noche cinco policías preguntaron por Hernández por su propio nombre en su nuevo domicilio ilegal, en el que solo ha estado dos días y donde, una hora antes, había tenido una entrevista con él. El peligro de que Manso y Díaz sean ejecutados es muy grande. Manso mantiene una actitud muy firme, ha

que Caballero capitalizara la vindicación de Octubre, pero se abrieron cauces de interlocución entre socialistas y comunistas que apuntaban a un nuevo tipo de relación entre ambas fuerzas. Es probable que Burnett Bolloten, autor del famoso constructo sobre la absorción comunista mediante la técnica del camuflaje de sus intenciones, hubiera entrado en éxtasis de saber que la dirección española solicitó de Moscú que André Marty colaborara con Vayo y Margarita Nelken (¡dos de sus demonios familiares!) en la elaboración del programa de una plataforma de la oposición caballerista dentro del PSOE^[5]. Lástima que por entonces Largo estuviese pensando más en términos de *servirse de* los comunistas para derrotar a sus oponentes en su propio partido que en *servir a* aquellos en su labor de fagocitosis del espectro político de la izquierda. Si por entonces alguien pensaba en absorber a alguien, no era precisamente el sector del PSOE que lideraba Caballero quien tuviera previsto convertirse en presa.

En todo caso, las enseñanzas del episodio, junto a las extraídas de otras recientes experiencias europeas —el aplastamiento de la insurrección de Viena, la amenaza de las Ligas de extrema derecha en Francia—, abrieron el camino a la formulación de una nueva estrategia unitaria, materializada en el abandono de la línea del «tercer periodo», en los procesos de acercamiento de sindicatos y partidos obreros y en la postulación de los Frentes Populares Antifascistas^[6].

asumido la responsabilidad de toda la iniciativa (...) Por favor, debéis organizar de manera urgente una campaña internacional. Desafortunadamente *L Humanité* no ha dicho nada durante las últimas semanas. Rosado ha sido puesto en libertad provisional»

5.— TNA, HW 17/26, 3422/sp., 3/1/1935. «Por favor, preguntad a Marty si puede proponer a Vayo, que está en Francia, antes de la llegada de Medina, si puede preparar junto con Nelken y otros la plataforma de oposición del Partido Socialista sobre la que hemos hablado»

6.— TNA, HW 17/26, 1774/Sp., 12/11/1934: «Os avisamos

El giro hacia el Frente Popular

En agosto de 1935 se celebró en Moscú el VII Congreso de la Internacional Comunista. Jesús Hernández figuraba como segundo responsable oficial de la delegación española tras José Díaz. Fue en esta ocasión cuando utilizó por primera vez el pseudónimo «Juan Ventura», con el que firmaría posteriormente sus artículos periodísticos. El discurso de Hernández (8 de agosto) aportó la visión española del frentepopulismo a la luz de las enseñanzas de los acontecimientos asturianos de octubre de 1934^[7]. Hernández intervino en la sesión celebrada la mañana del 8 de agosto.

Comenzó haciéndose eco del informe presentado por Dimitrov, en el que se había planteado el giro hacia la política de frentes populares antifascistas. Hernández lo consideraba plenamente ajustado a la situación planteada por las experiencias francesa —el intento de asalto a la Asamblea Nacional de las Ligas Fascistas y de Excombatientes— y española del año anterior^[8]. Pasó después a analizar los hechos de Asturias como la expresión de la línea de conformación del frente único y la superación histórica, por parte del movimiento obrero español, de

que debéis traer la cuestión de la unificación local de los sindicatos revolucionarios con los reformistas y aquellos sindicatos anarquistas que han tomado parte en la lucha. Podéis traer ante la Comisión de Coordinación la cuestión de la unificación de todos los sindicatos y la creación de un sindicato único». TNA, HW 17/26, 1773/Sp., 9/11/1934: «El 12 de noviembre tendrá lugar una manifestación por el Frente Unido en París, en conexión con el mitin de la Segunda Internacional. Enviad (...) uno de vuestros representantes».

7.— Eduardo Comín Colomer, *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, Editora Nacional, 1967, Tomo II, pp. 514 y siguientes.

8.— Sobre el contexto internacional que coadyuvó a la formulación de la política unitaria de la izquierda, Pere Gabriel: «Contexto internacional y Frente Popular», en *Políticas de alianza y estrategias unitarias en la historia del PCE, Papeles de la FIM*, Madrid, nº 24, 2ª época, 2006, pp. 19–30.

los clásicos e ineficaces métodos insurreccionales del anarquismo. En Asturias se había dado la combinación de una insurrección popular de masas contra el fascismo, y un intento de asalto al poder. Ello había sido posible por la superación de las diferencias históricas que habían mantenido separadas entre sí a las masas socialistas y comunistas, lo que Hernández consideraba un mérito exclusivo de su partido y de la política de frente único, tras años de predicar la unidad en el desierto mientras avanzaba imparable la reacción nazi-fascista y clerical.

Tras la derrota de Octubre el PCE lanzó un llamamiento a la unidad y al agrupamiento de fuerzas al Partido Socialista, a los obreros anarquistas, a la CNT, UGT, Sindicatos autónomos y todas las organizaciones proletarias, al tiempo que desarrollaba una gran actividad tendente a la creación de un frente popular antifascista que abarcara desde los sectores del republicanismo de izquierda, a gran parte de la intelectualidad antifascista. Todo ello unido al impulso de los Comités contra la guerra y el fascismo, en los cuales se enrolaron gran número de mujeres, y de los Comités pro-amnistía de los represaliados y presos de Asturias.

No podía faltar, como mandaban los cánones, alguna reflexión de carácter sedicentemente autocrítico. Hernández reconocía que el PCE no había sabido ser lo suficientemente flexible (quizás debería haber dicho menos sectario) para haber cedido en su política de frente único en las elecciones de 1933, «cuando la reacción formó un bloque único para dar la batalla a las fuerzas democráticas y revolucionarias», a fin de haber posibilitado la formación de las candidaturas comunes de socialistas y comunistas como las que en Málaga llevó a las cortes al doctor Cayetano Bolívar^[9]. Pasada

esta fecha volvió a incurrirse de hecho en el sectarismo, a pesar de que el lenguaje se fue suavizando en la forma. Por ello, en conclusión, resultaba tan interesante para los comunistas españoles el planteamiento de «Gobierno de frente único o Gobierno Popular antifascista» realizado por el VII Congreso de la Komintern. Era como si, en cierta medida, el PCE hubiera sido un adelantado en la praxis política que condujo a su formulación. Autorizado por tales precedentes, Jesús Hernández culminó su informe dirigiéndose públicamente «a Largo Caballero y a sus amigos, [manifestando] que estamos dispuestos a trabajar, junto con ellos, para crear el frente único, para lograr la unificación en el frente sindical, para marchar hacia el Partido único revolucionario del proletariado, *para derrocar la dominación burguesa e instaurar el Poder de los obreros y campesinos en España*. Declaro que tendemos fraternalmente la mano a todos los obreros socialistas y anarquistas, a todas las organizaciones sindicales de la clase obrera para lograr esa finalidad común revolucionaria, y para ahorrar a nuestro proletariado la sangrienta experiencia del fascismo, la vergüenza de los campos de concentración y del patíbulo. Lo mismo decimos a nuestros camaradas anarquistas».

El subrayado, mío, demuestra que a Hernández le resultaba aún dificultoso comprender la verdadera naturaleza de la política frentepopulista, de contención del fascismo y sostenimiento de las democracias burguesas frente a la amenaza expansionista, que habría de aplicar a instancias de la IC. Lo que sí se llevaría a la práctica en los meses subsiguientes serían algunas de las conclusiones recogidas en el informe

9.— Ver Encarnación Barranquero, «Orígenes y carácter del

Frente Popular», en *Políticas de Alianza...*, pp. 31–44. Sobre las circunstancias de la elección de Cayetano Bolívar, Luis Pernía y Adoración Bolívar, *Un tranvía del Bulto a Vista Hermosa* (Biografía de Cayetano Bolívar), Málaga, Ediciones PCE, 2005.

ante el plenario de la Komintern:

«Realizar sobre la base de este frente único proletario la unidad de todos los antifascistas, creando y reforzando el Frente Popular Antifascista, que, apoyado en los objetivos comunes a todos, pueda ser la base de la formación del Gobierno popular antifascista (...) En el terreno sindical, marchar audazmente —venciendo el sectarismo— hacia la fusión de los Sindicatos paralelos en cada localidad, hacia la creación de un solo Sindicato por industria y una sola central sindical de lucha de clases (...) Al mismo tiempo, colocar en lugar preeminente el problema de la creación de un solo Partido revolucionario del proletariado, venciendo los últimos escrúpulos de los valientes obreros socialistas y de los luchadores de octubre, yendo hacia la unidad orgánica con aquellas indispensables y mínimas garantías de los principios revolucionarios. Y en lo que concierne a nuestras Juventudes y a las Juventudes Socialistas, debemos caminar con paso de gigante para fundirlas en una organización que abarque en su seno a toda la juventud antifascista. Tal debe ser nuestra perspectiva actual en España».

En el momento en que Hernández enunció estos objetivos, su consecución parecía condenada a seguir el camino recorrido por las distintas formulaciones de los frentes únicos, ya fuera por la base o por la cúpula: el que terminaba en la esterilidad que caracteriza a las posiciones políticas defendidas por organizaciones testimoniales. Sin embargo, los movimientos estratégicos que en aquel contexto estaban desarrollando republicanos de izquierda y socialistas, junto con las demandas generadas en un amplio espectro de la izquierda social—desde los que se proponían recuperar la «República del 14 de abril» a los que se movilizaban en pos de la amnistía para los presos

de Asturias— iba a situar la conformación de un programa común y una alternativa electoral unitaria en el centro del debate. Y aunque su diseño y contenidos no fuera plenamente coincidente con lo que los comunistas habían pensado que debía ser un Frente Popular, llegaron para acomodarse lo mejor posible a la nueva situación. Mucho más que impulsar la nueva estrategia, se puede afirmar que fue esta la que llegó al encuentro de los comunistas. Que su capacidad para aprovechar la oportunidad deviniera, a la postre, en la obtención de ventajas organizativas y políticas tuvo que ver con su capacidad de adecuación y respuesta a las nuevas y dramáticas circunstancias que cabalgaban a lomos de la esperanza y la crispación durante los meses que precedieron a la sublevación militar.

Victoria y auge (febrero–julio de 1936)

A comienzos de 1936 *Mundo Obrero* pudo reabrir tras la prohibición gubernamental posterior a la insurrección de Asturias de octubre de 1934. La dirección comunista entró en un estado de agitación febril preparando las elecciones. La formulación de una amplia coalición para la recuperación de la República por parte de Azaña y los socialistas de Prieto, y la aproximación táctica de un Caballero sumido en la lucha por el control del socialismo^[10], en plena batalla interna contra sus adversarios, marcó el proceso de génesis del Frente Popular.

El 19 de diciembre el partido español comunicó a Moscú la aceptación crítica de un bloque electoral de izquierdas, pero declarando su disposición a «luchar junto con la izquierda por un frente unido proletario, por las alianzas obreras»^[11]. Dos días

10.— TNA, HW-26, 5995/Sp., 30/11/1935. «Caballero ha sido absuelto y nos ha informado de que va a cumplir su promesa».

11.— TNA, HW-26, 5994/Sp. 19/12/1935.

después, Codovilla refirió a Manuiski una entrevista con Caballero para acordar posiciones. El argentino llegó a la conclusión de que, aun estando de acuerdo con la propuesta unitaria, Caballero —que acababa de cesar en sus cargos en el partido— y los socialistas de izquierda, inmersos en las disputas internas con los centristas de Prieto minusvaloraban el asunto central. Por su parte, la organización del PSOE había invitado ya a dos delegados del PC para decidir sobre el frente popular y las próximas elecciones^[12].

Durante las semanas previas a los comicios conocemos principalmente las comunicaciones que Codovilla remitió a Moscú. De ellas se deducen tanto los meandros del proceso de conformación del programa y las candidaturas como las maniobras de Caballero para utilizar el FP en apoyo de su lucha partidaria. «Caballero habló en un mitin y enfatizó la necesidad de unificar las organizaciones sindicales y políticas del proletariado. Su discurso, a pesar de que suele ser bastante oscuro, favorece la presente política del PC»^[13].

Las negociaciones del pacto del Frente Popular no resultaron fáciles. Los republicanos no querían que los comunistas participaran en las discusiones. Uno de sus representantes, Sánchez Román, llegó a retirarse. Caballero no presionó en absoluto para que las deliberaciones se efectuasen entre todos los representantes de las fuerzas políticas participantes. Según Uribe, «asomaba ya la oreja de su singular concepción del PC; nos consideraba únicamente como una fuerza de apoyo para el PS y especialmente para él, para sus planes».

Entre las propuestas programáticas que propuso el PCE figuraban que el gobierno disolviera los partidos con formaciones

paramilitares, y la expropiación sin indemnización de las tierras de los grandes terratenientes y su entrega gratuita a los obreros agrícolas y campesinos trabajadores. Los socialistas eran, sin embargo, partidarios de la socialización de la tierra, lo que para el futuro ministro comunista del ramo —«siendo benévolos en el juicio»— era una clara incompreensión por parte de los socialistas del papel que estaban llamados a jugar los campesinos en la lucha por las transformaciones democráticas del país. El manifiesto contenía cuestiones que iban más allá del programa electoral, como el rápido establecimiento de relaciones con la URSS. Para Codovilla, la impresión general era buena y se estaba trabajando ya en la cuestión de los candidatos^[14].

Los negociadores socialistas, encabezados por Juan Simeón Vidarte, plantearon la incorporación de candidatos comunistas en las listas comunes en términos de lograr un número de diputados «no menor que el necesario para tener derecho a constituir minoría y participar en las comisiones, es decir 10. Con esto, ellos los socialistas, tendrían un apoyo en las comisiones que es donde se elaboraban los proyectos». Hubo tira y afloja en algunas circunscripciones, como Toledo, Alicante y Sevilla, donde a pesar de los esfuerzos del PCE no se pudo incluir a ninguno de sus candidatos. Para Toledo, donde se descontaba un triunfo claro del Frente Popular, los comunistas propusieron a Pedro Martínez Cartón. A este le sentó muy mal no verse incluido por dicha provincia, y se le acabó presentando, aunque de mala gana por su parte, en la lista de Badajoz, en lugar de un trotskista de Llerena —donde el POUM poseía una importante organización local— propuesto por Vidarte y que había sido enérgicamente rechazado por el

12.— TNA, HW-26, 5985/Sp. 21/12/1935.

13.— TNA, HW-26, 5891/Sp. 15/1/1936.

14.— TNA, HW-26, 5901/Sp., 16/1/1936.



Dolores Ibárruri durante un mitin de apoyo al Frente Popular. Primavera de 1936 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

PCE^[15]. Paradójicamente, Cartón salió elegido diputado por la provincia extremeña, lo que no habría ocurrido en el caso de porfiar en figurar por Toledo. En Alicante, la retirada por el propio PC de la candidatura de Francisco Galán —en compensación por la retirada del PSOE a favor de candidatos republicanos— fue muy mal comprendida por la bases.

Si bien Uribe atribuyó, de forma despectiva, al «cretinismo» parlamentario de los socialistas estas discusiones, no es menos cierto que en las filas del propio PCE la posibilidad, por primera vez en su historia, de alcanzar grupo parlamentario suscitó mo-

vimientos de rivalidad interna. En Madrid, dada su trascendencia, figuraban las figuras máximas de los partidos, y por consiguiente debía presentarse por esta circunscripción su secretario general, José Díaz. A esto se opuso Pablo Yagüe, a la sazón secretario del Comité Provincial de Madrid, diciendo que Díaz debía ir por Sevilla que era su tierra. Como «todos nuestros razonamientos fueron inútiles ante las cabezonadas de Yagüe», la cuestión fue zanjada imponiendo la autoridad del Buró Político, «y Pepe fue nuestro candidato y luego diputado por Madrid». En Vizcaya, el aparato propuso a Vicente Carro, veterano militante del movimiento obrero regional. El secretario general del PC en Euskadi, Astigarrabía, iría por Guipuzcoa, circunscripción prácticamente hegemonizada por el nacionalismo vasco. Ante la previsión de no salir elegido, Astigarrabía trató de sustituir a Carro, sacando a colación algunas de sus insuficiencias políticas. Como en Madrid, fue preci-

15.— Codovilla llegó a transmitir a Manuilski que esto obedecía a alguna maniobra oculta del aparato socialista controlado por Prieto: «El comité ejecutivo del PS ha maniobrado para remover candidatos de la izquierda socialista y comunistas, usando a los candidatos trotskistas en las provincias con intención de forzar a nuestro partido a romper con el bloque. Nuestro partido ha [¿denunciado?] la maniobra pero no ha roto. TNA. HW-26, 5232/Sp. 4/2/1936.

so un cornetazo del BP, pero Astigarrabía no se plegó y se negó a ir en las listas por Guipuzcoa, siendo sustituido por Jesús Larrañaga. El colmo de las tensiones, esta vez de campanario, se alcanzó en Pontevedra, donde tras lograr obtener un puesto en la candidatura del FP por esta provincia las rivalidades entre las organizaciones comunistas de Vigo y Pontevedra impidieron un acuerdo y llegaron a la conclusión de que el BP designase al candidato, de forma que no fuera ni de Vigo ni de Pontevedra, e incluso que no fuera gallego. Esta fue la razón por la que Adriano Romero fue incluido en la candidatura del FP de Pontevedra.

A menos de quince días de la celebración de los comicios Madrid informó a Moscú de que habían logrado colocarse 21 candidatos del partido, de los que se esperaba que al menos la mitad fueran elegidos^[16]. También refirió que la intensificación de la campaña y el entusiasmo desatado estaban llevando a un incremento considerable del número de afiliaciones^[17]. No contenía datos, pero algo más un mes después, en un Pleno del CC con delegados de 47 provincias se informó que el partido contaba con 50.348 miembros y estaba en rápido crecimiento. La mayoría de los nuevos miembros procedían de las regiones agrícolas, y más de la tercera parte eran mujeres. La Juventud Comunista tenía en ese momento 32.600 miembros^[18].

El 16 de febrero de 1936 los comunistas recogieron el 3,5% de los votos y obtuvieron 17 diputados^[19]. La suma de las nuevas expectativas que se abrían para las clases populares y del temor suscitado entre los sectores conservadores bosquejó el cuadro

de tensión creciente que se completaría en los meses siguientes.

Con pies de plomo

Desde febrero, a la grave situación económica que afectaba al bajo nivel de vida de la clase trabajadora había que sumar la crisis artificial creada tras el triunfo del Frente Popular. Previendo la aplicación de la reforma agraria y las expropiaciones sin indemnización, los grandes terratenientes decidieron abandonar las faenas agrícolas para la siguiente temporada. Se detectaban fugas de capitales, retirada de fondos bancarios, torpedeo contra el valor de la peseta, y en el aire planeaba la amenaza de un cierre patronal si el gobierno obligaba a las empresas a pagar las indemnizaciones debidas a los represaliados de Octubre del 34.

La constitución del nuevo gobierno Azaña fue objeto de valoraciones confusas por parte de la Komintern. Si en primera instancia se consideró no como un gobierno de Frente Popular, sino como un gobierno burgués de izquierda^[20], Moscú consideró sin embargo que debía ser apoyado contra los ataques y el posible golpe de estado de los reaccionarios, para garantizar que pudiera llevar a cabo el programa electoral del frente popular, sin perjuicio de que el PCE mantuviese una acción independiente y se reservase el derecho a criticar y a recurrir a la acción cuando las medidas gubernamentales fueran dirigidas contra los intereses de las clases trabajadoras^[21].

16.— TNA. H.W, 26. 5232/Sp. 4/2/1936.

17.— TNA, HW-26, 5232/Sp., 4/2/1936.

18.— TNA, HW-26 5631/Sp., 31/3/1936.

19.— Archivo del Congreso de los Diputados (ACD), Documentación electoral, 141, nº 16.

20.— TNA, HW-26, 5300/Sp., 26/2/1936. La argumentación se basaba en que: «1. Las organizaciones de los trabajadores no están representadas en este gobierno, solo el partido republicano (sic). 2. Este gobierno no ha entregado tierra de los propietarios, el estado y la iglesia a los campesinos. 3. Necesariamente vacilará».

21.— Para no dejar lugar a dudas, en la misma fecha que se dio la directriz anterior se remitió un segundo cable que suprimía las consideraciones negativas sobre el gobierno: «Cancelad [el anterior mensaje]. Sustituidlo por este que

Las semanas siguientes fueron agitadas, transcurriendo bajo el triple signo de la presión popular para que el gobierno llevase a cabo reformas profundas, con verosímiles amenazas de desbordamiento^[22]; de la lucha interna en el PSOE, en la que la facción caballerista parecía abonarse a un radicalismo que podía terminar con la ruptura del bloque popular; y de los movimientos para llevar a cabo la consecución de la unidad orgánica del proletariado, empezando por la fusión de las juventudes.

El PCE, según informó Codovilla a Dimitrov, apostaba por el programa de la revolución democrático-burguesa (al que atribuyó, de forma sin duda exagerada, un aplastante apoyo de masas)^[23]. Sobre el palpitante tema de la reforma agraria, por ejemplo, los comunistas apoyaron las ocupaciones de tierra de forma organizada, como forma de obligar al IRA a acelerar sus pasos, pero limitándose «solo [a] ocupar la tierra de la exnobleza, de los terratenientes reaccionarios importantes, de la Iglesia, tierras excomunales, etc. Lo mismo con los almacenes de grano». El partido hacía todos los esfuerzos «para consolidar las posiciones conquistadas y para apoyar, pero no precipitar, luchas prematuras».

En las circunstancias del momento resultaba suicida creer, como lo hacían los

socialistas de izquierda, que el bloque popular había cumplido su misión y había que disolverlo. Los socialistas no querían ir a las elecciones municipales con los republicanos. Bien al contrario, los comunistas propusieron a Caballero acordar un programa común «que contenga las reivindicaciones esenciales de la revolución democrático-burguesa» y, al mismo tiempo, reforzar la unidad proletaria organizando juntos las alianzas obreras y campesinas y discutir sobre la formación del partido único. Sobre este último aspecto se dieron pasos decisivos a últimos de marzo. En concreto, en su reunión del último día del mes el CC aprobó unánimemente las razones adoptadas para la fusión de las juventudes comunista —que decía contra con 35.246 miembros^[24]— y socialista. Es interesante señalar que en esta reunión del órgano de dirección comunista tomó parte Santiago Carrillo, que «hizo una magnífica sugerencia política, declarar que la JS se propone adherirse definitivamente a la KIM [Internacional Juvenil Comunista] y procurar que el PS reformado junto con el PC se adhiera a la IC»^[25].

En el rampante clima de tensión a que estaba conduciendo la actuación de los grupos de pistoleros falangistas, convenía mantener la cabeza fría y no caer en provocaciones antes de estar preparados para afrontar la lucha en esos términos. No se trataba de responder al atentado con el atentado, sino de impulsar el desarrollo de organizaciones de autodefensa, como las

sigue a continuación (Suprime la primera mitad, donde figuran los tres puntos numerados). TNA, HW-26, 5308/Sp., 26/2/1936.

22.— «La situación política es la siguiente: El gobierno Azaña, bajo la presión política de las masas, está llevando a cabo el programa del bloque popular, y va más allá (...) La situación revolucionaria se desarrolla rápidamente. La solución del problema de la tierra por métodos revolucionarios, no pasará mucho tiempo en plantearse con el desarrollo de la lucha, así como el problema del poder». TNA. HW-26, 5382/Sp., 4/3/1936.

23.— «En la manifestación del 1 de marzo en Madrid, en la que tomaron parte más de 500.000 personas, nuestros *slogans* sobre la revolución democrático-burguesa fueron aclamados por una inmensa mayoría de los manifestantes». TNA. HW-26, 5382/Sp., 4/3/1936.

24.— TNA. HW-26, 5316/Sp., 4/4/1936

25.— TNA. HW-26, 5631/Sp., 31/3/1936. Bolloten se hubiera transportado de conocer el hecho. Ahora bien, del contexto se deduce que Carrillo asistió a la reunión de CC en calidad de invitado, y que en aquel momento el comportamiento de los representantes de la izquierda socialista era contradictorio: Tan pronto se mostraban dispuestos a integrarse en la IC como pasaban a evitar la adhesión a la Komintern y apostaban llanamente por el ingreso en masa de los comunistas en el PSOE. TNA. HW-26, 5808/Sp., 27/4/1936.



Manifestación del 1º de Mayo. Madrid, 1936 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), que dotadas de armas cortas y con una rudimentaria instrucción militar cumplían misiones de protección en manifestaciones y actos de masas^[26].

A principios de abril, la Komintern, por boca de Dimitrov y Mauilski, comunicó su alarma por los acontecimientos que no dudaba en atribuir a los «contrarrevolucionarios». En ellos estaban implicados dos vectores: los socialistas de izquierda — junto con los inevitables «trotskistas» —, con sus intentos de destruir el frente popular; y los anarquistas, de los que se temía un *putsch*, y cuyas actividades habían derivado en la proliferación de choques entre las masas y las fuerzas de orden público y en «los exa-

gerados intentos de incautación de propiedades». La colusión de ambas fuerzas no podría dejar de tener fatales consecuencias para la unidad del frente popular en el parlamento.

La IC realizó un llamamiento dramático a su sección española para que no cayera en ninguna provocación, ya que «sería perjudicial a la revolución en este momento y podría solo favorecer el triunfo de los antirrevolucionarios». Había que impedir que se produjera una ruptura con los republicanos burgueses de Azaña, ni siquiera darles el pretexto para que se apoyasen en elementos reaccionarios. Se debían emplear todos los medios para acelerar la realización del programa del FP, particularmente la cuestión agraria. La directriz terminaba haciendo hincapié en la necesidad de apartar el espantajo del peligro rojo:

«En todas las actividades del partido que realicéis se debe resaltar que la creación

26.— Sandra Souto Kustrín, *¿Madrid? ¿qué hace Madrid?: movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, p. 182. El propio PCE reconocía que el desarrollo de las MAOC se había hecho «con gran negligencia», al menos hasta 1934, y es probable que su organización estuviese territorialmente muy limitada.

del poder soviético no está en el orden del día, sino que por el momento, es solamente cuestión de establecer un estado democrático que haga posible ejercer una barrera contra el avance del fascismo y la contrarrevolución, y para fortalecer en general las posiciones del proletariado y sus aliados»^[27].

Por más que se llamase a la contención, la presión popular seguía aumentando. Con motivo del desfile del 14 de abril se produjeron incidentes en el Paseo de la Castellana, durante los cuales pistoleros falangistas dispararon contra la presidencia, resultando muerto el alférez de la Guardia Civil Atanasio de los Reyes^[28]. Su entierro derivó en nuevos tiroteos entre los participantes en el cortejo —simpatizantes de la extrema derecha— y miembros de las milicias socialistas que los hostilizaban en su marcha hacia el cementerio del Este^[29], con un balance de tres víctimas mortales más y el desencadenamiento de una huelga general en Madrid, de la que Codovilla dio cuenta a Manuïlski. El PCE hizo todo lo posible por evitarla y, aunque no se atreviera a manifestar en público su disconformidad con el paro, iba a instar el retorno al trabajo en pos de evitar, a cualquier precio, que degenerara en incidentes violentos en los que las masas fuesen arrastradas por los anarquistas, que pretendían convertir la huelga general en indefinida^[30]. La actitud comunista de firme de apoyo al gobierno se reiteró en el mensaje en que se daba cuenta del

final del paro, dos días más tarde. El PCE se atribuyó, junto con la mayor parte de los socialistas, el mérito del rumbo impreso a la movilización, de protesta contra las actividades de los grupos fascistas y apoyo a las fuerzas de policía. No significaba ello que no hubiese habido en el seno del propio partido contradicciones e incomprensiones hacia una línea tan moderada. «En algunos casos, —se informó— la presión de los socialistas de izquierda y los anarquistas se ha hecho sentir en nuestras filas, y para no parecer menos «revolucionarios», se han hecho algunas concesiones». Se hizo necesario, para ajustar el rumbo, discutir las directrices de la IC en el BP con el objeto de confirmar definitivamente la línea táctica del partido en este momento, y lograr que todos los miembros la entendieran^[31].

La dirección comunista española estaba preocupada por la deriva tomada por la izquierda socialista, consistente, a su juicio, en incitar a las masas «contra el odiado sector militar y por lo tanto llevar a cabo la revolución proletaria inmediatamente». Como muestra, una parte de los incidentes durante el desfile del 14 de abril tuvieron lugar cuando, al paso de unidades de la Guardia Civil, sectores del público, con los puños en alto, prorrumpieron en gritos de «¡UHP!». Asturias quedaba todavía muy cerca. A ello se añadía el peligro de un *pustch* anarquista, apoyado en la impaciencia revolucionaria de esas mismas masas. Todo ello hacía sumamente necesario el mantenimiento de una actitud de vigilancia por parte del PC^[32].

Mientras tanto, se continuó con la estrategia unitaria, dependiente en buena parte de las tensiones internas y del juego de tendencias en el PSOE. Los comunistas fijaron la fecha de su congreso el 12 de julio, unos

27.— TNA, HW-26, 5810/Sp., 9/4/1936

28.— Los sucesos están prolijamente descritos en *La Vanguardia* de los días 15 al 19 de abril. También hace referencia a ellos Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, Barcelona, Planeta, 2005, pp. 93-94.

29.— La prensa señaló que algunos de los disparos efectuados desde las azoteas lo fueron por «individuos con boina y camisas rojas». *La Vanguardia*, 17/4/1936.

30.— TNA, HW-26, 5743/Sp., 16/4/1936.

31.— TNA, HW-265733/Sp. 18/4/1936.

32.— TNA, HW-26, 5811/Sp., 26/4/1936.

días después del congreso socialista, para orientarse hacia la fusión de ambas organizaciones. Entre los dirigentes comunistas locales se extendió la impresión de que los socialistas de izquierda maniobraban para evitar la fusión y la adhesión a la IC, porque lo que deseaban era la entrada en masas de los comunistas en el partido socialista para incrementar su fuerza fraccional^[33].

En medio de este proceso surgió en el horizonte el nubarrón de la actividad trotskista. Desde Moscú, Dimitrov alertó al PCE contra antiguos comunistas expulsados y por aquel entonces activos en el seno de otras organizaciones de izquierda: en concreto, aludió a las posibles maniobras de Bullejos en la JS y a la creciente actividad de Maurín en Cataluña. Este último era, con mucho, el más peligroso. El partido y su prensa no estaban haciendo prácticamente ninguna campaña contra el trotskismo. Era imperativo concentrar todas las baterías sobre él, empleando la denuncia pública para «desenmascarar la política aventurera de Maurín y Cia, sus relaciones con Doriot^[34], un agente de Hitler, sus actividades escisionistas, [y] su hostilidad al frente popular». La unificación de las fuerzas proletarias de Cataluña adquiriría una finalidad específica: «arrancar a las masas de la influencia de Maurín». En esta tarea resultaba prioritario educar a los nuevos miembros del partido en el papel contrarrevolucionario de los trotskistas en la URSS, España y otros países^[35].

La lucha entre facciones socialistas estaba poniendo en riesgo la unidad del Frente

Popular y la estabilidad del gobierno. Con la elevación de Azaña a la presidencia de la República, tras la destitución de Alcalá Zamora, Caballero y la UGT declararon su voluntad de separarse del FP. En vista de la gravedad de la situación, Codovilla mantuvo una entrevista con Caballero, a quien después de alguna discusión, logró convencer de que la ruptura sería un grave error y le comprometió a no solo no quebrar la alianza, sino fortalecerla, y a preservar el frente unido de los partidos obreros y la UGT^[36].

El clima de tensión no cedía en intensidad. En unos casos se reactivaron viejos episodios de violencia entre campesinos y fuerza pública. El 29 de mayo de 1936, en Yeste (Albacete) se produjo un enfrentamiento de esta naturaleza que culminó con un balance de 18 muertos (17 vecinos y un guardia civil), más de 17 heridos y un gran número de detenidos^[37]. Dimitrov hizo llegar a Díaz un cable en el que concedió «extraordinaria importancia a los hechos que han ocurrido en la provincia de Albacete (...) porque estas acciones perjudican al FP, comprometen al gobierno y favorecen a los contrarrevolucionarios». Recomendó tomar las medidas necesarias para que estos acontecimientos no volvieran a ocurrir y la formación de una comisión parlamentaria para investigar y descubrir a los autores «de esta criminal provocación»^[38].

En otros casos, la violencia era resultado de la rivalidad entre las propias organizaciones obreras. El 10 de junio de 1936 fue muerto de un disparo, durante un paro convocado por el Sindicato de Pescadería de la CNT, el concejal comunista de Málaga

33.— TNA, HW-26, 5808/Sp., 27/4/1936.

34.— Antiguo dirigente comunista francés, expulsado del partido en abril de 1934 por sus discrepancias frente a la línea, mantenida por la Komintern y por Thorez, de rechazo a la alianza con los socialistas. Experimentó un giro a la derecha que le llevó a la creación del Partido Popular Francés (PPF), de corte fascista.

35.— TNA, HW-26, 5828/Sp., 29/4/1936.

36.— TNA, HW-26, 5923/Sp., 9/5/1936.

37.— Rosa María Sepúlveda Losa: «La primavera conflictiva de 1936 en Albacete», en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 2 (2003), edición digital: <http://publicaciones.ua.es/filespublic/pdf/15793311RD26129438.pdf>

38.— TNA, HW-26, 6098/Sp., 2/6/1936.



Dirección del PCE. De izda. a dcha.: Antonio Mije, Jesús Hernández, Manuel Delicado, D Ibárruri, Luis Cabo Giorla, José Díaz y Pedro Checa . Valencia, 1937 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

Andrés Rodríguez, opuesto a las reivindicaciones de los huelguistas. Al día siguiente, cuando salía de su domicilio para asistir al sepelio, fue también asesinado el Presidente de la Diputación Provincial, el socialista Antonio Román Reina^[39]. El Secretariado de la IC instó nuevamente, para rebajar tensiones, a la apertura de una comisión de investigación y al diálogo al máximo nivel entre las dos centrales obreras para acabar con las hostilidades^[40].

39.— Sergio José Brenes Cobos, «Andrés Rodríguez, concejal comunista de Málaga (1931–1936)», en *Revista Jabega*, nº 88, Centro de ediciones de la Diputación de Málaga (2001). Edición digital: http://www.cedma.com/archivo/jabega_pdf/jabega88_71–81.pdf

40.— «Díaz, Luís. Estamos enormemente perturbados por la feroz lucha desatada entre trabajadores de la UGT y la CNT que ha tenido lugar en Málaga y en otras provincias. Os invitamos a hablar con Caballero para que eleve una

Mañana es hoy

La agudización de las tensiones sociales y políticas en España tras el triunfo del Frente Popular y la preparación del V Congreso que el PCE debería celebrar a partir del 12 de julio hizo que Moscú convocara a los dirigentes del partido al Presidium del Comité Ejecutivo de la IC, en la sesión del 22 de mayo de 1936^[41]. En esta reunión, Hernández presentó a la Internacional el

proposición en nombre de la UGT al comité nacional de CNT con el objeto de abrir una comisión parlamentaria de investigación y conciliación con el fin de liquidar las hostilidades entre los partidarios de las dos organizaciones en Málaga». TNA, HW–26, 6199/Sp., 21/6/1936.

41.— TNA, HW–26, 5834/Sp., 1/5/1936. «Díaz, Luís. Luís debe venir inmediatamente con información de la situación. Sería bueno que viniera con él uno de los miembros del BP, si no hay dificultad. Dios».

programa del próximo congreso del partido, cuyo orden del día, aparte de los aspectos sectoriales y orgánicos, tendría como eje principal la formación del Partido Único del Proletariado.

Comenzó pasando revista a la situación del país en los convulsos meses de la primavera de 1936. Las elecciones, a pesar de los condicionamientos en contra — «la derecha hizo campaña con el lema: «Votar al Frente Popular es votar a Dimitrof (sic), votar por España y contra Dimitrof»— habían sido un triunfo de las masas antifascistas, gracias fundamentalmente a la política de Frente Popular, que el PCE no dudaba en arrogarse como propia. Se habían percibido factores decisivos, de nuevo cuño, como la participación masiva de las mujeres y la participación electoral de las bases anarcosindicalistas. Este desplazamiento hacia la izquierda se había acentuado incluso en aquellas provincias, como Granada o Cuenca, donde se hizo necesario repetir el proceso electoral, y a pesar de las presiones de la reacción.

A la clásica cuestión ¿qué hacer?, Hernández respondió que la situación obligaba al partido a plantearse la reorganización de la economía del país sobre una nueva base. Sorprende que el programa formulado por el dirigente comunista tuviera evocaciones casi keynesianas: En concreto, postuló la nacionalización de algunas industrias, en primer lugar la del carbón, para después obligar a las industrias del transporte, ferrocarril, barcos, etc. a consumir carbón nacional. En el campo, cuya situación era explosiva^[42], propuso llevar a cabo una campaña de agitación nacional bajo el lema «Es necesario salvar al país del hambre», planteando la alternativa de ex-

propiar las tierras que no se trabajasen para ser distribuidas entre los campesinos, con el compromiso de entrega por parte del Estado de stocks de semillas y la habilitación de créditos al consumo. Para aliviar la situación del campo y la de los obreros sin trabajo, el PCE proponía realizar un vasto plan de obras públicas, de irrigación, de electrificación, construcción de caminos e higienización de los pueblos, para lo cual era necesaria una fuerte inversión estatal, cuyos fondos procederían de un impuesto progresivo sobre la propiedad rústica y sobre la renta en general, sobre los beneficios de los bancos, las sociedades anónimas y las grandes industrias. Si ello no bastaba, sería necesario un empréstito forzoso sobre el Banco de España y los grandes capitales.

Mientras la coyuntura económico-social se tornaba cada vez más grave, las clases populares habían recibido del gobierno, desde el mes de marzo, medidas esencialmente reparadoras de los efectos represivos del *bienio negro*: El decreto sobre readmisión con indemnización (3 a 6 meses de salario) de los represaliados de octubre, la amnistía general, la reactivación del estatuto de autonomía catalán y la aprobación del vasco, la revisión de desahucios de campesinos (con el asentamiento por el Instituto de Reforma Agraria de 87.000 familias y medio millón de personas), el restablecimiento de la legislación social, el desarme y disolución de las ligas fascistas, la desmilitarización de los obreros que trabajaban en las industrias de guerra, una depuración superficial de las fuerzas represivas y del ejército, y el nombramiento de una comisión de investigación sobre la represión de octubre. Sin embargo, para que el gobierno avanzara en otros ámbitos se hacía preciso someterle a presión: huelgas económicas, políticas, conjuntas de ocupados y parados, parciales y generales, ocupación de fábricas e invasiones en masas de fincas.... Era

42.— El estudio más exhaustivo sobre la situación en el agro meridional es el de Francisco Espinosa, *La primavera del Frente Popular Los campesinos de Badajoz y el origen de la guerra civil (marzo-julio de 1936)*, Barcelona, Crítica, 2008.

en estas circunstancias cuando el Estado se veía obligado a intervenir a través de sus delegados de trabajo, y en general su dictamen era favorable a los obreros.

Respecto a la inquietud que generaban en el extranjero incidentes como el incendio de establecimientos religiosos, Hernández procuró alejar a los comunistas de la responsabilidad sobre ello, si bien explicaba que en algunos casos los asaltos se debieron a encontrarse en su interior «depósitos de armas fascistas o que desde ellas se ha hecho fuego contra manifestaciones populares». El PCE, contrario a este tipo de prácticas, se propuso como tarea aún no resuelta educar a las masas en el correcto enfoque del problema religioso, rechazando el anticlericalismo visceral.

Adecuándose rápidamente a la nueva estrategia, el PCE iba ganando aceleradamente espacios de respetabilidad, incluso entre las fuerzas republicanas que detentaban el gobierno. Hernández proporcionaba un ejemplo:

«Debido a las provocaciones de reaccionarios y fascistas y también a la negativa de dar cumplimiento a las disposiciones del gobierno sobre la admisión de los obreros represaliados se producían y producen infinidad de movimientos de protesta en todos los pueblos de España. Los gobernadores delegan su autoridad en unos funcionarios llamados delegados gubernativos que acuden a estos pueblos a tratar de dar una solución al conflicto existente. Pues bien, en casi todas las provincias de España hemos tenido delegados gubernativos en las personas de comunistas (en funciones gubernativas)... Hay otros casos como la actividad desplegada por el gobierno y altos funcionarios de la policía para que nuestros camaradas estén alerta frente a los intentos de asesinatos preparados por los fascistas contra ellos. En estas ocasiones no

solamente dan facilidades para la defensa de nuestros camaradas sino que de común acuerdo con ellos estudian las formas más convenientes»^[43].

La conclusión a la que llegó fue que, sin olvidar que el gobierno no era más que un gobierno republicano de izquierda, o sea, burgués, «podemos seguir un gran trecho del camino en común, para mejorar las condiciones de vida, de trabajo, de cultura y bienestar de las masas laboriosas de nuestro país y asestar golpes serios a las fuerzas de la reacción y el fascismo». El giro hacia la política de Frente Popular en la acepción canónica de Dimitrov había llegado a su conclusión.

Al calor del antifascismo crecían las dinámicas unitarias entre las organizaciones marxistas de la clase trabajadora española. Tras la fusión de la comunista Confederación General del Trabajo Unitaria (CGTU) con la UGT, esta central sindical contaba con 745.000 obreros industriales, unos 253.000 campesinos y más de 200.000 obreros en trance de afiliación. La CNT, que declaraba 559.000 adherentes, también se reforzaba aunque no al ritmo impetuoso de la UGT. El gran éxito unitario lo constituyó la creación de la Juventud Socialista Unificada (JSU)^[44]. El primer logro había sido la homogeneización ideológica:

«la eliminación de toda una serie de concepciones que reflejaban influencias de tipo trotskista y de vanguardismo entre ellos [los jóvenes socialistas] (...) Ya se han pronunciado abiertamente contra el trotskismo como corriente contrarrevolucionaria y lucha dentro de sus filas por la expulsión de

43.— Hay una cruz sobre todo este texto con la expresión: *Esto no es publicable*.

44.— Para este proceso, ver Ricard Vinyes, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

estos elementos. Tal es el caso de la decisión tomada contra la fracción dirigida por Bullejos y algunos elementos trotskistas en el seno de la Juventud Socialista de Madrid»

Desde el punto de vista orgánico, el resultado de la fusión iba más allá de la mera suma de efectivos, desencadenando efectos sinérgicos: si la Juventud Comunista tenía antes del 16 de febrero 14.000 miembros y en el momento de la fusión contaba con 50.680; y la JS contaba con unos 65.000, dos o tres semanas después de la fusión la Juventud Unificada tenía ya 140.000 miembros. A ellos había que añadir «decenas de miles de pioneros, entre 40 y 50.000 mujeres y unos 30.000 jóvenes en la Federación Deportiva Obrera».

Las relaciones con el Partido Socialista fueron objeto de especial atención, particularmente con el sector que seguía a Largo Caballero. «Nuestros esfuerzos tienden a acelerar su comprensión de los problemas ya que no olvidamos que ha de ser con estas fuerzas con las cuales hemos de crear el partido único revolucionario del proletariado en España». Los comunistas eran conscientes de que el peligro de la escisión se había acentuado considerablemente en el PSOE: «En toda la prensa se habla de la posibilidad de la ruptura del PS y de la creación por parte de Prieto de un partido de tipo republicano radical socialista con las fuerzas que él acaudilla y algunas otras fuerzas del campo republicano». El PCE se comprometió a emplear todos sus esfuerzos en impedir, en la medida de sus posibilidades, la escisión del PS y a

«apoyar la labor de depuración de los elementos derechistas y de la parte más podrida del centro procurando salvar a la masa de obreros que siguen a los líderes centristas (Asturias) porque son la masa de obreros revolucionarios que pueden y deben

marchar en conjunto con la izquierda del partido socialista para formar con nosotros el partido único del proletariado».

En lo tocante a las propias fuerzas, el PCE reconocía que pudo salvar a la mayoría de cuadros dirigentes tras la derrota de Octubre, a excepción de Asturias, donde el partido fue casi deshecho. Desde entonces, al calor de las campañas frentepopulistas, la recuperación había sido un hecho: Antes de las elecciones de febrero el partido tenía alrededor de 20.000 miembros; en el mes de mayo tenía registrados 83.967. Era, en expresión de Hernández, «el comienzo de la transformación de nuestro partido en un gran partido de masas. Como tarea nos hemos dado la de alcanzar los 100.000 afiliados para la fecha de la celebración de nuestro V Congreso»^[45]. El reclutamiento más importante procedía de las zonas agrícolas y de las ciudades de tipo semi-industrial (Málaga, Sevilla, Jaén, Valencia, Badajoz, etc.), y de los centros mineros (Asturias y, en menor medida, Vizcaya). La mayoría de los nuevos miembros eran obreros organizados en la UGT y solo una mínima parte no habían estado organizados con anterioridad. Era escaso el número de nuevos adherentes procedentes del PSOE, «ya que el partido no hace una campaña especial para lograr miembros del ala izquierda del PS puesto que la perspectiva es la de fusionar sus fuerzas y las nuestras» y mucho más escaso aún el de procedentes del anarquismo.

Los puntos débiles del fortalecimiento de la organización eran dos: la carencia de cuadros formados para educar a la avalancha de nuevos militantes y la escasa presencia en Cataluña. Respecto al primero, se planteó como tema prioritario la creación de escuelas de

45.— Los acontecimientos, tal como ocurrieron, iban a desbordar las previsiones: A raíz del levantamiento militar, los afiliados pasaron a ser 118.763; casi un año más tarde, en marzo de 1937, alcanzaba el cuarto de millón. Documentos PCE, Film XVI, 1937, AHPCE.

formación, teniendo en cuenta que la mayor parte de los nuevos miembros provenían de centrales sindicales o grupos cuya forma de trabajo era ajena al centralismo democrático propio de las organizaciones comunistas. En buena lógica leninista, había que fortalecer la cadena de responsabilidad entre la cúspide y las bases «para garantizar que las instrucciones que se transmiten a las células se cumplen».

En lo tocante a Cataluña, el partido apenas sobrepasaba los 2.000 adherentes en aquel territorio a causa de la gran fragmentación de organizaciones (PCC, Partí Catalá Proletari, Unió Socialista...); la hegemonía anarcosindicalista (en Cataluña había 50.000 miembros de UGT por 90.000 de CNT); y la inadecuada comprensión del problema nacional catalán, lo que unido a la histórica lucha fraccional sufrida por el comunismo pasó factura en forma de debilidad del sector ortodoxo ante la fuerza encabezada por el disidente Joaquín Maurín, el Bloque Obrero y Campesino. El primer paso hacia la lucha por la hegemonía —que tantos conflictos iba a generar en la Cataluña en guerra— se estaba comenzando a dar con la aproximación de las fuerzas simpatizantes de la IC para la formación del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC).

El análisis de Hernández sobre los peligros que se cernían a corto y medio plazo sobre el gobierno combinaba a partes iguales preocupación, apreciaciones clamorosamente erróneas y declaraciones de profundización en la línea frentepopulista. En cuanto al problema del peso de los sectores reaccionarios en el ejército y a su capacidad para desencadenar un levantamiento lo consideraba preocupante, si bien se dejaba llevar por lo que juzgaba «un cierto desplazamiento de la oficialidad hacia el Frente Popular como asimismo hacia nuestro partido»^[46]. Con respecto al futuro,

consideraba que

«la lucha actual está planteada entre fascismo y antifascismo, entre revolución y contrarrevolución, lucha que aún no está terminada ni decidida. El Partido se desarrolla rápidamente, pero la dirección no olvida que los éxitos logrados no están aún consolidados definitivamente. Justamente porque la lucha tiene este carácter todavía en nuestro país es por lo cual nosotros no planteamos como perspectiva inmediata la instauración del poder soviético sino la lucha por la consolidación de la República democrática, es decir, que tomamos la orientación de la terminación de la Revolución democrática burguesa, punto en el cual discrepamos de los socialistas que estiman aún en su inmensa mayoría que el problema actual es la lucha directa por la dictadura del proletariado y por el socialismo».

Con este conjunto analítico el PCE consolidó una transformación fundamental. En menos de una década —si se considera en un tiempo «largo»— o de un lustro, mirándolo a corto plazo, el partido comunista había pasado de ocupar un lugar marginal, alojado en el extremo radical, violento y sin capacidad alguna de influencia del sector político de la izquierda, limitado a un puñado de activistas con una estereotipada, escasa e ineficaz percepción de la realidad, a ubicarse en un espacio de centralidad, al calor del movimiento unitario desplegado por la oposición a la extensión del fascismo en la segunda mitad de los años 30.

Todos, —o casi todos— los temas que agitarían la relación entre las fuerzas de la izquierda, la pugna por la hegemonía y la filosofía de la naturaleza del proceso que se abriría con la guerra civil se encontraban ya en el arsenal estratégico del PCE antes de iniciarse el conflicto.

46.— En el entierro del capitán Faraudo, instructor de milicias asesinado por falangistas, Hernández puso de manifiesto que los comunistas «no somos enemigos de los

militares ni del ejército, ni queremos destruir la disciplina sino simplemente depurarlos de todos los elementos fascistas».

Las organizaciones juveniles de la República *frentepopulista*: entre el rechazo total y la adhesión incondicional*

Youth organizations of the popular–frontist Republic: between total rejection and unconditional support

Sandra Souto Kustrín

Instituto de Historia (Consejo Superior de Investigaciones Científicas)

Resumen

El objetivo de este artículo es estudiar las posiciones que mantuvieron las diferentes organizaciones juveniles «republicanas» —en el sentido de que formaron parte de las fuerzas que lucharon con el gobierno legítimo de la Segunda República durante la guerra civil— sobre la formación del Frente Popular y lo que éste implicaba. Para ello, se analiza la evolución de sus posiciones sobre las alianzas interclasistas y las alianzas obreras desde la proclamación de la Segunda República. El artículo concluye con unas breves referencias a los cambios que introdujo el conflicto bélico en estos posicionamientos.

Palabras clave: organizaciones juveniles, Frente Popular, Segunda República Española, guerra civil, alianzas políticas

Abstract

The aim of this paper is to study the positions held by the various «republican» youth organizations —to mean that they were part of the forces that fought with the legitimate government of the Second Republic during the civil war— on the formation of the Popular Front and what that meant. To do this, the evolution of their positions on the interclass alliances and workers' partnerships since the proclamation of the Second Republic is analyzed. The article concludes with a brief reference to the changes made in these positions by the war.

Keywords: youth organizations, the Popular Front, Second Spanish Republic, civil war, political alliances.

* Este trabajo ha sido posible gracias al Proyecto Intramural del CSIC, Ref: 201510I026

Introducción

La Segunda República, con su correlato de democratización y modernización política, dio lugar a un gran crecimiento de las organizaciones juveniles obreras y de su autonomía, a la vez que surgieron y/o se desarrollaron nuevas organizaciones que se pueden englobar en el amplio campo de la izquierda obrera y republicana. Dejando aparte las organizaciones juveniles de los nacionalismos periféricos y centrándonos sólo en las que tenían, o buscaban tener, un carácter estatal, la Federación de Juventudes Socialistas de España (FJS), la organización juvenil del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), multiplicó su número de militantes, siendo la mayor organización juvenil obrera. Durante la República fue cuando la Unión de Juventudes Comunistas (UJCE), del Partido Comunista de España (PCE), comenzó verdaderamente a adquirir cierta importancia. Por su parte, desde el anarcosindicalismo se creó la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL) en 1932, aunque todo parece indicar una preponderancia de la juventud en el movimiento anarcosindicalista, al menos desde el surgimiento de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) en 1910. También en 1932 se formó la Juventud de Acción Republicana (JAR), vinculado al partido dirigido por Manuel Azaña. Al formarse Izquierda Republicana en abril de 1934, sus juventudes (las JIR) unificaron a los jóvenes de Acción Republicana con los radical-socialistas escindidos del «republicanismo histórico» del Partido Radical de Alejandro Lerroux. Ese mismo año, se conformó otro partido escindido del radicalismo, Unión Republicana, que también creó su organización juvenil (la JUR), probablemente casi testimonial en esos momentos. Ya en 1935, al formarse el Partido Obrero de Unificación Marxista

(POUM), los pequeños grupos juveniles del comunismo heterodoxo^[1] —las Juventudes de la Izquierda Comunista de España (ICE) y la Juventud Comunista Ibérica (JCI) del Bloc Obrero y Camperol (BOC)— se unificaron manteniendo el nombre de esta última.

Todas estas organizaciones, de una forma u otra, participaron en y/o se relacionaron con la conformación del Frente Popular y su evolución posterior, tanto antes como después del golpe de Estado del 18 de julio de 1936 que provocó la guerra civil. Pero también todas mantuvieron diferentes tácticas y estrategias políticas y tuvieron distintos objetivos y posiciones en cuanto a las políticas de alianzas y a lo que suponía el mismo Frente Popular y su gobierno.

No cabe duda de que la política de la Juventud Socialista Unificada (JSU) —producto de la unificación de la FJS y la UJCE— fue, durante la guerra civil, el mayor ejemplo de la política frentepopulista establecida en el VII Congreso de la Internacional Comunista. Fue también una gran defensora del mantenimiento de un gobierno de Frente Popular en la España republicana. Esta defensa de un gobierno interclasista fue casi una *seña de identidad* de las juventudes republicanas, mientras que la posición de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias oscilaría a lo largo del conflicto bélico y la JCI mantuvo hasta el final un rechazo total. Este artículo se centrará en el proceso por el que

1.— Se utiliza esta expresión para referirse a las organizaciones marxistas-bolcheviques que habían mostrado su oposición a la política de Stalin y habían roto con la III Internacional o Internacional Comunista (IC), en contraposición al comunismo «ortodoxo», representado por el Partido Comunista de España, que aplicaba las doctrinas y consignas de la IC. Aunque desde el PCE se acusó a estas organizaciones de «trotskistas» durante todo el periodo republicano, incluida la guerra civil, sus relaciones con Trotsky fueron complejas y no estuvieron exentas de conflictos.

se desarrollaron estas posiciones en las diferentes organizaciones juveniles. Este proceso no se puede entender sin tener en cuenta sus planteamientos al proclamarse la Segunda República en abril de 1931 y la evolución de las relaciones entre ellas y del contexto nacional e internacional pero tampoco sin los drásticos cambios que provocaron el golpe de Estado de julio y las características y evolución tanto de la situación política en la zona controlada por el gobierno legítimo de la Segunda República como del mismo conflicto bélico.

Conjunción republicano-socialista y/o frente único (1931-1935)

La proclamación de la Segunda República fue vista por la juventud socialista, al igual que por gran parte del movimiento socialista español, como un primer paso hacia una evolución gradual y pacífica hacia el socialismo^[2]. Pero pronto se planteó un debate sobre los medios para conseguir las reformas: «Somos los jóvenes los que tenemos la mayor obligación de salir a la defensa del parlamento. Debemos educar a nuestra generación en el sentido de que los problemas pueden ser resueltos de manera pacífica», pero «de no encontrar el paso franco a nuestras justas reivindicaciones, por la cerrilidad de la clase burguesa», precisarían «recorrir a

otros procedimientos que no quisiéramos emplear, pero que no desdeñamos»^[3].

También comenzó enseguida en el órgano de prensa juvenil el debate sobre la participación socialista en el gobierno, que fue rechazada por José Castro (presidente de la FJS) y Mariano Rojo (secretario), frente a Carlos Hernández Zancajo y Santiago Carrillo (en ese momento vocal y secretario de actas de la ejecutiva juvenil, respectivamente). Estos últimos destacaron pronto como defensores de la posición del dirigente de la izquierda socialista y ministro de Trabajo en el primer bienio republicano, Francisco Largo Caballero. Pero en ese momento esta posición no divergía, al menos en cuanto a la participación en el gobierno, de la de Indalecio Prieto, la figura más destacada del «centrismo» socialista. Solo el sector reformista, representado por Julián Besteiro y con escasa fuerza en el socialismo español, se oponía entonces a la participación en el gobierno^[4].

En su Cuarto Congreso, en febrero de 1932, la FJS aprobó que el PSOE abandonara el gobierno, no inmediatamente como planteaban Castro o Rojo, sino cuando se disolviesen las Cortes Constituyentes, «asumiendo únicamente el poder si el Partido dispusiere de aquellos medios precisos que garanticen la realización de un programa afín con nuestros principios» y, si encuentran resistencia, «se vaya directamente a la conquista del Poder por la acción revolucionaria de las masas»^[5].

2.— Sobre el socialismo durante la república y la guerra civil, se pueden ver, entre una numerosa bibliografía, Marta Bizcarrondo, «Democracia y revolución en la estrategia socialista de la Segunda República», *Estudios de Historia Social*, 16-17 (enero-junio 1981), pp. 227-461; Pere Gabriel, *Un sindicalismo de guerra*, Madrid, Siglo XXI, 2011; Helen Graham, *El PSOE en la Guerra Civil. Poder, crisis y derrota*, Barcelona, Debate-Random House Mondadori, 2005; Santos Juliá, 1931-1939, en Manuel Tuñón de Lara (dir.), *Historia del Socialismo Español*, Barcelona, Conjunto Editorial, 1989, vol. 3; y los capítulos relativos a la república y la guerra civil de Julio Aróstegui, *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Madrid, Debate, 2013.

3.— *Renovación*, órgano de la FJS, 31/7/1931, p. 2 y 20/11/1931, p. 3.

4.— *Renovación*, 20/9/1931, pp. 2 y 3; 30/9/1931, p. 2; 31/12/1931, p. 1; y 10/1/1932, p. 3. Sobre los miembros de las ejecutivas de la FJS, ver *Renovación*, 20/5/1929, p. 2 y Juventudes Socialistas de España, *IV congreso Nacional (convocatoria y orden del día)*, Madrid, Gráfica Socialista, 1932, p. 1.

5.— *Renovación*, 31/7/1931, p. 2 y 20/11/1931, p. 3



Militantes de las JSU en 1936 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

En mayo de 1932, Carrillo escribió que «la colaboración ministerial no me interesa», pero sostuvo lo que llamó «abandonismo oportunista», destacando la necesidad de consolidar antes las reformas sociales. Ya en julio, defendió la «democracia burguesa» porque «su pérdida sería una regresión» y planteó que en España no se daban las condiciones que había en Rusia en 1917^[6]. Por el contrario, en el Congreso del PSOE, en octubre de 1932, Mariano Rojo apoyó la postura de dejar el gobierno, que fue rechazada por la mayoría de los delegados^[7].

La política comunista, por su parte, no favoreció un avance en las posiciones de

su organización juvenil: los ataques a la política republicana y la defensa de una revolución de tipo soviético aislaron en 1931 a los comunistas españoles, y el rechazo a las reformas del primer bienio republicano, frente a la participación activa en su establecimiento del PSOE, el mantenimiento de la política de clase contra clase establecida en el VI Congreso de la Internacional Comunista (1928), y los conflictos con la anarcosindicalista CNT les enfrentaron con las otras fuerzas obreras. La expulsión del PCE del grupo de Bulejos en 1932 implicó también un cambio en la dirección de la UJCE, que dijo contar con algo más de 11.000 militantes en junio de 1933^[8].

6.— *Renovación*, 21/5/1932, p. 4; 14/5/1932, p. 2, que remite a 1/5/1932; y 9/7/1932, p. 4.

7.— Federación Nacional de Juventudes Socialistas de España, *Memoria del V Congreso*, Madrid, Gráfica Socialista, 1934, pp. 33–35.

8.— Los datos, procedentes de la UJCE, se conservan en Informe sobre la situación orgánica, Documentos PCE, Film VI (97), Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE). Se pueden ver también en Rafael Cruz, «La orga-

Las relaciones entre las organizaciones juveniles cambiaron a partir de dicho año influidas por la crisis económica, la creciente dificultad en la aplicación de las reformas republicanas, el auge de los movimientos de la derecha fascista y/o autoritaria en Europa, la salida de los socialistas del gobierno en septiembre, y los resultados de las elecciones generales de noviembre de ese año, que dieron el triunfo a las organizaciones de centro-derecha, aumentando las dificultades en la aplicación de las reformas del primer bienio republicano. Todo esto produjo la llamada *radicalización* de las organizaciones socialistas, de la que la FJS se convirtió en la *punta de lanza*. Esto implicó también un cambio en su dirección en el congreso que la organización juvenil celebró en abril de 1934: Carlos Hernández Zancajo fue nombrado presidente y Santiago Carrillo, secretario.

Ya en octubre de 1933 se formó en Madrid el Comité Nacional de Jóvenes contra la Guerra y el Fascismo, que celebró un congreso en julio de 1934, y en el que la UJCE consiguió que colaboraran algunos militantes de las juventudes socialistas, a pesar de la oposición de su dirección, y las organizaciones juveniles republicanas. Ya el 4 de noviembre de 1933 la Juventud de Acción Republicana y la Juventud Radical Socialista Independiente se habían quejado de «la labor antirrepublicana y antipatriótica» del gobierno y habían expresado su voluntad de lanzarse a la calle, «unidos a los proletarios», porque «si el dilema se plantea entre fascismo y revolución social, nosotros gritaremos con el mayor entu-

siasmo y con todas nuestras fuerzas: ¡Viva la Revolución Social!». Y es que a lo largo de 1933 algunas de las agrupaciones de la JAR, y en especial la de Madrid, «hicieron gestos inequívocos en favor de la entente con los socialistas» y las reivindicaciones en favor de un «giro izquierdista» se acentuaron en septiembre de 1933, y especialmente, tras las elecciones generales, aunque no habría nunca un consenso total en torno a esta orientación izquierdista, que además generó tensiones con el partido. En enero de 1934, su órgano de expresión defendió que todos los jóvenes, «desde los republicanos de izquierda hasta los comunistas, pasando por socialistas y sindicalistas» fueran «de frente en frente único», para ser la «barrera infranqueable» al «porvenir fascista que se avecina»^[9].

El triunfo de Hitler había convencido a la FJS de que la «democracia burguesa» era incapaz de frenar al fascismo, que empezó a considerar la adopción de métodos revolucionario. La vía legal hacia la toma del poder quedó cerrada definitivamente con el fracaso electoral: *Renovación* planteó que «las Cortes no representaban la voluntad popular» y los trabajadores «sólo tienen un camino [...] el de la insurrección». La derrota del Partido Socialdemócrata Austríaco, junto con el alemán, modelo de la socialdemocracia en la Europa de entreguerras, en su tardía insurrección frente al autoritarismo católico de Engelbert Dollfuss en febrero de 1934, acentuaron estas posiciones^[10].

nización del PCE (1920–1934)», *Estudios de Historia Social*, 31 (octubre–diciembre 1984), pp. 223–312, p. 297. Sobre el PCE véase Rafael Cruz, *El Partido Comunista de España en la II República*, Madrid, Alianza, 1987; y Fernando Hernández Sánchez, *Guerra o Revolución. El Partido Comunista de España en la guerra civil*, Barcelona, Crítica, 2010.

9.— Circular de la FJS reproducida en Federación de Juventudes Socialistas de España, *Memoria del V Congreso*, pp. 83–84. Archivo Histórico Nacional, Audiencia Territorial de Madrid (Criminal) (AHN, ATM [Cr.]), leg. 205/1, juzgado nº. 18, causa 349/33, de donde es la primera cita; y José Galán Ortega, *Francisco Pérez Carballo: Memoria y biografía*, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2015, la primera cita en p. 197, la segunda, tomada de JAR, 27/1/1934, en p. 212.

10.— *Renovación*, 9/12/1933, p. 1. Sobre la influencia aus-

En la creciente división interna del PSOE, la FJS tomó enseguida una posición clara de apoyo al sector izquierdista dirigido por Largo Caballero y atacó a las corrientes representadas por Besteiro y Prieto. En el Quinto Congreso de la FJS, en abril de 1934, se defendió «la dictadura del proletariado» y la vía insurreccional armada para adueñarse del poder político, frente a la idea de una movilización para volver al «reformismo del 14 de abril» de Prieto y el centrismo socialista^[11].

A lo largo del primer semestre de 1934 se produjeron diferentes propuestas de alianzas juveniles, vinculadas a las posiciones de los diferentes partidos, y el contexto socio-económico y político facilitó las primeras movilizaciones unitarias, aunque estas últimas no son objeto de este trabajo. Frente a la posición de la UJCE de un frente único desde abajo entre ella, las juventudes socialistas, las libertarias y las republicanas, las juventudes socialistas y la juventud de la ICE defendieron un frente juvenil organizado desde las direcciones y formado solo por las organizaciones obreras. Pero la juventud comunista heterodoxa consideraba que sus objetivos tenían que ser defender las conquistas logradas y frenar a las organizaciones «fascistas». Estos objetivos eran, también, los que defendía la UJCE, como se reflejó en las reuniones que mantuvo con la FJS los días 26 y 30 de julio de 1934, mientras que para la FJS, ya radicalizada, aquellos eran limitados: el frente único había que realizarlo

«para hacer triunfante la revolución»^[12].

Sin embargo, en dicha reunión se reflejaron más diferencias entre las organizaciones juveniles socialista y comunista: en la composición que debía tener este frente único juvenil (la UJCE defendía la participación de las juventudes republicanas y rechazaba que estuvieran las organizaciones juveniles del comunismo heterodoxo, a las que consideraba trotskistas); en el papel de las luchas parciales (que los comunistas defendían como medio de concienciar a las masas y los socialistas consideraban un desgaste de fuerzas); o en cual debía ser el órgano dirigente de una futura revolución (los soviets, para la UJCE, en un simple traslado mecánico de la experiencia rusa; las Alianzas Obreras, para la organización juvenil socialista)^[13].

La FJS siguió manteniendo unas relaciones bastante cordiales con las juventudes del BOC y de la ICE, y hasta se reunió, también en ese verano de 1934, con las juventudes libertarias, lo que muestra la falta de una política de alianzas definida o una línea de relaciones prioritaria. Lo único que mantenía de forma explícita era el rechazo a colaborar con las organizaciones juveniles republicanas, en lo que no solo influirían planteamientos teóricos o estratégicos, sino la concepción de «traición republicana» con la que desde ciertos sectores socialistas se vio la ruptura de la

tríaca en la evolución y en la estrategia de la juventud socialista, véase Sandra Souto Kustrín, «Las revoluciones no se hacen con hachas y hoces': Estrategias del octubre madrileño», en José Luis Martín y Alejandro Andreassi (coords.), *De un octubre a otro: Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, Mataró, El Viejo Topo, 2010, pp. 251-280, especialmente pp. 261-274.

11.— Federación de Juventudes Socialistas de España, *Memoria del V Congreso*, pp. 97 y 110; y *El Socialista*, 21/4/1934, p. 4.

12.— Santiago Carrillo, «Frente Único», *Renovación*, 27/1/1934, p. 4; *Renovación*, 27/1/1934, p. 4; y 3/3/1934, p. 3.

13.— Las actas de la reunión se pueden ver en *Renovación*, 28/7/1934, p. 3 y 4; 4/8/1934, p. 3 y 4; 11/8/1934, p. 3; y 18/8/1934, p. 2. Las Alianzas Obreras, como órganos coordinadores de las diferentes organizaciones obreras, fueron propuestas por el BOC en 1933. Ya en diciembre de ese año se creó la de Cataluña, pero su extensión tropezó con la oposición de la CNT, que solo participó en la alianza asturiana, y del PCE, que no se incorporó hasta septiembre de 1934, y con las escasas funciones que les daban las direcciones socialistas, que no estaban dispuestas a renunciar a la independencia y al protagonismo de sus organizaciones.

conjunción con los primeros^[14].

La movilización obrera de octubre de 1934 contó, además de con las organizaciones socialistas, con la participación de las diversas organizaciones comunistas, mientras que la CNT y las Juventudes Libertarias sólo actuaron en algunos lugares de España, especialmente en Asturias, y las organizaciones republicanas rechazaron todo tipo de acción violenta. Hay que destacar que hacia el 18 de octubre, cuando se dio por finalizada la acción insurreccional en el conjunto del Estado, el mayor acercamiento se había producido entre la organización juvenil socialista y la comunista «ortodoxa», que pronto formaron un comité de enlace entre ambas^[15].

Una representación de la FJS y otra de la UJCE se reunieron en Madrid el 1 de noviembre de 1934. En esta reunión, la FJS informó de un manifiesto que había aprobado su ejecutiva tras octubre, en el que se hacía un llamamiento a unificar a las organizaciones juveniles españolas a través del ingreso en masa de las juventudes del PCE, de la ICE y del BOC —es decir, todas las organizaciones obreras *políticas*— en la FJS, justificándolo porque su organización se hallaba «en mejores condiciones que cualquier otra fuerza para realizar la unidad». En esta reunión se aprobó potenciar las Alianzas Obreras, reorganizando sus direcciones, y crear una Alianza Obrera Nacional que presentase candidatos a unas futuras elecciones generales (posición que en ese momento era la de la izquierda socialista)^[16].

14.— Ver, por ejemplo, *Renovación*, 1/9/1934, p. 1; y 22/9/1934, p. 4.

15.— Octavilla de la JCM en Documentos PCE, Film VIII (115), AHPCE; y Monografías, 26/1, AHPCE. Álvarez, Segis, *La Juventud Socialista Unificada de España. Sus orígenes y actividades*, Moscú, 1962 (texto mecanografiado), p. 71.

16.— Fundación Pablo Iglesias (FPI), Archivos varios (AA.VV.), CV-18, 18 pp. *Joven Guardia*, 10/11/1934, p.

Mientras tanto, el enfrentamiento entre las distintas tendencias del PSOE continuó y la FJS mantuvo una oposición radical al centrismo y al reformismo socialista. Ya en marzo de 1935, elaboró un manifiesto en que ratificaba «su ferviente deseo de seguir luchando por el triunfo de la dictadura proletaria, llevando su combatividad hasta aniquilar la fracción reformista dentro de las Juventudes y del Partido», en lo que insistió la dirección de la FJS en un folleto que, bajo el título *Octubre: Segunda Etapa*, se publicó también en la primavera de 1935. En cuanto a la política de alianzas, se seguía rechazando cualquier posible acuerdo electoral con los republicanos y se defendía el mantenimiento de las Alianzas Obreras, como «organismos que preparasen la insurrección» que llevara a una dictadura del proletariado^[17].

Aunque no están claras las razones, en enero de 1935 se inició la ruptura entre la FJS y los grupos juveniles de la ICE, tras un intercambio de cartas muy duras entre sus ejecutivas. En febrero de 1935, la FJS y la UJCE se reunieron con una representación de la FIJL, a la que propusieron la realización conjunta de una amplia campaña contra la pena de muerte y por la amnistía. La dirección de las juventudes libertarias defendió participar, pero se encontró con la oposición de gran parte de sus secciones regionales^[18].

2, «Hacia una única organización juvenil revolucionaria».

17.— *Octubre*, Portavoz de los Jóvenes Socialistas de España, marzo de 1935, nº 5, p. 1; *Octubre. Segunda Etapa*, está reproducido en Marta Bizcarrondo, *Octubre 1934. Reflexiones sobre una revolución*, Ayuso, Madrid, 1977, pp. 83–156.

18.— *Boletín Interior de la JCE-ICE*, 25/4/1935. AHN, ATM (Cr.), leg. 230/1, nº 6, 274/35, ff. 11–16, documentación de las juventudes libertarias incautada a un detenido. *Joven Guardia*, 10/11/1934, p. 3, había llamado a la FIJL a participar en los comités de enlace («Para los jóvenes libertarios y «Revolución Social»).

El Comité Nacional de Enlace entre la UJCE y la FJS aprobó un programa para atraer a las juventudes libertarias que incluía la lucha por la amnistía y contra la pena de muerte, la defensa de los *sindicatos de clase* y el restablecimiento de la libertad de prensa y la de reunión. La ejecutiva juvenil socialista informó de este programa en una circular a sus secciones de julio de 1935, insistiendo en que se debía buscar atraer a los jóvenes libertarios y que el trabajo común debía limitarse a las organizaciones obreras, «sin que debáis establecer relaciones con los jóvenes republicanos»^[19].

El Bloc Obrero y Camperol, por su parte, «prestó» su órgano de expresión, *La Batalla*, para que los dirigentes de la FJS respondieran a las críticas que Prieto había hecho a las posiciones juveniles socialistas, y el principal dirigente del BOC, Joaquín Maurín, polemizó con Santiago Carrillo sobre la «unidad del proletariado» en el momento en que se estaba creando el POUM. Pero en este debate Carrillo no mantuvo una línea distinta a la de antes de octubre: insistió en que ambas organizaciones «heterodoxas» ingresaran en el PSOE para contribuir a su bolchevización, y, aunque Maurín y él compartían el rechazo a una coalición con los republicanos y defendían la creación de alianzas obreras, Carrillo consideraba, al igual que antes de octubre, que éstas no debían limitar la independencia socialista^[20].

19.— Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH), Político Social (PS) Gijón F 92. Es difícil, por tanto, que la FIJL participase en «los actos unitarios por la consecución de la amnistía de los presos de octubre», como dice Ricard Viñas, *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934–1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 56.

20.— *La Batalla*, 28–VI–1935. Hernández, Carlos, «Nosotros, Los jóvenes socialistas» y Carrillo, Santiago, «Habla el secretario de las Juventudes Socialistas. La bolchevización del Partido Socialista», artículos de Carlos Hernández en los números de 4–VII–1935, contraportada, y 12–VII–

¿Para qué el Frente Popular?

En este contexto, del 25 de julio al 21 de agosto de 1935 se celebró el VII Congreso de la Internacional Comunista y, entre finales de septiembre y principios de octubre, el VI de su Internacional Juvenil, que establecieron la política frentepopulista. En el congreso juvenil se insistió en que las organizaciones juveniles no debían ser «partidos de la juventud», y se propuso la creación de «una organización de masas única de los jóvenes trabajadores, al margen de los partidos» y abierta a todos los jóvenes antifascistas, que debía iniciarse con la unión de las juventudes comunistas y socialistas^[21].

La política de Frente Popular atrajo a muchas organizaciones juveniles socialistas europeas, influidas también por la inacción de la Internacional Obrera Socialista^[22]. Pero no parece que este fuera el caso de las juventudes socialistas españolas: para la FJS fue más importante el «paso previo» para la formulación de dicha política, es decir, la limitación de la subordinación de los partidos nacionales, a los que se dejó cierta libertad —siquiera formal—; la definitiva aceptación de un «frente único» desde arriba y el fin de la definición de los socialistas como

1935, p. 3; y 19–VII–1935, contraportada, «Declaraciones de Carlos Hernández y Santiago Carrillo»; 4–VII–1935, pp. 1 y 4; 2–VIII–1935 y 9–VIII–1935, artículos de Carrillo, y 16–VIII–1935, contraportada, y 30–VIII–1935, p. 1, 13–IX–1935 y 20–IX–1935, contraportada, respuestas de Maurín.

21.— Michael Wolf, «Unamos las fuerzas de la nueva generación», *Informe presentado al VI Congreso de la Internacional Juvenil Comunista*, Bilbao, Editorial Joven Guardia, s.f., pp. 20–21 y 31.

22.— Sandra Souto Kustrín, «Democracia, antifascismo y revolución. Las juventudes obreras en la Europa de entreguerras», en Aurora Bosch, Teresa Carnero y Sergio Valero (eds.), *Entre la reforma y la revolución. La construcción de la democracia desde la izquierda*, Granada, Comares, 2013, pp. 69–87, especialmente pp. 79–82.

«socialfascistas», como se insistió desde la organización juvenil en varios artículos publicados en *Claridad*, el órgano de prensa *oficioso* de la izquierda socialista, en agosto de 1935^[23]. José Laín Entralgo (vicesecretario de la FJS) elogió en el mismo periódico los acuerdos del congreso comunista, pero sin hacer referencia a la política de frentes populares, sino que destacaba estos aspectos. En primer lugar, la libertad que se daba a las secciones nacionales: «implícitamente la IC ha reconocido (...) sectarismo, espíritu estrecho, aplicación mecánica de las consignas, aislamiento de las masas (...) Se encarga a las secciones resuelvan por sí mismas, dentro de la línea de la Internacional (...) Y si esto se lleva a la práctica, ¡adiós a la dictadura moscovita!». En segundo lugar, hablaba de la propuesta de unidad hecha a la socialdemocracia, que —según Laín— debía basarse en «rompimiento total con la burguesía, previa unidad de acción, reconocimiento por parte del partido unificado y de todos sus miembros de la necesidad del derrumbamiento violento de la burguesía, y de la dictadura del proletariado, ejercida a través de los Soviets»^[24].

En septiembre de 1935 un congreso provincial de las Juventudes Socialistas de Valencia defendió la unidad con la organización juvenil comunista y que las organizaciones socialistas se acercasen a su internacional, pero expresó también su adhesión a las posiciones expresadas en el folleto *Octubre. Segunda Etapa*, que estaban lejos de los frentes populares^[25].

23.— *Claridad*, Semanario socialista de crítica e información, 24/8/1935, p. 3, y *Claridad*, 31/8/35, p. 1, bajo el título: «Polémica y Orientación. El congreso de la III Internacional. Posición de los jóvenes socialistas».

24.— José Laín, «Desde Moscú, al comienzo de una nueva época», *Claridad*, 19/10/35, p. 8.

25.— *Claridad*, 14/9/1935, p. 5, «El IV congreso provincial de las Juventudes Socialistas de Valencia».

En noviembre de 1935 un boletín interno elaborado por la Juventud Socialista Madrileña —la organización juvenil socialista de la capital de la República— defendió incorporarse a la Internacional Comunista, entre otras causas, por «nuestra total identificación con las resoluciones de su VII congreso en relación con el problema de la unidad» —no de las alianzas interclasistas, sino de la unidad obrera—; y «por nuestra aceptación plena de la organización de la conquista del Estado, sobre las bases de la Revolución Rusa» —la dictadura del proletariado^[26].

A finales de noviembre de 1935, Santiago Carrillo escribió a la dirigente socialista Margarita Nelken que el discurso de Jorge Dimitrov en el congreso de la Internacional Comunista le parecía «magnífico», pero que había cosas con las que no estaba de acuerdo, «sobre todo en lo que se refiere al modo de llegar al Frente Popular en España, para el que no considera tramite obligado el frente previo de la clase obrera», lo que rechazaba: *sin el frente obrero*, no podía «haber una alianza con la burguesía»^[27]. Esto no era muy diferente a lo que planteaba Joaquín Maurín, que defendía un acuerdo electoral entre PSOE, PCE y POUM que, una vez concluido, ofreciera su ampliación a las organizaciones republicanas^[28].

En todo caso, la división existente en el Partido Socialista se daba también en

26.— AHN, Causa General, 679/2. *Boletín Interno de la Juventud Socialista Madrileña*, 20/11/1935, n.º. 1, sin paginar.

27.— Carta de Santiago Carrillo desde la cárcel modelo de Madrid de 22 de noviembre de 1935, 5 pp., Dirigentes, 3/1.2, AHPCE. La cita, en p. 1.

28.— Antoni Monreal, *El pensamiento político de Joaquín Maurín*, Barcelona, Península, 1984, p. 189. Sobre la cuestión del Frente Popular en general, ver pp. 183–199. La juventud socialista madrileña defendió la unidad política entre el PSOE, el PCE y el POUM (AHN, Causa General, 679/2. *Boletín Interno de la Juventud Socialista Madrileña*, 20/11/1935, n.º. 1, sin paginar).

su organización juvenil y, aunque la dirección de la FJS y gran parte de sus organizaciones apoyaron a Largo Caballero, hubo algunas organizaciones provinciales y locales y cuadros intermedios que apoyaron al centrismo representado por Prieto, como muestra una carta enviada por los jóvenes socialistas presos en la cárcel de Oviedo a la ejecutiva nacional en la que se criticaba su propuesta de bolchevizar el PSOE y se pedía una alianza electoral con los partidos republicanos de izquierda^[29].

Las posiciones de la ejecutiva juvenil socialista explican la diferente postura adoptada por las organizaciones juveniles socialista y comunista ante la formación del Frente Popular en España. Como hizo el PCE, la UJCE cambió su posición tras el VII Congreso de la Internacional Comunista. Pero al mismo PCE le costó entender qué significaba exactamente la política de FP y mantuvo en sus inicios una posición contradictoria y dubitativa, aunque ya con el discurso de José Díaz del 2 de junio sobre «Bloque Popular Antifascista» la política de frente único se amplió «en una línea frentepopulista centrada en la defensa de la democracia frente al fascismo»^[30].

Por el contrario, a la ejecutiva de la FJS le costó más apoyar la constitución del Frente Popular por su rechazo a cualquier alianza con los republicanos. En una reunión conjunta celebrada por miembros de las direcciones de las tres organizaciones socialistas, en noviembre de 1935, dos de los tres representantes de la FJS —Leoncio Pérez y Carlos Hernández Zancajo— se

mostraron en contra de una alianza con los republicanos, aunque Carrillo dijo esperar que la organización juvenil la aprobara. La FJS aceptó públicamente la coalición en diciembre de 1935, justificándola por la «obligación» de superar las consecuencias de la represión de los sucesos de octubre de 1934, pero especificando también que no renunciaba a sus entonces objetivos máximos de «revolución y dictadura del proletariado». También hubo continuas referencias a la amnistía en la «explicación oficial» de la dirección juvenil socialista^[31]. El mismo Largo Caballero, en un acto organizado por las juventudes socialistas en Madrid el 12 de enero, defendió el pacto con los republicanos por la necesidad de lograr la amnistía, reconociendo que el programa no era el de su partido y sin renunciar a establecer una república socialista: para el ala izquierda del PSOE el Frente Popular era un simple acuerdo electoral que no comprometía su actuación posterior^[32].

Aunque el proceso de unidad orgánica entre la FJS y la UJCE ya estaba en marcha, como reconocieron públicamente los dirigentes juveniles en diciembre de 1935, Carrillo también había escrito a Margarita Nelken unos días antes que esperaba que los jóvenes comunistas «no insistan mucho en su posición de quitar carácter político a la organización juve-

29.— FPI, Archivo Histórico (AH), 26–11, correspondencia PSOE–CE, JSE–CE.

30.— Juan Andrés Blanco, «El Partido Comunista de España y el Frente Popular», *Papeles de la FIM*, nº. 24 (2006), pp. 45–82, ver p. 46. Las organizaciones comunistas españolas tendieron a hablar más de «bloque popular» que de «frente popular».

31.— Acta de la reunión de 16/11/1935 en FPI, Archivo Francisco Largo Caballero, 197–23; Largo Caballero, Francisco, *Escritos de la República. Notas históricas de la guerra de España (1917–1940)*, (edición, estudio preliminar y notas de Santos Juliá), Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1985, pp. 255–259; FPI, AH, 26–11, carta al PSOE de 9/11/1935, ff. 10–11. *Renovación*, 1/2/1936, p. 1, «Por qué hemos firmado. La Federación de Juventudes Socialistas y el programa del Frente Popular» (conservado en Documentos PCE, Film XIV 187, AHPCE). Leoncio Pérez era uno de los vocales de la ejecutiva juvenil.

32.— *El Socialista*, órgano central del PSOE, 10/1/1936, p. 1, *El Sol* y *El Socialista*, 14/1/1936, pp. 3 y 4.

nil y que comprendan la necesidad» de continuar trabajando en el PSOE para «bolchevizarlo»^[33].

Y es que durante todo el año de 1935 las propuestas y posiciones de la FJS habían estado más relacionadas con las de los referentes internacionales comunistas que con las del PSOE o la Internacional Obrera Socialista, pero en ciertos aspectos —como en el rechazo a la colaboración con los republicanos o su continua defensa de una «revolución obrera» y de la lucha por una «dictadura del proletariado» como objetivos inmediatos—, defendía las posiciones que la Internacional Comunista abandonó en 1935 al establecer la política frentepopulista. Esta última, por su parte, hacía que en 1936 las organizaciones comunistas estuvieran más cerca del centrismo socialista que del izquierdismo caballerista en cuestiones como el gobierno a formar tras el triunfo del Frente Popular o la acción que debía desarrollar este último.

De las diferencias políticas con las nuevas posturas de la Internacional Comunista parece que no fue consciente la dirección juvenil socialista, pero sí las otras organizaciones juveniles obreras: ya el 9 de septiembre de 1935, Wilebaldo Solano, que durante la guerra civil sería el secretario general de la Juventud Comunista Ibérica, dijo que no podía creer que los jóvenes socialistas pudieran estar de acuerdo con la nueva política de la Internacional Comunista porque «si así fuese, no tendrían motivos para combatir al centrismo y al reformismo que mantienen los mismos puntos de vista que el co-

munismo oficial». La dirección de las Juventudes Libertarias de Cataluña, por su parte, rechazó una propuesta de acciones conjunta de la Juventud Comunista porque consideraba que la organización juvenil libertaria no debía ser «instrumento de sus consignas», entre las que incluía el «frente popular con todos los partidos políticos de la democracia burguesa», «teniendo en cuenta la actitud adoptada por la III Internacional»^[34].

Incluso un día antes de las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, los jóvenes socialistas exiliados en la URSS, siguiendo la línea trazada por Laín en el artículo que publicó en *Claridad* en 1935, defendían extender las Alianzas Obreras como «alianzas obreras y campesinas hasta un plano nacional como órganos de lucha y futuro instrumento de poder». El mismo Santiago Carrillo escribió en sus memorias que, en abril de 1936, cuando por primera vez se reunió con la dirección del PCE, «advirtió» que «eran mucho menos sectarios en sus juicios sobre Indalecio Prieto y los republicanos de lo que éramos en la izquierda socialista»^[35].

El POUM firmó el pacto de Frente Popular con tres objetivos: derrotar a las derechas, conseguir la amnistía y restablecer el Estatuto de Cataluña, suspendido tras los sucesos de octubre. No se comprometió a nada más que a apoyar la formación de un gobierno de izquierda en el parlamento, tras lo que continuaría su propia política de lucha por la revolución. Manteniendo la «ortodoxia comunista» de los años

33.— Sobre el proceso de unificación, Sandra Souto Kustrín, *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Valencia, Publicacions Universitat de València (PUV)–Cañada Blanch Centre, 2013, pp. 95–123. Carta de Santiago Carrillo desde la Cárcel Modelo, p. 2, Dirigentes 3/1.2, AHPCE.

34.— *La Batalla*, 13/9/1935, p. 3, Wilebaldo Solano, «Tribuna juvenil. Después del VII Congreso de la I.C. ¿Adónde van los jóvenes socialistas?»; Circular del Comité Regional de las J.J.L.L. de Cataluña, 1935, CDMH, PS Barcelona 239, expte. 2.

35.— «A 'Renovación' órgano de las Juventudes Socialistas de España», 15/2/1936, CDMH, PS Madrid 2371. Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 166.

veinte, se rechazaba la «fase democrática» que, cuanto menos, implicaba la política frentepopulista de la Internacional Comunista. Para Wilebaldo Solano, al igual que para Maurín, el Frente Popular suponía la «alianza permanente con los partidos de la pequeña burguesía»^[36].

Para las organizaciones juveniles republicanas, el Frente Popular representaba lo que había sido la conjunción republicano-socialista de 1931: una coalición electoral y la formación de un gobierno que no rebasara el programa reformista de 1931. Se puede decir que el republicanismo de izquierdas empezó a *fraguar* esta *renovación* de la coalición en abril de 1935, cuando se produjeron los primeros contactos de dirigentes republicanos y del sector centrista del PSOE. También a lo largo de ese año se moderó la actitud de rechazo que los dirigentes de los partidos republicanos mantenían hacia los comunistas. En el ámbito juvenil, por su parte, la JIR colaboró con la Concentración Popular Antifascista, surgida en julio de 1935 y, en agosto, tanto la JUR y la JIR como las casi testimoniales organizaciones de la Izquierda Federal y la Izquierda Radical Socialista acordaron con la UJCE una plataforma común, a la que no se sumó la FJS.^[37]

La CNT, por su parte, celebró un pleno en enero de 1936 en el que se rechazaron

explícitamente las ponencias que pedían una campaña antielectoral, hablando en su lugar de abstencionismo: «En sus discursos y en sus intervenciones privadas, los dirigentes cenetistas no sólo no hicieron propaganda en contra del voto, sino que en algunos casos invitaron a depositarlo», influidos por el amplio movimiento popular en torno a la candidatura de izquierda y, sobre todo, por las promesas de amnistía, pero también, aunque no se reconociera abiertamente, por la conciencia de que un gobierno de las derechas sería peor para ellos.^[38] Y esta sería también la postura de su organización juvenil, a la que las otras organizaciones juveniles obreras buscaron atraer a votar, como muestran los constantes llamamientos publicados en *Vanguardia*. Igualmente clara era una pancarta que unos jóvenes intentaron colocar en la calle Guzmán el Bueno de Madrid el 6 de enero de 1936, en la cual, bajo la consigna «ayudadnos camaradas anarquistas = Votad al bloque popular», se veían dos individuos tirando de unas rejas^[39].

La participación de las organizaciones juveniles en el proceso de formación del Frente Popular fue escasa. Ni siquiera la FJS tuvo representación propia en los comités que discutieron su programa y elaboraron sus candidaturas, aunque la FJS tuvo un representante en el llamado «co-

36.— R. Cruz, *El Partido Comunista de España*, pp. 266–267. *La Batalla*, 13/9/1935, p. 3, Wilebaldo Solano, «Tribuna juvenil. Después del VII Congreso de la I.C. ¿Adónde van los jóvenes socialistas?». Consideraba que el congreso se había celebrado «bajo el signo del Frente Popular, del pacifismo pequeño burgués y de la liquidación del internacionalismo proletario». Para Maurín, la propuesta de la IC suponía la subordinación del movimiento obrero y era ineficaz para frenar al fascismo (A. Monreal, *El pensamiento político*, pp. 184 y 195).

37.— José Galán Ortega, José, *Francisco Pérez Carballo*, p. 22; Juan Avilés Farré, *La izquierda burguesa en la Segunda República*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 258.

38.— Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1935–1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 131. Víctor Alba, «El movimiento obrero no parlamentario en la Segunda República», *Studia Histórica. Época Contemporánea*, vol. 1, 4 (1983), pp. 105–125, concretamente p. 123.

39.— *Vanguardia. Portavoz Juvenil Marxista*, 11/1/1936, p. 1, «A los camaradas de la CNT», 18/1/1936, p. 1, «A los jóvenes libertarios»; 1/2/1936, p. 1, «Toda la juventud obrera y antifascista debe apoyar al Bloque Popular»; 14/2/1936, p. 1, «A la CNT. Nuestro último llamamiento», en el que se *especificaba* que no se quería decir «que en todos los momentos sea perjudicial su actitud» abstencionista. La pancarta, en AHN, ATM (Cr.), leg. 296/2, nº. 7, 72/36, publicación clandestina, por la que fue detenido un joven de 24 años.

mité paralelo» formado entre las organizaciones obreras y éste firmó el programa del Frente Popular en nombre de la organización juvenil. En el programa de la coalición la única referencia a la juventud estaba relacionada con medidas educativas, fijando el compromiso de poner «en ejercicio los métodos necesario para asegurar el acceso a la enseñanza media y superior a la juventud obrera y en general a los estudiantes seleccionados por su capacidad», aunque también es cierto que al haber sido los jóvenes los más activos en la conflictividad política, la aplicación de medidas como la amnistía o la reposición de los despedidos en sus puestos de trabajo les beneficiaban muy directamente. Sin embargo, la relativa importancia dada a los jóvenes se refleja en que los responsables de las tres principales organizaciones juveniles de los partidos que integraban el Frente Popular fueron incluidos en las listas electorales: Trifón Medrano, secretario de la UJCE, fue candidato por Ciudad Real; Carlos Hernández Zancajo, presidente de la FJS, por Madrid capital; y Prudencio Sayagués, presidente de la Juventud de Izquierda Republicana, por Huelva^[40].

Sin embargo, y a pesar de que es difícil medir el voto juvenil, éste debió ser importante en el triunfo del Frente Popular dado que la población española se caracterizaba por su juventud. Carlos Hernández Zancajo, por ejemplo, fue el candidato socialista

más votado en Madrid tras Julián Besteiro y Luis Jiménez de Asúa. *Mundo Obrero* destacó el papel de los jóvenes en el triunfo electoral. Consideraba que creaba «una deuda urgente en cancelar» al Frente Popular que tenía que dar respuesta a las «necesidades perentorias» de la juventud. Hacía una referencia expresa a la concesión de «derechos políticos para los jóvenes desde los veintiún años», como había pedido la FJS desde el 1 de mayo de 1931, y en lo que había insistido tras la aprobación por las Cortes Constituyentes del derecho de voto a partir de los 23 años, y aspiración en la que, según el periódico comunista, «coinciden las grandes masas juveniles laboriosas de España»^[41].

El Frente Popular no supuso, por tanto, la formación de una Alianza Obrera ni una ampliación de ésta a los partidos republicanos de izquierda, sino la extensión de la coalición electoral republicano-socialista que había gobernado en el primer bienio republicano a las demás organizaciones obreras, favorecida por el fraccionamiento del PSOE que dio una mayor capacidad de actuación a los otros partidos obreros y la hegemonía a los republicanos. Como dijo hace ya muchos años Juan Avilés Farré, «la presencia comunista ha hecho a menudo olvidar que el Frente Popular no era básicamente si no una nueva coalición republicana-socialista», lo que también parece haber olvidado en la actualidad cierta derecha mediática^[42]. La gran manifestación de celebración de la victoria electoral que se desarrolló el 1 de marzo en Madrid mostró, en su organización, las *posiciones* que el pacto electoral había dado a las organizaciones participantes: en primer lugar iban los republicanos, a

40.— Pacto Electoral del Frente Popular, en María del Carmen García Nieto y Javier Donézar, *Bases Documentales de la España Contemporánea*, Madrid, Guadiana, 1974, vol. 9, pp. 359–367 (la cita, en p. 366); *Mundo Obrero*, periódico del PCE, 15/2/1936, p. 4. Sobre el papel de los jóvenes en la movilización política de estos años, véase Sandra Souto Kustrín, «Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid?». *Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933–1936)*, Madrid, Siglo XXI, 2004, pp. 255–265 y 378–380; «Octubre de 1934: historia, mito y memoria», en Julio Prada Rodríguez y Emilio F. Grandío Seoane, (coords.), «La Segunda República: Nuevas miradas, nuevos enfoques», *Hispania Nova*, 11 (2013), pp. 9–11; y *Paso a la juventud*, pp. 54–85.

41.— *Boletín Oficial de la Provincia de Madrid*, 18/2/1936, suplemento al nº 42, p. 17; *Mundo Obrero*, 20/2/1936, p. 4. *Renovación*, 30/4/1931, p. 1 y 10/10/1931, p. 1.

42.— S. Juliá, *Orígenes*, p. 162; J. Avilés, *La izquierda burguesa*, p. 269.

los que seguían el PSOE, sus juventudes y las organizaciones de la Casa del Pueblo de Madrid, a continuación iban los comunistas y, por último, sindicatos autónomos y organizaciones de la CNT que participaron en la manifestación. Cerrando la marcha, casi con toda seguridad para mantener el orden, iban miembros de las juventudes socialistas y comunistas^[43].

Y, tras el triunfo del 16 de febrero de 1936, el Frente Popular como espacio de puesta en común de posiciones y proyectos políticos, prácticamente *desapareció*: «Solo el PCE quería dar una estabilidad al pacto electoral que garantizara su continuidad». Este partido, trabajó por la extensión, mantenimiento y consolidación de comités del Frente Popular, aunque con escaso éxito, hasta el comienzo de la guerra civil y se llegó a la sublevación militar de julio con el Frente Popular en una situación de extrema debilidad^[44].

Epílogo: la primavera de 1936 y el impacto de la guerra

Las bases de unificación entre las juventudes socialistas y comunistas fueron aprobadas por sus ejecutivas en marzo de 1936 y refrendadas por sus comités nacionales en mayo. En ellas no hay ninguna referencia al Frente Popular ni a la política frentepopulista en general^[45]. La defensa de la izquierda largocaballerista se convirtió en el objetivo fundamental para la dirección juvenil socialista y, a cambio

de ésta, aceptaron la «organización de nuevo tipo», mientras que parece que los comunistas no hicieron de la defensa de la política de Frente Popular un *casus belli* de cara a la unidad. En privado, sí que se reconocerían las diferencias: por ejemplo, desde Valencia, los jóvenes comunistas se quejaron a la Comisión Nacional de Unificación de que la Juventud Socialista Valenciana mantenía las posiciones «de la izquierda socialista», atacaba al gobierno republicano y rechazaba el mantenimiento del Frente Popular^[46].

Así, antes de que comenzase la guerra civil, las referencias públicas a la política frentepopulista y su defensa serían más que escasas desde lo que posteriormente sería la JSU. El mismo mes de febrero de 1936, desde *Renovación* se llamó a los militantes a «levantar con brío el doble poder frente al cual saltará en pedazos el Estado de la burguesía»; y una publicación de la Juventud Socialista Madrileña, llegaba a decir explícitamente que el gobierno del Frente Popular «ha de transformarse inevitablemente en adversario nuestro en plazo no muy lejano»^[47]. El responsable provincial de Madrid de la organización juvenil socialista llamó, en abril de 1936, a los «jóvenes socialistas, comunistas y libertarios» a «constituir las Alianzas Obreras en los lugares de trabajo». A mediados de mayo de 1936, el Comité de Madrid de

43.— El orden, en *El Socialista*, 3/3/1936, p. 3, «La república y el pueblo». Sobre el papel de las organizaciones juveniles véase *ABC*, 3/3/1936, p. 22, «La manifestación del domingo»; y The National Archives, Sección Foreign Office, Political Correspondance Spain, 371/20520, informe de 3 de marzo, folio 89.

44.— J. A. Blanco, «El Partido Comunista de España»; la cita en p. 47; y R. Cruz, *El Partido Comunista de España*, p. 261.

45.— Reproducidas en R. Viñas, *La formación*, pp. 145–146.

46.— CDMH, PS Barcelona 769, expte. 21. Aparecen ya los nombres de los dirigentes juveniles socialistas que se posicionarían claramente en contra de la dirección y la política de la JSU y a favor de Largo Caballero durante la guerra. Sobre el carácter largocaballerista del socialismo valenciano, véase Sergio Valero, *Republicanos con la monarquía. Socialistas con la República. La Federación Socialista Valenciana (1931–1939)*, Valencia, PUV, 2015.

47.— Reproducido en *Vanguardia*, 19/2/1936, p. 1, «Fortalecimiento y desarrollo de las Alianzas Obreras»; Juventud Socialista Madrileña, *El momento político y las tareas del proletariado*, Madrid, Ed. Rehyma, febrero de 1936, pp. 22–23.

la Juventud Socialista, tras decir que se habían producido casi todas las unificaciones de las secciones en la capital, incluyó entre las tareas a realizar la defensa de los Frentes Populares «contra todos los que de una forma u otra pretenden romperlos», único caso en que la organización juvenil socialista se planteó expresamente esta defensa en la primavera de ese año. Se apoyaba también el desarrollo de las «Alianzas Obreras y Campesinas» como expresión del «frente único de todo el pueblo laborioso»^[48].

Pero en el mismo Comité Nacional de la FJS que aprobó las bases de unidad con la UJCE, Santiago Carrillo rechazó la versión «centrista» del Frente popular, que no pretende sino «colaboración inmediata con la burguesía», y continuó defendiendo una estrategia dual, de apoyo pragmático al gobierno, pero creando a la vez «instrumentos de lucha», órganos de insurrección y «poder proletario» para realizar la revolución socialista. El congreso de unificación de Baleares, celebrado entre el cinco y seis de junio de 1936, no se planteó potenciar el Frente Popular, pero aprobó fomentar las Alianzas Obreras y Campesinas^[49].

Las juventudes socialistas, al igual que el POUM y la JCI, continuaron defendiendo durante la primavera de 1936 la creación de Alianzas Obreras como organismos insurreccionales que preparasen la revolución. La posición comunista evolucionó, aunque con contradicciones, y, especialmente, a partir de la ocupación de Renania

por Hitler en marzo de 1936 las alianzas pasaron a ser órganos de apoyo al Frente Popular y, aunque implicaban también la idea de «dualidad de poderes», debían dar lugar a la «hegemonía del proletariado dentro del bloque antifascista y de la revolución democrática»^[50].

Y es que, desde la perspectiva de la Internacional Comunista, la política frentepopulista no suponía la unidad obrera para realizar una revolución socialista e, independientemente de que tuviera otros objetivos como la defensa de la URSS o la potenciación de su política exterior, y de que su defensa de la democracia fuera instrumental, permitía un ámbito de encuentro con otras fuerzas políticas para establecer una estrategia antifascista amplia y mantener los derechos democráticos, conformados conscientemente de forma moderada: aunque no se renunciaba al objetivo último de dictadura del proletariado, éste era «pospuesto en el futuro previsible»^[51].

En definitiva, no está claro cuándo comenzaron a defender al Frente Popular, como política de alianzas interclasista, los dirigentes de la JSU procedentes de la FJS, pero parece que este viraje no se produjo antes del 18 de julio de 1936.

El proceso de unificación se vio dificultado por el comienzo de la guerra civil, que impidió la celebración tanto de muchos congresos provinciales y regionales de unidad como del Congreso Nacional de Unificación previsto en las bases de unidad. Este último fue sustituido por la

48.—Cecilio Arregui, «Llamamiento a los jóvenes de la construcción», *La Edificación*, órgano de la Federación Local de Obreros de la Industria de la Edificación de Madrid y sus Limitófes (UGT), 15/4/1936, p. 2; *¡En Marcha!*, Boletín Interior del Comité de Madrid de la Juventud Socialista, 3ª. semana de mayo de 1936, p. 1.

49.— *Renovación*, 9/5/1936, citado por M. Bizcarrondo, «Democracia y revolución», p. 455. Las resoluciones del congreso de Baleares en R. Viñas, *La formación*, pp. 146–155.

50.— J. A. Blanco, «El Partido Comunista de España», pp. 49–50. Al igual que en 1935, las alianzas obreras fueron en 1936 más bien comités de enlace entre el PSOE y el PCE (R. Cruz, *El Partido Comunista de España*, pp. 261 y 263, de donde es la cita).

51.— Tim Rees y Andrew Thorpe, «Introduction», en Id., *International Communism and the Communist International, 1919–1943*, Manchester y Nueva York, Manchester UP, 1998, pp. 1–14, cita en p. 6.



Mitín de las Juventudes Socialistas Unificadas en el Teatro Olympia de Barcelona, sept. 1936 (Foto: Pérez de Rozas - Arxiu Fotogràfic de Barcelona).

«Conferencia Nacional de la Juventud», celebrado en Valencia los días 15, 16 y 17 de enero de 1937, que fijó la política y formas de organización que, con escasas variaciones, la JSU mantendría durante toda la guerra. Fue entonces cuando se aprobó oficialmente la política frentepopulista que ya se había empezado a desarrollar: «Luchamos por la República democrática» dijo Santiago Carrillo, ya secretario general de la organización, en su discurso ante la conferencia^[52]. La JSU insistió en

su apoyo a un gobierno del Frente Popular durante toda la guerra y, especialmente, en los momentos clave del enfrentamiento bélico o de los conflictos internos en el bando republicano: «La revolución se hace en estos momentos acatando la autoridad única del gobierno del Frente Popular»; «los que combaten al gobierno del Frente Popular son nuestros enemigos»; «para la juventud no hay más que una política: la que sigue el gobierno del Frente Popular»^[53].

Esto provocó tensiones, tanto internas como con otras organizaciones juveniles. Especialmente tras la conferencia de Valencia, los sectores largocaballeristas de la JSU acusaron a la ejecutiva juvenil de aca-

52.— Santiago Carrillo, *En marcha hacia la victoria*, Valencia, s.e., 1937, p. 10. Las posiciones fijadas en la conferencia se habían planteado ya en Santiago Carrillo, *Salud a la heroica juventud española*, *Texto taquigráfico del discurso pronunciado el 16 de diciembre de 1936 en el teatro Apolo de Valencia. Toda la juventud unida en la defensa de la Patria*, s.l., JSU de Asturias (1937); y en el «Manifiesto de la Comisión Ejecutiva de la Juventud Socialista Unificada ante el año 1937» (*Ahora. Diario de la Juventud* (JSU),

1/1/1937, pp. 1 y 16).

53.— *Ahora*, 9/2/1937, p. 2, 20/5/1937, p. 3; 23/6/1937, p. 3.

bar con el «espíritu marxista» y el carácter obrero de la organización y de incumplir el programa que alguno de los miembros de ésta, como dirigentes de la FJS, habían establecido tras octubre de 1934 en el folleto *Octubre. Segunda Etapa*. Carlos Hernández Zancajo recordó una de las propuestas de ese folleto —«por la derrota de la burguesía y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria»— considerando que la JSU, tras la Conferencia de Valencia, «deja de ser marxista, deja de ser revolucionaria, deja de luchar contra la burguesía y deja arrinconada la dictadura del proletariado». Mostrando los límites de la aceptación del Frente Popular por la antigua FJS en la primavera de 1936, el ex presidente de la organización juvenil también dijo que éste no contenía «una visión exacta de aquellos instantes» y «no es más que la significación de la debilidad de los partidos obreros»^[54].

Las reacciones ante esta posición de la JSU de las demás organizaciones juveniles de la República en guerra fueron variadas. En la misma Conferencia de Valencia, Prudencio Sayagués, en nombre de la Juventud de Izquierda Republicana, dijo que si la JSU defendía una república democrática «no hay discrepancias, ni de táctica ni de fondo con las juventudes republicanas». Como se dio en el órgano de expresión de la JIR, «el deseo manifestado de implantar y consolidar una República democrática y parlamentaria abre los caminos a una sincera inteligencia»^[55]. Por el contrario, las

juventudes libertarias hablaron de «táctica de halago y dobleces ante la pequeña burguesía» y de «improcedente» consigna de república democrática; y la JCI definió a la JSU como «amasijo caótico y sin programa definido, expresión fiel y exacta del Frente Popular llevado a su último extremo», que había soltado «las amarras» con la revolución y emprendido «la más loca carrera por la senda del oportunismo», posición que la juventud comunista heterodoxa no abandonó en toda la guerra^[56].

La postura de la JSU favoreció las relaciones con las juventudes republicanas. Según dijo en agosto de 1937 la Juventud de Izquierda Republicana, «obedeciendo a sus sentimientos de españoles las organizaciones juveniles marxistas declararon defender la república democrática y la independencia nacional» y, por tanto, la JIR no se había «movido de su sitio» para «sentirse más cerca de esas juventudes»^[57]. Esto facilitó la creación de organismos unitarios entre estas organizaciones juveniles, primero en el Frente de la Juventud y después en la Alianza Juvenil Antifascista (AJA), formada en agosto de 1937 y a la que sí que se incorporó la FIJL. Y es que las posiciones de la organización juvenil anarcosindicalista durante la guerra estuvieron influidas por la competencia con la JSU por el *control* de la juventud, la participación o no de la CNT en el gobierno, y el mismo avance de la guerra y tampoco evolucionaron sin tensiones, especialmente con su organización catalana^[58]. En el congreso que la organiza-

54.— Carlos Hernández Zancajo, *Tercera Etapa de Octubre*, Valencia, Editorial Meabe, 1937, p. 14; y *1917-1937, 20 años de revolución. Discurso pronunciado el día 13 de mayo de 1937, en el Sindicato Provincial de Agua, Gas y Electricidad de Valencia (U.G.T.)*, Madrid, Agrupación Socialista Madrileña, Sección de Propaganda, 1938, pp. 18-19.

55.— CDMH, PS Extremadura 3, expte. 7, Conferencia Nacional de la Juventud, de la cuarta a la sexta sesión, quinta sesión, pp. 10-15, intervención de Sayagués, *Creación*, 6/2/1937, p. 1, «Unificación».

56.— Juventud Consciente, órgano de la Federación Provincial de Juventudes Libertarias de Almería, 1/5/1937, p. 3. La juventud obrera asturiana en las luchas revolucionarias, Barcelona, Imprenta Especial (JCI), 1937, p. 22.

57.— CDMH, PS Madrid 934, leg. 3176, Notas de Radio (Unión Radio), agosto de 1937, nota política de la JIR, radiada la tarde del 21/8/1937.

58.— La CNT entró por primera vez en el gobierno republi-

ción juvenil libertaria celebró en febrero de 1938 se aprobó participar en el Frente Popular Antifascista, con el rechazo, por ejemplo, de las organizaciones locales de Barcelona y Guadalajara^[59]. Sin embargo, en función de la correlación de fuerzas, la representación de la juventud en el Frente Popular Antifascista fue variada: mientras que parece que fue imposible lograr una representación para la juventud, ni siquiera para la AJA, en su Comité Nacional, en Extremadura, por ejemplo, hasta la FIJL estaba representada en el Frente Popular provincial^[60].

Y, al igual que la política de unidad en apoyo del Frente Popular del PCE durante la guerra fue acompañada de «unas prácticas que muchas veces» no la avalaban y hasta la contradecían y llegó al final del conflicto completamente aislado, el en-

cano en septiembre de 1936 y salió de él tras los sucesos de mayo de 1937. Desde entonces y hasta que el sindicato confederal volvió al gobierno, el 6 de abril de 1938, las críticas de la FIJL a éste fueron numerosas y muy duras. Sobre la CNT durante la guerra, ver Julián Casanova, *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1936-1939)*, Barcelona, Crítica, 1997. S. Souto, *Paso a la juventud*, pp. 179-204, sobre las juventudes libertarias, y 273-318 sobre los complejos procesos de alianzas entre las organizaciones juveniles durante la guerra.

59.— Oficina de Propaganda del Comité Peninsular de la F.I.J.L., *II Congreso Nacional de la F.I.J.L. celebrado en Valencia durante los días del 6 al 13 de febrero. 1938*, Valencia, s.e., 1938, pp. 96-98. Se volvió a justificar la participación en el gobierno y en el Frente Popular Antifascista en la reunión que la organización celebró en Valencia a mediados de abril (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias. Comité Peninsular, *Actas del pleno nacional de Regionales celebrado en Valencia los días 16 y 17 de abril de 1938*, Valencia, Gráficas «Cultura y Libertad», 1938, sin paginar.

60.— Ver CDMH, informe presentado por la regional de Extremadura de la FIJL conservado en PS Madrid 1121, leg. 361, expte. 3, ff. 3-6; PS Barcelona 239, expte. 4, «Informe que presenta el camarada Blanco al comité nacional de JLL de sus impresiones relativas al movimiento orgánico de la regional extremeña», 9/12/1937; y PS Barcelona 140, expte. 6, circular del Comité Peninsular de la FIJL en que se detallan las gestiones realizadas por los distintos organismos confederales para lograr que en el Frente Popular Antifascista hubiera representación juvenil.

frentamiento entre la JSU y las demás organizaciones juveniles se acrecentó con el avance de la guerra, tanto por sus métodos y su proselitismo como por la negativa evolución de la situación militar de la República^[61].

Solo se puede concluir que en el viraje hacia la defensa del Frente Popular de la antigua dirección de la FJS influyeron especialmente las características del conflicto civil y las políticas defendidas ante éste por el PCE y las diferentes corrientes del PSOE. Y la guerra también *moderó* los objetivos de otras organizaciones. Así, el dirigente juvenil libertario Progreso Martínez concluyó un discurso pronunciado el 23 de octubre de 1938 con un «en el camino de la Revolución —repetimos hoy— solos o acompañados, pero en el camino de la Revolución», pero este camino quedaba postergado casi indefinidamente: la juventud debía comprender que «la República democrática no es el todo de sus aspiraciones» pero «es posible que hoy tengamos que (...) reconocer que en la post-guerra (sic) no será posible admitir ni innovar de una manera total los estamentos jurídicos y sociales». La cruda realidad de la guerra influyó en unas organizaciones juveniles que llegarían al final del conflicto bélico completamente consumidas y enfrentadas entre ellas, pero también divididas internamente, y en unos jóvenes a los que solo les esperó ya la represión o el exilio^[62].

61.— J. A. Blanco, «El Partido Comunista de España», p. 74. S. Souto, *Paso a la juventud*, pp. 413-418.

62.— Progreso Martínez, *La juventud, factor revolucionario. Conferencia pronunciada en el cine Tívoli, octubre 1938*, Madrid, Secretaría de Propaganda y Prensa de la Federación Local de Juventudes Libertarias, 1938, la primera cita en p. 21, la segunda en p. 14.

AUTOR INVITADO

¿Comunismo después del fin del comunismo? La política sindical del Partido Comunista de Chile en la postdictadura chilena (1990–2010)*

Communism after the end of communism? The trade union policy of the Communist Party of Chile in the Chilean post-dictatorship (1990–2010)

José Ignacio Ponce

Doctorando en Historia en la Universidad de Santiago de Chile

Rolando Álvarez Vallejos

Universidad de Santiago de Chile

Resumen

El siguiente artículo aborda la política sindical del Partido Comunista de Chile. Se pone en cuestión la tesis que sostiene una supuesta incapacidad de esta organización para adaptarse a los cambios ocurridos en la posdictadura chilena. Para ello, se analiza uno de los principales ámbitos de desarrollo de esta organización política y se concluye que los comunistas chilenos, experimentaron una serie de lentas adaptaciones de sus prácticas en el mundo sindical, las cuales intentaban responder a la realidad del Chile neoliberal. Esto derivó en que, en el primer lustro del siglo XXI, elaboraran una política que incluía en su perspectiva de cambio social a los nuevos movimientos sociales, pero sin desplazar de un rol relevante a los trabajadores en un proceso de cambio social.

Palabras claves: Comunismo, Chile, posdictadura, Movimiento Sindical.

Abstract

The following paper deals with the trade union policy of the Communist Party of Chile. It calls into question the thesis that defends a supposed inability of this organization to adapt to the changes taking place in the Chilean post-dictatorship. One of the main areas of development of this party is thus analyzed and it is concluded that Chilean Communists experienced slow adaptations of their practices in the trade union world as a response to the reality of neoliberal Chile. During the first half of the 21st century this resulted in the devising of a policy which included the new social movements in their perspective of social change, maintaining the relevant role of the workers in the process.

Keywords: *Chile, communism, post-dictatorship, trade union movement*

* Este artículo forma parte del proyecto Fondecyt n° 1150583

El Partido Comunista de Chile tuvo una extensa y significativa presencia político-social a lo largo del siglo XX chileno. Su origen estuvo asociado al desarrollo del movimiento obrero en los centros de explotación minera, lo que le dio una característica impronta obrera. A pesar de verse sometido a persecuciones y extensos períodos de clandestinidad (alrededor de 30 años fuera de la ley entre 1927 y 1990), se caracterizó por su activa presencia dentro del sistema político chileno. De esta manera, apoyó a gobiernos de centro-izquierda entre fines de los años '30 y la década siguiente y luego fue pieza fundamental en la constitución de la Unidad Popular. Como se sabe, esta coalición tuvo éxito al lograr que su abanderado, el dirigente socialista Salvador Allende, alcanzara la presidencia de la república el año 1970. El PC fue un ferviente defensor de la denominada «vía chilena al socialismo», que implicaba la construcción de una sociedad alternativa al capitalismo, desde dentro de la institucionalidad política chilena, respetando la democracia y evitando una guerra civil. Pero la presencia comunista en la sociedad chilena iba mucho más allá de tener un importante número de diputados y senadores en el parlamento. Por años, fue la primera fuerza en el movimiento sindical. También tuvo una importante representación en las organizaciones estudiantiles, encabezando en los años de la Unidad Popular algunas de las principales federaciones del país. Asimismo, logró penetrar en sectores medios e intelectuales. Destacados integrantes del mundo de la cultura chilena fueron militantes del Partido Comunista, simbolizados en la figura excluyente del poeta y Premio Nobel de Literatura Pablo Neruda. Además, sus militantes encabezaron las movilizaciones campesinas por la reforma agraria y una vivienda digna donde vivir, que tuvieron su auge durante la década de 1960 y

principios de 1970. Por último, poseía medios de comunicación de masas (escritos y radiales), una editorial y sedes partidarias a lo largo de todo el país. De esta manera, es posible afirmar que los comunistas chilenos formaron parte de la historia política, social y cultural de Chile.

Con el inicio de la dictadura encabezada por el general Pinochet, el PC enfrentó las políticas de exterminio del régimen. En 1976, dos equipos de dirección del partido fueron detenidos y hechos desaparecer por los aparatos represivos de la dictadura. Años más tarde, luego de un análisis crítico de algunas de sus posiciones durante la Unidad Popular, se produjo un inédito viraje de la política del PC. En 1980 los comunistas anunciaron que validaban «todas las formas de lucha» para terminar con la dictadura, incluyendo formas armadas. De esta manera, el PC rompía con su tradicional gradualismo político, optando por una línea más radical de cara a su tradición política. Fracasada en 1986 la perspectiva insurreccional del PC, este quedó al margen del acuerdo de salida pactada de la dictadura entre ésta y la mayoría de la oposición. Opuesto a negociar con el régimen pinochetista, el costo que pagó el PC por esta posición fue quedar, a partir de 1990, como un actor muy marginal de la política chilena.

A partir de marzo de 1990, Chile recuperó la democracia, pero bajo una administración que le dio continuidad al régimen jurídico y económico creado por la dictadura. Aunque los aspectos más brutales de éste régimen desaparecieron, especialmente la represión, el modelo consagró un régimen político que ha sido denominado como «democracia semisoberana», en alusión a sus limitaciones democráticas^[1]. Además, des-

1.-Carlos Huneeus, *La Democracia Semisoberana. Chile después de Pinochet*, Santiago, Taurus, 2015.



Tradicional mural realizado por la Brigada Ramona Parra, ligado al Partido Comunista de Chile, en solidaridad con los trabajadores del sector minero. Centro Cultural Gabriela Mistral, Santiago.

de el punto de vista económico, mantuvo la orientación económica neoliberal. Ante ese escenario, desde 1991 el PC prefirió mantenerse al margen de la nueva coalición de gobierno y construir un espacio de oposición de izquierda.

Durante la década de 1990, predominó en Chile la visión que el PC, producto de su opción por la lucha armada contra la dictadura y convertirse en opositor a los gobiernos democráticos, habría descapitalizado de tal forma su acervo histórico, que su destino parecía ser la desaparición como colectividad política (Riquelme, 2009). Habría predominado la ortodoxia, el arcaísmo ideológico y la incapacidad de entender el nuevo escenario político chileno. Sin embargo, a pesar de los agoreros, el PC logró recuperar parte de su antiguo poderío, especialmente a través de su presencia en el mundo sindical. Fuera del parlamento por efecto del sistema electoral heredado por

la dictadura, el comunismo chileno sorteó «el fin del comunismo», atrincherado en el movimiento sindical.

Este artículo pretende intervenir en el debate sobre la supuesta incapacidad del PC chileno para adaptarse a la nueva realidad política del país durante el período postdictatorial. Esto lo analizaremos a la luz de la política sindical que desplegó el Partido Comunista durante los 20 años de gobiernos de la Concertación. En particular, nos centraremos en dos aspectos. Primero, en describir cuales fueron sus principales ejes de acción y, segundo, en los elementos de continuidad y cambio de las tradiciones políticas del PC durante el período que comprende el texto.

La hipótesis que atraviesa a este artículo cuestiona lo que han señalado otras investigaciones respecto a la supuesta incapacidad del PC para adecuarse al contexto histórico-social postdictatorial. En efecto,

al analizar la acción comunista en el mundo sindical, planteamos que esta distó de la supuesta «ortodoxia» en la cual ha sido encasillada la política comunista durante estos años. Consideramos que, en la compleja tensión entre continuidad y cambio, el PC intentó desplegar una política que intentaba dar cuenta de las transformaciones que operaban en el mundo del trabajo y en la política chilena. Aunque manteniendo un horizonte transformador del orden capitalista, buscó desarrollar su acción entre trabajadores donde antes no había tenido mayor presencia y/o contribuir a la organización de trabajadores en nuevas condiciones laborales precarias. Así, el PC se adaptó lentamente a los cambios operados bajo el modelo neoliberal en el mundo laboral y desarrolló una resemantización de algunos de sus conceptos claves, entre ellos, el de la «clase trabajadora». Esto último, a su vez, le permitió desplegar nuevas formas de acción en el mundo sindical. Así, apuntó a nuevos actores y nuevas demandas laborales, en vista a la articulación de un «movimiento de movimientos» generado desde el mundo sindical. A este último le terminó asignando un carácter socio-político, a través del cual se construiría una agenda alternativa al neoliberalismo. Así, durante gran parte del período, el PC se desplazó hacia una perspectiva «movimientista» para construir una alternativa al neoliberalismo. Sin embargo, hacia el final de esta fase, esto lo matizó para volver a darle énfasis a la acción institucional-electoral, en el marco de una ventana de oportunidades políticas para reingresar al sistema del cual era excluido.

Un paso atrás, refugio en las certezas: sobreviviendo en la clase obrera

En el caso de los comunistas chilenos, el inicio de la década de los '90 combinó una

doble derrota: por un lado, el derrumbe de los regímenes del socialismo real, que como en el resto del mundo, habían sido el referente político de los comunistas chilenos. Por otro, el inicio de la transición pactada entre la dictadura de Pinochet y la oposición moderada que constituiría la Concertación de Partidos por la Democracia. El PC optó por mantenerse fuera de esta salida, situación que lo condenó a convertirse en un actor político marginal desde el punto de vista de la política institucional (el parlamento). La combinación entre la crisis internacional del socialismo y la posición crítica al nuevo gobierno democrático, abrió entre 1989 y 1991 una profunda crisis en el partido chileno, que, para muchos, era señal del fin del comunismo en Chile^[2].

Empero, esto no quiso decir que los comunistas quedaran paralogizados. Al contrario, el PC intentó capear la tormenta refugiándose en algunas de sus certezas y prácticas históricas. El carácter gradual de la «renovación revolucionaria» que proponían apuntaba a no abandonar el horizonte socialista y tampoco desplazar a la clase obrera de su «rol histórico». Aunque dado el carácter pactado de la salida a la dictadura, para los comunistas la democratización del país seguía siendo un desafío a conseguir, de allí que plantearan que «en la lucha por la democracia, la clase obrera debe conquistar la hegemonía, asegurando de este modo la continuidad y profundización y el paso a la revolución antiimperialista y antioligárquica con una perspectiva socialista»^[3]. En general, si bien los comunistas mantenían una lectura ampliada del actor que podía llevar los cambios sociales en el país, se circunscribía a la óptica histó-

2.— Rolando Álvarez, *Gremios empresariales, política y neoliberalismo. Los casos de Chile y Perú (1986-2010)*, Santiago, Lom, 2015.

3.— Partido Comunista de Chile, *XV Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1989, p. 16.

rica que había tenido este partido al menos desde la década de los '60.

De todos modos, hacían un intento por definir a la clase obrera incorporando las transformaciones que el modelo neoliberal había producido en el mundo del trabajo en Chile, reconociendo que «en su interior se han registrado sensibles modificaciones». Así se aludía al nuevo proletariado subcontratado y temporal, que acentuaba las diferencias de clase y que, dadas sus condiciones de explotación, dificultaban su organización. Por ello que era fundamental «desplegar una mayor iniciativa para contribuir a la formación de su conciencia de clase»^[4]. Según la lectura comunista, los trabajadores carecían de una conciencia y una musculatura orgánica como en tiempos pasados, lo que se agudizaba por la persistencia de la legislación laboral de la dictadura y los efectos de la represión en ese período.

Si bien hacia 1989, el llamado del PC era el que tradicionalmente hacía, centrado en la principal central sindical del país (la Central Unitaria de Trabajadores, CUT) y la minería^[5], hubo algunos elementos novedosos. Destacó la apelación a volcar su accionar en lo que denominaban como capas medias, como los profesores. Desde la óptica del PC, aunque la oligarquía y el imperialismo buscaran contraponer a estos sectores con la clase obrera, «el desarrollo del capitalismo lleva(ba) inevitablemente a la gran mayoría de estos sectores hacia la proletarianización y en no pocos casos a la pauperización»^[6]. Así, se asumía como premisa que la constante polarización provocada por el capitalismo, obligaría a los sectores medios a aliarse con la clase obrera. El volcamiento hacia estos sectores, como

veremos, le rindió rápidos frutos al PC y le brindó posibilidades de salir de la situación defensiva en la que se encontraban.

En 1990, en plena crisis interna, el PC llamó a salir de la «discusión ensimismada» y desplegar la lucha social. Es así que, en la segunda mitad de ese año, en el XXI Pleno del Comité Central, llamó a «enfrentar a empresarios y a la derecha en la calle, con movilización y el combate decidido de los trabajadores». También criticó a la dirigencia demócrata cristiana de la CUT, por su búsqueda de acuerdos con el gobierno «sin la implementación práctica de ninguna otra acción sindical»^[7]. Para el PC, esto ponía en juego la independencia de los trabajadores frente al ejecutivo y al empresario. Esto, según los comunistas, se había reflejado en las reformas laborales realizadas por el gobierno de Patricio Aylwin, que en rigor no hicieron cambios profundos a las relaciones laborales implantadas por la dictadura^[8]. De allí que a principios de 1991 declarase fracasada dicha estrategia de la CUT^[9]. El problema para los comunistas, tal como señalaba Sergio Aguirre, uno de los vicepresidentes de la entidad, era «si la CUT tiene o no una conducción clasista». Según él, era «evidente que sectores de la derecha, la centroderecha y del propio gobierno buscan reducir a los trabajadores a un papel de mínima expresión, que no pueda poner en peligro el modelo económico dictatorial, modelo que hoy es asumido por el actual Gobierno»^[10].

En ese sentido, los comunistas tenían claro que un cambio en la conducción y superación de la debilidad de la CUT, pasaba por una democratización del movimiento

4.— *Ibidem*, p.49.

5.— *Ibidem*, p. 51.

6.— *Ibidem*, p. 54.

7.— *El Siglo* (28/8/1990 y 1/9/1990, pp. 6 y 7).

8.— Antonio Aravena y Daniel Núñez (2011), «Los Gobiernos de la Concertación y el Sindicalismo en Chile», *Revista Trabajo*, 8 (2011), pp. 113–130.

9.— *El Siglo* (30/12/1990 y 6/1/1991, p. 26).

10.— *El Siglo* (28/4/1991 y 4/5/1991, pp. 20 y 21)

sindical. Así lo manifestaba Jorge Pavez, por entonces dirigente comunista del profesorado y de la multisindical. Este, además de poner como desafío la recuperación de la autonomía de la CUT, planteaba que «otro desafío es la participación. Un movimiento que consiga plena participación, la total democratización de sus componentes. Que impulse, asimismo la democratización de toda la sociedad...»^[11].

Así, la apuesta de los comunistas en el marco de la posición defensiva que tomaba el movimiento sindical en la discusión de las políticas públicas, apuntaba a un posicionamiento más «autónomo» y «clasista» ante el gobierno. Sin embargo, en los congresos de la central realizados los años 1991 y 1993, el PC no pudo revertir su posición de minoría al interior de ésta. Por el contrario, se acentuó en la cúpula de la CUT la hegemonía concertacionista y, por ende, su dependencia del gobierno^[12]. El PC buscó fórmulas para romper el predominio de las fuerzas más moderadas en la central. La principal fue intentar agitar las aguas «desde abajo», a partir de su presencia en algunas importantes organizaciones sindicales.

El primer foco de agitación sindical a escala nacional impulsado por los comunistas, fue a través de la Federación Nacional de Trabajadores de la Salud (FENATS). Esta organización representaba una franja importante de los afiliados a la CUT^[13] y una articulación nacional en un área que tenía una importante repercusión en todo el país. En 1990, el PC había obtenido la primera

mayoría en las elecciones del directorio, quedando la organización encabezada por el comunista Humberto Cabrera. La FENATS impulsó una serie de movilizaciones que fueron *in crescendo* desde 1991 a 1993. Cabrera, denominado por los periódicos oficialistas como «el duro», logró una casi permanente visibilización a nivel nacional, por la alta capacidad de movilización de su sector, capaz de derribar a varios ministros de salud de las administraciones concertacionistas.

Así, un dirigente proveniente del sector servicios, que no era encasillado dentro de la clase obrera tradicional, le daba vigencia a su partido como actor político-social. Su acción mostraba el camino para salir de la posición defensiva en la cual se encontraban los comunistas por entonces. ¿Qué reflexionaría el PC sobre esto durante 1994 en su XVI Congreso, momento en iniciaba el segundo gobierno de la Concertación?

Un paso adelante: agitación social y sindical comunista en los '90

Las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1993 ratificaron el estancamiento electoral del PC, que se ubicaba alrededor del 6% del electorado. Además, confirmó la enorme adhesión alcanzada por la Concertación y la Democracia Cristiana, que convirtió a Eduardo Frei Ruiz-Tagle como Presidente de Chile hasta el año 2000^[14]. Y aunque en algunas zonas alcanzaron resultados no despreciables, los comunistas siguieron excluidos del sistema político-institucional. A su vez, en el plano sindical, el PC tampoco podía doblegar la dirección de la CUT. Esto se ratificó en el

11.— *El Siglo* (28/4/1991 y 4/5/1991, p. 16)

12.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010: El caso de la CUT, entre la independencia política y la integración al bloque Histórico Neoliberal*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2014

13.— Por entonces, sumaba la no despreciable cantidad de 40.000 afiliados, en un marco donde la CUT ostentaba cerca de los 500.000, representando cerca de un 8% de la misma.

14.— José Ponce, «Adaptación e inclusión de la Izquierda revolucionaria en las transiciones democráticas de Uruguay, Chile y Argentina. Una mirada desde el desempeño electoral, 1983–2009», En *Izquierdas*, 18 (2013), pp. 17–36

Congreso Extraordinario de la central, realizado en abril de 1994. En él, los demócrata-cristianos impusieron la afiliación de la multisindical a la CIOSL, entidad vinculada a los sindicatos norteamericanos. Aunque los comunistas intentaron resistirse a esta medida, no pudieron impedir la decisión. Con todo, esto generó una de las primeras crisis de la CUT^[15].

De todas maneras, si bien el PC no pudo instalar su línea política en la central, a su postura crítica ante el nuevo gobierno se sumaban otros sectores de los dirigentes sindicales, incluyendo a los de militancia concertacionista. Esto se verificó en la promoción de nuevas movilizaciones y un paro nacional el 11 de julio de 1994, que convocó entre 15.000 y 25.000 personas en las calles de la capital chilena. Tras ellas, el gobierno tendió puentes de diálogo con la CUT y envió un proyecto de reforma laboral, que, al ser criticado por el empresariado, le restó urgencia a su discusión. Esto provocó que la central asumiera una postura más crítica al gobierno, evidenciando un desplazamiento de la posición de los dirigentes sindicales hacia una más cercana a lo que planteaban los comunistas^[16].

Pero a contrapelo de la crisis de la CUT y sus limitaciones para imponer sus planteamientos en la agenda pública, expresiones sectoriales del movimiento de trabajadores cobraron gran relevancia durante una oleada de movilizaciones ocurrida entre 1993 y 1997. Si la FENATS había mostrado las posibilidades de esta forma de acción durante el último año del gobierno de Aylwin, otros actores del sector público mostraron su fuerza, tal como los trabajadores de la salud municipal y los profesores.

Dentro de una cargada agenda de movili-

zaciones laborales, una de las más relevantes fue la realizada en 1994 por el profesorado, que se prolongó durante tres semanas entre los meses de septiembre y octubre. Aunque este gremio era conducido por el demócrata-cristiano Osvaldo Verdugo, durante la movilización de 1993 se consolidó el liderazgo del dirigente comunista Jorge Pavez. Por estos años, Pavez se convirtió en la principal expresión de una corriente disidente de la conducción de Verdugo en el magisterio, siendo motejado por la prensa de la época como parte de un sector «más radical». Finalmente, en 1995 Pavez alcanzó la conducción del poderoso Colegio de Profesores, desplazando al oficialismo.

Así, Pavez y Cabrera, dos dirigentes sindicales de espacios laborales del área de «servicios» e históricamente vinculados a las «capas medias», se convertían en los principales referentes públicos del PC. Desde estos sectores, el PC comenzó a recuperar incidencia en la conducción de la CUT. Esto se relacionaba con que, desde el punto de vista electoral, eran sectores estratégicos al interior de la central. Entre ambos tenían cerca de un 35% de sus afiliados^[17]. Así comenzó a cambiar la orientación política de la principal multisindical chilena.

Ante este panorama, es interesante contrastar los cambios del discurso sobre lo laboral y sindical de los comunistas entre sus Congresos Nacionales de 1994 y 1998. El XX Congreso^[18] se desarrolló a lo largo de 1994 y terminó a comienzos de su segundo semestre, justo cuando las movilizacio-

15.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

16.— *Ibidem*.

17.— Entre ambos sectores sumaban cerca de los 115.000 afiliados (25.000 la FENATS y 90.000 el Colegio de Profesores) de 325.000 que ostentaba la CUT (Osorio, 2014).

18.— El XX Congreso partió siendo el número XVI, pero la resolución de asumir como fecha fundacional 1912 (año en que se funda el Partido Obrero Socialista) y no 1922 (cuando el POS se transforma en Partido Comunista de Chile), suman los cuatro congresos que había realizado el POS.

nes de la salud y los profesores estaban en pleno despliegue. Esto explica la optimista mirada de los comunistas sobre el supuestamente ascendente descontento social contra el gobierno. Según el PC, desde el punto de vista de las condiciones de vida de la población, «la situación comienza a ser crítica...»^[19]. Reafirmando su mirada sobre la expansión de la proletarización del país (la cual alcanzaba cerca de un 75%, según sus cálculos), los comunistas buscaban contrarrestar aquellas miradas que pregonaban la desaparición de la clase obrera, como lo señalaba cierta sociología del trabajo.

De tal manera, se desprendía que, para los comunistas, los movimientos laborales de la salud y los profesores eran parte de los «nuevos proletarios» del área de servicios, los cuales concentraban una alta franja de la población laboral. De esta manera, el PC «encajaba» a estos trabajadores dentro de una categoría tradicional de su discurso, sin desarrollar aún una lectura más compleja sobre el neoliberalismo y los trabajadores.

Con respecto a la crisis del sindicalismo, tema instalado en el debate público en esa época, los comunistas reiteraban que era producto de las repercusiones de la dictadura y de su legislación. Responsabilizaba a los gobiernos de la Concertación, que, frente a la debilidad del poder negociador de los trabajadores, «privilegian al empresario y consideran al trabajador como un elemento que debe someterse a las leyes de una macroeconomía que sólo beneficia al capitalista. Esto aumenta el descontento del asalariado y lo impulsa a romper la pasividad de los últimos años»^[20].

Por otro lado, reiteraban su crítica a la dirección de la CUT, por considerar que se subordinaba a las políticas neoliberales del

gobierno. Esto, se decía, rompía la tradicional independencia de clase del movimiento sindical chileno. En oposición a ello, el PC declaraba que eran «partidarios de un movimiento sindical unitario y diverso, independiente del gobierno y de los patrones, su pluralismo presupone su autonomía en relación a los partidos políticos, pero no el apoliticismo, que niega y debilita su carácter de organización que existe para defender los intereses del proletariado moderno. No obstante, los trabajadores siguen constituyendo la fuerza motriz determinante para llevar adelante los cambios de fondo que el país demanda. A ellos, a la elevación de su organización y de su conciencia, debemos dedicar los mayores esfuerzos»^[21]

De esta manera, los comunistas mantenían el concepto de proletariado de una manera extensiva, que incluían a los actores «modernos», incluyendo a aquellos del sector servicios, ubicándolos como el «motor» de la «revolución democrática», que planteaban como desafío central para el país. Para el PC, «la dimensión clasista de la lucha por el cambio social es indiscutiblemente un componente básico». Sin embargo, esto no negaba que «las transformaciones revolucionarias... congregará también movimientos sociales que se forman para resistir las secuelas de la dominación del capital en otros ámbitos. El capitalismo genera nuevas contradicciones que abren nuevos espacios de alianzas»^[22]. De esta forma, aparecía en el lenguaje del PC la categoría de movimiento social, como espacio de construcción contrahegemónico al neoliberalismo. Con esto, el PC diversificaba el sujeto histórico que haría el cambio social, abarcando otras dimensiones más allá del mundo del trabajo, pero sin dejar de considerar que éste seguía siendo el actor clave.

19.— Partido Comunista de Chile, *XX Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1994, p. 4.

20.— *Ibidem*, p. 13.

21.— *Ibidem*, p. 12 y 13.

22.— *Ibidem*, p. 13 y 14



Acción reivindicativa de la Confed. de Trabajadores del Cobre (CTC), uno de los sectores laborales más movilizadas en Chile desde la década de 2000. Año 2015 (Foto facilitada por los autores).

La política sindical del PC obtuvo importantes resultados el año 1996, cuando los comunistas lograron una mayoría relativa en la CUT. Con Pavez a la cabeza del Colegio de Profesores y Cabrera en la FENATS, junto con la incidencia en otros sectores laborales, como el forestal, el cuprífero y la construcción, entre otros, los comunistas alcanzaron un 28% de los votos. Si bien no era la mayoría, le permitió romper la hegemonía de los demócrata-cristianos, que obtuvieron solo un 25,8% de los votos. En este marco, el PC apoyó al dirigente socialista Roberto Alarcón para presidir por dos años la multisindical, desplazando a la candidata de la Democracia Cristiana^[23].

Los años 1996 y 1997 fueron años complejos para el movimiento sindical. Un antiguo y tradicional sector obrero, los trabajadores del carbón, sufrieron en esos años una derrota definitiva, que derivó en el cierre de

los yacimientos de la estatal ENACAR^[24]. El movimiento que resistió a esta medida, estuvo conducido por militantes comunistas, que tenían una histórica influencia en la llamada «zona roja» del carbón. La movilización, que tuvo alto impacto mediático y que estremeció el debate nacional, instaló la discusión sobre la muerte de la cultura obrera, la cual se conjugaba con la crisis que vivía la CUT y la baja tasa de afiliación sindical a nivel nacional. Esto lo aprovechó el influyente periódico derechista *El Mercurio* para editorializar sobre el tema. La presidenta del PC, Gladys Marín, respondió de la siguiente manera frente a la supuesta defunción de la cultura obrera en Chile: «No lo creo así, ya que felizmente esos valores

23.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

24.— Carlos Sandoval, *De Subterra a Subsole: El fin de un ciclo*, Santiago, Quimantú, 2011; Cristina Moyano, «El Partido Comunista y las representaciones de la crisis del carbón: La segunda renovación», *Tiempo Histórico*, 2 (2011), pp. 27–42; José Ponce, *Acción sindical durante los gobiernos de la Concertación. Los casos de las movilizaciones de Lota (1994–1997) y de Codelco (2005–2008)*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile, 2015

se han proyectado y enraizado en corrientes políticas, sociales, que se enfrentan al modelo capitalista neoliberal que pretende eliminar toda cultura transformadora. Y la cultura obrera, transformadora, proveniente del movimiento obrero, se han traspasado a otros sectores de la sociedad, como valores humanistas y costumbres de una verdadera civilización»^[25].

Con todo, desde nuestro punto de vista, los cambios que vivía el movimiento sindical, obligó a los comunistas a profundizar su reflexión sobre la tradición de lucha de los trabajadores. Así comenzó una transformación conceptual que casi diluyó el término de «clase obrera», que prácticamente desapareció en el XX Congreso del partido. Se mantenía el concepto de «proletariado», pero se ampliaba hacia sujetos que antes se concebían propios de la clase media, que ahora se les consideraba asalariados. Esto explica que se comenzara a utilizar los términos de clase trabajadora y trabajadores. Además, esta resemantización dejaba de lado el eje analítico en torno al papel en la producción, para enfocarse en una conceptualización más basada en la tradición de la cultura obrera. Esta, como lo señalaba Gladys Marín, se habría trasladado a otros sectores laborales y sociales que asumían una posición más combativa respecto al neoliberalismo. Entre ellos, se incluirían los profesores, los trabajadores de la salud y los estudiantes, entre otros.

Esta noción cultural del concepto de clase permitió abordar a los trabajadores como un actor excluido^[26] y permitía conectarlos con otros actores que estaban bajo esa misma condición. Para el PC, la resolución de sus problemas debería ser través de un pro-

yecto político alternativo al «modelo neoliberal». Retomar la senda de la identidad combativa y autónoma, como hemos visto, se convirtió en uno de los ejes que promovieron los comunistas durante la década de 1990. Pero no se hizo como un ejercicio deliberado de «renovación ideológica» desde un grupo intelectual, sino más bien como una adaptación necesaria producto de la crisis de las expresiones tradicionales de «la clase obrera» y la aparición de nuevos sujetos laborales que encabezaban las luchas más directas contra el modelo neoliberal.

¿Un segundo paso adelante?: el camino hacia un sindicalismo anti-neoliberal del PC (1998–2002)

El año 1998 marcó uno de los momentos de mayor avance de la política sindical del PC en esa década. En diciembre, luego de 28 años, un comunista volvía a ganar la presidencia de la CUT, personificado en el entonces desconocido dirigente cuprífero Etiel Moraga. Esto lo lograban al alcanzar una amplia mayoría relativa, que se volvió en absoluta al mantener la alianza con el sector socialista de Roberto Alarcón, justo cuando la incidencia demócrata-cristiana se derrumbaba al interior de la multisindical^[27]. Sin embargo, la conducción comunista de la CUT enfrentó una serie de condicionantes. Por un lado, el descenso de la afiliación sindical a un 11,5%; por otro, profundas tensiones políticas internas en la central, dejando a Moraga y al PC como los principales responsables para resolver la crisis del sindicalismo en Chile. Este complejo escenario se agudizó con las repercusiones de la «crisis asiática» del año 1999. Los comunistas enfrentaron la nueva

25.— *El Siglo* (26/7/1996, p.3)

26.— Cristina Moyano, «El Partido Comunista y las representaciones de la crisis del carbón», pp. 27–42.

27.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

situación política y sindical —en gran parte— con las reflexiones que realizaron en su XXI Congreso llevado a cabo el año 1998.

El avance en el mundo social y un leve aumento en las elecciones parlamentarias de 1997 (superaron por primera vez el 7%), permitieron ratificar la línea política del PC, basada en la tesis de la «revolución democrática». Asimismo, el contexto latinoamericano acicateaba al PC. Primero había sido el movimiento zapatista y luego, el avance del proyecto bolivariano de Hugo Chávez. Por ello, los comunistas comenzaron a visualizar que el descontento social podía configurar un proyecto alternativo al neoliberalismo. Tal como había ocurrido en otras latitudes, la movilización social podía incubar las proyecciones de una alternativa al «modelo».

En todo caso, la construcción de esta alternativa el PC no significó hacer tabula rasa ante sus tradiciones y lecturas históricas. Por ello que el desafío de la «revolución democrática», debía llevarla adelante un movimiento social amplio y plural, pero que de todas maneras tenía a los trabajadores como eje articulador. En su Congreso de 1998 afirmaban que las alternativas a la derecha y a la Concertación, se «expresan en primer lugar en el desarrollo del movimiento social». En esta perspectiva, sostenían que «la izquierda y el protagonismo del movimiento social son la base en la que se sustenta la construcción de un movimiento nacional democrático y rupturista». Para los comunistas, los sectores y fuerzas sociales que constituían el sustento de la «nueva mayoría nacional» eran los trabajadores, pero también «los estudiantes, académicos universitarios, profesionales, intelectuales y trabajadores de la cultura; los medianos, pequeños y microempresarios; los trabajadores independientes; los pequeños propietarios rurales; los mapuches; los pobladores, dueñas de casa, consumido-

res, medioambientalistas»^[28].

Las movilizaciones de los últimos años, decía el PC, habían hecho emerger nuevas demandas, dentro de las cuales los comunistas destacaban las luchas por la estabilidad laboral, la defensa de la salud y la educación pública, de los recursos naturales y el medio ambiente, el rechazo a las privatizaciones y el reconocimiento de los pueblos originarios. Desde su óptica, «producto de todas estas luchas, el movimiento social ha ido madurando, obteniendo la izquierda y el PC una importante presencia en su conducción, tanto en las federaciones universitarias y de enseñanza media, como en federaciones sindicales y en la CUT. El reciente y contundente éxito en el Colegio de Profesores así lo confirma»^[29]. En este sentido, consideramos que los comunistas, si bien reafirmaban varias de sus tesis del XX Congreso, complejizaron su visión de la acción político-social. En efecto, la perspectiva que incorporaba a diversos actores como factor de cambio, aproximó al PC a una dimensión «movimientista» de la lucha social.

Sin embargo, ya decíamos que los trabajadores seguían estando en el centro de la estrategia del PC. Por tanto, el llamado era doblegar los esfuerzos, pues tal como habían constatado, «a pesar de todas las trabas legales e institucionales del sistema, se han desarrollado importantes movimientos de los trabajadores, y avances en la democratización y carácter clasista del movimiento sindical». Pero esto era insuficiente, porque más allá de las dificultades legales y estructurales que enfrentaba el movimiento sindical, el gran problema era que éste «no asume el rol transformador que, a través de su acción, le corresponde en la sociedad».

28.— Partido Comunista de Chile, *XXI Congreso del Partido Comunista de Chile*, 1998, p. 16.

29.— *Ibidem*, p. 15.

Esto ponía el control de la CUT en el eje de la política del PC.

Por ello, en un contexto donde distintos pequeños grupos políticos se alejaban de la CUT, incluidos dirigentes ex-comunistas, estos ratificaban que debían «jugársela por fortalecer la CUT y hacer de ella la máxima organización de los trabajadores, pero con claro contenido alternativo al modelo neoliberal y recogiendo la histórica vocación clasista, democrática y unitaria del movimiento sindical chileno. Los trabajadores quieren ver una actitud de lucha más clara y decidida de parte de la CUT»^[30]. El triunfo que obtuvieron a fines de 1998, a pesar de las limitaciones que lo rodearon, parecía confirmar la apuesta política del PC. De manera típicamente optimista, el PC consideró que el triunfo en la CUT podría marcar «un nuevo momento político» que si bien podía traer una posible «involución democrática», también podría generar «mayores posibilidades para el movimiento popular, lo cual nos exige y nos permite pasar a una etapa superior en el proceso de construcción de la alternativa al neoliberalismo, y de una Nueva Mayoría Nacional para una salida democrática»^[31].

A diferencia de lo que ocurría en los primeros años de la década de 1990, desde 1999 los comunistas estaban en el centro de la política sindical, conduciendo la CUT y poderosos gremios como el de profesores y la salud. El camino para llegar a este punto había dotado de nuevas experiencias y reflexiones a sus militantes, en función de intentar construir una alternativa al modelo neoliberal.

La alternativa del PC en el albor del nuevo siglo: el sindicalismo socio-político

30.— *Ibidem*, pp. 44 y 45.

31.— *Ibidem*, p. 16.

A fines del siglo XX, los comunistas chilenos intentaban adaptarse a la nueva realidad político-social del país, particularmente en el mundo laboral. Al calor del activismo sindical, con triunfos y derrotas, resemantizaron su mirada sobre los trabajadores e intentaron elaborar una lectura propia sobre los cambios que había provocado el neoliberalismo en el país. El nuevo momento político que visualizaban en el Congreso de 1998 y el triunfo en la CUT, los llevó a creer que el contexto era propicio para desbordar la exclusión político-institucional y encabezar una alternativa a la derecha y al oficialismo de centro-izquierda. Por ello, levantaron la candidatura presidencial de Gladys Marín, su insigne líder. Sin embargo, los exiguos resultados logrados por ésta y nuevamente quedar excluidos del parlamento^[32], provocaron que el PC mantuviera como uno de sus ejes principales de acción el mundo social y sindical.

En este ámbito, los comunistas enfrentaban una serie de disyuntivas producto del nuevo escenario, particularmente en la CUT. Uno de estos factores fue el cambio de gobierno. Si bien en 2000 el representante de la Concertación Ricardo Lagos triunfó en las elecciones presidenciales, el cambio radicó que el eje de la coalición viró a posiciones supuestamente más a la izquierda. Esto se expresó inicialmente en una mayor voluntad de diálogo para llevar a cabo reformas laborales. Sin embargo, prontamente las ilusiones se acabaron y la administración Lagos se convertiría en la más neoliberal del ciclo de gobiernos de la Concertación. Por otro lado, operaba la crisis de la CUT como actor sindical relevante, pues las marchas impulsadas durante este período, demostraron la debilidad de la central. Las críticas se concentraron sobre

32.— Alfredo Riquelme, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, DIBAM, 2009.

la incapacidad de la conducción de Moraga para revertir esta situación^[33]. Así, de cara a las elecciones internas de la CUT en 2000, los comunistas resultaron derrotados.

El PC obtuvo solo un 24,7%, mientras la lista del ex militante socialista Arturo Martínez obtuvo un 26%. Las dos listas de la Concertación sumaban 47,6%. Ante ello, los comunistas optaron por apoyar a la lista de Martínez. Este había obtenido la primera mayoría individual y se había perfilado con posturas independientes y críticas al gobierno de Ricardo Lagos. Aunque las listas de la Concertación presionaron para revertir esta situación, Martínez asumió la presidencia de la CUT, repartiéndose los principales cargos de la multisindical con los comunistas. De toda forma, a pesar del traspie electoral del PC en la CUT, la colectividad lograba consolidar su posición relevante en la central. Bloqueó el retorno de la Democracia Cristiana a la presidencia, dejando la conducción en manos de un dirigente que, al menos en teoría, se posicionaba en el eje izquierdista de los sectores de gobierno.

Pero el PC también debió enfrentar otros obstáculos, como por ejemplo la salida de un grupo importante de dirigentes comunistas en el Colegio de Profesores, entre ellos Jorge Pavez, su principal referente. Con esto, los comunistas perdían momentáneamente la conducción de la principal organización gremial del país. Ante este panorama, el PC debió optar entre una «moderación» como exigían dirigentes sociales y políticos, o la profundización de su línea de confrontación al «modelo». En dicho escenario, el PC partió de la premisa que, dentro de la institucionalidad chilena, no era posible la real democratización del país. Por ello, se hacía necesario, decían los comunistas, imponer

«cambios en nuestra elaboración y práctica política, debemos concluir que es indispensable un viraje, un desplazamiento de todos nuestros esfuerzos hacia la base social, hacia los trabajadores, para construir en todos los sectores movimientos de masas resueltos a intensificar sus luchas por sus derechos y aspiraciones enfrentando de mil formas al sistema. Esto nos demanda actuar hacia afuera, hacia el pueblo, cotidiana y activamente y no sólo en los períodos electorales, como nos ha ocurrido en gran medida durante estos años»^[34].

Por tanto, ante un escenario político y sindical complejo, los comunistas tomaron el camino de enfatizar un «viraje», que en realidad era la consolidación de la dimensión «movimientista» de su política, que encontró en el XXII Congreso su máxima elaboración. El «viraje» ratificaba la tesis de un nuevo «sujeto histórico», donde los trabajadores ocupaban un papel articulador dentro de varios actores, lo cual se basaba en las propias contradicciones generadas por la globalización capitalista neoliberal. Así, desde la óptica del PC, los trabajadores tenían un papel imprescindible, estableciendo alianzas con sectores que, por distintas razones, compartían objetivos comunes. En ese marco, los trabajadores, por su condición de clase y papel estratégico en el funcionamiento del sistema, serían el núcleo que garantizaría el sello transformador del movimiento social.

Bajo este supuesto, la CUT pasaba a jugar un papel fundamental en el «viraje» de la política comunista, pues debía ponerse a la cabeza de lo que el PC denominó como un «movimiento de movimientos». Por eso que, a contrapelo de las críticas de los dirigentes concertacionistas contra la politización que promovía el PC en el mundo sin-

33.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

34.— Partido Comunista de Chile, *XXII Congreso del Partido Comunista de Chile*, 2002, p. 15.

dical^[35], los comunistas afirmaban que ese era el camino a transitar. La orientación era que sus «dirigentes sindicales asuman un rol mucho más politizador al interior de las organizaciones sindicales. Se plantea la necesidad de impulsar un nuevo sindicalismo, más vinculado con la base, más combativo, rupturista y basado en la movilización.»^[36] Esto fue el núcleo de lo que se denominaría como el sindicalismo socio-político.

La pluralidad del «nuevo sujeto político y social de masas», estaba compuesto por un cuadro de actores que supuestamente se oponían a la globalización capitalista y al neoliberalismo salvaje. Entre ellos, se consideraban a las organizaciones sindicales, de cesantes, estudiantiles, del mundo juvenil, de mujeres, de los pueblos originarios, ecologistas, de derechos humanos, de la diversidad sexual, de profesionales, del arte y la cultura, de la comunidad científica y los ecologistas, de pequeños y medianos empresarios, de sectores de la burguesía nacional. Todos habían sido golpeados por el sistema y cuyas reivindicaciones específicas comenzaban a converger, según los comunistas, alrededor de la exigencia de una sociedad distinta. El lema «otro mundo es posible» simbolizó el «viraje» comunista. Así, el movimiento sindical se debía convertir en el motor para politizar y dotar a los movimientos sociales de una agenda de lucha más frontal contra el neoliberalismo. En ese marco, se comprende la batalla, por ejemplo, que dio el PC para mantener su incidencia en la CUT e impulsar a través de ella las movilizaciones por un «Chile Justo y Democrático», que tendrían resonancia en la agenda pública nacional entre el 2003 y 2004^[37].

35.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

36.— Partido Comunista de Chile, XXII Congreso, p. 50.

37.— Sebastián Osorio, *Trayectoria y cambios en la política del Movimiento Sindical en Chile, 1990–2010*.

Pero además de esta perspectiva de mayor politización del movimiento sindical, los comunistas reconocían que se volvía apremiante ahondar en el conocimiento de los cambios producidos en el mundo del trabajo, para de esta manera «ser los primeros actores en la tarea urgente que es elevar la organización sindical»^[38]. Esto explica la importancia que se le asignaba a los trabajadores «desregulados» o «eventuales», entre ellos, los subcontratados: «Debemos ocuparnos de la organización del 66% de los trabajadores desregulados, impulsando con más fuerza la organización en aquellos sectores económicos donde predomina este tipo de trabajadores, tales como temporeros de la fruta, pesqueros, salmoneros, forestales y vitivinícolas». Además, se debía tender a unificar los sindicatos tradicionales con los trabajadores desregulados, «para desarrollar un accionar diferente del actual, de confrontación con el modelo, de movilización social y de acción común con otras organizaciones sociales y políticas que están por cambios democráticos...»^[39].

Así, el PC otorgó gran importancia a la organización de los trabajadores «desregulados» y «temporales», que crecían de manera exponencial bajo el modelo chileno. En sectores estratégicos de la economía del país, como la minería del cobre, superaban el 60%. El PC contaba con presencia entre los sindicatos de los contratistas del cobre desde el tiempo de la dictadura de Pinochet. Estos cobrarían gran relevancia a mediados de la década de 2000.

En el año 2004, la política laboral del PC estuvo marcada por el nuevo acuerdo con Arturo Martínez para que este condujera la CUT. Impulsaron la creación del «Frente contra la exclusión», el cual asumía la necesidad de romper con la ley electoral por

38.— Partido Comunista de Chile, XXII Congreso, p. 40.

39.— *Ibíd.*, p. 33.

medio de un pacto entre las fuerzas oficialistas, la izquierda extraparlamentaria y los movimientos sociales. Sin embargo, esto no llegó a buen puerto. En tanto, el año 2005 falleció la presidenta del partido, Gladys Marín, símbolo de la línea confrontacional y de raigambre movimientista del PC. El cambio de conducción traería nuevamente algunos desplazamientos en la acción comunista.

De la irrupción de los subcontratados al ¿nuevo viraje?

Durante el segundo lustro de 2000, el PC participó de manera protagónica en la activación de las movilizaciones de trabajadores subcontratados, destacando las de la minera estatal CODELCO, los forestales y los de la salmonicultura.

Hacia el año 2005, los comunistas habían promovido la construcción política llamada «Juntos Podemos». Esta intentaba canalizar electoralmente los distintos movimientos de protestas y hacer converger a las distintas fracciones de la izquierda extraparlamentaria. Si bien su performance electoral del año 2005 había mantenido la tendencia de los años anteriores, los votos «cautivos» del PC lo convirtieron en un actor relevante para definir el triunfo de Michelle Bachelet ante Sebastián Piñera en la segunda vuelta presidencial, realizada en enero de 2006^[40]. Aunque la decisión de respaldar a la candidata de la Concertación le costó una crisis al interior del «Juntos Podemos», la nueva dirección partidaria, encabezada por Guillermo Teillier, la estimó necesaria en función de buscar los ansiados cambios de la institucionalidad postdictatorial. Aho-

ra bien, esto no significó un cambio en la orientación política de la colectividad, sino más bien un desplazamiento coyuntural, pero que en el Congreso partidario de 2006 adquirió un carácter más formal.

El Informe y las resoluciones del XXII Congreso del PC fueron amplias. En primer lugar, se propuso un nuevo énfasis en la línea política, centrada en «la solución a la contradicción entre neoliberalismo y democracia... [a través de] la conquista de un gobierno democrático, nacional y de justicia social, con la unidad y la lucha del pueblo». De tal manera, se comenzaba a diluir la tesis de la «revolución democrática», pasando a verse como central la conquista de un gobierno que debía consagrar principalmente una nueva Constitución e instalar una Asamblea Constituyente. Sin embargo, también se planteó una «agenda corta» de cinco puntos, en la que se basó el apoyo a Bachelet en la segunda vuelta del año 2006. Cuatro de estos puntos formaban parte del petitorio de la CUT: «la reforma del sistema previsional, la reforma a la educación, la reforma al Código del Trabajo y la reforma del sistema electoral»^[41]. En este escenario, el PC enfatizó especialmente la reforma al sistema electoral, por lo que el Congreso mandató a la dirección para negociar este aspecto con el gobierno.

En segundo lugar, el XXII Congreso reinstaló la importancia para el PC de lograr una alianza política y social de carácter «amplio». Esto los tensionaba con sus aliados del «Juntos Podemos», que criticaban fuertemente el apoyo comunista a Bachelet. El PC respondió que era una alianza táctica y que mantenían considerando que lo más importante era fortalecer la izquierda. En todo caso, señalaban que «estamos por avanzar con los que quieran avanzar,

40.— José Ponce, «Adaptación e inclusión de la Izquierda revolucionaria en las transiciones democráticas de Uruguay, Chile y Argentina. Una mirada desde el desempeño electoral, 1983–2009», En *Izquierdas*, 18 (2013), pp. 17–36.

41.— Partido Comunista de Chile, *XXIII Congreso del Partido Comunista de Chile*, 2006, p. 8.

convencidos que un rico accionar será determinante para lograr dicho objetivo»^[42]. Así, dejaban entrever la posibilidad de romper sus relaciones con quienes mantenían una postura distinta a su política.

La política sindical del PC durante este periodo alcanzó importantes resultados el 2007, un año antes de las elecciones municipales. Aquel año irrumpieron con fuerza los movimientos de trabajadores subcontratados forestales y cupríferos. Todos ellos estuvieron encabezados por dirigentes comunistas, los cuales alcanzaron gran notoriedad, especialmente el dirigente del cobre Cristián Cuevas, quien se convirtió en uno de los principales dirigentes públicos del PC. La huelga protagonizada por este sector, marcó un hito en la historia reciente del movimiento sindical chileno, porque por primera vez, el coloso del cobre, la estatal CODELCO, aceptó negociar con los trabajadores fuera de las reglas de las leyes laborales. Estas, creadas en 1979 por la dictadura y no modificadas en democracia, aseguraban el debilitamiento de los sindicatos y permitían el reemplazo de trabajadores en huelga. Los contratistas del cobre encabezados por Cuevas, lograron revertir estas adversidades y poner en el centro del debate la urgencia de reformas a las leyes laborales^[43].

El remezón político provocado por este ciclo de huelgas, también se dio en el Colegio de Profesores, gremio en el que los comunistas habían desplazado a Jorge Pavez. Con el nuevo presidente de los docentes a la cabeza, el comunista Jaime Gajardo, el magisterio protagonizó los últimos meses del año 2007 una masiva movilización. Esta terminó con importantes logros para los

profesores. Este cuadro general generó un año de agitación laboral y de discusión de las relaciones en el trabajo. En el contexto de un régimen que había naturalizado las reglas económicas del neoliberalismo, este debate implicó una inédita reflexión pública sobre la necesidad de regular las normas del libre mercado. Este ciclo de movilizaciones sufrió una curva descendente hacia mediados del año 2008^[44].

El 2008, el PC continuó su política de acercamiento a la Concertación. Esto se expresó en la firma de un acuerdo electoral restringido para las elecciones municipales de ese año. Esto le permitió al PC aumentar su número de alcaldes y concejales electos. Este acuerdo, abrió la puerta para un nuevo pacto, ahora en las presidenciales y parlamentarias de 2009. Gracias a este acuerdo, los comunistas retornaron al parlamento después de 37 años.

De tal manera, gracias a que los comunistas se mantuvieron como actores sindicales importantes en el país, acumularon un capital político que les permitió negociar reformas al modelo institucional heredado por la dictadura y administrado durante dos décadas por los gobiernos democráticos. La movilización de sectores laborales estratégicos, la consolidación de su presencia en la CUT y un caudal de votos significativo, facilitaron que la Concertación se abriera a negociar con el PC hacia finales del gobierno de Bachelet. Para el PC, esto no era necesariamente una ruptura total con su anterior política, sino más bien un desplazamiento hacia un énfasis más institucional. Así, el PC volvía a tener incidencia en los espacios políticos en los que históricamente se había desarrollado: en la institucionalidad política y el movimiento social^[45].

42.— *Ibidem*, p. 6.

43.— Rolando Álvarez, «¿Desde fuera o dentro de la institucionalidad? La 'huelga larga del salmón' y las nuevas estrategias sindicales en Chile (2006–2008)», en Antonio Aravena y Daniel Núñez (eds.), *El renacer de la huelga obrera en Chile*, Santiago, ICAL, 2009.

44.— *Ibidem*.

45.— Rolando Álvarez, *Arriba los pobres del Mundo*. Santiago, Lom, 2011.

Anita Leocadia Prestes

Entrevista, traducción, introducción y notas a cargo de José G. Alén
Sección de Historia de la FIM

Introducción

Anita Leocadia Prestes, profesora en la Universidad Federal de Rio de Janeiro e hija del histórico dirigente comunista Luiz Carlos Prestes y de Olga Benario Prestes^[1], nació en 1936 en la prisión nazi de Barnimstrasse, (Berlín) de donde fue liberada tras una campaña internacional dirigida por su abuela paterna Leocadia Prestes, antes de que su madre fuese ejecutada en la cámara de gas del campo de exterminio de Bernburg en 1942.

Estudió Química Industrial. Militante del PCB, en 1973 fue juzgada en rebeldía y condenada a cuatro años de cárcel. Se exilió en Moscú donde se doctoró en Economía. Con la amnistía de 1979 regresó a Brasil y, poco después, dimitió del Comité Central del PCB y abandonó el partido. En ese nuevo periodo en Brasil, decidió estudiar Historia, se doctoró en la Universidad Federal Fluminense y ganó una plaza de profesora adjunta de Historia en la Universidad Federal de Rio de Janeiro.

Es autora de numerosos trabajos, libros y artículos sobre la Historia del siglo XX de Brasil



Anita Leocadia Prestes en octubre de 2015 (Foto de Daniel Rocha).

1.— Olga Benario, hija de Leo Benario, abogado del Partido Socialdemócrata Alemán y de Eugenie Gutmann de ascendencia judía. Militante destacada de las JJCC en Alemania fue detenida en 1926 con Otto Braun al que liberó después de un asalto a la cárcel en 1928 para exiliarse en Moscú. Dirigente de la juventud en la Internacional Comunista fue enviada por el Komintern a Brasil acompañando a Prestes como responsable de su seguridad. Participó en el levantamiento contra Getúlio Vargas en noviembre de 1935 y fue detenida con Prestes, al que salvo la vida, en marzo de 1936. El gobierno de Hitler reclamó su extradición y después de ser rechazado un recurso ante la Corte Suprema del Brasil fue deportada a Alemania embarazada de siete meses. Internada en Berninstrasse donde nació su hija Anita, fue trasladada al campo de Ravensbrück y obligada a trabajar en la industria militar antes de ser ejecutada en la cámara de gas en 1942. La misma suerte corrió su hermano Otto en Auschwitz y también su madre que murió en un campo de concentración en 1943, véase «Anita Leocadia Prestes. Revolucionaria sem perder a ternura», *Nossa Historia*, 9, 2004 y Ruth Werner, *Olga Benario*, São Paulo, Alfa Omega, 1990.

orientados hacia la historia del Partido Comunista Brasileiro; la biografía de Prestes y algunos acontecimientos como el movimiento tenentista y la llamada Columna Prestes. Actualmente jubilada, imparte cursos de posgrado en la Universidad y no rehúye las polémicas en torno a los temas de sus investigaciones y otros aspectos relacionados con el cambio social en la historia y su relación con la actualidad política del Brasil.

Entre sus libros podemos destacar: *A Coluna Prestes* (1997); *Tenentismo pós-30: continuidade ou ruptura?* (1999); *Da insurreção armada (1935) à União Nacional (1938-1945): a virada tática na política do PCB* (2001); *Luiz Carlos Prestes: patriota, revolucionario, comunista* (2006); *Luiz Carlos Prestes e a Aliança Nacional Libertadora* (2008); *Uma epopeia brasileira: A Coluna Prestes* (2009); *Os comunistas brasileiros (1945-1956/58). Luiz Carlos Prestes e a política do PCB* (2010); *Campanha Prestes pela libertação dos presos políticos, 1936-1945* (2013) y su último libro *Luiz Carlos Prestes: un comunista brasileiro* (2015).

Entrevista

[J. G. Alén] Antes de entrar en las cuestiones relacionadas con su obra, creemos necesario, plantearle algunas preguntas relacionadas con su trayectoria vital. La primera es sobre el cambio tan drástico en su orientación profesional, desde la Química Industrial a la Historia Contemporánea de Brasil, ¿Por qué y, en qué circunstancias, se produce ese cambio hacia la Historia?

[A. L. Prestes] *Finalicé la carrera de Química en 1964, cuando tuvo lugar en Brasil el golpe civil-militar que derribó al presidente João Goulart. Por eso, siendo hija de Luiz Carlos Prestes no conseguí trabajar en la profesión y me dediqué a la actividad clandestina del PCB. Más tarde, cuando regresé del exilio, estudie Historia y realice mi tesis de doctorado sobre la Columna Prestes.*

¿Cuándo y cómo se produce su primer contacto con la dramática historia de su madre y en qué aspectos de su vida ha influido su historia familiar y la figura de su padre Luiz Carlos Prestes?

Desde muy pequeña tuve conocimiento de la historia de mis padres, que me fue transmi-

tida por mi abuela paterna Leocadia Prestes y mi tía Lygia Prestes, que a falta de mi madre me criaron y educaron. Y siempre me enorgullecí de la lucha de mis padres y procuré seguir el camino recorrido por mis familiares.

Su tía Lygia, también militante del PCB, participó con su abuela Leocadia en la campaña internacional por la libertad de su padre y la suya^[1]. La campaña las llevó a la

1.— La campaña por la liberación de Prestes se inició en 1936 y la extradición de Olga Benario y el nacimiento de la hija de ambos las incluyó en la campaña. Se formaron comités por su liberación en Estados Unidos, América Latina, Europa, Australia y Nueva Zelanda, mientras Leocadia y Lygia Prestes, su madre y su hermana, participaron en mítines, ruedas de prensa, reuniones con sindicatos, partidos políticos, jefes de gobierno, parlamentos y personalidades de numerosos países en una campaña que duró varios años y en la que se enviaron millares de cartas al gobierno brasileño solicitando la libertad de Prestes y sus compañeros. Viajaron tres veces a Berlín con una delegación internacional y a través de la Sociedad de Naciones y de la Cruz Roja Internacional, lograron tener noticias de Olga y su bebe. Gracias a esta presión consiguieron que la Gestapo les entregase a la pequeño Anita, que entonces tenía 14 meses, en enero de 1938. Finalmente ya pesar de la promesas de libertad, Olga Benario fue ejecutada en la cámara de gas en abril de 1942 y su muerte se conoció por una nota que venía escondida en el cinturón de una falda. Véase Anita Leocadia Prestes, *Campanha Prestes. Pela libertação dos presos políticos, 1936-1945*, 2015 (nueva edición ampliada), Ed. Expressão



Madre y hermana de L. C. Prestes en una gira por la república española para reclamar solidaridad con él y con otros revolucionarios brasileños encarcelados tras el levantamiento de 1935 (Foto cedida por A. L. Prestes).

España republicana para participaren actos en Oviedo y Bilbao ¿Que recuerdos tenía su tía de aquella España?, ¿Podía, la experiencia del Frente Popular, ser válida para el Brasil de los años treinta y que eco tuvo entre los sectores progresistas brasileños?

Mi tía Lygia recordaba siempre los días vividos durante la Campaña Prestes en España, días de intensa vibración y solidaridad desarrolladas por el pueblo español. Para ella y para mi abuela Leocadia fueron días inolvidables, de gran emoción. Últimamente publiqué, aquí en Brasil, un libro, que ya está en la segunda edición sobre esa memorable campaña que adquirió proyección internacional.

Ciertamente, la situación en el Brasil de la época era muy diferente a la española y la experiencia del Frente Popular en España, no podría ser reproducida en Brasil. Sin duda los acontecimientos en España apasionaron a las fuerzas progresistas en el mundo entero, inclusive en el Brasil, y contribuirían para que

Popular, São Paulo y Lygia Prestes, Leocadia Prestes. *Mãe coragen*, 2006 en www.ilcp.org.br

jóvenes brasileños participasen en la Guerra Civil española.

De la lectura de sus libros y artículos, observamos que sus líneas de investigación se centran en acontecimientos históricos relacionados con la personalidad política de su padre, a pesar de los riesgos evidentes que esa línea comporta: ¿Qué es lo que determinó su interés por acercarse, de manera tan intensa, a la historia de Prestes y a la etapa en la que fue dirigente del PCB y qué críticas historiográficas tuvo?

Mi padre tenía una excelente memoria, pero se negaba a escribir sus memorias. Esta fue una motivación importante para que yo, a partir de los años de 1980, me dedicase a esa tarea, movida por el deseo de legar a los jóvenes de hoy y del futuro, una historia comprometida (sobre las vivencias) de Prestes y de los comunistas brasileños. Pienso que conseguí mantener la objetividad sin caer ni en una postura hagiográfica ni en un excesivo distanciamiento. Algo que fue reconocido, en su momento, por la comisión examinadora de

mi tesis doctoral.

Luiz Carlos Prestes siempre fue y continua siendo muy combatido por los adversarios de los comunistas y sus actitudes siempre fueron y continúan siendo calumniadas o silenciadas. Sin duda también soy combatida por mis posiciones políticas, más por otro lado cuento con el reconocimiento de aquellos que mantienen una líneas de seriedad y de objetividad en lo que se refiere a la escritura histórica.

Desde su primer trabajo de investigación, el movimiento tenentista y la Columna Prestes han merecido su atención historiográfica a lo largo de estos años^[2]: ¿Cuáles son los orígenes de ese movimiento y que objetivos perseguía?; ¿Y hasta qué punto aquella experiencia influyó en los planteamientos y en la línea estrategia política mantenida posteriormente por Prestes?

La Columna Prestes fue un episodio culminante del movimiento liderado por la juventud militar durante los años de 1920, que fue conocido como «tenentismo». Fue un movimiento progresista que en la época contribuyó en la creación de un clima político favorable al derrocamiento de la república oligárquica de 1930. Los «tenientes» profesaban ideales liberales y pretendían derrocar al entonces presidente de Brasil. La marcha de la Columna por el interior del Brasil llevó a Luiz Carlos Prestes a buscar otros caminos para solucio-

nar los graves problemas nacionales con que se encontró al trabar conocimiento con la miseria de los trabajadores rurales brasileños. En ese proceso, ya en el exilio, se adhirió al marxismo y se aproximó al movimiento comunista.

Últimamente se ha abierto un debate en torno a la violencia ejercida por la Columna Prestes sobre la población civil: ¿Es real esa violencia o hasta qué punto es una justificación para devaluar la importancia de la Columna, y ponerla en primer plano para minimizar la violencia del Estado dictatorial contra los revolucionarios?

La Columna Prestes se destacó por sus actitudes de respecto en relación a las poblaciones de los lugares por donde pasó. Aunque tuviesen que recaudar provisiones, caballos y armas, lo hacían de manera organizada entregando una requisitoria firmada por los comandantes de la Marcha a las personas perjudicadas, con el compromiso de que serían indemnizadas cuando se produjera la victoria de los rebeldes. Aunque, fue imposible, principalmente en el inicio de esa marcha, evitar episodios de violencia contra la población civil, los cuales fueron siempre castigados, incluso con la pena de fusilamiento. Los actuales críticos de la Columna Prestes tratan de exagerar los casos de violencia con el objetivo de denigrar el movimiento.

2.— El levantamiento tenentista se produjo en Rio Grande del Sur en 1924 y hasta 1927 Prestes y sus compañeros tenientes, con los cerca de 1500 hombres que formaban la Columna, recorrieron 25.000 kilómetros luchando contra el gobierno por las reformas sociales. Durante la marcha tuvieron numerosos enfrentamientos militares, quemaron las listas para el cobro de impuestos y liberaban a los presos. Finalmente, sin ser derrotados, pero también sin conseguir derrocar a Arthur Bernardes ni a su sucesor Washington Luis, se exiliaron en Bolivia. Anita Prestes ha publicado varios libros sobre diversos aspectos de aquella marcha histórica. Su últimos trabajos sobre el tema son *Uma epopeia brasileira. A Coluna Prestes*, 2009 y *La Columna Prestes*, 2011, Casa de las Américas, Cuba.

La insurrección armada de 1935 contra Getúlio Vargas y la posterior Unión Nacional (1938–1945), fueron dos momentos claves en la biografía de su padre. En ese momento en la IC estaba vigente la estrategia de los frentes populares, pero Prestes opta en principio por la insurrección armada: ¿Era viable en el Brasil de los años treinta aquella estrategia y cómo se entiende el apoyo de una dirigente fiel a la IC como Olga Benario a esa estrategia?; ¿Es un apo-



De pie a la derecha, Luiz C. Prestes ante el consejo de guerra que lo juzgó en 1937 (Foto cedida por A. L. Prestes).

yo político o lo hace por la relación personal con Prestes o que, como defienden algunos, acompañó a Prestes para evitar que se desviase hacia posiciones trotskistas?

La opción por la lucha armada estaba implícita en la política del PCB, que, por imposición de la Internacional Comunista, acabó aceptando, en agosto de 1934, el ingreso de Prestes en sus filas. En aquel periodo, en Brasil el recurso a las armas estaba aceptado entre la mayoría de los integrantes y adeptos de la Alianza Nacional Libertadora (ANL), un amplio frente popular, cuyos objetivos eran derrotar al fascismo y al integrismo (movimiento fascista brasileiro), al imperialismo y al latifundismo. Prestes fue aclamado como Presidente de Honor del ANL y partía de esa concepción predominante entre las fuerzas progresistas de la época. Ciertamente hubo un error de valoración de la situación brasileña, considerada revolucionaria por los comunistas.

Olga Benario acompañó a Prestes con la tarea explícita de garantizar su seguridad. Ella no tuvo ninguna participación en las decisiones políticas tomadas en esa ocasión. Ella solo conoció a Prestes personalmente la víspera de emprender el viaje rumbo a Brasil. Es un absurdo pensar que la IC la había enviado para evitar que Prestes se adhiriese al trotskismo.

Usted vivía en Moscú cuando murió Stalin, ¿Qué recuerda de aquel acontecimiento? ¿Cómo vivió políticamente Prestes el XX Congreso del PCUS y como influyeron sus conclusiones en el comunismo brasileño y en Prestes?

En la época yo tenía 16 años y vivía en Moscú con mi tía Lygia. Mi padre estaba clandestino en Brasil. Hubo mucha confusión en las calles de Moscú, nosotros intentamos llegar hasta el lugar donde estaba siendo velado el cuerpo de Stalin, pero no lo conseguimos.

mos, pues la masa humana era enorme.

Prestes aislado en una clandestinidad rigurosa, se enfrentó con serenidad a las conclusiones del XX Congreso del PCUS y, en lo fundamental, aceptó las tesis sobre el camino pacífico y la coexistencia pacífica. La crisis provocada por el XX Congreso contribuyó para el inicio de un proceso de revisión de la orientación política del PCB, hasta ese momento muy sectaria y superada por la propia realidad brasileira.

La estrategia política del PCB, desde 1945 a la declaración de marzo de 1958, es muy cambiante y fluctúa entre la insurrección y la necesidad de un Frente Nacional lo que genera debates y un enfrentamiento interno que lleva finalmente a la ruptura y la escisión de 1962: ¿Fue realmente la Declaración de marzo de 1958 una ruptura con el pasado como consecuencia del XX Congreso del PCUS?. ¿Qué posición mantenía Prestes en aquel debate y cuáles son las claves de la escisión de 1962?

La Declaración de Marzo de 1958 representó un viraje táctico en la política del PCB en gran medida bajo la influencia de la crisis desencadenada por el XX Congreso en el movimiento comunista internacional. El aval de Prestes fue fundamental para su aprobación, pero, desde el principio, el realizó acotaciones a ese documento pues consideraba que, aunque fuese positivo en el sentido de superar el izquierdismo y el aislamiento de los comunistas brasileños, se hacían concesiones a las posiciones reformistas de derechas. El documento no puede ser considerado solo un maquillaje de una misma política. Hubo cambios importantes que permitirían al PCB conquistar victorias políticas significativas en el periodo que antecede al golpe civil-militar de 1964.

En 1962, un grupo minoritario de dirigentes del PCB, disconforme con la aprobación

del documento citado «Declaración de Marzo», aprobado en 1958 por el Comité Central y que significó un importante viraje táctico en la política anterior del partido, sectaria, izquierdista y aislacionista, rompió con el PCB y fundó el PCdoB. El pretexto utilizado fue el cambio de nombre, efectuado en el V congreso del PCB de 1960, que tenía como objetivo facilitar su legalización por la justicia electoral del país. El PCdoB siempre combatió con virulencia tanto al PCB como a su secretario general Luiz Carlos Prestes. Sin embargo, últimamente para tratar de adquirir mayor legitimidad intenta apropiarse de la historia del PCB, que había repudiado siempre con extrema violencia. El PCdoB actualmente es un partido gubernamental que siguió claramente por un camino de reformismo burgués y busca la legitimidad falsificando su propia historia.

¿En 1967, en plena dictadura, el PCB se aleja de la lucha armada y busca la alianza con otras fuerzas y en una línea de nuevo frentista? ¿Cuál es la posición de Prestes y cómo veía la política de Unidad Popular de Chile; pensaba que la vía chilena o que la europea vía democrática al socialismo podrían ser un camino válido para la construcción del socialismo en Brasil?

Prestes y la mayoría de la dirección del PCB comprendieron que en la época no había condiciones para desencadenar la lucha armada contra la dictadura implantada en 1964. Era necesario movilizar a los diferentes sectores populares en el sentido de formar un amplio movimiento para la derrota política de la dictadura militar. Esa táctica se mostró más acorde con la situación del país en aquel periodo. Además Prestes y el PCB veían con simpatía la política de la Unidad Popular de Allende en Chile.

Prestes era contrario a copiar modelos; consideraba que el camino hacia la revolución brasileira tendría que ser elaborado al

calor de la lucha de clases en las condiciones de nuestro país. En sus tesis, Prestes nunca descartó la posibilidad de un camino pacífico al socialismo, pero reconocía las dificultades para ello, principalmente la feroz resistencia de las clases dominantes y, en particular, del imperialismo, dispuesto a no tolerar la pérdida de sus privilegios. El ejemplo actual de Venezuela nos lo está demostrando.

¿Por qué abandono Prestes el Partido en 1979 y qué proponía en la Carta a los comunistas de 1980? ¿Tenía sentido en el escenario político de 1980 volver al debate entre reformismo o revolución o solo hay una vía posible, la revolución entendida como asalto al poder en sentido clásico?

Una vez derrotadas las tendencias izquierdistas en el PCB, en su VI Congreso, realizado en 1967, pasaron a predominar las posiciones reformistas de derecha. Prestes entabló un combate de varios años contra esas posiciones en la dirección del PCB, incluso durante su exilio europeo de los años setenta. Por fin fue evidente que la mayoría del Comité Central del PCB, no quería volver a la política consagrada en el VI Congreso y para Prestes, la única salida fue la ruptura con esa dirección, que se sustanció en la Carta a los comunistas de marzo.

Para Prestes, era necesario entablar el combate contra el reformismo y encontrar las vías de transición revolucionaria al socialismo. El escribió a ese respecto en varias ocasiones, sin considerar jamás la revolución obligatoriamente como un asalto al poder. Llegó a citar muchas veces a Dimitrov y Lenin con relación a las posibles vías de transición a un poder revolucionario.

En disconformidad radical con la mayoría del Comité Central del PCB, Prestes defendía el abandono de la estrategia de la revolución brasileña adoptada por el partido, o sea, del etapismo, según la cual sería necesario pri-



Postal de la campaña internacional para salvar a Olga Benario y su hija Anita, nacida en el campo nazi de Berninstrasse. Anita logró salvar la vida pero su madre fue exterminada en la cámara de gas en 1942 (Imagen cedida por A. L. P).

mero realizar una revolución democrático burguesa para que se pudieran crear las condiciones para el desarrollo de un capitalismo autónomo en Brasil y se pensara en la etapa socialista de la revolución. Según Prestes, Brasil ya era un país capitalista, bajo la dominación de los monopolios extranjeros; nacionales y del latifundismo. La estrategia de la revolución brasileña debería ser, por tanto, socialista. También discrepaba del Comité Central en lo tocante al tipo de democracia por la que los comunistas deberían luchar, considerando que no podrían limitarse a la defensa de la democracia burguesa. Decía también que los graves errores respecto a la organización del PCB se derivaban de una falsa política del carácter liberador nacional y no socialista.

Eric Hobsbawm menciona la estrecha relación de Prestes con Moscú y, usted que estudió la evolución del PCB y su estrategia política, incide en la dependencia teórica del PCB respecto de la IC, sobre todo en lo que se refiere al análisis de la realidad brasileña. Usted señala que en el exterior se tenía una visión errada sobre la pervivencia de rasgos semif feudales y coloniales y que existía una incapacidad para entender el grado de desarrollo del capitalismo en Brasil y por lo tanto sus contradicciones, lo que explicaría, en su opinión, la debilidad del comunismo brasileño y el origen de algunos de sus errores en el diseño de la estrategia de lucha política: ¿Cómo influyó esa relación y las directrices políticas del exterior en la estrategia del PCB y en la dificultad para conquistar un cambio revolucionario?. Y, ¿hasta qué punto es responsabilidad del mismo Prestes la pervivencia de esa visión errónea sobre el capitalismo brasileño, o no era consciente de ese desfase estratégico?

Ciertamente, el PCB de la misma manera que todo el movimiento comunista internacional sufría la fuerte influencia del PCUS, lo que por otra parte no invalida la existencia de una autonomía relativa, bastante acentuada en los partidos comunistas e, incluso, del PCB según trato de mostrar en mis trabajos.

Prestes reconocía en el atraso cultural brasileño una de las causas más importantes para el desconocimiento de la realidad del país y la consecuente importación de modelos de otros países. El mismo fue víctima de esa comprensión falsa del capitalismo brasileiro y trato de revertir esas posiciones durante los años 1970–1980, cuando ya había una cantidad razonable de investigaciones innovadoras sobre la economía y la sociedad brasileña.

En los años setenta la corriente crítica que existía en algunos partidos comunistas de la Europa Occidental sobre el modelo

del «socialismo» soviético, contribuiría a formalizar una teoría eurocomunista que incidió en la estrategia política de esos partidos ¿Cómo se recibió aquella renovación teórica estratégica en el seno de los partidos que se reclamaban comunistas?; ¿Considera que podía ser un camino viable para la transformación social en Brasil?

El eurocomunismo fue una de las manifestaciones del reformismo burgués en el movimiento obrero y comunista. Prestes no tenía duda en combatirlo.

En la actualidad, después del fracaso del modelo soviético en Europa y en un mundo donde perviven, quizás más agudizadas que nunca, las contradicciones del capitalismo: ¿Tiene sentido hablar de revolución en sentido clásico?; ¿Tiene vigencia un partido comunista al uso o requiere también una renovación organizativa y teórica desde el marxismo? ¿Cómo lo ve desde el caso concreto brasileño?

Pienso que la transformación revolucionaria de las sociedades capitalistas es una necesidad histórica conforme lo demostraron los clásicos del marxismo. Ciertamente ante los cambios ocurridos en el mundo es necesario encontrar nuevas formas y caminos para que el proceso de transición revolucionaria al socialismo pueda acontecer. Para ello, son necesarios partidos comprometidos con esos objetivos.

En su texto «¿A qué heranças os comunistas devem renunciar?» analiza la política de la Izquierda, polemiza sobre el PC Brasileiro e incide en el desconocimiento que existe de la historia del PCB y que la visiones superficiales sobre ella facilitan la manipulación de esa historia: ¿En qué sentido se manipula y con qué objetivo?; ¿Es posible una vía democrática hacia el socialismo?

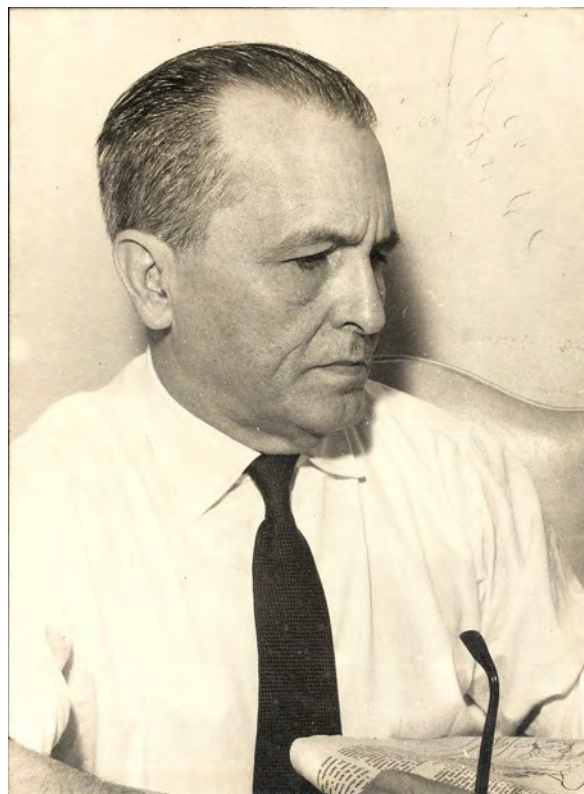
De momento, la manipulación más evidente de la historia del PCB está realizada por el Partido Comunista del Brasil (PCdoB), —una escisión del PCB ocurrida en 1962—, que intenta constantemente apropiarse de la trayectoria de luchas de este partido y, en particular, de la historia, de la vida de Luiz Carlos Prestes y Olga Benario, con el objetivo de proyectarse hacia los jóvenes y los movimientos populares.

La denominación de «vía democrática» al socialismo está asociada a una posición reformista del proceso revolucionario, que, en la práctica, se reveló destinada al fracaso, como es el caso del «estado del bienestar social» en Europa. En mi artículo citado, pretendía mostrar la necesidad de revisar la concepción estratégica de la revolución en dos etapas, que el PCB fortaleció durante décadas.

¿Existe hoy en Brasil una historia global del comunismo o está aún por hacer?. ¿Cuál es la situación de la historiografía marxista en el Brasil de hoy y qué perspectivas hay en este sentido en el mundo académico de Brasil?

La historia del comunismo en Brasil aun debe de ser muy investigada para que pueda ser escrita con seriedad. El marxismo en Brasil siempre fue muy combatido y no tuvo condiciones, en gran parte debido a la intensa represión contra los comunistas, para la formación de una verdadera corriente historiográfica de tradición marxista. En los últimos años, algunos estudiosos e investigadores tratan de trabajar apoyados en la metodología marxista.

Usted defiende la necesidad de liderazgos fuertes en los movimientos revolucionarios, y, dada la sacralización de la militancia en esos movimientos que conduce a la infalibilidad del jefe y con ella el culto a la personalidad, el seguidismo acrítico y la



Luiz Carlos Prestes en 1959 (Foto cedida por A. L. Prestes).

debilidad teórica: ¿No existe un peligro de burocratización del poder en esos liderazgos?

Existe ese peligro, que debe de ser combatido, como hicieron por ejemplo, Fidel Castro y el Che Guevara.

Volviendo al tema de la memoria familiar, en el 2004 se estrenó una película sobre su madre, Olga Benario que dio lugar a un debate que va más allá de la visión que aporta el film y el libro de Fernando Morais en que está basado^[3]. Un debate que tiene que ver con el combate por la memoria y

3.—Fernando Morais, *Olga*, 1985. Sobre la figura de Olga y el film véase Tzvi Tal, *Santificando a una judía comunista: la reacomodación de la identidad brasileña en Olga* (Monjardín, 2004) en «Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía y Política», n° 15, 2006., pp. 90–105 y Cynthia Liz Yosimoto, *Olga Benario e a revolução de 1935: a construção filmica de uma História*, Universidad de São Paulo, 2011.

su utilización política. Para unos se trata de una reacomodación de Olga entre la comunidad judía brasileña. Y para otros se la sacraliza descargándola de todo contenido político e ideológico, donde el PC desaparece de su vida y se construye una imagen adecuada al discurso neo liberal del Partido Trabalhista: ¿Que hay detrás de ese debate, por qué se origina y qué sentido puede tener apropiarse de la figura de Olga Benario en el Brasil de comienzos del siglo XXI?. ¿Qué imagen le transmitieron su padre y su tía Lygia de Olga, piensa que esa imagen esta recuperada en toda su dimensión?

En el caso de Olga Benario Prestes, así como en el de Luiz Carlos Prestes, existen tentativas tanto de sacralización como de descalificación de sus vidas y, en particular, de liquidar ante las nuevas generaciones la admiración natural que surge cuando se trata conocimiento de su legado de lucha y dedicación a la causa de la revolución socialista. La burguesía actúa en el sentido de que los jóvenes no se inspiren en ejemplos que consideran peligrosos para sus intereses de clase.

Fui educada admirando a mis padres como revolucionarios y, al mismo tiempo, como personas, por eso mismo extremadamente humanas. Pienso que aún hay mucho que hacer para que esa imagen sea recuperada y mi trabajo como historiadora está orientado en ese sentido.

El film Olga contribuye a divulgar la historia de ese trágico periodo de la historia de Brasil y del mundo y para revelar la responsabilidad de Getúlio Vargas en la extradición de Olga a Alemania y, a diferencia de lo que en general divulgan los medios, presenta una imagen agradable de los comunistas. Sin embargo el film se limita, prácticamente, a mostrar una historia de amor, según el mismo director señaló cuando presentó su obra.

En la última década, aunque continúan

escaseando las referencias a Prestes en algunas publicaciones sobre la historia de los comunistas brasileños, en algunos sectores, dentro y fuera del comunismo, parece emerger su figura con valoraciones diferentes. Un ejemplo de esto fue su restitución como senador y el homenaje oficial en el 2014, acto al que usted rechazo acudir o en Porto Alegre donde están finalizando el proyecto de Memorial diseñado por Oscar Niemeyer en 1998: ¿Por qué rechazó acudir a ese homenaje?; ¿Es real esa recuperación o continua existiendo el antiprestismo denunciado por usted en otros momentos y qué importancia ha tenido su labor como historiadora en la recuperación de la memoria de Luiz Carlos Prestes.

Las clases dominantes en Brasil siempre trataron de calumniar a Luiz Carlos Prestes o de mantener silenciada su persona. En los últimos años, después de su fallecimiento, están procurando apropiarse de su historia falsificándola de acuerdo con sus objetivos y de utilizar su prestigio para tratar de aparecer como progresistas o hasta incluso de «izquierdas». La devolución de su escaño de senador, cesado en 1948, tuvo el objetivo demagógico de integrar a Prestes en el sistema, de volverlo inofensivo para la burguesía transmitiendo al público una imagen domesticada del Cabaleiro da Esperança.

Mi trabajo de historiadora, así como el de otros investigadores comprometidos con los intereses populares, está dirigido en un sentido, a transmitir a las nuevas generaciones el legado revolucionario de Prestes.

El Gobierno brasileño de Dilma Rousseff formó una Comisión de la Verdad en el 2012 para determinar los crímenes de la dictadura desde noviembre de 1946 a octubre de 1988. La Comisión terminó su trabajo en diciembre del 2014 con la entrega de un informe final: ¿Piensa que lo realizado por esa Comisión es suficiente?



Anita Leocadia Prestes en el Memorial dedicado a su padre en Porto Alegre (Foto cedida por A. L. Prestes).

El trabajo de esa Comisión fue importante para el esclarecimiento de muchos crímenes cometidos durante el periodo dictatorial. Pero es insuficiente, pues no permitió que los culpables fuesen condenados. Los torturadores continúan libres, muriendo de muerte natural.

Para finalizar esta entrevista y después de una larga trayectoria como historiadora y como ciudadana comprometida con la lucha por las libertades y la revolución social en su país y que no rehuye el debate sobre el Brasil actual ¿Cómo entiende la función del historiador y la relación de su trabajo

con el compromiso político ante su propio tiempo histórico.

Considero que todo trabajo de historia refleja determinadas concepciones ideológicas de sus autores tengan estos, conciencia o no de eso. En mi caso procuro basarme en la metodología que me aporta el marxismo, que, según mi forma de ver, es la que más ayuda al historiador para elaborar una explicación racional de los acontecimientos abordados y, de esa forma, contribuir no solo al conocimiento del pasado y del presente, sino también para la elaboración de posibles vías para el futuro.

[Rio de Janeiro, marzo de 2016]

NUESTROS CLÁSICOS

Maurice Dobb

Carlos Berzosa

*Universidad Complutense de Madrid**

Hay que agradecer a la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM) el publicar este artículo de Dobb, pues con ello recupera la memoria del que fue uno de los economistas marxistas más prominentes del siglo XX. De Dobb apenas se habla ya en los medios académicos y las nuevas generaciones, incluso los más críticos y progresistas, desconocen su obra. La enseñanza de la economía convencional trata de desterrar no solo todo lo que se refiere al marxismo, sino a otras corrientes de pensamiento disidentes con la ortodoxia dominante.

Se vive un retroceso en la enseñanza e investigación en las ciencias sociales y el paradigma dominante basado en el fundamentalismo de mercado se erige en la única teoría y en el único modelo. A la vez se eliminan de las enseñanzas o se les margina a las disciplinas de historia económica o del pensamiento. No solamente Dobb sufre este olvido sino también otros economistas relevantes, pero cuyas ideas no son coincidentes con el pensamiento ortodoxo del momento.

El conocimiento de la obra de Dobb, sin embargo, sigue siendo fundamental para conocer la historia del capitalismo, del socialismo, y las grandes corrientes del pensamiento económico desde el siglo XVIII hasta los años setenta del siglo XX, así

* Catedrático de Economía Aplicada, fue decano de la Facultad de Económicas y Rector de la UCM entre 2003 y 2011. Colaborador habitual de *Nueva Tribuna* y *El Siglo* y director de la revista *Economía Crítica*



Maurice Dobb en 1961.

como los problemas económicos a los que se enfrentaban los países que pretendieron construir una sociedad alternativa al capitalismo. De toda la brillante generación de marxistas que hubo en la época de Dobb fue el que más lejos llegó en el rango académico. La docencia e investigación la desarrolló en la Universidad de Cambridge, una de las más prestigiosas del mundo. Allí fue compañero de Keynes, Kalecki, Robinson y Sraffa, por mencionar a los más grandes de la profesión. Una época caracterizada por el debate, la controversia y la libertad académica.

Nació en 1900 y falleció en 1976. Le correspondió vivir y ser testigo de grandes

acontecimientos históricos, como la revolución rusa, el ascenso del fascismo y el nazismo, la Gran depresión de los treinta, la guerra civil española, la emergencia de las luchas de descolonización, la toma de conciencia sobre el subdesarrollo, el auge del capitalismo de posguerra y la ampliación del campo socialista. Aunque no he encontrado ninguna biografía de Dobb que explique cómo llegó al marxismo, sin duda la revolución rusa influyó mucho en ello, lo que le condujo también a ser miembro del Partido Comunista Británico.

La formación teórica tuvo que ser en gran parte autodidacta, pues no se conoce que hubiera en la época en la que estudió economistas marxistas que ejercieran la enseñanza. En su tiempo de estudiante dominaba la economía neoclásica, lo que le permitió un gran conocimiento de los fundamentos de esta escuela. En Cambridge estaba bajo la estela brillante de Alfred Marshall, teórico del equilibrio parcial, y cuya cátedra heredó posteriormente su discípulo Pigou. Pero fue en Cambridge, el gran templo de la economía neoclásica, en donde comenzó a cuestionarse parcialmente a estos principios en la década de los años veinte del pasado siglo.

La competencia perfecta el modelo en la que se basa esta escuela para su desarrollo analítico empezaba a hacer agua como consecuencia de la aparición de los oligopolios. Esta teoría abstracta e ideal nunca se dio en la realidad, ni siquiera en la época del capitalismo competitivo, pero quedaba más en evidencia en el siglo XX. Fue en Cambridge en donde se comenzó con una contribución del economista italiano Piero Sraffa a elaborar una teoría del monopolio, que inspiró a Joan Robinson a formular la teoría de la competencia imperfecta. Sin embargo, cuando realmente el edificio neoclásico se debilitó fue con la crisis de los treinta. En el año treinta seis, en plena depresión apare-

ció, *La Teoría general* de Keynes que supuso una revolución teórica que cuestionaba principios básicos de los que habían sido sus maestros.

Kalecki, economista polaco, se había anticipado a Keynes a la hora de explicar la crisis y hacer proposiciones de salida. En el año treinta y tres había publicado dos artículos en polaco sobre ciclos económicos. Debido al idioma en el que los publicó no fueron conocidos hasta más tarde, pero tuvo siempre la elegancia, como dice Joan Robinson, de no proclamar nunca que él se anticipó a Keynes. La ventaja que tuvo Kalecki a decir de esta gran economista, discípula de Keynes, es que no había conocido la economía neoclásica, sino que sus estudios de economía se basaban en Marx y en Rosa Luxemburgo. De esta manera no tuvo que vencer las barreras mentales que Keynes tuvo que superar para cuestionar los fundamentos económicos en los que se había formado.

Kalecki fue profesor en Cambridge y fue uno de los pilares junto con Robinson, Sraffa, y Kaldor, de la crítica a la economía neoclásica, así como de la interpretación de Keynes que hizo la economía convencional. El modelo keynesiano que se impuso en los manuales de economía trataba de hacer compatible a Keynes con la escuela neoclásica, la llamada síntesis. Esta versión fue cuestionada por los economistas mencionados, lo que dio origen y posterior desarrollo a la corriente poskeynesiana. Cambridge que fue templo de la ortodoxia se convirtió en uno de los principales focos de resistencia frente a la ortodoxia en la que el modelo de la síntesis neoclásica keynesiana se convirtió.

En este contexto teórico Dobb, sin ser ajeno a él, se movió como un corredor en solitario. Fue, no obstante, colaborador estrecho de Sraffa en la recopilación de las obras completas de Ricardo. Este trabajo

que duró varios años les permitió a los dos tener un gran conocimiento sobre este clásico. Este conocimiento le permitió a Sraffa años más tarde, en la década de los sesenta, publicar *Producción de mercancías por medio de mercancías* (1960), obra que partiendo de Ricardo formulaba la formación de los precios sin necesidad de acudir a los criterios de los neoclásicos basados en el mercado. A Dobb le sirvió para conocer en profundidad el pensamiento de un autor que fue una de las principales fuentes de Marx en su formación económica.

El libro de Sraffa significó, por un lado, el cuestionamiento de la teoría neoclásica, pero también, por otro lado, por parte de algunos marxistas sirvió para cuestionar la teoría del valor de Marx. Tras la gran aportación de Sraffa la formación de los precios hacía innecesaria el uso de la teoría del valor y, sobre todo, las dificultades que se derivaban de la transformación de los valores en precios. Dobb aceptó que Sraffa había resuelto el problema de la transformación que tantos quebraderos ha dado, pero no renunció por ello a la teoría del valor para explicar la explotación capitalista.

Dobb se convirtió dentro de Cambridge en un foco de heterodoxia mayor que lo que pudo ser la economía poskeynesiana. Su obra sustentada en el marxismo cuestionaba tanto a la economía neoclásica como a la keynesiana, aunque a Keynes le dedica muy pocas líneas en sus obras, lo que contrasta con la gran extensión que dedica a los neoclásicos. Cuando se lee a Dobb impresionan sus elevados conocimientos, su gran capacidad de trabajo y la variedad de temas que abordó. Sus publicaciones abordan cuestiones teóricas y estudios de realidades concretas, al tiempo que supo combinar análisis de gran nivel teórico con otros más asequibles que facilitan su divulgación.

Entre los primeros destacan *Economía Política y Capitalismo* (1937), *Teoría del valor*

y *la distribución desde Adam Smith* (1973), *Teoría económica del socialismo* (1955) y *Economía del bienestar y economía del socialismo* (1969). Entre los segundos *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1946) y *El desarrollo de la economía soviética desde 1917* (1948). Los de difusión *Argumentos sobre el socialismo* (1966), *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo* (1964) y *El nuevo socialismo* (1973). Abordó también cuestiones sobre el crecimiento, desarrollo y planificación. Una obra mucho más extensa que los libros mencionados, proporciona una idea de lo importante de su contribución, lo que a pesar de su abundancia se caracteriza por el gran rigor con el que trata los diferentes temas.

Resulta muy difícil destacar unos libros sobre otros porque todos ellos tienen un gran nivel académico, tanto los de un nivel más elevado como los de divulgación, en los que muestra su enorme capacidad pedagógica pero que tras esa aparente sencillez están escritos a partir de un gran bagaje intelectual. El artículo que escribí sobre Dobb en el libro colectivo publicado por la FIM, *Los marxistas ingleses de los años treinta*, realizó un análisis más detallado de casi toda su obra haciendo especial hincapié en las contribuciones que me parecen más relevantes.

No obstante, me gustaría mencionar tres de ellos que son a mi modo de ver los más importantes de su obra y que no solo aguantan bien el paso del tiempo sino que son de referencia obligada para conocer el pensamiento económico y el desenvolvimiento del sistema capitalista hasta el final de la segunda guerra mundial. Se trata de *Economía Política y Capitalismo*; *Estudios sobre desarrollo del capitalismo* y *Teoría del valor y la distribución desde Adam Smith*. Solamente estos tres libros son suficientes para que Dobb ocupe un lugar destacado entre los economistas del siglo XX.

El primero es fundamental para conocer el pensamiento económico, sobre todo de los clásicos y Marx, las causas de las crisis económicas y el imperialismo. El capítulo que trata sobre las crisis es muy denso pero muy valioso. Se ha editado recientemente en la publicación digital *Revista de Economía Crítica (REC)* n° 15, en una sección denominada Clásicos u olvidados. La introducción a la teoría económica de Dobb está realizada por mí. El lector que quiera conocer más sobre Dobb puede acudir a esta publicación en la que hago una valoración de sus más importantes contribuciones.

El último de la triada es a mi modo de ver la gran obra de Dobb. Han pasado casi cuarenta años desde que escribió el primero que he mencionado y se nota una mayor madurez, como no puede ser menos en una persona que ha seguido estudiando e investigando hasta el final de sus vida. Al tiempo que incorpora debates que se desarrollaron posteriormente a la segunda guerra mundial. A este libro le calificaría como su obra magna y que como dijo Sweezy solo él podía haberla escrito.

Por lo que se refiere a *los Estudios* no solamente ofrece una visión del desarrollo del capitalismo desde antes de sus orígenes

sino lo que fue hasta el final de la segunda guerra mundial. Es un tratado de historia como pocos y los estudiantes de esta especialidad que no lo conozcan acabarán sus estudios con una importante mutilación. Además generó un debate entre historiadores de gran prestigio sobre la transición del feudalismo al capitalismo. Un debate que ha continuado a lo largo del tiempo con aportaciones renovadas.

En suma, un autor al que hay que seguir leyendo y aprendiendo de él. Los estudios de economía e historia hoy han ido reduciendo su campo de estudio limitando o anulando las posibilidades de comprensión del funcionamiento de la sociedad capitalista tanto en el presente como en su evolución. Otro tanto se puede decir a la hora de aproximarse al conocimiento de lo que fue la economía soviética y los debates que hubo sobre la viabilidad del socialismo. Las aportaciones de Dobb resultan fundamentales. Es una lástima que pensadores de esta envergadura traten de ser olvidados. La ciencia convencional huye de visiones globales capaces de ofrecer respuestas a los graves problemas que padece la economía mundial, así como el conocimiento de las limitaciones del capitalismo.

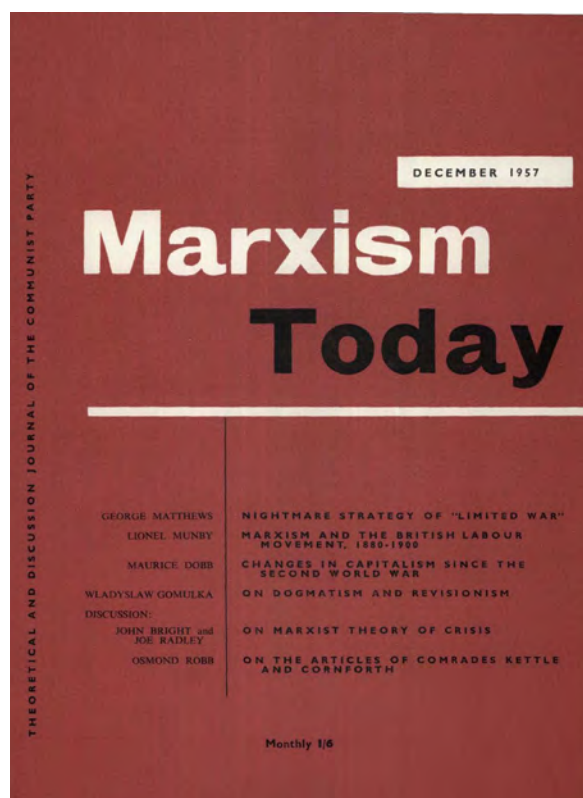
Cambios en el Capitalismo desde la Segunda Guerra Mundial*

Maurice Dobb

Este ha sido un tema que ha suscitado mucho debate en el movimiento obrero y en círculos más amplios durante años; sin embargo hasta hace poco (creo que es cierto decirlo) los marxistas apenas han contribuido a la discusión, si es que lo han hecho. Quizá se debiera a un cierto 'perfeccionismo' —la impresión de que no es deseable pronunciarse sobre los cambios históricos hasta que se tenga ni más ni menos la respuesta definitiva; quizá hubiera alguna otra razón. Lo que sigue es un intento de contribuir al debate sin creer que uno ha encontrado la respuesta completa y sin pretensión alguna de abarcar todo el campo. (Por ejemplo, excepto por un vistazo ocasional, el aspecto internacional, y en concreto las contradicciones imperialistas del capitalismo contemporáneo son deliberadamente ignorados). El tratamiento de las cuestiones es rigurosamente selectivo, con la intención de centrar la discusión en aspectos del tema a los cuales los marxistas (y también otros) parecen haber prestado relativamente poca atención hasta ahora.

Los lectores de *Marxism Today* puede que no necesiten que se les recuerde que los escritores neofabianos han afirmado que o bien el capitalismo ha entrado en una etapa nueva y reformada que difiere radicalmente del capitalismo del siglo XIX, o incluso ha dejado de ser capitalismo y se está ya transformando en otra cosa. El segundo postulado es del señor Crosland, que

* Maurice Dobb, «Changes in Capitalism since the Second World War», *Marxism Today*, 3, (December, 1957). Traducción de Antonia Tato Fontañá.



Portada de *Marxism Today* en la que se publicó el original (1957).

en los *New Fabian Essays* dice: «Está ahora claro que el capitalismo está sufriendo una metamorfosis hacia un sistema diferente y que esto hace que la mayor parte del análisis socialista tradicional se convierta en académico» (p. 35). La Socialist Union en su declaración de políticas titulada *Twentieth Century Socialism* dice que «el Estado del Bienestar, que no es ni capitalismo ni socialismo, ha sido creado» (p. 15). El señor Strachey es bastante más cauto y afirma simplemente que «una etapa nueva y diferente de nuestro sistema económico actual, el capitalismo, existe ahora en las comuni-

dades industriales avanzadas», en la cual «las leyes de desarrollo de la etapa anterior del sistema no se aplican plenamente en la nueva».^[1]

Se aducen varias razones para justificar esta visión; pero tres destacan por su importancia crucial. Son: (i) la llamada «*Managerial Revolution*» (Revolución Directiva), (ii) la llamada «*Income Revolution*» (Revolución de la Renta) de décadas recientes, (iii) la influencia económica del estado, radicalmente cambiada, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial. Examinemos cada una de estas razones para ver si pueden constituir, juntas o por separado, un hito histórico que separe distintos períodos y que explique entre otras cosas el peculiar curso del ciclo económico en los últimos doce años.

«*Managerial Revolution*» y «*Income Revolution*»

De estas razones las dos primeras, en mi opinión, pueden ser descartadas bastante rápidamente. La «Revolución Directiva» se origina en un libro muy leído y muy citado del mismo título escrito por James Burnham, cuyo peso radicaba en que el poder ya estaba pasando (durante el periodo de entre-guerras) de las manos de los capitalistas, movidos en sus estrategias por el tradicional afán de lucro, a las de una nueva clase de directivos asalariados responsables de grandes corporaciones industriales y financieras —directivos que tenían una parte insignificante, si es que tenían alguna, en la propiedad de las compañías cuyas políticas controlaban. Se decía que esta ‘revolución’ caracterizaba a todos los países más avanzados del mundo y ampliaba rápidamente su ámbito.

En la medida en que tenía una base fácti-

ca, esta noción descansaba en la famosa investigación de Berle y Means de los últimos años veinte sobre la propiedad y el control de las 200 mayores corporaciones no financieras de EE.UU., con su revelación del amplio divorcio entre propiedad y control y la prevalencia en estas corporaciones gigantes de un control minoritario (de hecho, un control ejercido por personas con no más de una pequeña fracción del capital social). Pero decir que hay un divorcio parcial entre la propiedad y el control no es decir que este divorcio esté completo (siempre ha habido una buena parte de ‘capitalismo absentista’) y hablar de ‘control de la minoría’ no es lo mismo que decir que el control esté en manos de no-capitalistas, y todavía menos que los que tienen este control pertenezcan a una clase distinta. De hecho una reelaboración del material de Berle y Means en un Memorandum de T.N.E.C. ha mostrado que el número de casos en los que el control estaba en manos de personas con una parte ínfima de las acciones era considerablemente menor de lo que se había supuesto;^[2] y Sweezy ha demostrado que Burnham está lejos de haber probado que sus ‘directivos’ constituyen un grupo social homogéneo, ya no digamos una clase. Toda esta cuestión recibirá un trata-

2.— *Temporary National Economic Committee Memo*, N° 29, 56–7, 104 seq. Cf. los comentarios del autor sobre este punto y el estudio de Berle y Means en sus *Studies in the Development of Capitalism*, pp. 350–2. R. Bellamy en un artículo en *Marxist Quarterly*, enero 1957, pp. 27–8, sugiere dudas en la interpretación de los hechos en este T.N.E.C. Memo., y a cambio se apoya en el argumento de que los directivos están movidos por el mismo afán de lucro que los capitalistas, aunque sean asalariados. Debe señalarse, sin embargo, que incluso R. A. Gordon (citado por R. Bellamy al respecto) cita una investigación propia sobre ejecutivos empresariales americanos, mostrando que una cuarta parte de ellos tienen acciones por valor de 1 millón de dólares cada uno o más en sus propias compañías y además, aparte de ellos, hay otros con participaciones importantes (*Business Leadership in the Large Corporations*, pp. 42–4).

1.— John Strachey, *Contemporary Capitalism*, pp. 25–6.

miento completo en *Marxism Today* en otra ocasión; y aquí baste afirmar la convicción de que hablar de «revolución directiva» es una fantasía histórica y que el susodicho «control minoritario» o «control directivo» tal como se ha desarrollado, no ha alterado significativamente la motivación y el funcionamiento del capitalismo monopolista.

Ni tampoco es necesario que nos detengamos mucho en la llamada «revolución de la renta». Los hechos son ahora conocidos y accesibles y no hace falta que pasemos tiempo analizándolos aquí en detalle. Mientras el porcentaje libre de impuestos en los ingresos totales del uno y del cinco por ciento superior de perceptores de ingresos^[3] ha caído notablemente en Gran Bretaña desde 1938 y en el otro extremo de la escala de ingresos ha habido una gran reducción en el porcentaje de pobreza (previamente, en los años entreguerras, se mantenía alto a causa del desempleo), el porcentaje de salarios a cargo de la renta nacional ha aumentado sorprendentemente poco si consideramos la mayor fuerza organizativa de la clase trabajadora desde y durante la guerra —en dos o tres puntos a lo sumo según las estimaciones actuales. (Lo que a menudo se cita erróneamente para mostrar un aumento considerable es el aumento de salarios en rentas *personales*; pero esto omite los beneficios no distri-

buidos, que evidentemente son parte de las rentas de los capitalistas en un sentido de *clase* y han aumentado considerablemente desde la guerra). Además ha de tenerse en cuenta que los números que muestran una caída en los niveles de renta superiores es probable que sobrevaloren la posición real puesto que no tienen en cuenta las plusvalías ni sus gastos (sobre lo cual puso tanto énfasis el Minority Report of the Royal Commission on the Taxation of Profits del señor Kaidor); ni tienen en cuenta el hábito de postguerra de cargar gastos considerables en las «cuentas de gastos».

Lo que se dijo de la «revolución de la renta», no solo en Gran Bretaña sino también en EE.UU., se ha basado en cifras muy citadas de una caída en el porcentaje de las rentas totales ingresadas por el 5 por ciento más alto de la escala de perceptores de ingresos. La prueba de ello ha sido eficazmente examinada en un artículo reciente,^[4] que no necesita ser repetido aquí, excepto para señalar que el autor de ese artículo destaca (a) la importancia de la evasión de impuestos y de las cuentas de gastos como sólidas razones de las cifras citadas usualmente, (b) el hecho de que en realidad el porcentaje de rentas totales de los tres décimos del tramo inferior de los perceptores americanos de rentas ha disminuido.

El Capitalismo Monopolista de Estado

Llegamos al tercero de los cambios antes mencionados y no puede ser descartado tan fácilmente: una mayor influencia económica del estado. Este tiene un soporte fáctico mucho más sólido. Claramente ha habido una gran ampliación del capitalismo monopolista de estado desde 1939 —una evolución que yo personalmente considero que

3.— Esto es, del uno por ciento y cinco por ciento superiores de rentas recibidas cuando las rentas individuales se ordenan por volumen y las rentas más altas encabezan la lista. Según las estimaciones de Dudley Seers (en el *Oxford Bulletin of Statistics*, julio y agosto de 1949) el porcentaje del uno por ciento superior (unas 200.000 familias) cayó entre 1938 y 1947 solamente del 19 al 17 por ciento *antes de impuestos*, pero pasó del 14 al 11 por ciento *después de impuestos*. El porcentaje antes de impuestos del 25 por ciento superior fue casi estable (58 por ciento en 1938 y 55 por ciento en 1947) pero el porcentaje después de impuestos cayó del 54 por ciento al 48. En lo que se refiere a la mitad *inferior* de todas las rentas, apenas se elevó antes de impuestos e incluso después de impuestos se elevó solo del 27 al 30 por ciento.

4.— Gabriel Kolko, «The American 'Income Revolution'», *Universities and Left Review*, 2, pp.9–14.

constituye un cambio cualitativo crucial en lo que a tendencias (que en absoluto son únicamente producto de las dos últimas décadas) hacia el capitalismo monopolista de estado se refiere. Aquí, una vez más, debemos evitar caer en la exageración de esta evolución —exageración a la que el enfoque neofabiano de esta cuestión es propenso; como por ejemplo la absurda alegación en el ensayo del señor Crosland de que el estado «es ahora un poder intermedio independiente, que domina la vida económica del país... [y] este cambio en sí mismo justificaría la afirmación de que la economía capitalista ha pasado a la historia».^[5] En lo que respecta al control directo sobre la producción, hay relativamente poco (y menos en EE.UU. y Alemania Occidental que en Gran Bretaña); el sector nacionalizado abarca no más de un quinto de la producción total, habiendo sido eliminados los controles directos de la guerra en los años cincuenta (con una o dos excepciones tales como las atribuciones modestas para influir en los emplazamientos industriales de la Development Areas Act). En el plano financiero, sin embargo, la influencia del estado en la actividad económica es considerablemente mayor, en forma de gasto público, que desde antes de la guerra ha crecido de forma desproporcionada a la propiedad estatal o al control de los medios de producción. La influencia del estado sobre la actividad inversora y por tanto la demanda de bienes de capital es lo bastante grande como para ser un factor importante aquí (no solo negativamente a través del Capital Issues Committee, sino también positivamente debido al tamaño del gasto en inversiones del sector nacionalizado y del gobierno central y local, que en los cincuenta representa casi la mitad de la inversión bruta, si se incluye la vivienda). A esto se le tiene que añadir

el gasto armamentístico (que representa aproximadamente el 10 por ciento de la renta nacional). Evidentemente tales gastos han jugado un papel importante en el alto nivel de productividad industrial y de empleo que han sido característicos de los últimos doce años. Como ya he dicho en una ocasión anterior^[6]: «Pienso que tenemos que afrontar que estas tendencias del capitalismo de estado le han asegurado al capitalismo un cierto grado de estabilidad que no tenía en el período de entreguerras... Se puede admitir esto sin tragarse fantasías neofabianas sobre 'el milagro americano' y sobre un capitalismo renovado libre de crisis.»

Las raíces históricas de este desarrollo del capitalismo monopolista de estado son complejas y no voy a tratar de discutir las aquí. En gran parte consisten en los grandes conflictos internacionales del imperialismo. Es significativo que las primeras desviaciones de las nociones liberales (o *laissez-faire*) del siglo XIX acerca de la función del estado fueron provocadas por consideraciones de rivalidad imperialista y que el mayor desarrollo del capitalismo monopolista de estado tuvo lugar durante las dos guerras mundiales. Gran parte de la preocupación de la política económica del Gobierno desde 1945 se ha debido al empuje de la exportación y al control del valor de cambio de la libra y el movimiento de capital en el extranjero; y es discutible que la continuación en tiempo de paz de un grado tan alto de intervención estatal y un nivel tan alto de gasto estatal esté sujeto a la guerra fría y la «militarización de la economía». Al mismo tiempo no puedo evitar pensar que esta evolución tiene también que ser tratada como una reacción a las contradicciones *internas* del sistema que explotó tan sorprendentemente (y para

5.— *New Fabian Essays*, p.39.

6.— *Marxist Quarterly*, enero 1957, p. 4.

la estabilidad del sistema, tan peligrosamente) en la crisis de los años 30. Lo que de todas maneras parece claro es que un sector considerable de la clase capitalista, a pesar de lo mucho que les gustaría algo de desempleo «para mantener a los sindicatos amansados», tiene un miedo mortal a que el capitalismo no sobreviva a una repetición de 1929. (Que tengan o no el poder de evitarlo, por mucho que recurran a «estabilizadores keynesianos», es muy distinto).

«Acumulación Interna»

Hay otro rasgo del capitalismo de postguerra que merece ser mencionado, ya que tiene una importancia potencial considerable en el proceso de acumulación de capital: aunque no es en absoluto suficiente para justificar que se hable de que el capitalismo ha llegado a «una nueva etapa». La importancia considerablemente mayor de las reservas acumuladas de las grandes corporaciones (acumulación corporativa interna) hace posible la «financiación interna» de una gran proporción del gasto en inversiones, sin recurrir a los bancos ni al mercado de capital. Como cabría esperar, la tendencia es más acusada en EE.UU.; y una estimación, hecha por los economistas del National City Bank, es que, de los 150,000 millones de inversión para modernizar y ampliar planta y equipo en EE.UU., de 1946 a 1953 inclusive, un 64 por ciento procedía de fuentes internas — de «ingresos de las empresas que se habían acumulado y no se habían distribuido como dividendos».^[7] Aunque menos desarrollado en Gran Bretaña que en América, se ha convertido en un factor importante, si es que no funda-

7.— Adolf A. Berle Jr., *The Twentieth-Century Capitalist Revolution*, pp. 25–26. Del restante 36 por ciento del total, la mitad fue obtenida de préstamo, principalmente de los bancos, y la otra mitad (no más del 18 por ciento del total) por emisión de bonos o acciones en el mercado de capital.



Una alegoría del capitalismo.

mental, en la actividad inversora de la industria privada (como se señaló en el *Industry and Society* del Partido Laborista), y el crecimiento en varias veces su tamaño de las reservas acumuladas por las compañías privadas ha sido un rasgo sorprendente de la situación financiera de postguerra. Por ejemplo, en años recientes los beneficios sin distribuir después de impuestos han representado aproximadamente la mitad de los beneficios brutos de las compañías operativas en el Reino Unido y ascendieron a una suma mayor que la «inversión nacional fija» más «el incremento del valor de la existencias».^[8]

De esto no se desprende en absoluto que la inversión originada en todas esas reservas acumuladas sea una iniciativa patrocinada por la gestión empresarial sin influencia del afán de lucro capitalista. Ni necesariamente se deduce que porque las grandes empresas hayan acumulado estas

8.— *Economic Survey 1957* (H.M.S.O.), P. 24.

reservas las invertirán junto con el capital real.^[9] Pero su existencia es probable que represente una fuerte presión para invertir en reequipar y ampliar —una presión que aumenta con su tamaño. Por esta razón creo que se puede tomar como cierto que tal acumulación interna *engendra* inversión (en el sentido de los economistas). Esto, si es cierto, tiene dos consecuencias principales.

Primero, tiende a fomentar la expansión de los grandes intereses monopolistas y por lo tanto acelera el proceso de concentración. En segundo lugar, puede darle al boom un mayor impulso del que tenía, haciendo que se perpetúe por más tiempo ante obstáculos menores hasta que un choque de primera magnitud lo detenga (me refiero a un choque a las expectativas de ganancias sobre las que se levantó, sea cual sea la forma que pueda adoptar). Este impulso se debe a que los beneficios del boom causan una acumulación interna que impulsa una mayor inversión, lo cual tiende a sostenerlo; al mismo tiempo la existencia de tales reservas significa que los grandes intereses monopolistas se han convertido en sus propios banqueros y sus políticas de inversión son inmunes a los límites financieros habituales (estado del mercado de capital, restricciones de créditos bancarios, etc.).

Esto no significa que el capitalismo monopolista se haya así inmunizado contra

los incentivos tradicionales que rigen la inversión, y todavía menos contra las normales tendencias de crisis inherentes a la anarquía de la producción capitalista y a la tendencia de la capacidad productiva para superar a la demanda. Pero puede significar que la política de inversiones de la industria capitalista (por lo menos de los grandes intereses) está más influenciada que antes por consideraciones a largo plazo y menos afectada por los cambios a corto plazo en las expectativas de ganancias. Así puede servir para «distorsionar» el curso normal del ciclo de comercio y actividad productiva alargando la fase del boom y por lo tanto como un factor *que contribuye*, por lo menos, a explicar la sorprendente prolongación del boom de postguerra en el mundo capitalista (p. ej. puede ayudar a explicarlo *en conjunción* con otro factor que mencionaré más adelante). De pasada se puede percibir que si ayuda a prolongar la fase del *boom* también puede contribuir a hacer más aguda y/o más larga la fase de crisis y depresión, cuando llegue; pero esa es otra historia.

En mi opinión es esta prolongación del boom de la postguerra durante 12 años (interrumpidos solo por dos recesiones menores en 1948–49 y en 1952 en este país —1953–54 en EE.UU.) lo que en esencia tenemos que explicar; y por lo tanto mis observaciones en lo que queda de este artículo se centrarán en esta cuestión. Al explicar lo que ha ocurrido en los 12 últimos años, el volumen del gasto gubernamental, incluyendo el gasto armamentístico, es evidentemente de gran importancia. En el período de la guerra de Corea fue sin duda la influencia dominante. También en los primeros años de postguerra la influencia de la demanda acumulada, resultante de la escasez del tiempo de la guerra, de la ausencia de reparaciones y de la destrucción masiva fue importante. Sin embargo, en

9.— Pueden usar estas reservas para comprar los activos *existentes* o incluso para mantener bonos estatales con ellas (temporalmente en todo caso). Pero la clase capitalista como un *todo* no puede seguir comprando los activos existentes —aunque los capitalistas monopolistas pueden comprarlos a otros capitalistas, concentrando así la propiedad en manos de los primeros, pero en el proceso transfiriendo los saldos monetarios a las manos de los últimos. Y cualquier compra de bonos a gran escala por parte de las empresas (manteniendo así sus reservas) tenderá a subir su precio y a reducir la rentabilidad de los bonos, convirtiéndolos así en una forma demasiado costosa de retención de valores —a menos que coincida por casualidad con grandes emisiones de bonos estatales.

el artículo ya mencionado sugerí razones para pensar que el nivel del gasto gubernamental no podía explicarlo todo (quizás ni siquiera la mayor parte). En cuanto a la llamada demanda acumulada que nace de las condiciones y devastación del tiempo de la guerra, debe haber jugado un papel, que disminuyó rápido, en la actividad industrial en el curso de los años cincuenta. Lo que necesita una explicación, especialmente en los tres o cuatro últimos años (desde la recuperación de la recesión americana de 1953–54) es el persistente auge de la inversión *privada* (la inversión de la industria privada en modernización y ampliación de capacidad) en Gran Bretaña al igual que en Alemania Occidental y en Norteamérica ante la disminución del gasto en armamento, antes ascendente, ante la subida de los tipos de interés y ante el endurecimiento de los créditos. Este es el hecho más notable y es el que demanda una mayor explicación, puesto que todo lo que hemos aprendido tanto de la teoría como de la práctica en el período de entreguerras nos lleva a esperar del capitalismo monopolista, cuanto más se desarrolla, un grado creciente de exceso de capacidad en plantas y equipo y una tendencia al estancamiento en inversión y ritmo de crecimiento.^[10]

Período de Renovación Tecnológica

Cualquier análisis marxista estaría incompleto sin un examen de los cambios en la técnica y en las fuerzas productivas. En realidad, se podría decir que este debería ser el punto de partida de cualquier análisis, puesto que las fuerzas productivas son (en la muy conocida frase de Stalin) «el elemento más móvil» del modo de producción. Por tanto quiero pasar a esto, con especial

referencia al problema señalado al final del párrafo anterior.

En la época de la Primera Guerra Mundial ocurrieron una serie de cambios en las técnicas productivas que se han etiquetado libremente como de «producción en masa». En tales cambios la industria americana, a la sazón en fase de expansión, llevaba la voz cantante; después de la guerra y en el curso de los años veinte la industria británica (al menos algunas ramas) siguió sus pasos de forma bastante lenta e inadecuada. Con estos cambios estaban evidentemente conectados los grandes aumentos en productividad laboral que fueron característicos de la industria americana en los años veinte (que originaron todo lo que actualmente se denomina «desempleo tecnológico») y también los aumentos más pequeños, pero no menos importantes, de la productividad británica a mediados y a finales de la década de los veinte y (curiosamente) en los años treinta. La «producción en masa» se asociaba con el creciente uso de la electricidad como energía motriz y estaba conectada (por lo menos indirectamente) con el aumento de las nuevas industrias del período de entreguerras, tales como la ingeniería eléctrica, los plásticos, los motores y la aeronáutica y con el fundamental desarrollo de la industria química.

Creo que los historiadores económicos del futuro pueden considerar todo esto como el umbral de la «automatización» de los años cincuenta. Originándose (parece) en el movimiento hacia una creciente estandarización tanto de equipo productivo como de productos, se transformó en una serialización de máquinas y procesos para reducir al mínimo la manipulación por la mano del hombre y para que sucesivas fases de la producción se realizaran en una cadena de montaje o en una cinta transportadora. Pero aunque el manejo manual se redujo al mínimo, el trabajador seguía ejer-

10.— Véase por ejemplo, J. Steindl, *Maturity and Stagnation in American Capitalism*.

ciendo un control minucioso y haciendo la mayoría de las operaciones productivas (p. ej. en la cadena de montaje de un automóvil). Era lógico pero revolucionario que el siguiente paso hacia la automatización fuese transferir a la máquina incluso el control minucioso de las operaciones productivas, utilizando modernos avances en electrónica (algunos de ellos productos de la guerra) para proporcionar complejos mecanismos de realimentación.

Cito la autoridad del Dr. Liley:

«Es solo en el período de postguerra —y en gran medida como resultado de avances técnicos iniciados durante la guerra— que ha sido posible aplicar la automatización a procesos técnicos en general. Y así, a pesar de una prehistoria que se remonta a una generación o más, la automatización como algo de sólida importancia general pertenece a los últimos cinco o diez años — y todavía más al futuro. Sus efectos son más perceptibles en dos campos fundamentales que antes de 1945 apenas estaban afectados— en la producción de ingeniería y en el trabajo administrativo.»^[11]

No es este el lugar para entrar en un debate a fondo sobre los probables efectos económicos de la automatización —p. ej. los efectos en los diferentes estratos de la clase trabajadora (la posible reducción de la esfera del operador de máquina semicualificado o de la del viejo tipo de artesano cualificado, favoreciendo al personal de mantenimiento, ajustadores de maquinaria, técnicos, supervisores de máquinas y similares); en los sistemas salariales (vuelta a tarifas por medidas de tiempo); en el trabajo en múltiples turnos durante las 24 horas del día y en la ratio de los costes salariales (la «composición del capital» marxista

en términos de *valor*). En un trabajo mío publicado justo después de la guerra^[12] hice un intento (sin duda inadecuado) de analizar algunos de los efectos potenciales de los nuevos métodos técnicos de la fase de innovación anterior a la pre-automatización, dos de los cuales podrían tener alguna relevancia en nuestro contexto actual: su tendencia a provocar rigidez productiva ante los cambios de la demanda, y a causar que la innovación técnica tome la forma de «saltos» revolucionarios (ocasionando, como tiende a hacer cada vez con más frecuencia, desguaces y desmantelamientos a gran escala y la reconstrucción de unidades industriales complejas), en lugar del proceso de innovación gradual, paso a paso, del capitalismo del siglo XIX. Lo que yo creo que no se puede negar es que vivimos un período de cambios técnicos completamente revolucionario, en el cual las fuerzas productivas han sufrido una transformación importante o un 'salto' cualitativo. Si esto es así, difícilmente puede serlo sin que haya efectos profundos en las relaciones de producción y en el funcionamiento general del capitalismo. Quizás no sería incorrecto conectar (aunque sea indirectamente) estos cambios en las fuerzas productivas con las aceleradas tendencias del capitalismo monopolista de estado del que hemos hablado.

Hasta el momento, al tratar la automatización, hemos tendido a centrar la atención en su efecto de desplazamiento del trabajo —su posible tendencia a engrosar una vez más el ejército de reserva industrial, en un mayor grado que el «desempleo tecnológico» del que tanto se habló en los años veinte. Este será sin duda un rasgo importante de estos cambios en la perspectiva a largo plazo; igual que los grandes aumentos de la capacidad productiva serán el resultado final del auge de la inversión en años re-

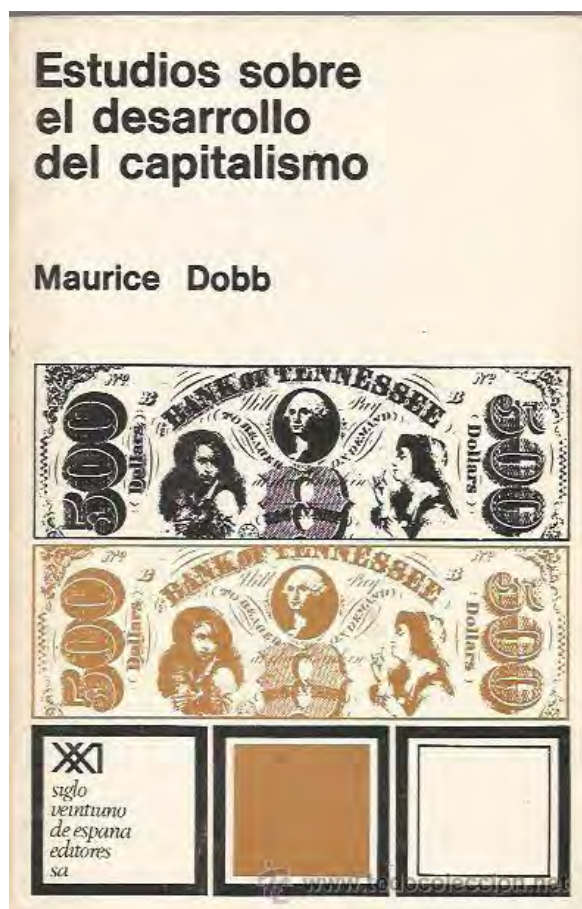
11.— S. Lilley, *Automation and Social Progress*, p.5.

12.— *Studies in the Development of Capitalism* pp. 358–370.

cientes. Lo que, sin embargo, hemos tendido a pasar por alto, al centrar la atención en los efectos a largo plazo, es que un efecto *inmediato* importante de la innovación tecnológica puede ser el de darle un impulso a la inversión, y de ahí mantener el nivel de actividad en marcha (con sus presiones inflacionarias y empleo total) al incrementar la demanda de bienes de equipo de todas clases, materiales de construcción, acero, etc. (productos de la Sección I de Marx). Lo que sugiero es que las posibilidades de inversión permitidas por esta revolución técnica pueden proporcionar la explicación que estamos buscando para la persistencia sorprendente del auge de la inversión desde el fin de la guerra de Corea.

Cambio Técnico y Boom de la Inversión

Puede que haya dos razones para que esta explicación bastante obvia no haya sido aceptada antes y para que algunos se inclinen todavía por rechazarla. En primer lugar, generalmente asociamos al capitalismo monopolista con las restricciones en producción e incluso con el sabotaje del progreso técnico y parece ir a contracorriente sugerir que la mera existencia de posibilidades técnicas de innovación puede ser una razón para que la susodicha innovación entre en vigor. «El miedo a la capacidad productiva» es una inquietud siempre presente del capitalismo monopolista y los monopolios han demostrado que tienen poder para obstaculizar y retardar el desarrollo. Lo que tenemos que recordar, sin embargo, es que (como Lenin insistía) el monopolio no sustituye ni evita la competencia *entre* monopolios, si no que cambia su forma; y esta rivalidad puede que fuerce a las empresas a acometer innovaciones, aunque sea de forma anárquica y desigual, una vez que haya quedado claro que alguien empezará a marcar el ritmo. Y si



Obra clásica de Dobb publicada en 1948. No fue editada en España hasta 1976.

nuestra proposición anterior es cierta, que la existencia de grandes reservas acumuladas ejerce presión para encontrar salidas a la inversión, puede que no sea sorprendente en absoluto que un período de descubrimientos técnicos sea un período de inversión relativamente alta.

La segunda razón posible es más teórica. Hasta el momento hemos tendido (como señaló John Eaton en el último número) a darle a la teoría de crisis un giro de bajo consumo un poco tosco; y al hablar de la tendencia de la capacidad productiva de superar el poder del consumo, de identificar el poder de consumo con el consumo *personal* ($V +$ la parte consumida de S , en la nota de Marx). Lamentablemente el mismo sesgo va a aparecer en la sección de la teoría de crisis en el nuevo *Political*

Economy Textbook soviético.^[13] Esto es para concentrar la atención exclusivamente en el mercado de la Sección II (producción de bienes de consumo) e ignorar el hecho de que la inversión *mientras se produce* crea un mercado para los productos de la Sección I (bienes de equipo —máquinas, materiales de construcción, etc.) y que aumentar el empleo y los beneficios de este sector puede también tener el efecto de aumentar el mercado de la Sección II. Es cierto que los productos de la Sección I que esta inversión está provocando, a menos que todos ellos estén dedicados a la expansión de la Sección I en sí misma, tienen que acabar en una ampliación de la capacidad productiva de las industrias de bienes de consumo y en un problema de sobreproducción en ese sector, a menos que el consumo personal (V + parte consumida de S) aumente de forma equivalente. Pero ese es un problema a largo plazo y aquí hablamos del efecto más inmediato, a corto plazo, de la inversión mientras esta se produce.

Lenin acerca del «Consumo Productivo»

A este respecto vale la pena citar el argumento de Lenin contra los narodniks en el primer capítulo de su *Desarrollo del Capitalismo en Rusia*, disponible ahora en inglés por primera vez. Lenin subraya aquí que la demanda de bienes *no* debe ser identificada con consumo personal: que también hay lo que se denomina *consumo productivo*, que representa la demanda de bienes de equipo, productos de la Sección I, que surgen del gasto de las empresas capitalistas en maquinaria, construcción, materias primas, piezas, etc. Además, el último puede aumentar más rápido que el primero; y en este sentido el consumo productivo (= in-

versión) es «independiente» del consumo personal, aunque esta sea una forma limitada de «independencia». Si bien esta «independencia» no debe exagerarse, significa que la inversión y de ahí la actividad productiva de la Sección I no están *limitadas* por el consumo personal (V+ parte consumida de S) en el sentido de tener que llevar el mismo ritmo: realmente, recalca Lenin, es una característica básica del capitalismo que la Sección I tiende a crecer *más rápido* que la Sección II.

«Así el crecimiento del mercado nacional para el capitalismo es, hasta cierto punto, ‘independiente’ del crecimiento del consumo personal y tiene lugar en mayor medida debido al consumo productivo... El desarrollo de la producción principalmente a causa de los medios de producción parece paradójico y sin duda constituye una contradicción. Es ‘la producción por la producción en sí misma’ —la expansión de la producción sin la correspondiente expansión del consumo. Pero es una contradicción, no de doctrina sino de vida... [y] responde a la naturaleza misma del capitalismo»^[14].

La misma idea, cabe señalar, la expresa incluso más perspicazmente en su publicación *A Characterisation of Economic Romanticism* (pp. 62–4) en el pasaje citado por John Eaton en el último número de *Marxism Today*.

Resumiendo: lo que yo sugiero es que un período de anormal innovación tecnológica, al abrir un nuevo ámbito de inversión para el capital acumulado (durante un tiempo) y por tanto una demanda creciente de productos de la Sección I, puede constituir una expansión del ‘mercado nacional’ como la citada por Lenin. Cuando se combi-

13.— Véase especialmente p. 263 de la traducción inglesa de la segunda edición.

14.— *Development of Capitalism in Russia*, English edition 1957, pp. 32, 33–4..

na con el alto nivel de gasto estatal y la acumulación interna de fondos por las grandes empresas de la que hemos hablado, parece ofrecer una explicación suficiente a lo que ha estado pasando en la década actual. En la excepcional situación tecnológica de mediados del siglo XX, no debería sorprender a los marxistas (dando por hecho que su teoría está completamente desarrollada) que el curso normal del ciclo esté algo distorsionado, en el sentido de ser reemplazado por un ciclo más largo con una fase ascendente más prolongada, comparándolo con el tipo de ciclo del siglo XIX en el cual nuestra forma de pensar se ha basado previamente.

Pero decir esto *no* es afirmar, por supuesto, que la fase ascendente pueda seguir indefinidamente, como a algunos neofabianos les gustaría, convirtiendo una «fase» novedosa (que yo creo que tenemos que reconocer que lo es) en un escenario com-

pletamente nuevo. Ni tampoco significa que las contradicciones hayan sido superadas —de momento simplemente han cambiado de forma de expresión (hay muchas contradicciones en una situación y fase inflacionarias, como ahora vemos —pero hasta ahora quizás no les hemos dedicado suficiente atención para analizarlas). En el momento de escribir esto hay signos de que el auge de la inversión americana está moderándose y en Gran Bretaña parece probable que las drásticas medidas deflacionarias de septiembre hayan causado el descenso de la inversión. Si esta bajada va a ser temporal o permanente y acumulativa solo los hechos de los próximos meses nos lo dirán. Sería erróneo deducir una respuesta de un razonamiento *a priori* y sería engañoso basarnos demasiado en analogías con situaciones anteriores —por mucho que uno se vea tentado a ver paralelismos entre algunos hechos recientes y 1929.

NUESTROS DOCUMENTOS

Jesús Hernández en el VII Congreso de la Internacional Comunista

Víctor Manuel Santidrián Arias

IES do Milladoiro

El VII Congreso de la Internacional Comunista (IC), celebrado en Moscú en el verano de 1935, impulsó un cambio radical en la política del partido de la revolución mundial. Se trata de uno de los tantos «virajes» efectuados por la organización comunista desde su nacimiento en 1919. Pero no se trata de un viraje más porque, a diferencia de los anteriores, supuso la adopción de una política que tuvo, por fin, resultados exitosos: el antifascismo y la política de los frentes populares. Después de tantos años de enfrentamiento y sectarismos en sus relaciones con el mundo socialista, la IC, de la mano del húngaro Giorgi Dimitroff, su secretario general, optó por la unidad; unidad de clase, lo que se habría de traducir en unificación de los partidos socialista y comunista así como de sus respectivas organizaciones sindicales; y unidad interclasista: de las clases medias que se mantuvieran fieles a la democracia con las clases populares. El VII Congreso impulsó, por lo tanto, procesos unitarios dentro de una «táctica defensiva que había nacido de la necesidad de hacer frente al fascismo, y del fracaso de las respuestas dadas antes de 1933», en palabras de José Luis Martín Ramos en su magnífico ensayo sobre *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España* (Barcelona, Pasado & Presente, 2015).

Sobre la recepción en España de las resoluciones del VII Congreso y la política de



Jesús Hernández durante el periodo republicano (Foto: Archivo Histórico del PCE).

frentes populares son conocidos los discursos y escritos de José Díaz. Presentado en numerosas ocasiones como un apasionado de la unidad, los textos del que fuera secretario general del PCE desde 1932 hasta su muerte en 1942, fueron publicados en vida del autor en varios medios. Años después, la Colección Ebro de París los recogió en *Tres años de lucha*[1]. Por su parte, la FIM

1.— Libro en línea (<https://www.marxists.org/espanol/diaz/1930s/tadl/02.htm>) que fue reimpresso en 2005 en una edición todavía localizable en librerías (Muñoz Moya

publicó una selección de trabajos en 2002, algunos de los cuales se pueden descargar de su web^[2].

Sin embargo, el texto escogido para inaugurar esta sección de documentos es obra de otro autor, quizás hoy en día menos conocido para el lector no especializado, pero no por ello menos importante. Nos referimos a Jesús Hernández. El documento, su intervención en el VII Congreso de la IC, es de importancia no solo por sus contenidos, probablemente no muy distintos a otros escritos, sino por el perfil del autor.

De Jesús Hernández (1907–1971), biografiado por Fernando Hernández Sánchez en *Comunistas sin partido. Jesús Hernández. Ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio* (Madrid, Editorial Raíces, 2007), sabemos que nació en Murcia, aunque su familia emigró a Bilbao en 1907, ciudad en la que trabajó desde niño. Allí empezó su militancia, primero en las Juventudes Socialistas y, posteriormente, en las Comunistas, desde donde fue cooptado por el Comité Ejecutivo del PCE. La actividad militante, de la que la violencia política era un rasgo cotidiano, le obligó a huir a la URSS en el verano de 1931. Tras un periodo de formación en la Escuela Leninista en el país del socialismo regresó a España. En los años republicanos fue miembro de los máximos órganos de dirección del PCE, partido al que representó como Ministro de Instrucción Pública en el gobierno de la República en guerra. Ya en el exilio, marcado por las diferencias políticas y los enfrentamientos personales, fue expulsado del PCE en 1944. Contribuyó a la creación de nuevas organizaciones desde las que denunció el estalinismo: su obra más conocida se titula, precisamente, *Yo fui ministro de Stalin*.

En diciembre de 1933, Jesús Hernández

participó en el Plenario del Comité Ejecutivo de la Komintern, junto a Dolores Ibárruri. Dos años después, formó parte de la delegación comunista española —en la que también figuraban Dolores Ibárruri, José Díaz, Vicente Uribe y Pedro Fernández Checa— al VII Congreso de la IC. Intervino en el cónclave comunista el día 8 de agosto, con el discurso que aquí presentamos.

El texto que reproducimos es una transcripción del publicado en las páginas 293 a 299 de *Información Internacional. Revista semanal*, editada por el PCE en 1935 en Valencia. Posteriormente, el informe de Jesús Hernández al VII Congreso de la IC fue reproducido en la *Historia del Partido Comunista de España* (Madrid, Editora Nacional, vol. 2 pág. 574–592), de Eduardo Comín Colomer, el policía y prolífico escritor franquista que tuvo acceso a tantos documentos del PCE, entre ellos *El comunismo al día: VII Congreso de la Internacional Comunista. Discursos íntegros, resoluciones adoptadas (1935). Internacional Comunista. Congreso (7º. 1935. Moscú)*, editado por los hermanos Bergua en Madrid en 1935. Por su parte, el volumen que el número 76 de *Cuadernos de Pasado y Presente* dedicó al VII Congreso de la Internacional Comunista solo recoge las intervenciones de los delegados latinoamericanos, por lo que el discurso de Jesús Hernández no está reproducido en sus páginas^[3].

Quien se adentre en este documento, encontrará una estructura y un lenguaje reconocibles en otros textos de la misma época, así como unos análisis escasamente críticos con las políticas realizadas hasta el momento por el movimiento comunista internacional. En la intervención de Jesús

Editores Extremeños).

2.— (<http://www.fim.org.es/media/2/2212.pdf>).

3.— *Pasado y Presente*, 76, (1984) [en línea: [http://www.mediafire.com/view/qkjq97d4bx5o5bk/Fascismo,_democracia_y_frente_popular._VII_congreso_de_la_Internacional_comunista._Mosc%C3%BA,_25_de_julio_-_20_de_agosto_de_1935_\(Cuadernos_PyP_76\).pdf](http://www.mediafire.com/view/qkjq97d4bx5o5bk/Fascismo,_democracia_y_frente_popular._VII_congreso_de_la_Internacional_comunista._Mosc%C3%BA,_25_de_julio_-_20_de_agosto_de_1935_(Cuadernos_PyP_76).pdf))]

Hernández encontraremos citas a Dimitrof y Stalin, al ascenso de Hitler al poder y a la Austria de Dollfus, a las elecciones de noviembre de 1933, a Gil Robles considerado como representante del fascismo en España, a Largo Caballero y a Julián Besteiro, a las Alianzas Obreras y a la Revolución de Octubre de 1934, al PSOE, la UGT y a la CNT...

En definitiva, el discurso de Jesús Hernández asume para España las propuestas de Georgi Dimitrof. El PCE formará parte de la coalición electoral que triunfó en los comicios de febrero de 1936: el Frente Popular. De alguna manera, la confluencia electoral ya había sido ya puesta en práctica por

el PCE en las elecciones de noviembre de 1933, cuando los comunistas malagueños se presentaron dentro de una candidatura unitaria. Quizás por ello, Antonio Elorza afirma que la repercusión central del VII Congreso de la IC en España consistió en la convergencia entre socialistas y comunistas, traducida en la unificación de la UGT y la CGTU (más bien absorción de la segunda central por la primera), y en la creación de las Juventudes Socialistas Unificadas y del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC).

Es ya hora de dar la palabra a Jesús Hernández.

Intervención de Jesús Hernández*

*Vígesima quinta sesión (8 de agosto. Mañana).
Camarada HERNANDEZ (España)*

¡Camaradas!

El informe de nuestro camarada Dimitroff abre, ante nuestros Partidos, una perspectiva de trabajo amplia, justa y bolchevique. De la aplicación correcta de las tareas que en él se trata va a depender el que en muchos países evitemos a la clase obrera y a todo el pueblo trabajador la sangrienta experiencia de la dictadura fascista y que allí donde ella existe precipitemos su hundimiento.

Los hechos de la misma vida subrayan, con una línea de fuego, cada palabra y cada afirmación hecha en su discurso por el camarada Dimitroff. Y estos hechos nos demuestran que allí donde el frente único se realiza se crean todas las condiciones para desencadenar rápidamente las acciones de masa, y que en el proceso de maduración de la crisis política el frente único es una de las condiciones fundamentales para desembocar directamente en grandiosas luchas revolucionarias, en las que el problema del Poder se presenta claramente ante el proletariado. Las palabras del camarada Dimitroff están confirmadas por las grandiosas movilizaciones antifascistas realizadas por nuestro valiente hermano de Francia y por las batallas de octubre en España.

Los combates de octubre en nuestro país han significado, por primera vez en la historia obrera de España, el desbordamiento por las masas de los tradicionales y viejos putchistas del anarquismo, tan flaqueados

* Intervención publicada en: *Información Internacional. Revista semanal*, 17, 20 de noviembre de 1935, pp. 293-299. Transcripción de Víctor M. Santidrián Arias



Sesión plenaria del VII Congreso de la IC.

ya por Engels en su folleto «Los bakunistas a la obra». Pero, cuando las grandes masas se concentran y unen su acción en circunstancias como la de octubre, las mismas condiciones de esta lucha plantea, con toda precisión, el problema del Poder.

La mejor confirmación de la justeza del discurso y de la tesis del camarada Dimitroff la encontramos en los combates de octubre en Asturias. Allí, la unidad de lucha estaba dada: la Alianza de obreros existía, y la de los obreros y campesinos se efectuó desde los primeros momentos de la lucha. Toda la población trabajadora se enrolaba a la lucha insurreccional. Octubre en Asturias fué una insurrección popular de masas contra el fascismo, o por su propio Poder y el impulso motriz de ellas, el frente único proletario. Por eso se pudo vencer. Y este es nuestro orgullo, pues nadie más que los comunistas hemos señalado siempre ese camino como el único posible para la victoria. (*Aplausos.*)

A veces vemos también en los juicios

de los enemigos la justeza de nuestra política. He aquí, por ejemplo, la opinión que del frente único tiene Dollfuss español, Gil Robles. Cuando éste respondía a quienes le acusaban de haber provocado conscientemente las jornadas de octubre, decía: «Cierto: yo sabía que la entrada de los ministros de mi Partido en el Gobierno significa desencadenar la guerra civil; pero, no seamos ingenuos. Esperar dos o tres meses más habría sido suicida, pues toda España se hubiese transformado en una inmensa Asturias, y hoy tendríamos los Soviets en España».

En España existía, desde hace muchos años, un profundo abismo que mantenía separadas entre sí a las masas socialistas y comunistas, pero gracias al esfuerzo incansable de nuestro Partido, las diferencias entre los obreros socialistas y nosotros se iban acortando rápidamente y el frente único abriéndose paso.

Para apreciar este proceso y desarrollarlo mencionaremos solamente los momentos más importantes de nuestra lucha en pro del frente único.

Ya antes de la subida al Poder de Hitler, nos dirigimos públicamente a los obreros y organizaciones de base del Partido Socialista, de la U.G.T. y Sindicatos anarquistas para marchar, en común, contra las provocaciones y ataques de la reacción y del fascismo. La toma del Poder por Hitler, que alentó a todas las huestes reaccionarias en el mundo y que, en España, incrementó su insolencia en grado extraordinario, repercutió en nuestro proletariado como un ataque de clarín para redoblar la guerra contra el peligro fascista interior y contra el fascismo alemán. El camarada García os ha referido la grandiosidad de esta campaña de huelgas, manifestaciones y protestas de toda clase contra la barbarie del fascismo alemán. Aprovechando este ambiente, nos dirigimos nuevamente a las organizaciones

socialistas con la proposición de frente único, tomando como base la carta de la I.C. a la Segunda Internacional. Como las veces anteriores, no obtuvimos respuesta alguna.

En las elecciones de noviembre de 1933 repetimos nuestro llamamiento para formar, en común, candidaturas de frente único y de frente antifascista. Nuestra proposición fué desechada.

Más tarde, con ocasión de los combates de febrero en Austria, propusimos nuevamente el frente único para iniciar toda una campaña de solidaridad internacional con el heroico proletariado austríaco en armas. Esta propuesta mereció el calificativo de provocación, lo cual no impidió que a nuestro llamamiento de huelga respondiesen más de 100.000 obreros, en su inmensa mayoría socialistas. En abril de 1934, los fascistas preparaban una marcha nacional sobre El Escorial. El Partido llamó a todas las organizaciones proletarias, dirigiéndose especialmente a la Ejecutiva del Partido Socialista, proponiéndoles marchar bajo las consignas de «Ni pan, ni tren ni agua para los fascistas». La ola formidable de frente único que iba despertando nuestra tenaz campaña y el deseo de lucha en las masas eran tan poderosos que los jefes socialistas se vieron precisados a declarar la huelga general. Con la misma consigna, meses más tarde, el proletariado de Asturias, en frente único, paralizó en absoluto toda vida de la región ante el intento de otra marcha fascista sobre Cavadonga (Asturias). En el umbral de los acontecimientos de octubre, los terratenientes de Cataluña y de toda España realizaron una concentración sobre la capital de la República. Nuestro llamamiento de frente único no pudo dejar de ser oído, una vez más, por la dirección del Partido Socialista, y de nuevo se declaró en Madrid la huelga general.

Se acercaba octubre. La corriente de frente único crecía sin cesar. Los ataques de

la reacción contra las condiciones de vida de las masas despertaban una gran tempestad de protestas y luchas. El deseo de unirse para dar la batalla decisiva desbordaba toda resistencia. Esto llevó al Partido Socialista a crear las Alianzas Obreras, que tenían como objetivo en principio, frenar la corriente de sus propias masas hacia la verdadera realización del frente único en las fábricas y en los campos, una forma de cortar los pactos locales y regionales entre las diversas organizaciones socialistas y comunistas de la U.G.T. y la C.G.T.U. Esto se producía unos meses antes de octubre.

Por ejemplo, en Barcelona hacía más de un año que existía una Alianza Obrera organizada por un renegado del comunismo, Joaquín Maurín, el Doriot de España. Esta Alianza fué constituida como una forma de lucha contra la popularidad de la consigna de frente único lanzada por nuestro Partido. En ella se agruparon el Bloque Obrero y Campesino, los trotskistas y algunos sindicatos disidentes del anarquismo. Y el Partido Socialista tomó este modelo de organización para el resto de España.

Digamos de paso que en estas alianzas, en vísperas de octubre, aún no estaban representadas ni la C.N.T. ni la C.G.T.U., ni los sindicatos autónomos, ni los obreros anarquistas y comunistas, ni los campesinos, ni los obreros parados, ni los obreros uniformados. En tales condiciones, estos organismos pretendían ser lo que fueron los Soviets en Rusia. Sus comités estaban integrados por delegados de las organizaciones, y en ningún caso por delegados directamente elegidos por las masas. Tales eran, en su origen, las Alianzas Obreras en nuestro país. Por todo esto, nuestro Partido las combatió violentamente y con justeza durante el primer período. ¿Por qué y en qué momento fué nuestro Partido a las Alianzas? Nuestra campaña sobre el significado de las Alianzas en el momento de nacer, no

logró impedir que éstas llegasen a adquirir cierta popularidad. Las masas socialistas, que anhelaban el frente único con los comunistas, se encuadraron en las mismas e igualmente algunos sindicatos autónomos.

Por eso, el Comité Central extraordinario, celebrado por nuestro Partido en septiembre, acordó su ingreso en las Alianzas Obreras, sin ocultar el criterio que ellas nos merecían y la labor que cordialmente pensábamos realizar en su interior para convertirlas en verdaderos órganos del frente único de los obreros y campesinos. Nuestro contacto con aquellas masas que formaban las Alianzas podía decidirlo todo. Y, en cierta medida, el resultado de octubre y el ejemplo de Asturias demostró la justeza de nuestra apreciación.

El entusiasmo que esta decisión de nuestro Partido despertó entre las masas fué grandioso. El frente único comenzó a adquirir forma orgánica, adquiriendo cada vez mayor cohesión. Las Alianzas surgían rápidamente. Las relaciones con el Partido Socialista se estrechaban. La influencia del Partido aumentaba a pasos agigantados. En los quince días que precedieron a octubre, la tirada de *Mundo Obrero*, órgano central del Partido, se elevó de 35.000 a 55.000 ejemplares. Pero estábamos en vísperas de octubre cuando este proceso de organización del frente único aún estaba en sus comienzos. Esta fue una de las causas fundamentales de la derrota temporal del proletariado de España. La burguesía quería cortar la ola favorable del frente único, bajo la cual iba a ahogarse. Sabía que a medida que el frente único se organizaba, las consignas del Partido penetraban en las masas con una rapidez vertiginosa, como lo demostró el grandioso mitin de frente único celebrado en el estadio de Madrid, organizado por las Juventudes Socialistas y Comunistas que concentró a más de 90.000 trabajadores que acogían llenos de entusiasmo, las con-

signas de nuestro Partido. Igual sucedía en toda España. Por eso Gil Robles decía que dos o tres meses más y habría sido demasiado tarde para ellos.

En la aplicación de la táctica del frente único hemos cometido errores y faltas. Existen las faltas y los errores. Yo hablaré a continuación de ellos. Pero con todo, es bien comprensible que el octubre en España no caía del cielo. Nuestro Partido, ayudado eficazmente por las Juventudes Comunistas, al lograr, con su tenaz campaña, ir rompiendo el muro que separaba a las masas socialistas y comunistas, creó las condiciones para la gran epopeya revolucionaria de octubre.

Unido a estos esfuerzos en la lucha por el frente único proletario, debemos mencionar la gran actividad del Partido en lo que refiere al trabajo de concentración de las masas populares, cuyos resultados fueron la creación del frente popular antifascista que abarcaba algunos sectores del republicanismo de izquierda, gran parte de la intelectualidad antifascista, etc., los Comités contra la guerra y el fascismo, en los cuales enrolábamos a gran número de mujeres que supieron movilizarse en manifestaciones violentas de calle, en protesta contra la reacción y el fascismo.

Tal era la situación desde el punto de vista del frente único y de la unidad de lucha cuando nuestros bravos proletarios de toda España se lanzaron a la huelga general, a la lucha armada, y en Asturias, León, Euzkadi, Barcelona, etc., empuñaron las armas para cerrar el paso al fascismo.

Aún tronaba la fusilería de los últimos defensores del Poder obrero y campesino en Asturias contra las tropas del general de la contrarrevolución, López Ochoa, cuando nuestro Partido lanzó una vibrante llamada al Partido Socialista, a los obreros anarquistas, a la C.N.T., U.G.T., sindicatos autónomos y todas las organizaciones proletarias,

en la cual, tras analizar las causas del porqué no había podido triunfar la revolución, decíamos: «*Unidos hemos peleado y juntos seguiremos más firmes que nunca. Discutiremos cordialmente las experiencias, los aciertos y los errores de las pasadas batallas. Pero nada podrá romper la unidad de acción y de lucha de los obreros comunistas y socialistas y seguiremos nuestra gran tarea para atraer a los obreros anarquistas a nuestro frente*». Y más adelante, entre las consignas de orden inmediato, decíamos: «*Unidos para formar un solo bloque antifascista, para organizar las Alianzas obreras y campesinas en todo el país*». De esta forma, la bandera de las Alianzas y del frente popular es empuñada, más poderosamente que nunca, por el Partido, después de las batallas de octubre. En este momento nuestro Partido caracterizó así a las Alianzas:

«*Los Comités de la Alianza Obrera y campesina de Asturias se convirtieron en el propio curso de la lucha, y por las necesidades de ésta, en los verdaderos órganos de Poder: en Soviets, con la participación de los delegados campesinos. El ejemplo de Asturias y de algunos pueblos de Euzkadi y Cataluña han acreditado a las Alianzas Obreras y campesinas como los órganos completamente aptos para las luchas diarias y capaces de transformarse, en el curso de la lucha, en órganos de Poder (Soviets)*».

La comprobación, por las masas, de la justeza de nuestras consignas, comprobación hecha bajo el fuego de la metralla de la lucha insurreccional; la comprobación de las teorías que ellos habían defendido hasta octubre; la heroica participación de nuestro Partido en las luchas, en contraste vivo con el sabotaje realizado por el ala reaccionaria del Partido Socialista y por las vacilaciones de los jefes de izquierda, incrementaron, en forma grandiosa, la autoridad del Partido Comunista, no sólo entre los obreros socialistas, sino entre todas las

masas populares de España.

Pero tenemos presente el retraso del crecimiento de nuestra influencia. Hemos oído aquí el balance que presenta nuestro valiente Partido hermano de Austria, y al contrastarlo con el nuestro, hemos sentido todo el retraso de nuestro trabajo.

Vosotros tenéis todo el derecho de preguntarnos las causas que motivan esta situación. Procuraré dar algunos elementos de juicio para ayudar a comprender tal hecho.

A nuestro llamamiento, después de octubre, responde la Comisión Ejecutiva del Partido Socialista y de la U.G.T., aceptando la constitución de un Comité de enlace entre sus organizaciones nacionales y las de nuestro Partido y la C.G.T.U.. Este Comité hace suya la siguiente plataforma de lucha en común:

1º Ayuda económica y política a los presos y perseguidos de octubre.

2º Campaña por su liberación y por la amnistía.

3º Lucha por la apertura de las Casas del Pueblo y de todos los Centros Obreros clausurados.

4º Lucha por la reconquista de las libertades democráticas del pueblo trabajador.

5º Lucha por la disolución de los sindicatos y organizaciones fascistas.

El plan, en su conjunto, no era malo; prometía grandes resultados, tanto desde el punto de vista de la ampliación del frente único como del resultado político de la lucha de las masas por el logro de dichas reivindicaciones. Pero los impedimentos surgen cuando este plan, para su realización, debe poner en movilización a las masas.

Los camaradas socialistas no comprendían la necesidad de poner en movimiento a las masas por las reivindicaciones económicas de carácter inmediato que sufrían una embestida brutal por parte de la patronal fascista y reaccionaria, y tampoco

para el logro de lo establecido en nuestro plan común. Tenían la concepción de que toda acción política y de sus masas podía incrementar los golpes represivos del enemigo. Por idénticas causas no alcanzaban a ver la necesidad de lanzar, en común, manifiestos con las firmas de las organizaciones que componíamos el Comité de Enlace. Esto ha sido posible realizarlo nueve meses después de octubre, cuando hemos logrado convencer a los camaradas socialistas de la necesidad de firmar un manifiesto en común dando instrucciones para la campaña contra la pena de muerte. En lo que concierne a la organización de las Alianzas Obreras, a pesar de que en todas las reuniones donde este problema ha sido planteado los compañeros socialistas se han mostrado de acuerdo para organizarlas en escala local y provincial, se oponen a organizarlas en escala nacional. Las instrucciones dadas en sus organizaciones de base, por no ser suficientemente precisas, motivan resistencias y vacilaciones que retrasan notablemente la organización de éstas. Pero con todo, gracias al incansable esfuerzo de nuestro Partido y al ánimo de lucha de las masas socialistas, hemos logrado constituir, de octubre a la fecha, más de 200 Alianzas en todo el país, con lo que hemos abierto una perspectiva formidable para todo el desarrollo ulterior del frente único proletario. Algunas Alianzas ya dirigen luchas políticas y económicas y han tomado acuerdos, que se han puesto en práctica, de crear secciones de Alianza Obrera en todos los lugares de trabajo.

Después de octubre se hizo muy general en las masas, no solamente del Partido Socialista, sino también en las sin partido, la impresión de que los comunistas y socialistas marchaban de común acuerdo, y que, en breve tiempo, se fusionarían ambos partidos. Esta creencia repercutió de la siguiente forma: de un lado favorablemente, por el

ambiente de fraternidad que se crea entre socialistas y comunistas, pero, de otro, desfavorablemente, porque estas masas no plantean, con la imperiosa urgencia que sería necesario al interior de sus organizaciones, el problema de la unidad y del frente único. Ellas esperan a que el proceso de fusión sea ultimado por ambos partidos. Y en este caso, indudablemente, esta creencia se convierte en un freno.

No menos importante es señalar, por lo que a España concierne, la diferencia en la conducta de los dirigentes socialistas con la de los jefes del austromarxismo, la diferencia entre febrero en Austria y octubre en España.

En Austria, el fascismo iba arrebatando, posición tras posición, a las masas, sin que de parte de sus jefes se hiciese nada concreto en el sentido de lanzar las masas a la lucha por la defensa de las mismas. Las masas veían que el fascismo las devoraba. No les quedaba más que las armas y también iban a quitárselas. Esto produjo el estallido de indignación contra la voluntad de los jefes, salvo excepciones dignas, antes las cuales rendimos nuestras banderas. Esto, unido indudablemente a la heroica y justa participación de nuestro Partido en la lucha, abrió un mundo nuevo ante los bravos proletarios de Austria y a la luz de los hechos vinieron al camino de la revolución, y vinieron y vienen al P.C. de España, donde las masas sacaban justas deducciones de la experiencia alemana y austriaca, ardían en deseos de batirse, y sus jefes de izquierda, tales como Largo Caballero, organizaron, de una u otra forma, la lucha: están perseguidos, sus organizaciones clausuradas, contándose por centenares sus muertos y prisioneros. Esto hace pensar que, a pesar de que las masas vayan comprendiendo cada día más el fracaso de toda la política seguida por el Partido socialista, el hecho de que su Partido ha organizado la lucha,

les hace conservar aún cariño a sus organizaciones y confianza en sus dirigentes. Innegablemente, esto juega un papel en esta lentitud del desplazamiento de las masas socialdemócratas hacia las posiciones francamente revolucionarias y hacia nuestro Partido.

Pero, en general, podríamos decir que los obreros socialistas en nuestro país van perdiendo rápidamente su fe en el reformismo y en sus métodos seguidos hasta hoy, que buscan ávidamente algo nuevo, que se acercan, cada vez más, a los métodos revolucionarios. Ellos ven en nosotros a los camaradas que luchan con heroísmo, con abnegación sin límites, y los que tienen una línea política en lo general justa. Pero junto a esto también tienen la idea de que somos un Partido todavía no lo suficientemente grande, y vacilan en venir hacia nosotros ya que ellos están acostumbrados a sus grandes organizaciones de tipo socialdemócrata. Es decir, todavía no están convencidos de que nuestro Partido es el nudo más firme contra el peligro fascista. Pero en este error de nuestros camaradas socialistas hemos de confesar que la parte fundamental nos corresponde a nosotros, por no haber sido capaces de convencerlos de lo contrario. Por ejemplo, el camarada García os ha dicho que en casi todas partes nuestros camaradas, en los primeros momentos de octubre observaron una actitud de esperar frente a los socialistas, es decir, esperaban las armas de manos de ellos. Hemos tenido unas ilusiones sobre la capacidad de decisión de la socialdemocracia para llevar a la lucha de las masas consecuentemente hasta el fin. Las masas abandonan a los jefes anarquistas y a sus organizaciones por decenas de millares. ¿Pero adónde van estas masas? A nosotros, no. Los ingresos de obreros anarquistas en nuestras filas son insignificantes. En general tampoco van a las filas del Partido Socialista. Se quedan, pues, fuera

de toda organización. ¿Por qué es posible este fenómeno en obreros de cuya bravura y voluntad en la lucha no podemos dudar? Esta es la gran cuestión, a la cual nuestro Partido no ha sabido, en la práctica, dar la respuesta precisa. Yo creo que ello obedece —aparte de los errores cometidos en el frente del trabajo sindical, por la política seguida acerca de las organizaciones de la C.N.T.—, creo que es debido a que hoy, si bien hemos sido capaces de demostrar a las masas que somos una organización de excelentes agitadores, que emprenden magníficas campañas que ponen en pie a toda España popular, no hemos logrado demostrarles suficientemente, a través de las luchas diarias y en la organización y dirección de las mismas, que somos buenos organizadores y los mejores dirigentes de la clase obrera. Octubre ha corregido gran parte de este importante defecto. Todo esto son manifestaciones del sedimento sectario que aun no hemos podido extirpar en absoluto de nuestro Partido. Y nuevamente vuelve el ejemplo de nuestro Partido hermano de Austria, que con orgullo nos ha mostrado que en su delegación a nuestro VII Congreso vienen una gran cantidad de camaradas que, antes de las luchas de febrero, formaban en las filas de la socialdemocracia, y que hoy están en los puestos de dirección de nuestro Partido hermano.

En España no podemos ofrecer ningún ejemplo significativo en este sentido, y esto hace que, indudablemente, los obreros socialdemócratas no vean el cariño y la confianza en que el Partido deposita en ellos. Esta política estrecha que hemos realizado con los obreros socialdemócratas en España es una de las causas que explican el recelo con que todavía miran a nuestra organización. De otro lado, no se tiene suficientemente en cuenta cuando viene un obrero socialdemócrata a nuestras filas, que él está acostumbrado a unas formas de tra-

bajo enteramente distintas a las nuestras, y a veces, desde los primeros momentos, les damos tal serie de trabajo que le abruma, o desbordan, creando así un ambiente en torno a nuestro Partido de que militar en él significa tener alma de héroes.

Es innegable que entre otras de las muchas faltas que pueden explicar la lentitud del paso de los obreros de los obreros socialdemócratas al comunismo es la tardanza con que nuestro Partido ha proveído de materiales de discusión y de argumentosa todos nuestros camaradas y a las masas en general para deducir las lecciones, enseñanzas y experiencias del fracaso del movimiento revolucionario de octubre. Esto está, en su gran parte, aún por hacer. Y no menos importante es señalar el hecho de que aún no empleamos, con toda corrección, el lenguaje fraternal y persuasivo para convencer en la crítica y en la polémica, sin llegar a herir el sentimentalismo de las masas socialistas. E igualmente no es menos cierto que en nuestra actitud frente a la derecha del Partido Socialista no hemos sabido diferenciar clara y precisamente, ante las masas, cuándo atacamos a la derecha y cuándo criticamos a la izquierda.

Pero el defecto general de nuestro Partido ha sido, indudablemente, el no haber sido lo suficientemente flexibles, con arreglo a la situación de cada momento, en nuestra táctica de frente único. Hoy vemos, con toda claridad, que en las elecciones de 1933, cuando la reacción formó un bloque único para dar la batalla a las fuerzas democráticas y revolucionarias, nuestra táctica debió ser más flexible, a fin de haber posibilitado la formación de las candidaturas de frente único entre socialistas y comunistas y de las candidaturas antifascistas. Desgraciadamente, la estrechez de nuestras tácticas hizo que solamente en Málaga pudiéramos dar un ejemplo a todo el proletariado de cómo la lucha en común significa

—a pesar del soborno, del robo de votos, del terror reinante y de la endiablada ley electoral existente— la condición de la victoria. La candidatura antifascista integrada por comunistas, socialistas y republicanos de izquierda triunfó en Málaga por una mayoría aplastante sobre los candidatos reaccionarios. Fue el único lugar de España donde sacamos triunfante un candidato. Después de esta fecha, indudablemente, en nuestras proposiciones para el frente único ha habido elementos de sectarismo, a pesar de que nuestras críticas y nuestro lenguaje se han suavizado notablemente en la forma. Pero es innegable que nuestra política debió ser mucho más amplia y audaz.

Pero los comunistas no solamente contamos la historia, sino que la vivimos. Por eso no podemos conformarnos con registrar estos hechos, sin plantearnos el problema de cómo salir de esta situación. Yo pregunto: ¿podemos esperar hasta el momento en que estos millares de trabajadores se decidan a pedir el carnet de militantes del Partido Comunista? No, camaradas. No podemos esperar porque el enemigo de clase no espera. El fascismo amenazante no nos da el tiempo que precisaríamos. Los acontecimientos se desarrollan con un ritmo vertiginoso. En la actualidad la situación en España está en una encrucijada y pronto va a decidirse hacia un lado o hacia otro. Cierito que las batallas de octubre han impedido la consolidación de la dictadura fascista, pero sería un grave error creer que eso ha alejado el peligro. Por el contrario, cada día redoblan sus esfuerzos y surgen las organizaciones fascistas, con vistas a un asalto brutal, para consolidar la dictadura fascista. Cierito que el heroísmo de nuestra clase obrera, que no se ha sentido vencida ni aun en los días de más negro terror, que alza el puño amenazante, que realiza, en pleno estado de guerra, huelgas y demostraciones de calle, que defiende y disputa a la contra-

revolución, palmo a palmo, el terreno, que se pone en pie bajo la bandera empuñada por el P.C. de «*ni una sola ejecución capital y amnistía para todos los presos revolucionarios*», y que esta lucha hace rodar por tierra al Gobierno de la coalición sangrienta de octubre en el mes de marzo; este heroísmo y voluntad de lucha no ha cesado, sino que, por el contrario, crece sin cesar como lo demuestran estas palabras pronunciadas hace días por Gil Robles: «Entre las masas obreras se han conservado las tendencias revolucionarias que tenían antes del 6 de octubre, así como la costumbre de saludar con el puño crispado. Los inspiradores y culpables del movimiento del 6 de octubre no han renunciado a sus ideas revolucionarias. Cada día demuestran que su posición se hace más perseverante, más obstinada. En estos últimos tiempos, sus actividades han alcanzado proporciones tales, que ningún Gobierno que se preocupe por su autoridad puede tolerarlo. Esta campaña —se refiere a la emprendida por nuestro Partido en pro de la amnistía— de los elementos extremistas y de los obreros ha ido acompañada en las últimas semanas de actos de verdadero motín». Lucía, uno de los lugartenientes de Gil Robles y ministro actualmente, al contestar a las preguntas de un periodista que trataba de conseguir una característica más precisa de la situación, manifestó lo siguiente: «¿Qué más quiere usted que le diga? Las organizaciones revolucionarias prosiguen sus actividades en el mismo espíritu y en las mismas proporciones que antes, como si no hubiese sucedido ninguna revolución en octubre».

Claro es que toda esta situación, lucha de masas, dificulta seriamente los propósitos de la contrarrevolución, como asimismo agudiza el envenenamiento de sus propias contradicciones interiores que se reflejan en la lucha de los partidos del bloque gobernante por los diversos intereses eco-

nómicos que representa cada uno de ellos. Estas contradicciones internas en el campo de la contrarrevolución existen en España como en todos los países capitalistas. Pero en nuestro país adquieren una forma especial por el hecho de ser España un país donde predomina el carácter agrario sobre una industria poco desarrollada y atrasada. Esto determina que los vestigios feudales dejen sentir su influencia sobre toda la vida económica y política del país. La burguesía, ni aun en los momentos más favorables para ella, se ha atrevido a liquidar esta situación, pues ello implica en sí un cambio fundamental en las relaciones de propiedad de la tierra, es decir, una reforma agraria, audaz, a fondo, que expropié a los grandes propietarios latifundistas, y satisfaga el hambre de tierra que hay en los esclavos del agro. El miedo a desencadenar la revolución agraria les ha frenado y estancado en la situación actual. Los Gobiernos republicanosocialistas tampoco efectuaron esta obra. Su reforma agraria era un simple balbuceo que ni siquiera puede decirse que fue puesta en vigor, y que hoy han barrido en absoluto las fuerzas de la reacción gobernante.

Esta situación agudiza los antagonismos y choques en el campo de los terratenientes y de la burguesía industrial y financiera, que en España se encuentran enclavadas fundamentalmente estas últimas dentro de los límites de Cataluña y Euzkadi, es decir, en las nacionalidades oprimidas. Los intereses económicos de cada uno de estos grupos se mezclan en España, pues, con el problema nacional. Otras regiones de España están en iguales contradicciones de intereses entre sí. Esto hace que cada grupo trate de resolver sus propios problemas, aun a costa de lesionar el de los demás. Unos propugnan por una política especial con los países de tipo industrial, para abrir paso a los productos agrícolas de España, mientras que los otros la propugnan en sentido

diametralmente opuesto.

Los Partidos que forman la actual coalición gubernamental representan cada uno un sector de estos intereses, y a veces, aun dentro de cada uno de estos Partidos, se manifiestan diversas tendencias por sus intereses económicos. El Partido de Gil Robles, que es el más poderoso, es el que representa más fielmente a los grandes propietarios de la tierra, y es este Partido el que aspira a ejercer la dictadura fascista. De aquí que dentro del campo de la misma contrarrevolución se hacen voces sobre todo entre la burguesía industrial, en contra de la instauración de una dictadura fascista de tipo personal. Esta situación se agrava constantemente por la creciente crisis económica que atraviesa España.

La balanza de exportación cae en sentido vertical, y la guerra de tarifas entablada actualmente con Francia significa un golpe terrible para la economía agraria que tiene en Francia uno de sus más importantes mercados. Todo esto motiva que los grandes terratenientes busquen la compensación reforzando, de una forma brutal, la explotación de las masas trabajadoras del campo y acentúen la ruina y la miseria de los pequeños campesinos. De aquí que el incendio revolucionario en las capas hambrientas del campo no pueda ser contenido ni apagado, y de aquí que toda la demagogia del Partido de Gil Robles para ganarse a las masas campesinas para la causa del fascismo, a pesar de encontrar un terreno abonado, ya que estas masas depositaron toda su confianza en los Gobiernos republicanosocialistas, sin obtener ningún resultado práctico, no ha penetrado con mucha fuerza debido a que los grandes terratenientes defienden desde el Poder, con uñas y dientes, sus privilegios de tipo feudal. Por eso el problema de la tierra en España es el problema central de la revolución en la etapa actual.

Idénticas características encontramos en la industria. La inmensa mayoría trabaja a menos de la mitad de su rendimiento y con jornadas de trabajo reducidas. Gran número de empresas cierran sus puertas, lanzando a la miseria constantemente a nuevos millares de proletarios, los cuales en España no perciben ninguna clase de subsidio. Toda esta situación repercute, violentamente, en los intereses de la pequeña burguesía que se ve arruinada de día en día y agobiada bajo el peso de los impuestos, lo que produce en ella una gran radicalización, como reflejan sus órganos de expresión «El Herald», «La Libertad», «La Humanitat», de Barcelona, y otros, como lo demuestra su participación en el Frente Popular Antifascista, en los Comités de ayuda a los niños de Asturias, en los Comités pro amnistía y en la lucha de la Izquierda Catalana y de otros Partidos de esta significación contra el Poder central. Pero con todo, repito, que esto frena, pero no disminuye, el peligro fascista. Las capas más reaccionarias de la burguesía y de los terratenientes, con su poderosa aliada la Iglesia, todas ellas girando en torno del Partido del fascismo vaticanista que acaudilla Gil Robles, el actual ministro de la Guerra y que cuenta con cinco carteras en el Gobierno, preparan, de forma febril, el golpe fascista, para alejar así, por algún tiempo, el espectro de la revolución obrera y campesina. La fascización de todo el Ejército y del aparato estatal se lleva a marchas forzadas. Abiertamente han comenzado a formarse las secciones de asalto del fascismo, bajo la máscara de un ejército de voluntarios. En los puestos de mando del ejército son puestos los elementos más representativos de la reacción monárquico-clerical-fascista. Y los elementos demócratas y republicanos son relegados o pasados a la reserva. Desde los otros Ministerios se elaboran leyes de descarada médula fascista, tanto para las

asociaciones obreras como para la Prensa, etc.; en tanto que en la política exterior, el Gobierno pretende dar la sensación de que la presencia de una mayoría de ministros fascistas en el Gobierno actual no implica grandes cambios en la situación.

A base de este breve análisis podríamos hacer la siguiente caracterización de la disposición de las fuerzas en España. De una parte, las clases dominantes, chocando entre sí con sus intereses económicos y con grandes divergencias en la táctica a seguir para el aplastamiento de la revolución y la consolidación de la dictadura fascista: los monárquicos y fascistas declarados propugnan por un golpe de fuerza directo, y los otros, que son la tendencia de Gil Robles, que temen la respuesta de las masas, propugnan la realización del «camino alemán» para la llegada del fascismo al Poder. Estas divergencias y la lucha de las masas les ha impedido hasta hoy formar un Partido de tipo totalitario con vistas a la dictadura fascista. Pero sería un error grave no ver los esfuerzos que en estas capas reaccionarias se hace para llegar a concentrarse y organizar sus fuerzas rápidamente. De otra parte, un proletariado templado en el fuego de cinco años de revolución, rico en experiencias revolucionarias, aleccionado por las más diferentes formas de la lucha de clases, desde el Parlamento hasta la huelga general, desde los combates parciales hasta la insurrección armada, pero que todavía está dividido y escindido. Esta es la llaga fundamental de la revolución en España y la fuente donde cobra energías el fascismo. *El problema, pues, se centra actualmente en España en una cuestión de rapidez para ver quién va a unificar antes sus fuerzas: la burguesía y los terratenientes, o los obreros y campesinos.* «El tiempo lo decide todo», decía nuestro camarada Stalin al comenzar el primer plan quinquenal. También para España podemos decir ahora lo mismo. El rit-

mo va a decidirlo todo, va a decidir la suerte del pueblo trabajador de España para todo un período próximo e inmediato. Y es, precisamente, por esto, por lo que no podemos esperar a que las masas vengan a nosotros, a que se convenzan de la necesidad de ser comunistas, para hacerlas marchar por la vía revolucionaria. Sobre nosotros pesa una enorme responsabilidad. Cada semana, cada día, cada minuto que perdemos sin formar el frente único es un regalo inestimable que hacemos al fascismo. De aquí la necesidad de mirar bien la perspectiva que nos ofrece el momento histórico que vivimos. Perfilar nuestra táctica con audacia bolchevique, luchar contra todas las desviaciones de derecha y golpear sin piedad el sectarismo como impedimento principal que atenaza nuestras manos y nuestros pies en los momentos decisivos. Para ello, elementos sobrados nos proporcionan las decisiones de nuestro VII Congreso de la I.C., las cuales encajan completamente para la situación de España, donde, sin menospreciar el peligro fascista, tenemos dados todos los materiales precisos para lograr la victoria del frente antifascista.

Esto nos plantea de lleno el problema del Gobierno de frente único o Gobierno Popular antifascista, tal como lo ha trazado nuestro camarada Dimitrof. Es bien comprensible que en España las masas, después de la experiencia ya sufrida con cinco años de República, no van a querer quedarse en ningún nuevo 14 de abril. Y esto no lo ignora nadie, ni aún los dirigentes socialistas y republicanos. Las masas llenan los mítines de los republicanos pero saludan a estos oradores con el puño en alto gritando: «¡Viva Asturias! ¡Viva Peña, Manso y Largo Caballero!» (*Aplausos*). Y la influencia de esta situación se refleja en la posición de grandes sectores de republicanismo de izquierda, que, en principio, han aceptado, con gran simpatía, la consigna lanzada por

nuestro Partido en el mes de mayo último, para la formación de un frente popular antifascista, como igualmente la de disolución de las Cortes de la contrarrevolución y formación de un Gobierno Popular Revolucionario. Este Gobierno debe cumplir, apoyándose en las Alianzas Obreras y en el Frente Popular, algunas de las tareas más inmediatas que tiene planteadas nuestra revolución, fundamentalmente el problema de la tierra. Desgraciadamente la posición negativa del Partido Socialista ha dificultado hasta hoy la formación amplia de este bloque, pero no dudamos que lograremos convencer a los camaradas socialistas de la imperiosa necesidad de llevar a cabo esta concentración antifascista. De la aceptación de esta propuesta da una idea el hecho de que inmediatamente se comenzaron a organizar en toda España mítines entre republicanos, socialistas y comunistas, mítines que ha cortado la represión del Gobierno de la contrarrevolución, así como la resistencia de los dirigentes socialistas. En Cataluña, por ejemplo, el Partido pudo ligarse inmediatamente con todos los partidos de tipo republicano de izquierda, y organizaciones proletarias y lograr firmas de algunos de éstos para un llamamiento en común en pro de las libertades democráticas del pueblo catalán. Y no es casual que inmediatamente después de este llamamiento revolucionario se convierta en una fortaleza inexpugnable, hecho por nuestro Partido, todos estos partidos de tipo democrático se incorporasen en los Comité Pro Amnistía (*Aplausos*).

Pero no olvidemos que una de las condiciones fundamentales para cumplir esta tarea es la de realizar el frente único proletario. Nuestro frente fundamental —sin ignorar a los anarquistas— son los obreros socialistas encuadrados en el ala izquierda del Partido Socialista. Nuestra labor primordial ha de ser que las barreras que aun

existen entre nosotros y los valientes obreros socialistas, obreros que, a cada minuto, están dispuestos a dar su vida, como lo han demostrado en octubre, con tal de aplastar a la reacción y al fascismo, barreras que están tambaleándose, que vacilan, partirlas en mil pedazos para que el movimiento revolucionario se convierta en una fortaleza inexpugnable, en la que el fascismo se estrellé y no pueda pasar.

En el Partido Socialista hay un ala reaccionaria, a cuya cabeza marcha Besteiro, que no se recata en condenar el movimiento de octubre, que lucha contra la izquierda y que teme y huye del frente único como el diablo del agua bendita. Afortunadamente aun son la minoría, pero representan un peligro creciente, más por la pasividad de la izquierda que por su propia fuerza.

El ala izquierda acaudillada por Largo Caballero es la más numerosa. Podemos decir que, tras de Largo Caballero, se agrupa lo más sano y revolucionario del Partido y de las Juventudes Socialistas. Largo Caballero es un hombre que, por la misma fuerza del desarrollo de la lucha, ha llegado a revisar ciertas conductas, concepciones y actitudes de la tradicional política de la socialdemocracia. Pero el peso de éstas todavía le hace tener dudas y reservas sobre la imperiosa necesidad de la organización plena del frente único, de la unidad de acción, de la unidad sindical, de desarrollar los combates parciales, de ligar estrechamente el movimiento obrero con el movimiento campesino y nacional, como así mismo de la necesidad de abrir, sin perder tiempo, el fuego contra la derecha en el interior de su Partido. Pero cada día está más cerca de este camino. Expresamos desde aquí la esperanza de que este grupo dirigente del ala izquierda del Partido Socialista interpretando el anhelo que palpita entre la inmensa mayoría de los obreros socialistas, no tardará de eliminar sus dudas

y vacilaciones, y la plena unidad de acción entre socialistas y comunistas se efectuará en toda España. (*Aplausos.*)

Autorizado por mi Partido, declaro, desde la tribuna del VII Congreso de la I.C., dirigiéndome a Largo Caballero y a sus amigos, que estamos dispuestos a trabajar, junto con ellos, para crear el frente único, para lograr la unificación en el frente sindical, para marchar hacia el Partido único revolucionario del proletariado, para derrocar la dominación burguesa e instaurar el Poder de los obreros y campesinos en España. (*Aplausos.*) Declaro que tendemos fraternalmente la mano a todos los obreros socialistas y anarquistas, a todas las organizaciones sindicales de la clase obrera para lograr esta finalidad común revolucionaria, y para ahorrar a nuestro proletariado la sangrienta experiencia del fascismo, la vergüenza de los campos de concentración y del patíbulo. Lo mismo decimos a nuestros camaradas anarquistas. Su camino es el trazado por sus propios camaradas de Asturias, que en octubre no vacilaron en empuñar las armas y batirse, junto con sus hermanos socialistas y comunistas, en las barricadas contra el peligro fascista y por el Poder de los obreros y campesinos.

Declaramos desde aquí, apoyándonos en la grandiosa autoridad de este Congreso de la I.C., que estamos dispuestos a elaborar en común con todos los que quieran la lucha contra el fascismo en España, un pacto, unas bases mínimas para la acción conjunta que debe ir desde arriba abajo, desde el centro hasta la última aldea, abarcando a todos los sectores del movimiento obrero. Sobre la base del más amplio frente único proletario, atraer a las masas populares al frente antifascista, encuadrando en él a todos los republicanos de izquierda. La hora actual está cargada de responsabilidad. Entre todos, pues, debemos empuñar la palanca que va a elevar el movimiento de masas

y va a lanzar a todo el pueblo laborioso a la lucha contra el fascismo, y esa palanca no puede ser otra que la del Frente Popular Antifascista. Las masas de la pequeña burguesía urbana y rural, las masas de empleados, pueden y deben marchar bajo las banderas antifascistas junto al proletariado y bajo la hegemonía de éste. La gran experiencia del triunfo del Frente Popular Antifascista, en Francia, con su formidable repercusión en todas las capas laboriosas de nuestro país, nos indica el camino. No hay otra salida. Volver la espalda a estas masas sería un error funesto. La contrarrevolución más negra realiza, en estos momentos, esfuerzos supremos para instaurar la dictadura fascista y para quebrar la marcha de la revolución democrática y de su transformación en revolución socialista. Por eso debemos convertirnos en los mejores campeones de la defensa de todos y los más mínimos problemas de la revolución democrática. Luchar por ellos es hoy, más que nunca, abrir nuevos cauces para el triunfo de la revolución socialista. Reforzar nuestros lazos con las amplias masas campesinas; colocar el problema de la tierra en el centro de las tareas de la revolución, así como el problema nacional; ampliar el frente revolucionario con todos los que estén dispuestos a la lucha contra el fascismo, sembrar España entera de Alianzas Obreras y Campesinas, son las tareas fundamentales para el momento actual en España. Por eso nuestras conclusiones de este Congreso y del discurso del camarada Dimitrof, que declaramos corresponden en absoluto a las exigencias y necesidades de la lucha en nuestro país, son las siguientes:

Hacer de la organización de las Alianzas Obreras y Campesinas el eje de toda la actividad política de nuestro Partido. Dotar a estas alianzas de un programa revolucionario de lucha, y convertirlas de hecho en los nervios vitales de todo el movimiento de

frente único de los obreros y campesinos, de las amplias masas explotadas y atraer a ellas a nuestros camaradas anarquistas, convertirlas en órganos vivos de lucha. (Aplausos.)

Realizar sobre la base de este frente único proletario la unidad de todos los antifascistas, creando y reforzando el Frente Popular Antifascista, que, apoyado en los objetivos comunes a todos, pueda ser la base de la formación del Gobierno popular antifascista. Este Gobierno, al apoyarse sobre las Alianzas Obreras y Campesinas, quebrará la resistencia del fascismo y los ataques del capital, despejando así la perspectiva para el desarrollo ulterior de la revolución.

En el terreno sindical, marchar audazmente —venciendo el sectarismo— hacia la fusión de los Sindicatos paralelos en cada localidad, hacia la creación de un solo Sindicato por industria y una sola central sindical de lucha de clases, y a convertir, como justamente indicaba el camarada Dimitrof, nuestras O.S.R. en verdaderas alas de izquierda dentro de las organizaciones sindicales reformistas.

Al mismo tiempo, colocar en lugar preeminente el problema de la creación de un solo Partido revolucionario del proletariado, venciendo los últimos escrúpulos de los valientes obreros socialistas y de los luchadores de octubre, yendo hacia la unidad orgánica con aquellas indispensables y mínimas garantías de los principios revolucionarios. Y en lo que concierne a nuestras Juventudes y a las Juventudes Socialistas, debemos caminar con paso de gigante para fundirlas en una organización que abarque en su seno a toda la juventud antifascista.

Tal debe ser nuestra perspectiva actual en España.

Y termino. Pero en mis últimas palabras quiero referirme a la grandiosa significación del VII Congreso de la I.C., que en

sus deliberaciones nos traza la perspectiva clara y precisa para el desarrollo de todo el movimiento revolucionario mundial, y que particularmente para España es de valor incalculable. Ellas nos muestran luminosamente el camino del frente único y la gran perspectiva de los soviets, de la victoria de la revolución. Saludamos jubilosamente el que en el ambiente de nuestro Congreso floten, desde el principio hasta el fin, las célebres palabras del camarada Stalin, de que: «La idea del asalto al Poder madura en la conciencia de las masas». Nosotros, comunistas de España, cobramos nuevas energías ante el hecho de que nuestra Revolución haya mostrado, por primera vez en la historia, cómo se derrumba una dictadura fascista como la de Primo de Rivera. Es decir, la Revolución española en el año 1930 y 1931, cuando la relativa estabilización capitalista tocaba a su fin, ha derroca-

do el fascismo en España. Actualmente, la contrarrevolución se ha levantado, tratando de recuperar lo perdido; pero de nuevo el proletariado de España y de nuestro Partido, que sabrá corregir sus errores sobre la base de la rica experiencia y enseñanza de este Congreso, hundirán definitivamente al fascismo, derrocaremos el Poder burgués-terrateniente y haremos triunfar la Revolución obrera y campesina. (Aplausos.)

Firmes en esta convicción, saludamos los grandiosos triunfos del socialismo en la Unión Soviética, y con las banderas de Lenin y de Stalin, más altas que nunca, marchamos hacia la victoria de los soviets en España.

¡Viva el VII Congreso de la I.C.! ¡Viva el jefe del proletariado mundial, camarada Stalin! ¡Viva la Revolución obrera y campesina de España! (Clamorosos aplausos.)

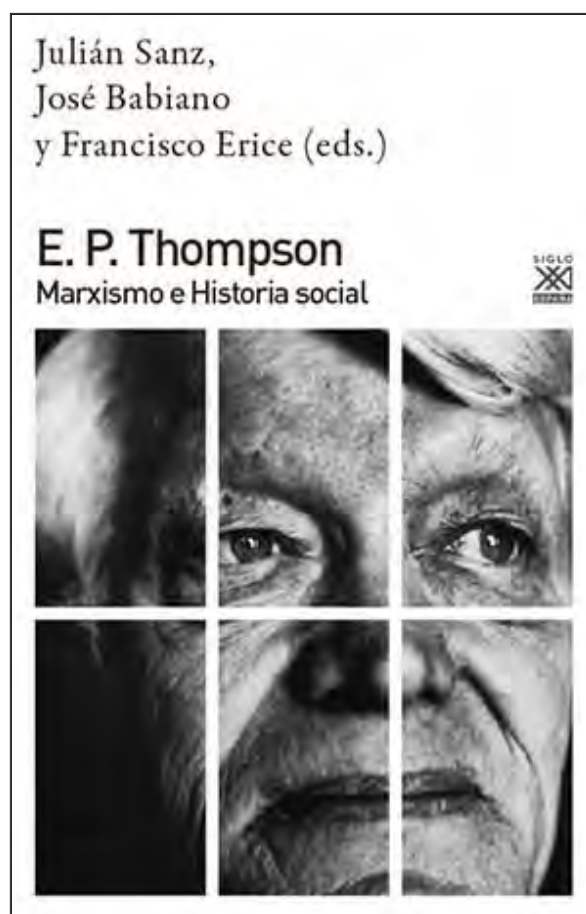
NUESTRAS ACTIVIDADES

Edición de *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social**

Sección de Historia de la FIM

En junio de 2013, la Sección de Historia de la FIM, junto con la Fundación Primero de Mayo, organizó en Madrid unas jornadas de debate conmemorativas del quincuagésimo aniversario de la aparición de un clásico entre los clásicos de la Historia social, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Edward Palmer Thompson. No nos resultó extraño comprobar entonces, dadas las tendencias historiográfica e ideológicamente dominantes, que la rememoración de la gran obra thompsoniana tuviera escaso eco en nuestro país (sólo la reedición del citado libro y un número especial de una revista, salvo mejor información), y sí algo más, aunque lejos también de lo que la relevancia del texto requería, en Gran Bretaña y en América Latina. En todo caso, las jornadas resultaron un éxito tanto por la riqueza de las aportaciones y de los debates generados, como por el seguimiento de público, bien presencial, bien a través de internet. Este interés nos reafirmó en nuestra idea inicial de editar una obra fundada en las ponencias del coloquio, convenientemente completadas y enriquecidas, si bien la salida del libro, lamentablemente, ha resultado ser menos rápida de lo esperado, en buena medida por los problemas económicos que cada vez traban más la práctica editorial. Esperamos que la exquisita paciencia y la

* Julián Sanz, José Babiano y Francisco Erice (eds.), *E. P. Thompson. Marxismo e Historia social*, Madrid, Siglo XXI, 2016.



comprensión de los autores se vean de algún modo compensadas con la cuidada edición que hoy, por fin, sale a la luz.

E. P. Thompson. Marxismo e Historia social es el oportuno título que lleva el libro, publicado en una editorial del prestigio de Siglo XXI de España, en coedición con la Fundación de Investigaciones Marxistas y con el apoyo del Partido de la Izquierda Europea. La obra es, sin duda, una aproxima-

ción poliédrica, esbozada por una docena de autores españoles con distintos acentos críticos, a la obra torrencial y apasionante de un historiador libre e iconoclasta, uno de los mejores exponentes de la mejor Historia social: la que no desdeñaba la complejidad ni las explicaciones globales, la que integraba los factores culturales y no separaba su actividad intelectual de la reflexión crítica y la acción sobre el presente. Cuando se define el proyecto político de Thompson como un «humanismo socialista», un «comunismo democrático» o incluso «un socialismo orgulloso del gorro frigio», no se está aludiendo a facetas de su personalidad más o menos deslindadas de su obra como historiador, sino plenamente congruentes con ella.

Por fortuna, ni los organizadores del coloquio ni los ponentes que en él participaron consideraron a Thompson como un icono ni lo abordaron de las dos maneras que quizás a él personalmente le desagradaban más: con laudatoria beatería o con distanciada condescendencia. Quien fuera quizás el más furibundo y apasionado polemista entre los historiadores del siglo XX merece ser sometido a la inmisericorde arma de la crítica, y así lo hacen sin vacilar los estudios ahora publicados desde distintas posiciones, aunque siempre con rigor y conocimiento de causa. No en vano Thompson es uno de esos referentes cuyas preguntas siguen siendo esenciales y cuyas respuestas continúan mereciendo el más completo y detallado escrutinio.

Esta lectura de Thompson desde España, contextualizando su obra en su momento pero analizándola también a la luz del presente, posee —o al menos eso creemos— un

especial interés en un momento en que empiezan a aparecer, dentro y fuera de nuestro país, voces discrepantes con algunas de las derivas de una historiografía que han renunciado a lo mejor de la vieja Historia Social y que a menudo cultivan más una cierta dimensión estética que la búsqueda de explicaciones racionales (o que incluso renuncian explícitamente a ellas). Al mismo tiempo, tal como se señala en la Introducción del libro, los tiempos que vivimos de capitalismo salvaje, creciente desigualdad social, degradación política y crisis profunda de valores, hacen tal vez aún más relevantes algunas reflexiones thompsonianas. Decía Gramsci que los tiempos en que lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de nacer son pródigos en manifestaciones morbosas. Pero son también, seguramente, momentos de oportunidades abiertas para la reflexión y la acción. Tal vez —parafraseando aquellas conocidas observaciones de Thompson en su recordado libro— batallas antaño perdidas puedan ser hoy afrontadas con mayor lucidez o posibilidades; y en esa tesitura, las propuestas y el espíritu rebelde de Thompson tienen mucho que enseñarnos.

En definitiva, con esta edición incidimos en uno de los objetivos centrales de la FIM en general y de su Sección de Historia en particular: la difusión del pensamiento marxista y la contribución al debate historiográfico y político actual. Reservamos para un próximo número la reflexión sosegada de la reseña o el comentario crítico. Ahora pretendemos, dando razón escueta de la aparición del libro, informar acerca de una de las que consideramos más interesantes entre nuestras actividades de los últimos años.

→ [Descarga aquí índice y presentación de la publicación](#)

Segon Congrés

PSUC Història

Barcelona, 6, 7 i 8 d'octubre de 2016

Museu d'Història de Catalunya

Palau de Mar, Barcelona



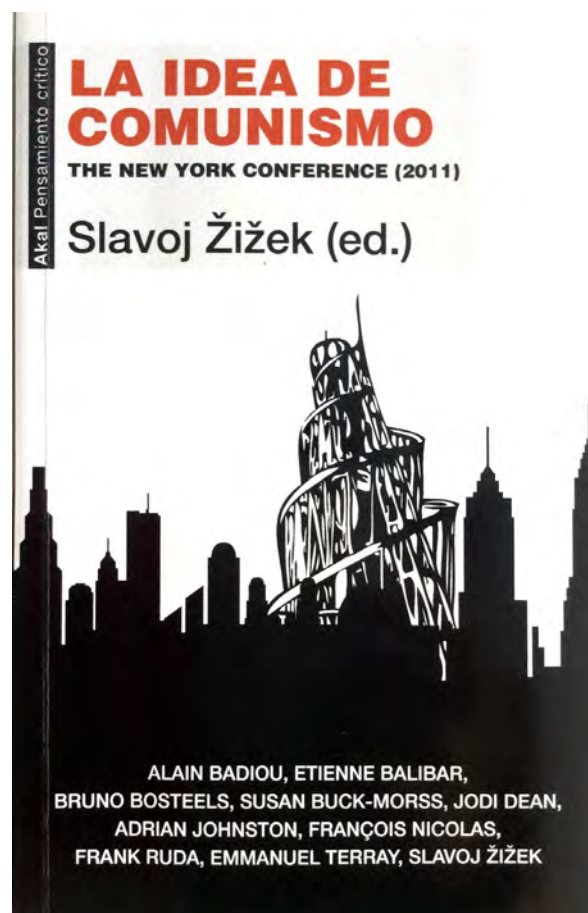
Fuente: CRAI Biblioteca Pavelló de la República (Universitat de Barcelona). Dibuix: Francisco Galvez. figto@gmail.com

A propósito de la idea de comunismo: Una síntesis crítica de la New York Conference de 2011

Juan Andrade

Universidad de Extremadura

En los últimos siete años el fantasma del comunismo ha vuelto a recorrer Europa y el mundo. Algunos lo vieron moverse, como un espectro sinuoso de pronto rejuvenecido, entre los manifestantes de la Plaza Tahrir en El Cairo, en las revueltas griegas que llevaron a Syriza al gobierno, en el movimiento Occupy Wall Street de New York o entre los acampados del 15M en las plazas de España. Con más descaro ya había salido a escena en los gobiernos postneoliberales de América Latina o en algunas regiones de la India y Nepal. Para algunos representaba el retorno del espíritu emancipador, «la vuelta de la idea sobre sí misma» esta vez depurada de las desviaciones de su experiencia real en el pasado siglo XX. Para otros se trataba de un invitado incómodo, que no sabían cómo se había colado en la fiesta de la nueva democracia. En las filas del poder saltaron las alarmas. Los hechiceros más refinados de la tribu desplegaron sus consabidos rituales para exorcizar al espectro que había abducido a gente comprensiblemente indignada por la crisis. Los jefes apelaron al miedo de la mayoría para arrumbarlos en los márgenes. Los alguaciles desplegaron viejos y nuevos repertorios punitivos sobre el movimiento mismo de la protesta, con la esperanza de que muerto el perro se acabase la rabia.



Con mayor comodidad el fantasma también recorrió universidades, ocupó salones académicos, se abrió hueco (muchas veces a codazos) en algunas facultades y hasta fue invitado a intervenir en doctas tribunas. Fue sobre todo en el campo de la Filosofía y los estudios culturales, más que en

el de las ciencias sociales, donde el fantasma se prodigó con atrevimiento, quizá por la fuerza misma de la idea de comunismo, quizá por la frescura y el tino de sus portavoces, quizá porque una idea, por sí sola, suele resultar inofensiva.

Sobre *La idea de comunismo* trata el libro colectivo editado por el filósofo esloveno Slavoj Žižek y publicado en España por AKAL en 2013^[1]. El libro recoge los textos de las conferencias que varios pensadores, sobre todo filósofos europeos y americanos, impartieron en el Congreso que bajo ese título se celebró en la Universidad Cooper Union de Nueva York entre el 14 y el 16 de octubre de 2011. Este congreso fue el colofón a otros dos, uno celebrado en Londres en 2009 y otro en Berlín en 2010, donde se abogó por un «nuevo comienzo para el comunismo». Lo sorprendente de estos eventos fue la coincidencia de tres hechos. Primero, que situaran en el epígrafe y en el centro de debate, con una voluntad reivindicativa a la par que crítica, la idea y el proyecto político del comunismo. La segunda, que los congresos se hicieran en las grandes capitales del mundo occidental y contarán con varias figuras ya muy destacadas o emergentes en el ámbito del pensamiento. La tercera, que la asistencia se desbordase tanto en cantidad como en entusiasmo.

Avanzado el ciclo político que se abrió con la crisis económica de 2008, resulta oportuno que en este primer número de la revista *Nuestra Historia* nos detengamos en lo que se ha venido pensado recientemente en torno a la idea de comunismo. El detenimiento es más necesario si se tiene en cuenta el escaso eco que este debate, de amplio alcance en universidades americanas y europeas, ha tenido en la universidad de nuestro país, tan dada a mirarse en las

universidades extranjeras hasta que ello le obliga a cuestionarse a sí misma y tan atada todavía a lógicas culturales de la Guerra Fría. Más allá de nuestra hermética universidad, el interés en el debate es mayor ahora que en vísperas de las elecciones del 26J en España vuelve esgrimirse, a modo de amenaza, la vuelta del comunismo y sus siete plagas.

El libro brinda reflexiones muy sugerentes para el momento que vivimos, aunque también evidencia algunas limitaciones. Entre lo sugerente está el carácter radical y por fin desacomplejado de las reflexiones en torno al comunismo, así como un bagaje conceptual y argumentativo muy rico y refinado. Entre los límites, además de cierto exceso de abstracción y autorreferencialidad, cabe subrayar una relativa desvinculación no solo con lo que se ha venido pensando y produciendo desde la economía, la sociología, la ciencia política y la historia al respecto del comunismo, sino una vinculación escasa de la reflexión sobre la idea de comunismo con las luchas sociales y políticas concretas, históricas, que han tenido lugar antes y durante esa reflexión. Resultaría necesario trazar esos vínculos para que la reflexión y la apuesta por la «idea de comunismo» no termine derivando en simple idealismo.

El primer capítulo del libro lo firma Alain Badiou, el influyente filósofo francés alrededor de cuyo pensamiento giran en más de un momento el resto de los textos de la compilación. Así, quien abre el libro también lo atraviesa, al menos, como punto de referencia común o, visto con cierta perspectiva, a modo de nexo, hilo argumental o motivo de homenaje. No en vano, si el libro lleva por Título «La idea de comunismo» lo es en referencia, consciente o inconsciente, al esfuerzo teórico realizado por Badiou a la hora de considerar el comunismo sobre todo como una idea. De este impulso,

1.— Slavoj Žižek (ed.), *La idea de comunismo. The New York Conference (2011)*, Madrid, Akal, 2013.

y también de sus abusos, procede en cierta medida el «giro idealista» del llamado «nuevo comunismo», tal como reconocen en varios momentos del libro algunos de los filósofos que lo suscriben y tal como se corrobora cuando uno avanza en la lectura.

Badiou reflexiona en este capítulo sobre «La idea comunista y la cuestión del Terror», entendiendo por terror el recurso a medidas políticas y judiciales excepcionalmente violentas en su alcance e intensidad. En este sentido, el comunismo ha estado históricamente vinculado a cuatro formas de violencia: la orientada a la conquista del poder, la orientada a la destrucción de los vestigios del viejo mundo, la empleada para la construcción del nuevo y la violencia desatada en el interior del partido y el Estado obreros. Esta vinculación ha sido afrontada desde la perspectiva comunista también de cuatro maneras distintas. El terror se ha considerado 1) pura propaganda enemiga, 2) el precio a pagar por el triunfo de la idea, 3) la respuesta necesaria a unas condiciones hostiles hoy por fortuna en extinción o 4) una realidad histórica en ningún caso necesariamente derivada de la idea comunista, más bien una desviación errática de esta. El debate hoy, dice Badiou, debería girar alrededor de estas dos últimas consideraciones^[2].

En su opinión, la guerra feroz declarada por el enemigo blanco, la incertidumbre, la ignorancia y el miedo constante a la traición produjeron durante la revolución del 17 un ambiente del que surgió en las filas del comunismo «una subjetividad política construida por un imperativo superyoico y una ansiedad crónica»^[3]. Esta subjetividad erró a la hora de concebir el gran problema de las contradicciones que se daban en

el pueblo ruso como un antagonismo que afrontar mediante el terror. El terror logró una unidad popular muy débil, basada en el miedo y la pasividad de mucha gente. Soterró, por tanto, un problema destinado a regresar. El terror no resultó ser una solución al problema por ser la supresión del problema mismo. Frente a esto Badiou recuerda que la esencia de la política verdaderamente comunista no está orientada por «la destrucción de un enemigo», sino por la «resolución positiva de las contradicciones del pueblo»^[4]. Aquí sin duda, tanto en la idea como en la jerga, resuenan los ecos del pasado maoísta de Badiou. Para resolver esas contradicciones la acción política comunista debe orientarse a la construcción de una nueva configuración colectiva.

El recurso al terror no solo fue la respuesta a un contexto inicialmente hostil que no se supo gestionar desde la idea comunista, sino que fue también el resultado de aspirar erróneamente a competir con el enemigo en sus mismos términos, dicho en abierta alusión a la cultura productivista, desarrollista, tecno-cientificista y progresista que se apropió pronto de la revolución del 17 — más intensamente en los planes quinquenales del estalinismo — y no la abandonó nunca. Hacer eso desde el comunismo implicaba hacerlo con terror y hacerlo al final mal, porque competir con el tiempo capitalista de la dominación y las urgencias implicaba necesariamente reproducirlo y reproducirlo además en condiciones asimétricas con respecto al capitalismo. En consecuencia, el terror, lejos de derivarse necesariamente de la idea comunista vino, según Badiou, de parasitar la lógica de su enemigo^[5].

Badiou plantea que la acción política comunista debe consistir en la construcción

2.— Alain Badiou, «La idea comunista y la cuestión del Terror», en Slavoj Žižek (ed.), pp. 8–11.

3.— A. Badiou, p. 14.

4.— A. Badiou, *ibidem*.

5.— A. Badiou, p. 17.

de un nuevo orden colectivo «bajo el signo del poder de la idea». Esa politización del pueblo no se puede hacer con terror, sino por medio de un movimiento de toma u ocupación del poder que levante «sus propios lugares y su tiempo propio». ¿Dónde están esos lugares y cómo discurre ese tiempo? Desde su idea de comunismo Badiou evocaba el Mayo del 68 e invocaba los movimientos la Plaza Tahrir y Occupy Wall Street^[6].

El segundo texto es de Étienne Balibar, discípulo y mano derecha de Louis Althusser y uno de sus albaceas testamentarios que mejor ha sabido reciclarse. Lleva por título «El comunismo como compromiso, imaginación y política». Balibar arranca denunciando la idea de comunismo sin sujeto como una contradicción performativa y cifrando la existencia del sujeto comunista en su compromiso con una idea que también es un ideal^[7]. La especificidad de esta idea e ideal comunistas radica en la voluntad de cambiar el mundo social para cambiar al hombre. Según Balibar, esta aspiración necesita de un sujeto autónomo, es decir, de una reflexión y autointerpelación del sujeto, pues para cambiar el mundo y cambiar con ello al hombre el sujeto comunista debe emanciparse previamente de las determinaciones del mundo que habita^[8].

Este compromiso con la idea comunista solo puede levantarse en común, desde una comunidad que se talla contra el individualismo extremo del capitalismo, donde la desprotección del individuo frente a la competitividad y la soledad se compensa con la inclusión precaria en el consumo y la pertenencia a una poderosa «comunidad

imaginaria^[9]», como la nación o la raza. Llegado a este punto Balibar reflexiona sobre la posibilidad de la construcción de un «nosotros» frente a ese individualismo y esas comunidades imaginarias. Para Balibar la construcción de ese «nosotros comunista» debe moverse entre las coordenadas de una forma de pensar y obrar específicas. El rasgo más específico de este pensar es la anticipación del futuro en el presente, es decir, un intento por «proyectar la imaginación política en el ejercicio racional del entendimiento»^[10].

A propósito de este concepto de anticipación o imaginación política, Balibar reflexiona sobre dos líneas de pensamiento muy polarizadas en «el nuevo comunismo», la de Slavoj Žižek y la de Toni Negri. Para el primero esta «imaginación» comunista debe proyectarse en un acto político sublime y decisionista basado en la pérdida del miedo a las consecuencias de una apuesta radical por la posibilidad de igualdad y justicia, un acto que necesitará de la transgresión de la democracia realmente existente, tanto de su idea como de su forma jurídico-constitucional. Para Negri esa anticipación ya se está dando por empuje de unas fuerzas productivas que rompen con las formas vigentes de propiedad y control, abriendo espacios autónomos de producción cooperativa que anticipan ya la futura sociedad de los comunes. Se trata de un debate que evoca el largo debate en la tradición marxista entre la primacía dada a la acción política subjetiva o las esperanzas cifradas en el desarrollo de las contradicciones objetivas de la esfera de la producción, pero que no se agota en él. Balibar lo glosa mostrando, a su entender, las limitaciones de am-

6.— A. Badiou, pp. 19 y 20.

7.— Étienne Balibar, «El comunismo como compromiso, imaginación y política», en Slavoj Žižek (ed), p. 24.

8.— E. Balibar, pp. 27 y 28.

9.— No confundir con el concepto «Comunidades imaginadas» de Benedict Anderson.

10.— E. Balibar, p. 33.

bos planteamientos^[11].

El texto termina con una reflexión acerca de la especificidad de la práctica comunista, acerca de la especificidad del «compromiso» de los comunistas. En su opinión, este debe huir de cualquier actitud quietista y buscar el «ángulo» desde el que «intensificar las contradicciones» que se van abriendo entre los distintos movimientos emancipadores, al objeto de servir de nexo entre ellos en una perspectiva radicalizadora. Par ello, los comunistas, lejos empeñarse en crear sus organizaciones específicas, deberían caracterizarse por ser, en términos de Fredric Jameson, «mediadores evanescentes», militantes cuya eficacia depende muchas veces de su propia invisibilidad dentro de las organizaciones en las que participan^[12].

El texto de Balibar es realmente fresco, pero al final del mismo se echa en falta remitir este filosofar sobre la práctica y el pensamiento de la práctica comunistas a todo un caudal histórico de experiencias militantes concretas, como «el entrismo», «las corrientes de opinión», «la intervención de cuadros políticos en organizaciones de masas», etc., o bien a teorizaciones hechas hace mucho, tales como la noción gramsciana de construcción del «partido orgánico». Con mayor o menor éxito la práctica que propugna Balibar ya se ha pensado o realizado en algún momento. Quizá esta anticipación del futuro en el presente en la que insiste Balibar debería considerar para su mayor consistencia parte de las experiencias políticas, de las experiencias políticas concretas, de la tradición histórica del movimiento real.

«Sobre la cuestión cristiana» reflexiona en el capítulo III Bruno Bosteels. Lo hace desde una actitud preventiva hacia «el giro

religioso» que constata en pensadores radicales situados a derecha e izquierda. En el caso de la izquierda saca a colación las frecuentes reivindicaciones de la figura de San Pablo por parte de Badiou y Žižek, o de San Francisco por parte de Negri, en ambos casos como ejemplos militantes resignificables desde el comunismo. Más allá de estos ejemplos metafóricos Bosteels considera contraproducente la propuesta de Žižek — pese a sus simpatías hacia el autor — de recuperar la pulsión revolucionaria y profética del cristianismo previa inversión materialista^[13]. La línea argumental de Bosteels pivota sobre la idea que Marx desarrolló en *La cuestión judía*, según la cual «la política moderna encarnada en el denominado Estado secular racional sigue cimentada en la permanencia de una forma de subjetividad que es profundamente cristiana»^[14] y, huelga decir, opresiva. A este planteamiento marxiano Bosteels suma la archiconocida tesis de Weber sobre el protestantismo como ideología funcional al despliegue del capitalismo y la más reciente de León Rozitchner, el psicoanalista argentino, para quien esa funcionalidad radica no ya en el protestantismo, sino en su mismo núcleo cristiano, concretamente en su forma de conjugar el terror y la gracia (la guerra y la paz) en una misma subjetividad reprimida. Para Bosteels la función de la filosofía debe consistir, precisamente, en disolver los espacios de pensamiento donde esa matriz cristiana se asienta^[15].

Susan Buc-Morss escribe en el capítulo IV «Una ética de lo comun[ista]». Plantea que la política comunista no es una ontología y que, por tanto, la ética de lo común no puede concebirse a partir de su adecua-

11.— E. Balibar, pp. 34–45.

12.— E. Balibar, pp. 46–48.

13.— Bruno Bosteels, «Sobre la cuestión cristiana», en Slavoj Žižek (ed.), pp. 61 y 62.

14.— B. Bosteels, p. 58.

15.— B. Bosteels, p. 70.

ción a una supuesta esencia del ser social. En lugar de eso Buc–Morss apuesta por cambiar el enfoque, concibiendo la historia como el «reino de la libertad humana» y el acontecimiento como algo imprevisible que posibilita «el surgimiento de lo radicalmente nuevo». La noción de acontecimiento — como resulta obvio y señala la propia Buc–Morss — tiene la autoría de Badiou. Esta concepción la complementa con otro enfoque pragmático inspirado en Lacan, por el cual lo que quiebra el curso inercial del pensamiento no es la verdad sino la acción social, una acción que, a su vez, revela como verdad la posibilidad de la libertad humana. A este doble enfoque convergente lo llama Buc–Morss «pragmática de lo súbitamente posible» y en ella, dice, debe cimentarse «la ética de lo común»^[16].

En el acontecimiento imprevisible, nos dice Buc–Morss, la gente rompe sus hábitos, se eleva sobre sí misma, genera una oleada de solidaridad y se teje un nuevo sentimiento de unidad humana no en torno a lo que uno es (nación, raza), sino en torno a lo que uno hace al objeto de promover un cambio. En esa «capacidad para actuar en común radica verdaderamente la posibilidad de una ética de lo común»^[17]. Pero para obrar en común y levantar esa ética de lo común se necesita construir nuevos espacios y nuevos tiempos. También Buc–Morss los visualizaba estos espacios en la Plaza Tahrir de El Cairo y en la ocupación de Wall Street. Desde ellos habría que procurar una ralentización del tiempo que permitiera hacer las cosas de otra manera^[18].

En el V Capítulo, «Deseo comunista», Jodi Dean sintoniza con la incisiva crítica de Walter Benjamin al poeta Erich Kästner,

en cuya obra rendía culto estético a la derrota de los de abajo con un discurso melancólico muy adaptado a los gustos de las clases medias progresistas de la Alemania de entreguerras. Eso es a lo que Benjamin llamaba «melancolía de izquierda». Según Benjamin, Kästner era el prototipo de intelectual presto a sublimar la pulsión revolucionaria en una moda intelectual, en un producto inofensivo destinado al mercado cultural^[19].

En ese momento del libro se echa en falta que la autora de un texto tan lúcido no vuelva esa mirada crítica sobre sí misma y contemple la posibilidad de que este libro pueda convertirse en un producto de consumo parecido, habida cuenta de la extraordinaria capacidad que tiene el mercado universitario a la hora de reducir el valor de uso de los textos revolucionarios a puro valor de cambio, a una mercancía cuyo consumo pueda estar orientado, más que a subvertir el orden social, a lograr un signo de distinción dentro de él. La pregunta mucho más autocrítica y autocuestionadora que Jodi Dean, y con ella el resto de los autores, podrían hacerse es si el grado de abstracción de sus trabajos, su léxico a veces autorreferencial, su propia formalidad y los límites de su virtualidad política, los límites de su proyección práctica, no pudieran estar ayudando a ello. En cualquier caso, de todo los autores del libro Jodi Dean es la que se más se aproxima a este auto-cuestionamiento, al plantear que lo que ahora abunda en la izquierda es «una multiplicidad de prácticas y modelos que circulan dentro de un proyecto teórico-académico más amplio que a su vez ha quedado ya subsumido dentro del capitalismo comunicativo»^[20]. En el resto de los trabajos del libro, tan su-

16.— Susan Buck–Morss, «Una ética de lo común (ista)», en Slavoj Žižek, (ed.), pp. 73–81.

17.— S. Buck–Morss, p. 84.

18.— S. Buck–Morss, pp. 97 y 98.

19.— Jodi Dean, «Deseo comunista», en Slavoj Žižek (ed.), pp. 100–103.

20.— J. Dean, p. 114.

gerentes, sofisticados y críticos, se echa en falta que los autores no apliquen sus interesantes teorías acerca de la construcción de los productos de la conciencia al propio producto que ellos nos ofrecen.

Dean analiza también las tesis freudianas de Wendy L. Brown sobre la «melancolía en la izquierda». Si el duelo es el proceso de asimilación de la pérdida de un objeto, la melancolía es la ansiedad por una pérdida no asumida o ni siquiera identificada. ¿Qué pérdida no asumida ni identificada es esta en el caso de la izquierda? Para Brown la pérdida de «la promesa de que el análisis y el compromiso de izquierdas ofrecería a sus partidarios una vía clara y segura para lo bueno, lo justo y lo verdadero»^[21]. Sin embargo, Jodi Dean afirma que en cualquiera de sus acepciones la melancolía ha dejado de conformar la estructura del deseo de la izquierda. Como ejemplo de ello señala el resurgir de los movimientos en América Latina, en Plaza Tahrir o Wall Street y la masiva y entusiasta acogida de los congresos sobre el comunismo^[22]. El gran debate que no se aborda abiertamente en el libro por ninguno de los autores, aunque Dean es la única que precisamente lo sugiera, es el de en qué medida esta reactivación de la idea de comunismo en el ámbito del pensamiento académico es representativa de la reactivación de la idea en el pensamiento de la gente e incluso de los militantes de los movimientos sociales. Si la respuesta fuera negativa, el debate debería girar, a mi modo de ver, no tanto en torno a las supuestas limitaciones ideológicas del movimiento, como a la de un pensamiento académico que quizá se haya alienado con respecto a él.

La tesis central de Jodi Dean es que esa reactivación del comunismo puede expli-

carse desde la perspectiva del deseo. Ese deseo se puede considerar un deseo comunista cuando se expresa colectivamente y cuando expresa un deseo de ser colectividad, cuando expresa «un nosotros». También cuando nombra y denuncia un «hiato»: la existencia de una sociedad escindida entre una mayoría expropiada y una minoría expropiadora^[23]. En su opinión, ambas condiciones se cumplieron en el caso de las ocupaciones de Wall Street, concretamente en su eslogan somos el 99%. El eslogan afirmaba una colectividad que no estaba unificada por una identidad sustancial (la raza o la nacionalidad), sino por un nosotros, el 99%, escindido de la minoría expropiadora, el 1%. Ese eslogan borraba las diferencias dentro de ese 99% y las subrayaba con respecto al 1%, permitiendo la construcción de «un nosotros». Al subrayar ese hiato en la sociedad el eslogan expresaba también un deseo colectivo de igualdad y justicia^[24].

El capítulo VI resulta el más atrevido de todos, por la rotundidad con que sostiene una tesis hace mucho descartada por distintas tradiciones marxistas y porque obviamente un artículo de veinte páginas no resulta suficiente para rehabilitarla. Su autor es Adrian Johnston y se titula «Del socialismo científico a la ciencia socialista: pasado y presente de la Naturdialektik». Apelando al trabajo en los ochenta de algunos biólogos de la universidad de Harvard, a la teoría del emergentismo, a la filosofía de Hegel y a la lectura de varios filósofos políticos más recientes, Johnston reivindica una recuperación del núcleo central de la «dialéctica de la naturaleza» de Engels como condición necesaria para una reestimación del marxismo como ciencia. Es decir, la idea central del artículo es que resulta posible construir una teoría y un mé-

21.— J. Dean, p. 107 y 108.

22.— J. Dean, p. 115.

23.— J. Dean, p. 125.

24.— J. Dean, p. 128.

todo dialécticos para la explicación de los fenómenos de la naturaleza similar y paralelo a la teoría y el método contruidos para explicar los comportamientos sociales y que de ello va a depender el rearme político del marxismo para hacer frente también a la ideología científico-tecnocrática dominante^[25]. El texto es interesante en el sentido que incita a pensar en tesis hace mucho (y por muchos) descartadas. El riesgo — aunque de ello también pueda surgir un aprendizaje — es que las pensemos de nuevo para tener que volver a descartarlas.

El capítulo VII lleva por título «Recordar lo imposible: para una anamnesis metacrítica del comunismo». Su autor, Frank Ruda, parte de la consideración del comunismo como «un imposible» dentro del pensamiento y el sentido común dominantes y, por tanto, de la consideración de la categoría de «lo posible» como un instrumento de opresión en la actualidad^[26]. A partir de reflexiones muy formales, deduce que la organización de la idea comunista no puede concebirse como una ampliación gradual de lo posible. En su artículo Ruda acuña dos conceptos muy sugerentes: «el humanismo animal» y la «anamnesis metacrítica». Con el primer concepto se refiere a la forma de vida que produce el capitalismo: una «vida subjetivamente empobrecida» aun cuando pueda ser una vida «objetivamente acomodada», en última instancia, «una vida sin una idea», «una vida sin pensamiento»^[27]. El autor lo atribuye sobre todo a la extraordinaria capacidad del capitalismo y la democracia parlamentaria para producir, organizar y administrar a gran escala la in-

diferencia de la gente^[28].

Con el concepto «anamnesis metacrítica» Ruda se refiere a la necesidad de realizar un profundo esfuerzo filosófico que tome del idealismo, bajo condiciones materialistas, la idea de «verdades»^[29]. Esa tarea filosófica no es idealista sin más, nos dice, en la medida que, al afirmarse a sí misma, afirma las verdades por las que está condicionada, verdades históricamente específicas procedentes de prácticas extra-filosóficas, de prácticas, la mayor parte de las veces, políticas. Ese filosofar afirma una libertad anatural y la posibilidad de vivir bajo una idea que afirma la «posibilidad imposible de la existencia de la política, es decir, del comunismo»^[30]. La verdad es que cuando una termina de leer el texto de Ruda tiene la sensación de haber asistido a un ejercicio argumentativo sugerente, pero demasiado formal, hermético, autorreferencial y al final tautológico.

El capítulo VIII es el más claro, directo, breve y propositivo de todos. Parece dispuesto en ese orden a propósito, para aliviar la densidad acumulada en el capítulo anterior, para coger aire antes de llegar al último. Más allá de su claridad, su valor no radica tanto en la novedad de las propuestas como en la síntesis útil que ofrece de propuestas e interrogantes que la izquierda venía planteando con anterioridad a esta reactivación de la idea de comunismo. El capítulo lo escribe Emmanuel Terray y lleva por título «El comunismo en el presente».

Terray arranca subrayando una contradicción manifiesta — fruto de su carácter dialéctico — de la propuesta comunista: la contradicción abierta entre el mundo que se persigue, una sociedad sin clases y en consecuencia sin necesidad de Estado, y el

25.— Adrian Johnston, «Del socialismo científico a la ciencia socialista: pasado y presente de la *Naturdialektik*», en Slavoj Žižek (ed.), 133–176.

26.— Frank Ruda, «Recordar lo imposible: para una anamnesis metacrítica del comunismo», en Slavoj Žižek (ed.), pp. 177–181.

27.— F. Ruda, pp. 186–188.

28.— F. Ruda, p. 191.

29.— F. Ruda, 216.

30.— F. Ruda, 217.

medio empleado para construirla, el Estado. Ante la constatación a su entender histórica de que no hay ninguna institución que luche por su propia desaparición, Terray advierte, habida cuenta de la experiencia del socialismo real, de los peligros que en la construcción del socialismo entraña la expansión del Estado^[31]. Precisamente, es a partir de su valoración de esta experiencia que Terray va lanzado una serie de interrogantes y propuestas generales, que, en su opinión, se deberían tener en cuenta a la hora de construir un socialismo nuevo. Así, habla de la necesidad de conjugar la propiedad estatal con otras formas de propiedad municipal o cooperativa. También se interroga sobre qué parte de la actividad económica debería dejarse a la planificación y qué otra a la competitividad y el mercado. Se pregunta qué parte de los beneficios debería destinarse al consumo y qué parte ahorrarse o invertirse. O en qué medida el Estado debe conjugar en la planificación económica las decisiones vinculantes con el despliegue de incentivos^[32].

Una idea central del texto es, como no podría ser de otro modo, la de expandir la democracia al ámbito del trabajo, propuesta que Terray remite sin más precisión a las ideas clásicas de la autogestión y formación de consejos obreros. Contempla también la necesidad de debatir los criterios y los límites que se deberían tener en cuenta a la hora de aceptar en esta sociedad socialista variaciones salariales, con lo cual viene a sugerir que se darían o que en su opinión deberían darse. Terray propone llevar a cabo una enorme tarea imaginativa de cara a expandir la democracia a todos los ámbitos de la vida: la familia, la escuela, la salud, los servicios públicos, lo que recla-

maría la participación de profesionales y usuarios en su gestión. Frente a los riesgos de la tecnocracia y la burocratización en el socialismo, reivindica una «descentralización máxima» y una mejora e incremento del «principio de subsidiaridad», en virtud del cual nada de lo que se decida en los niveles superiores no pueda decidirse en los inferiores^[33]. Junto a eso plantea toda una batería de medidas políticas: garantías para la independencia de los principales medios de comunicación, fortalecimiento de las libertades individuales o independencia de la autoridad judicial.

Terray no se engaña y reconoce que el intento de poner en marcha estas medidas se hará en un entorno realmente hostil, que reavivará los debates entre la revolución mundial y el socialismo en un solo país. Sorprende al respecto que el pensador no sea capaz de pensar futuros problemas más allá de categorías tan remotas. En cualquier caso, nos dice, por muchos avances que puedan darse, la nueva sociedad en construcción no será una sociedad en armonía, sino una sociedad conflictiva «entre los partidarios del orden y los partidarios del movimiento»^[34]. Incluso la sociedad comunista no será una sociedad con ausencia de conflicto, se trataría, incluso, una sociedad con derecha e izquierda. Lo que del comunismo cabe esperar, nos dice Terray, no es la supresión de los conflictos, sino el surgimiento de «una sociedad capaz de decidir libre y conscientemente su destino»^[35].

El libro se cierra con un texto, como siempre provocador y muy fresco, de Slavoj Žižek, promotor del encuentro y editor de la compilación. Lleva por título «Respuestas sin preguntas». De todos los trabajos compilados, el de Žižek es el que más páginas

31.— Emmanuel Terray, «El comunismo en el presente», en Slavoj Žižek (ed.), p. 221.

32.— E. Terray, pp. 222 y 223.

33.— E. Terray, p. 224.

34.— E. Terray, p. 226.

35.— E. Terray, *Ibidem*.

destina a analizar de forma concreta acontecimientos concretos de los últimos años. De ahí que su propuesta política final sea también la más leninista de todas. Es una tendencia recurrente que los filósofos consolidados se sientan más sueltos y seguros a la hora de referirse a la cotidianidad y a la hora de referirse a ella con un lenguaje más natural o metafórico, mientras que quienes siguen su rastro tratan de rehuirla haciendo uso de un pensamiento más críptico y formalizado. Algo de eso puede percibirse también en el libro, dicho sea en beneficio sobre todo Žižek.

El filósofo esloveno arranca el texto reflexionando sobre tres acontecimientos de distintas naturaleza y significados políticos contrarios o antagónicos: el atentado terrorista en Noruega contra una convención de jóvenes socialdemócratas que en julio de 2011 perpetró el ultraderechista Anders Breivik, los disturbios que tuvieron lugar en agosto de ese año en las barriadas más de pauperadas de Londres y los movimientos de protesta en Plaza Tahrir, Grecia y Wall Street. La respuesta racista a la crisis del modelo capitalista europeo, la reacción natural y nihilista de los sectores más castigados y la respuesta potencialmente emancipadora. El interés de los análisis de Žižek radica en ver estos acontecimientos desde un punto de vista distinto a como habitualmente se ven, no ya desde la derecha, sino también desde las distintas izquierdas.

El atentado de Breivik en Noruega venía a ser, nos dice Žižek, la expresión extrema de toda una tendencia al alza en Europa, consistente en atribuir la crisis del continente a la amenaza del multiculturalismo y la emigración. Ello pasaba por construir «un mapa cognitivo» tan simple y eficaz como aquel que construyeron los nazis a la hora de convertir a los judíos en el chivo expiatorio de la crisis de su tiempo. Entre ambos mapas cognitivos, cuenta Žižek, se aprecian



El filósofo esloveno Slavoj Žižek, coordinador de la obra.

similitudes formales, como la de atribuir al enemigo rasgos que se excluyen mutuamente: «la conspiración bolchevique-plutocrática-judía», en el caso de los nazis; «el marxismo-multiculturalismo-islamismo», en el caso de Breivik y la extrema derecha actual^[36]. El atentado de Breivik llevaba hasta sus últimas consecuencias el discurso no solo de la extrema derecha radical, sino de la derecha conservadora, según el cual la crisis de Europa es resultado del desprecio a su propia identidad, pero sobre todo de la tolerancia hacia otras identidades invasivas. Efectivamente, las víctimas de aquel ataque no fueron ni la comunidad islámica, ni un grupo de inmigrantes, ni siquiera una organización revolucionaria de la izquierda radical. Fueron jóvenes socialdemócratas blancos comprensivos con el enemigo, y, por tanto, aún más peligrosos^[37]. En el discurso de Breivik también se daba un aparente alivio de los componentes raciales

36.— Slavoj Žižek, «Respuestas sin preguntas», en Slavoj Žižek (ed.), pp. 228 y 229.

37.— S. Žižek, pp. 229–231.

en beneficio de los culturales, una empatía con los judíos que estaba aplicando mano dura contra los islamistas. De nuevo, nos recuerda Žižek, se trata de un ejemplo a nivel particular de la fascinación de la derecha tradicionalmente antisemita de EEUU y Europa hacia la política exterior, y sobre todo interior, del Estado de Israel. A este respecto Žižek subraya la tendencia suicida del sionismo actual, feroz enemigo de la progresía multiculturalista que cuestiona la política del Estado de Israel, por una parte, y bien hermanado, por otra, con una derecha europea tradicionalmente antisemita que terminará por devorarlo^[38].

A propósito de los disturbios en los barrios de Londres en agosto de 2011, Žižek arremete contra las lecturas dominantes que se hicieron a derecha y a izquierda. La primera pedía mano dura ante lo que entendía como intolerables actos vandálicos. La segunda miraba con paternalismo los acontecimientos atribuyéndolos simplemente a la situación de miseria y desprotección que se vivía en los barrios. Para Žižek la izquierda acomodada que pensaba sobre ello — que pensaba cómodamente desde fuera de los barrios — no se atrevió a ver el carácter muchas veces horizontal de esa violencia (se quemaban coches de la gente de los barrios) y sobre todo no se atrevió a ver su relación con lógicas culturales y consumistas de época. Siguiendo a Zygmunt Bauman, para el filósofo esloveno los disturbios fueron, entre otras cosas, un acto irónico de consumismo por parte de aquellos a los que se incita constantemente a consumir y se les priva al mismo tiempo de los recursos necesarios para ello, un acto solo materializable por medio de una violencia más reactiva que asertiva^[39].

Después de ver esas reacciones a la cri-

sis, Žižek habla de los movimientos en Plaza Tahrir, Wall Street y Grecia, los acontecimientos históricos, como venimos viendo, a los que aluden casi todos los textos del libro. De estos movimientos destaca su potencial emancipador. Pero para actualizar esa potencia, dice Žižek, son necesarias al menos tres cosas más.

En primer lugar, hace falta una reconfiguración de la tétrada pueblo—movimiento—partido—líder. Žižek subraya la fuerza de los movimientos como movimientos de protestas, pero también sus limitaciones a la hora de actuar en torno a un objetivo, porque ni el pueblo, ni siquiera el movimiento, saben lo que realmente quieren. Para eso necesitan de lo que Žižek llama, provocativamente, «un amo», es decir, un partido y de un líder^[40]. Hasta aquí, puro marxismo-leninismo de manual. La peculiaridad de Žižek radica en concebir al partido no como el depositario de la conciencia avanzada del pueblo (el partido tampoco sabe lo que quiere), ni mucho menos como el portador de un saber positivo infalible o generalmente acertado, sino como el marco en el que desarrollar una forma de saber necesaria para emprender un proceso de cambio, porque, por equivocado que pueda estar en un momento determinado— y el partido suele estarlo con mucha frecuencia — es una forma de saber vinculada a un sujeto político colectivo dentro del cual se puede rectificar. Pero además del partido, dice Žižek, hay que salvar de alguna forma el abismo entre el pueblo y sus formas organizadas y este no se salva aproximando el pueblo a sus organizaciones, sino mediante la unidad que, por paradójico que resulte, ofrece un líder, un líder del partido que es, ante todo, un líder del pueblo^[41].

En segundo lugar, el movimiento tiene

38.— S. Žižek, p. 232.

39.— S. Žižek, pp. 238 y 239.

40.— S. Žižek, p. 244.

41.— S. Žižek, p. 244 y 245.

que hacer una reconsideración de la democracia liberal–parlamentaria, al respecto de la cual Žižek es un crítico contumaz. Según el filósofo no solo es que no exista una contradicción fuerte entre capitalismo y democracia parlamentaria, como se viene planteando hace tiempo desde la izquierda. Tampoco que el capitalismo sea muchas veces compatible con la democracia parlamentaria, como también se ha planteado tradicionalmente desde la izquierda. Para Žižek la democracia liberal es una de las mejores instituciones para garantizar las formas de explotación y dominación fundamentales que se dan a nivel económico en el capitalismo, en tanto que la democracia parlamentaria es una democracia que, además de no intervenir en esta esfera determinante, recluye a nivel institucional todo intento de penetrar democráticamente en ella^[42].

La segunda tiene que ver con el papel que los intelectuales comunistas deben jugar en los movimientos de indignación y protesta tipo Plaza Tahrir, revueltas en Grecia, 15M, Occupy Wall Street, etc. Según Žižek, a estos intelectuales les corresponde un «apoyo total» y una «distancia analítica, fría, nada paternalista»^[43]. Lo interesante del planteamiento de Žižek es que concibe a los intelectuales no como aquellos que tienen la respuesta política y programática a las preguntas del movimiento, sino como

aquellos con la destreza y la capacidad para formular las preguntas cuya respuesta ya tiene el pueblo, aunque no sepa a qué pregunta corresponde esa respuesta. El intelectual revolucionario debe obrar así como el psicoanalista que ayuda al paciente a saber de dónde proceden (las preguntas) a sus síntomas (que son las respuestas). Žižek concluye que «solo por medio de un trabajo paciente como este surgirá un programa»^[44].

Quien se acerque al libro no encontrará en él propuestas concretas de acción o programas de cambio, ni siquiera líneas generales de intervención política. Tampoco lo pretende. Sí encontrará mucha gasolina teórica para poner esta acción política en marcha, aunque probablemente en dosis tan elevadas que pueda ahogarla. Para evitarlo sería necesario refinarla con análisis más concretos procedentes de otras disciplinas y falsar este rico marco teórico y conceptual con las experiencias de lucha concretas que se vienen dando. Así quizá la filosofía sobre la idea de comunismo pueda ser, más ajustadamente, una filosofía de la praxis. En cualquier caso, el libro pone de manifiesto el interés y la posibilidad de pensar, después de tantos años de Guerra Fría cultural, abierta e inteligentemente sobre la idea de comunismo. Que esa idea se convierta en realidad material dependerá también de muchas cosas más.

42.— S. Žižek, pp. 257–260.

43.— S. Žižek, p. 261.

44.— S. Žižek, p. 263.

Biblioteca de Maruja Cazcarra: Cuando la «cuestión femenina» comenzó a hacerse política

Irene Abad Buil

Doctora en Historia por la Univ. de Zaragoza

En el presente artículo no se va a hablar específicamente de uno de los numerosos libros que componen la colección Maruja Cazcarra, sino de tres boletines directamente relacionados entre sí. En primer lugar, el que recopila las conclusiones de las Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer, de 1975; en segundo lugar, el informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la Cuestión Femenina «Hacia la liberación de la Mujer», de 1976; y, por último, el proyecto de programa del PCE sobre «la liberación de la mujer», de 1978. Tres documentos que permiten trazar no solamente la evolución de las máximas reivindicaciones del feminismo, sino también aportan pistas de cómo el PCE reinventó su discurso para adaptarse a una nueva realidad política donde la «cuestión femenina» había ido ganando mucho espacio.

Para comprender dichos documentos deberíamos lanzarnos algunas preguntas: ¿cuál era la situación que experimentaba la mujer en 1975?, ¿cuáles habían sido las conquistas femeninas logradas hasta la fecha?, ¿por qué 1975 es un año clave de cara a vislumbrar la definitiva liberación de la mujer?, ¿en qué pilares se apoyó el nuevo discurso feminista del PCE?

1975. Un año clave para muchas cosas. En noviembre había muerto Franco y se abría una incertidumbre política que *pedía a gritos* ser resuelta con la esperada democracia. Al mismo tiempo, la Organización



Informe del PCE aprobado en octubre de 1976 (Archivo Histórico de CCOO Andalucía).

de las Naciones Unidas (ONU) lo declaraba el Año Internacional de la Mujer como la manera de manifestar su posición contraria a la discriminación femenina. Se daban dos elementos favorables para que en Madrid, en diciembre de ese mismo año, se celebrasen las Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer. Era la primera vez en 39 años que se realizaba un «congreso feminista abierto y democrático a nivel de

todo el Estado español»^[1]. Algo impensable desde que en 1936 se erradicasen todos los avances políticos, sociales y culturales alcanzados por la mujer durante la II República y se construyese un discurso falangista basado en la supeditación femenina y la consideración de la mujer como un ciudadano de segunda. Por tanto, muchos iban a ser los puntos analizados en estas Jornadas, desde el papel de la mujer en la sociedad, como en la educación o en la familia, los barrios y el trabajo, sin olvidar tampoco la valoración de la situación que vivían las mujeres en el ámbito rural, donde se consideraba que las dificultades para proyectar reivindicaciones feministas eran mayores por el aislamiento territorial que sufrían. El análisis de todas estas cuestiones convertía a este documento en una importante fuente de investigación por la radiografía que realizaba de la realidad femenina del momento.

Todos los ámbitos trabajados en estas jornadas presentaban un mismo esquema. Primero, planteaban las denuncias existentes en dicho campo y a éstas sucedían las exigencias. Veamos algunas de estas denuncias y exigencias planteadas en los distintos puntos. En el referente a «mujer y sociedad», frente a «la falta de los más elementales derechos democráticos como principal obstáculo con el que se encuentra la mujer española en el momento actual de la lucha por la liberación», se exige «la restauración urgente de los derechos democráticos de asociación, reunión, expresión, huelga y manifestación como cauce esencial para la liberación de la mujer». O, frente a «la relegación de la mujer al hogar y a la maternidad como vías únicas de realización, manteniéndolas así al margen del proceso social», se exigía «la creación de

puestos de trabajo que permitan la incorporación masiva de las mujeres al trabajo productivo en condiciones de total igualdad salarial y profesional» y «la presencia de las mujeres en los órganos de gestión, en todos los niveles, para que la problemática femenina esté presente en la sociedad»^[2]. O, por poner algún ejemplo más, con respecto a la sección «mujer y educación», frente a la denuncia de que existían «asignaturas específicas para niñas que figuran en el programa de EGB^[3]» se exigía «la derogación de todos los artículos de la Ley General de Educación en los que se establecen diferencias en razón del sexo»^[4].

En conclusión, el documento es una sucesión de denuncias que tratan de dejar atrás un pasado discriminatorio, acompañada de una larga lista de exigencias que, por su parte, tienen como objetivo perfilar un nuevo modelo de mujer dentro de una sociedad democrática. Pero por otro lado, estas primeras jornadas evidenciaban la existencia en España de una diversos movimientos de mujeres^[5] que, a pesar de las

2.— Véanse las páginas 6 y 7 del mencionado documento.

3.— Siglas correspondientes a Educación General Básica, el sistema educativo establecido por la Ley General de Educación de 1970 y que estuvo vigente hasta el curso escolar 1996/97.

4.— Páginas 8 y 9 del documento.

5.— Muchas fueron las asociaciones femeninas que participaron en estas jornadas. Desde Alicante acudió la Comisión femenina de amigos de la UNESCO y desde Cataluña, la Asociación de Mujeres Universitarias de Barcelona y Asociaciones de vecinos de Can Serra y Collblanc-Torassa, además del Centro Social de La Florida de L'Hospitalet. Desde Madrid: la Asociación Española de Mujeres Universitarias, enlaces sindicales femeninos, el Movimiento Apostólico Seglar, la HOAC y las Asociaciones de Amas de Casa de Tetuán, Getafe, Moratalaz, Ventas, Chamartín y Aluche; además de la Asociación Castellana de Amas de Casa y Consumidoras. Desde Santander, acudió a las jornadas la Asociación de Mujeres de Hogar de Torrelavega y su comarca; desde Valencia, la Subcomisión Femenina del Ateneo Mercantil y las Asociaciones de Vecinas de Cid y Dehesa; y desde Valladolid, lo hacía la Asociación de Amas de Casa.

1.— Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer. Conclusiones. Madrid, diciembre 1975. Página 4.

enormes dificultades impuestas por el régimen franquista, se habían ido abriendo camino de múltiples formas con una única finalidad: la liberación de la mujer. Ahora se trataba de que entre todas, a pesar de las numerosas tendencias representadas, se tomasen acuerdos. Y, aunque la discusión fue polémica, varios fueron los pactos tomados: En primer lugar, «la necesidad de un Movimiento Feminista de masas, pluralista, independiente de los partidos políticos, del Estado y de las organizaciones sectoriales. El segundo acuerdo tomado fue «la necesidad de lograr las libertades democráticas para que dicho movimiento pueda desarrollarse y cumplir el papel que está llamado a jugar». Y en tercer y último lugar, se acordó que «la liberación de la mujer sólo sería posible con un cambio total de las estructuras jurídicas, ideológicas, políticas y económicas que actualmente la oprimen y discriminan»^[6].

Consideraban que en unas circunstancias en las que todos los sectores sociales españoles se agrupaban para definir la postura que mejor defendiera sus intereses, las mujeres también debían reivindicar su derecho a participar activamente no solamente en la defensa de los suyos propios, sino también en los de la población española en general. Exigían, por tanto, participación política en la construcción de un nuevo modelo político en el que las mujeres adquiriesen ciudadanía plena. Pero para que la democracia pudiera triunfar había que acabar con legados franquistas todavía vigentes y la falta de libertad era uno de ellos. Desde la década de los años sesenta, y especialmente desde 1965 con la creación del Movimiento Democrático de Mujeres, ellas habían sido las que abanderaron la lucha por la amnistía de los presos políticos del

franquismo, y no iban a escatimar esfuerzos en seguir intentándolo hasta lograrlo. «Conscientes las mujeres del Estado español de que ningún ser tiene derecho a realizarse a costa de otro, y de que la falta de libertades ha supuesto su marginación de la vida social en todos sus niveles, afirman que para que la mujer pueda mayoritariamente adquirir una conciencia clara de sus problemas específicos, y como ser humano, debe participar activamente en la consecución de las libertades democráticas, por la amnistía, por el derecho de reunión, de asociación y expresión y por la constitución de un Gobierno elegido democráticamente»^[7]. Además de la amnistía, otra de las reivindicaciones de las Jornadas fue la creación de un Movimiento Feminista «revolucionario y autónomo» encargado de velar por las numerosas necesidades legales, laborales, familiares o sexuales que a la mujer le pudiera surgir en cualquier momento. Y, por último, se dejaba constancia de la poca envergadura política que tenía la situación de la mujer. En definitiva, estas primeras jornadas nacionales por la liberación de la mujer tenían como objetivo facilitar la incorporación de la mujer al mercado de trabajo, potenciar la presencia femenina en órganos de gestión, restaurar los derechos democráticos y potenciar la educación y la familia como motores erradicadores de la discriminación de género existente.

Al margen del ritmo de consecución de las numerosas reivindicaciones lanzadas, estas jornadas consiguieron algo muy significativo: hacer pública la «cuestión femenina» y comenzar a convertirla en un claro reto político que organizaciones políticas como el PCE no dejarían pasar por alto. Y así se manifestó en el informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la

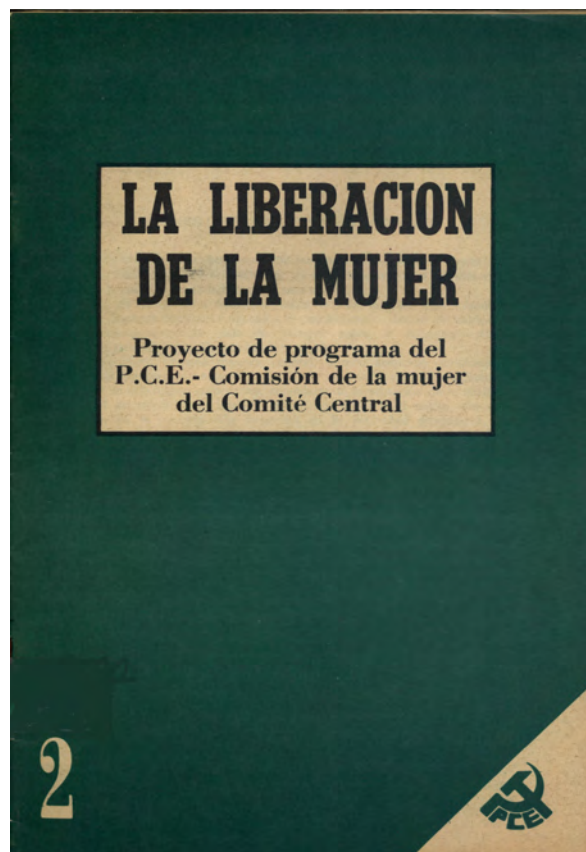
6.— Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer. Conclusiones. Madrid, diciembre 1975. Página 15.

7.— Primeras Jornadas Nacionales por la Liberación de la Mujer. Conclusiones. Madrid, diciembre 1975. Página 4.

cuestión femenina celebrada en octubre de 1976 bajo el título «Hacia la liberación de la mujer», donde se declaró que si bien en otros momentos históricos los esfuerzos del partido se habían decantado hacia movimientos en dificultades como el obrero, ahora esas necesidades habían cambiado y se trataba de destinar fuerzas hacia otro movimiento pendiente de ser redefinido: el feminista^[8]. Por tanto, el PCE no quería perder la oportunidad de alzar la bandera del feminismo para readaptarlo a su propio discurso político. Mientras que en la década de los años 60, el PCE había considerado al feminismo como un claro competidor a la hora de incorporar a las mujeres a las filas del partido, la Transición democrática y la nuevas necesidades sociales hacían variar su planteamiento hacia la necesidad de incorporar el feminismo dentro del discurso comunista, con la finalidad de no perder ni afiliadas ni presencia política.

Para ello el propio partido lanzó la propuesta de crear un movimiento feminista de masas, pluralista, reivindicativo y socio-político. «Que sea un movimiento de masas. Cualquier grupo feminista que se plante la lucha contra la discriminación de la mujer y olvide que para que esta lucha sea efectiva tiene que ser asumida por las masas femeninas, puede adelantar aproximaciones teóricas sobre el feminismo, pero no podrá incidir de hecho en las transformaciones sociales que permitan avanzar hacia la liberación de la mujer. Que sea pluralista. Porque si no la lucha de la mujer, lejos de ser un objetivo será un campo de intereses partidarios. (...) Que sea reivindicativo. Solamente a partir de reivindicaciones concretas es posible caminar hacia la igualdad de la mujer. (...) Que sea socio-político. Un planteamiento exclusivamente reivindica-

8.— Informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la cuestión femenina. Página 13.



Proyecto de programa elaborado por la Comisión de la Mujer del PCE en 1978 (Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

tivo no basta en la actual etapa histórica para lograr la total liberación de la mujer. Todas las reivindicaciones se inscriben en un marco de transformaciones políticas que son las que, a su vez, van permitiendo alcanzar cotas más elevadas de equiparación. Es por ello que un movimiento feminista debe pronunciarse e incidir en el campo de la política»^[9].

Habían definido el modelo feminista que querían. Ahora se planteaba una nueva preocupación: cómo asumir los problemas femeninos una vez se inaugurara la democracia. Desde este planteamiento se perfilaban dos contribuciones que caminarían de la mano. La participación del Partido Comunista se centraría en la politización,

9.— Informe aprobado en la I Conferencia del PCE sobre la cuestión femenina. Página 8.

es decir, que las mujeres comunistas se presentaban como infatigables animadoras para incorporar grandes masas de mujeres al movimiento feminista. Y, por otro lado, el discurso feminista aportaría a la democracia un contingente de luchadoras que darían una visión más amplia y real de las necesidades de la mujer.

El PCE se autoproclamaba como el partido de Liberación de la Mujer, según el programa publicado en 1978, con una teoría más que clara: acabar con la histórica discriminación de la mujer y garantizar los derechos, la participación y la igualdad de la misma en lo que se definió como la vía democrática al socialismo. Y así lo planteaba el propio documento: «Es evidente que el socialismo que liberará a la mujer tiene que empezar a ser conquistado aquí y ahora mediante las transformaciones que hay que realizar en las estructuras y valores de la sociedad. Independientemente de las corrientes ideológicas todas las mujeres tienen problemas comunes que las convierten en una fuerza política de masas. La política feminista del Partido Comunista de España implica la realización de tres actividades simultáneas. 1.— Hay que convencer a todo el Partido de la necesidad de la lucha de las mujeres por su propia liberación, y del alcance general de la misma como motor de profundas transformaciones estructurales

y culturales y del desarrollo pleno de la democracia, del socialismo. (...) 2.— El Partido Comunista de España debe llevar su política feminista a las masas, al conjunto de la sociedad, y comprometerse directamente en la transmisión de la energía liberadora que contiene el feminismo. Ello implica una elaboración política-ideológica propia y las iniciativas y actuaciones concretas que de la misma se deriven. (...)». Y para plantear la tercera de las actividades mencionadas se hacía alusión a la Tesis 8 del IX Congreso del PCE, según la cual hay que «llevar la lucha contra la discriminación de la mujer en todos los frentes, impulsando su presencia en los movimientos de masas, contribuyendo al desarrollo de la lucha y de los movimientos feministas que abarquen al conjunto de las mujeres: obreras, campesinas, profesionales, amas de casa, etc. En esa lucha los movimientos feministas representan el nivel de conciencia más elevado de una vanguardia y las comunistas deben participar en ellos»^[10].

La teoría estaba clara. Ahora había que llegar a la práctica, tanto a la de las leyes políticas como a la de la cotidianeidad, traducida esta última en cambios en las mentalidades, en las actitudes y las relaciones sociales, con el fin de conseguir, entre ambos ámbitos, la verdadera liberación de la mujer.

10.— La liberación de la mujer. Proyecto de programa del PCE. Comisión de la mujer del Comité Central. Página 28.

→ Descarga aquí el informe «Hacia la liberación de la mujer» (PCE; 1976)

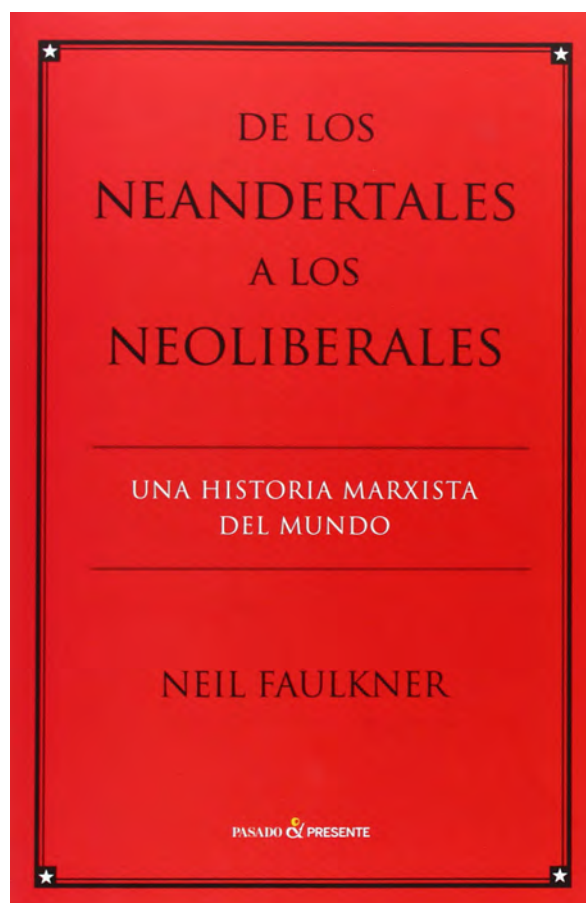
*De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo, de Neil Faulkner**

Víctor Manuel Santidrián Arias
IES do Milladoiro

Con un optimista «El futuro es nuestro si así lo decidimos» arranca *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo*, un libro de Neil Faulkner, arqueólogo y activista británico (miembro del Socialist Workers Party y del Labour Party) a quien no se puede negar ni atrevimiento ni honradez intelectual. Desde las primeras páginas —desde el mismo título, en verdad— Faulkner deja bien claro que «La historia es un arma» y que es «política y objeto de disputa». El autor nos ofrece un libro de historia que quiere persuadir a la gente para que se ponga en movimiento con el objetivo de «liberar al mundo de la pobreza y la violencia, sustituir la prepotencia policial por la democracia y salvar al planeta de la catástrofe medioambiental», es decir, para «poner fin al dominio del capital financiero». Toda una declaración ideológica coherente con el adjetivo «marxista» que luce la portada de esta historia del mundo, lo que desde que se decretó el fin de la Historia es sí mismo es también un acto de atrevimiento, coherencia y valentía.

Aunque *De los neandertales a los neoliberales* no es un libro de marxismo Faulkner desperdiga comentarios teóricos sobre la lucha de clases, motor del proceso histórico junto a la competencia entre los grupos

* Neil Faulkner, *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, 535 páginas



poderosos por la riqueza y el poder o la técnica. El autor denuncia los enfoques marxistas deterministas —aunque su «Cómo funciona la historia» suena demasiado contundente—, sobre todo la teoría de las etapas, la evolución necesaria de los modos de producción, en especial el «desesperadamente defectuoso» modo de producción esclavista y que Faulkner sustituye por el de «imperialismo militar antiguo». A pesar

de estar «infectado por la teoría de las etapas», el autor reivindica a Gordon Childe —a fin de cuentas, un clásico de la prehistoria marxista— y a los clásicos del marxismo. Coherente, por lo tanto, aunque se echan en falta algunos nombres.

El título del libro es una declaración ideológica pero también lo es historiográfica. Es posible que después de tanto giro historiográfico, después de tanta historia en migajas, después de que las grandes narraciones históricas hayan sido «denostadas por los teóricos posmodernos», el lector se sorprenda ante una propuesta que se presenta como una historia del mundo, *De los neandertales a los neoliberales*, desde la aparición de los primeros homínidos hasta la actualidad. Faulkner organiza toda esa ingente información de forma cronológica, a lo largo de quince capítulos: 1. Cazadores-recolectores y agricultores-pastores; 2. Las primeras sociedades de clase; 3. Antiguos imperios; 4. El fin de la Antigüedad; 5. El mundo medieval. 6. El feudalismo europeo. 7. La primera oleada de revoluciones burguesas. 8. La segunda oleada de revoluciones burguesas. 9. La expansión del capitalismo industrial. 10. La era de sangre y hierro. 11. Imperialismo y guerra. 12. La oleada revolucionaria. 13. La Gran Depresión y el ascenso del fascismo. 14. Guerra Mundial y Guerra Fría. 15. El nuevo desorden mundial.

Es chocante que a alguien que sabe muy poco de casi todo lo que se estudia en el libro, como es el caso de quien redacta estas líneas, le resulten conocidos tanto el relato como la estructura del volumen. Es chocante, lo que no es ni positivo ni negativo en sí mismo. Sin embargo, lo que no parece demasiado positivo es que no se recojan las aportaciones de la historiografía de las últimas décadas. A modo de ejemplo, la presencia de las mujeres es casi testimonial. ¿Cómo es posible que a estas alturas

las mujeres no aparezcan como sujeto histórico? ¿Acaso no ha dicho nada el marxismo sobre la explotación de las mujeres desde que Engels en escribiera en 1884 *El origen de la propiedad privada, la familia y el estado*? No basta, por otra parte, apelar a la importancia de la «gente corriente» en la historia si no le da el protagonismo que la propuesta teórica le supone. No son pocos los apartados que son una simple relación de acontecimientos políticos, sin ninguna referencia a la gente corriente, a los de abajo, a las clases populares, cualquiera que sea el significado de esas expresiones. Así pues, si el autor pretende contar otra historia, «la de la protesta y la resistencia», no alcanza su objetivo.

No todos los periodos estudiados tienen el mismo peso, pues los miles de años que en nuestra tradición historiográfica se agrupan en Prehistoria, Historia Antigua, Medieval y Moderna —nomenclatura que, lógicamente, no es utilizada en este libro—, ocupan las 180 primeras páginas, mientras que los doscientos y pocos años que van desde la independencia de los EEUU hasta la actualidad (lo que entendemos como Historia contemporánea) se analizan en el resto del volumen. Lógico dado que lo que realmente interesa a Faulkner es comprender (y transformar) el capitalismo.

Y como el capitalismo se inició en Europa, «debemos desde este momento concentrar una atención desproporcionada en los acontecimientos sucedidos en este pequeño rincón del globo», es decir, Europa. El problema radica en que esta historia del mundo peca de eurocentrismo, porque eurocentrista es escribir que la fauna africana es exótica o que las revoluciones de 1848 —europeas, claro— constituyen un «hito en la historia mundial». A estas alturas, por muy marxista que se proclame un texto —o precisamente por hacerlo— no resulta convincente explicar el eurocentrismo del au-

tor apelando a su procedencia y formación. Resulta también sorprendente, por otra parte, el peso que atribuye a la geografía para explicar el desarrollo del capitalismo en Europa: «La geografía determina lo que es posible» escribe Faulkner.

Por muy generalista que se autoproclame un autor, no parece de recibo que una historia (marxista) del mundo esté apoyada sobre una bibliografía que no llega a las 190 referencias. Eso explica, por ejemplo, que la Guerra Civil española se despache con citas de Orwell y Trotsky, sin recoger ni uno de los estudios imprescindibles publicados en la última década. Consciente de posibles críticas, Faulkner justifica sus posibles «errores y malentendidos» con el argumento de que no invalidan su tesis principal — el marxismo como explicación convincente de la historia humana —, por lo que el proyecto del autor sigue siendo válido. Más parece un acto de fe que un ejercicio de razón. Acto de fe, por cierto, con el que se pretende armar a los activistas, porque se trata de un «libro para activistas». Difícilmente podrán cambiar el mundo si sus esquemas de análisis parten de premisas con «errores y malentendidos».

También resulta chocante el uso que esta historia del mundo hace de ciertos conceptos. No deja de ser sorprendente afirmar, por extemporáneo, que la explosión de creatividad acaecida en la Atenas clásica estuviera basada en contenidos de «derechas», como de derechas eran los bandidos que asesinaron a Tiberio Sempronio Graco. Tampoco resulta cómodo leer el adjetivo «italiano» para caracterizar al campesinado de la Roma clásica, o que «Espa-

ña» fue invadida en el 711, comentario, por cierto, que no deja de producir un cierto escalofrío si se tienen en mente títulos como aquellos que hacen de la historia de España un continuo que corre desde Atapuerca al euro. ¿Y que decir de la guerra de Flandes del siglo XVI etiquetada como «prolongada guerra popular de liberación nacional»? ¿O de la afirmación de que de haber triunfado la revolución en la Alemania de 1918 «no habría habido Gran Depresión, ni nazismo, ni estalinismo, ni Segunda Guerra Mundial ni Guerra Fría»?

Se preguntaba el profesor Fontana hace ya unos años si existía la posibilidad de construir una historia que no dejase al margen a los grupos subalternos y a las mujeres, una historia universal que escapara del «orden convencional» que estructura las historias «en función del punto de llegada de la clase de presente impuesto por los pueblos europeos». Mucho nos tememos que no es el caso de *De los neandertales a los neoliberales. Una historia marxista del mundo*.

Decíamos al comienzo de estas líneas que no se le pueden negar atrevimiento y honradez intelectual a Neil Faulkner. Son cualidades necesarias, más aún: son imprescindibles. Pero, desgraciadamente, no son rasgos suficientes para que un libro se convierta en obra de referencia. Quien suscribe estas líneas no se siente capacitado para negar el adjetivo «marxista» a esta obra pero sí que tiene la sensación de haber leído una historia «fallida» del mundo. Quizás apelar a sensaciones y sentimientos no encaja en las coordenadas de lo que debe ser el análisis marxista de un libro de historia, pero hay lecturas que emocionan más.

The People: The Rise and Fall of the Working Class, de Selina Todd*

Adrià Llacuna Hernando

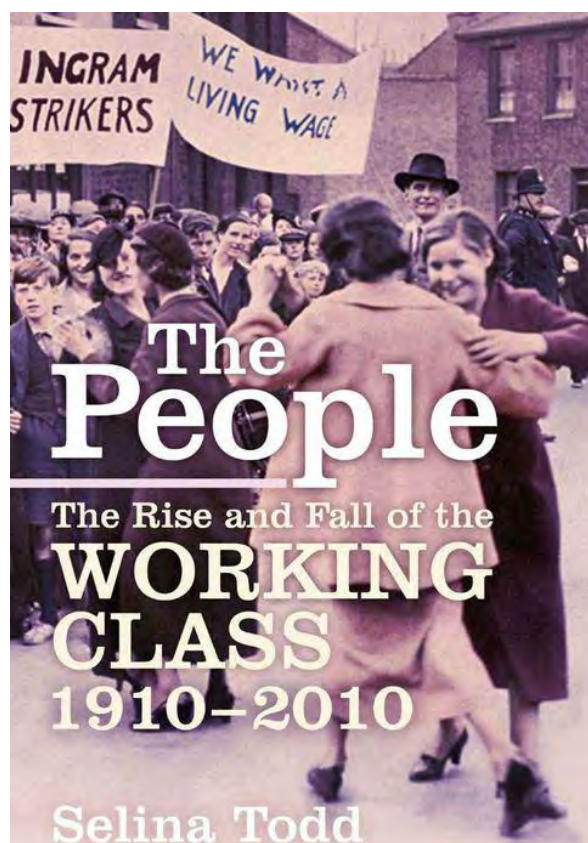
Universitat Autònoma de Barcelona

«El siglo de la clase obrera» (p.1). Contar su historia y analizar su desarrollo es el objetivo último de Selina Todd en su *The People...*, pensado además como un claro homenaje thompsoniano a modo de continuación de su «formación» (esto es, el auge y caída de la clase obrera), en el contexto del cincuentenario de *The Making of the English Working Class*^[1]. Pese a que su estudio de caso se ocupa de la historia social y cultural de la clase obrera, en éste se incluye, obviamente, el marco de poder institucional (estatal) en el que está inserta determina el ámbito de su narrativa. Lo que es un acierto pero, a su vez, una inagotable fuente de debates sobre la identidad nacional^[2]. No obstante, la propuesta de Todd es clara y contundente: el siglo veinte es un periodo en el que la clase obrera experimenta un intenso proceso de transformación política y social que se puede reseguir a través de la consecución de espacios de poder político que tratarán de otorgar un control sobre sus propias condiciones de vida y de trabajo.

* Selina Todd, *The People: The Rise and Fall of the Working Class, 1910–2010*, Londres, John Murray, 2015, ISBN: 9781848548824; 512pp.

1.— E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963.

2.— Aunque Irlanda del Norte (e Irlanda antes de ésta) permaneciese durante buena parte del siglo bajo control del ejecutivo de Westminster (S. XIX – 1921; 1972–1998), las particularidades del desarrollo de la clase obrera en el territorio son escasamente mencionadas y no aportan los enriquecedores contrapuntos de la gran narrativa de la obra, que es mucho más evidente en la isla de Gran Bretaña.



En la propuesta de contenidos de su libro: ese «ascenso» se produce a partir de uno de los dos puntos de inflexión de la historia reciente británica representado por la Segunda Guerra Mundial y sus inmediatas consecuencias en 1945; mientras que la caída queda personificada en el otro gran punto de inflexión de la narrativa, con la victoria de Margaret Thatcher en 1979. Este marco interpretativo —por su simplificación— es efectivo, ya que posibilita la identificación de un hilo conductor a partir del cual se reseña la historia reciente de Gran Bretaña. Por otro lado, la autora no le resta complejidad, al sumar en el mismo un

conjunto de fenómenos políticos, sociales, culturales y económicos que mediaron en el desarrollo de la clase obrera como agente histórico.

La fluidez narrativa entre los pasajes del libro permite un recorrido continuo a lo largo de los momentos clave de la historia del siglo veinte en el país, a través del cual Todd traza magistralmente el impacto de estos grandes fenómenos sobre las vidas corrientes de la clase obrera a lo largo y ancho del territorio. La variedad de los testimonios permiten componer una imagen en movimiento de mujeres y hombres, militantes, sirvientes domésticos, mineros, obreros del textil, tenderos, obreros de la automoción o trabajadores *white collar* en diferentes puntos y momentos de la historia del país en el que se producen cambios muy significativos como: las transformaciones en el modelo industrial y productivo, con el surgimiento de nuevas industrias, nuevos sistemas de producción (la introducción de la cadena de montaje, conocido en el país como el *Boudeauux system*); las transformaciones de la economía doméstica de la clase obrera con la introducción de la mujer en nuevos puestos no especializados —subvirtiendo los roles de género tradicionales como la figura del *male breadwinner*—; o el surgimiento de nuevas formas de ocio y consumo propias de la clase obrera, como los *dance halls* o la irrupción del cine como fenómeno de masas —para el horror de muchos ‘observadores’ y analistas sociales de la burguesía—.

Estas primeras transformaciones aparecen de forma clara ya en la primera parte de la obra («Servants: 1910–1939»), que toma el año 1910 como el momento de disrupción social y política más importante de Gran Bretaña antes de la Gran Guerra: el incremento de la movilización sindical, el movimiento sufragista, la reforma para la autonomía irlandesa y el primer salto po-

lítico y electoral del laborismo como partido (con el Labour Party, fundado en 1906) ejercían una presión democratizadora que el régimen liberal británico trataba de sortear. Ese plácido «mundo de ayer» del liberalismo europeo —y de los *edwardian years* en el país, ‘una larga fiesta en el jardín, en una tarde dorada’, p.15— tocó su fin en 1914, para experimentar tras cuatro largos años de conflicto, un punto de no retorno^[3]. Por tanto, aunque no se menciona de forma explícita en la obra, estos años de toma de conciencia, de crecimiento organizativo de la clase obrera y de la construcción de una cultura e identidad articulada para transformar y subvertir el orden liberal son producto de la acumulación de un «largo siglo diecinueve» catalizado por el conflicto bélico^[4]. Este «servicio» (en el sentido burgués del sirviente doméstico, colectivo al que Todd dedica el primer capítulo de la obra para ilustrar la analogía de la «domesticidad» de la clase obrera) no se resquebraja súbitamente en 1939 sino que sale herido de muerte de 1918, como demuestran los años de la desmovilización bélica, la elevada conflictividad laboral y las primeras transformaciones profundas de los derechos de sufragio en 1918^[5].

Sin embargo, el aspecto más estimulante e ilustrativo que se deriva del análisis de Todd permite seguir la evolución, contra-

3.— Stefan Zweig, *El Mundo de Ayer: Memorias de un Europeo*, Barcelona, El Acantilado, 2012.

4.— Aunque formalmente la narrativa de Todd recuerde a la propuesta de Eric Hobsbawm, *The Ages of Extremes: A Short History of the Twentieth Century, 1914–1991*, Londres, Michael Joseph, 1994; su interpretación tiene mucho más sentido si se tiene en cuenta la dinámica previa de las últimas décadas del siglo anterior.

5.— La People Representation Act de 1918 extiende para las elecciones generales del mismo año el derecho a sufragio a todos los hombres mayores de 21; y a mujeres mayores de treinta propietarias. Sin embargo, el sufragio universal completo no se introduce hasta diez años después.

dicciones internas del instrumento político de la clase obrera, creado a partir del impulso del trade unionismo (Labour Representation Committee, 1900) y pensado para servir a los intereses de su clase. En el libro, el Labour Party es protagonista implícito de las fortunas e infortunios de la clase obrera británica a lo largo del siglo veinte hasta el presente. Alejado del poder en la primera parte de la obra (con dos efímeros gobiernos minoritarios en 1924 y 1929–1931, respectivamente), el partido y ese ascenso de la clase obrera toman importancia a partir de la Segunda Guerra Mundial y la construcción del mundo de posguerra. Sin embargo, en los años anteriores Todd dedica un espacio a otro de los momentos clave de esta historia (esos «puntos de inflexión» de los que habla su autora) como es el año 1926 y la convocatoria de una Huelga General (y posterior capitulación) por parte del Consejo General del Congreso de las Trade Unions (TUC). En estos instantes, la acción colectiva de la clase obrera de mayor envergadura de su historia reciente traspasaba claramente las fronteras de la lucha económica, y pasaba a ser un planteamiento abiertamente político contra las carencias de la democracia británica. Frente a esta situación la dirección del partido mostró su compromiso con la moderación institucional arraigada en la cultura política dirigente del país: la acción sindical quedaba delimitada a la negociación sobre condiciones laborales y económicas, mientras que ‘las demandas para cualquier cosa que se encaminara hacia una mayor igualdad económica y social eran perseguidas como «inconstitucionales»’, p.58.

Otro de los grandes aciertos de *The People...* es la contextualización de su segunda parte (*‘The People’*, 1939–1968) como consecuencia directa, no solo de la guerra, sino del hervidero de nuevas transformaciones en la izquierda política del país durante los

años treinta, y las condiciones impuestas por los sucesivos gobiernos de concentración nacional. La crisis económica provocó una pauperización galopante entre buena parte de la clase obrera del país llevando al desempleo a un número inaudito de personas hasta la fecha, que se topaban con unos servicios asistenciales muy precarios y con carácter punitivo, que culpabilizaban a las propias víctimas de su situación personal^[6]. De aquí surge otra de las grandes continuidades de la historia reciente británica, que tiene sus raíces en la decimonónica Poor Law, y que pretende trazar una línea entre aquellos ‘genuinamente buscando trabajo’ (los pobres merecedores de ayuda, «the deserving poor») y aquellos ‘inútiles y holgazanes’. Esta situación, junto con la crisis que el fascismo abrió en la escena internacional, generó un espacio en la izquierda política totalmente inédito, entre laboristas, socialistas, liberales y comunistas. Este Frente Popular desarrolló una cultura militante que, pese a no tener consecuencias políticas antes de la guerra, catalizó una conciencia colectiva sobre el bienestar social universal que, ayudada por un esfuerzo de guerra soportado de forma desigual sobre los hombros de la clase obrera (p.140), materializó el nacimiento de «The People» en 1945, cuando se produjo el triunfo electoral aplastante del laborismo, con Clement Attlee a la cabeza. Ese *Spirit of ’45* que (des) dibuja parcialmente Ken Loach en su conocido film, encuentra aquí el necesario contrapunto al incluir ese *milieu* antifascista en el que participaron principalmente los comunistas y la izquierda laborista. Entre es-

6.— Conocido como el Means Test, los oficiales encargados de aprobar estas insuficientes ayudas al desempleo inspeccionaban personalmente los bienes de los solicitantes para comprobar que no tenían otros medios para subsistir (como la venta de objetos de algún valor) o no se gastaban el dinero de forma «irresponsable», hecho que les hacía caer en la categoría de los *non-deserving poor* y les descalificaba para reclamar ayuda alguna.

tos últimos encontramos a *Red* Ellen Wilkinson (Ministra de Educación en 1948) o Nye Bevan (Ministro de Sanidad y Vivienda, fundador del National Health Service y del nuevo esquema de planificación de vivienda pública a manos de los ayuntamientos), los responsables de emprender la extensión universal de la protección social.

Sin estar exentos de crítica por parte de Todd (por su ejecución 'top-down', p.159) estas reformas fueron víctimas de una pronta deformación por los sucesivos gobiernos conservadores, los condicionantes de la Guerra Fría, el atlantismo laborista y la extensión del Plan Marshall en suelo británico. En este punto, la disputa por la hegemonía política y cultural en el país se evidencia de forma clara con la construcción de la alternativa conservadora por los sucesivos gobiernos de Churchill, Eden o MacMillan en la década de los 50, en la que se empezó a promocionar la idea del nacimiento de una sociedad de la afluencia (pero socialmente dividida), en la que se promociona el acceso en masa a los bienes de consumo, la cultura meritocrática (aún partiendo de una desigualdad permanente) y en el que se fundamentan conocidos mitos muy resistentes: como el de la movilidad social y el de la extensión progresiva (y tendiente a la totalidad) de la nueva clase media. No es casual que incluso el laborismo de 1964, puso en primera línea como presidenciable al arquetipo meritocrático de Harold Wilson (p.262). En este sentido, no resulta extraño que la autora considere la tercera parte de la obra como los inicios de la «caída», en un momento tan temprano como en 1966 («The Dispossessed, 1966–2010»), bastante antes de la llegada de Thatcher al poder. Esa «New Britain» de Wilson (pp. 275–298) impulsó nuevas reformas en el sistema educativo y la extensión del parque de vivienda pública, pero también se experimentaron los

síntomas de una contracción industrial en Gran Bretaña que implicó: la asunción de la ortodoxia «menos salario y menos seguridad» en los puestos de trabajo; y una lógica movilización sindical atajada con las primeras maniobras legislativas del laborismo para limitar la influencia de las trade unions. Así el balance del gobierno Wilson combinó la aceptación de la subordinación económica y política de la clase obrera, con la extensión de derechos y libertades individuales (despenalización del aborto y la homosexualidad, 1967), así como la promoción de políticas de igualdad de género y raza (Race Relations Act, 1965; Equal Pay Act 1970). Pero sin duda, después del interludio conservador del Gobierno Heath, el gobierno laborista de Callaghan de 1974, en plena eclosión de la crisis del petróleo, protagonizó uno de los pasajes recurrentes de la historia reciente de la Europa Occidental y de las contradicciones de la izquierda política laborista o socialdemócrata: el gobierno Callaghan pidió ayuda económica al Fondo Monetario Internacional, mientras que su Ministro de Finanzas Denis Healey aceptó la contracción del gasto público en retorno al préstamo del organismo internacional (p.311), haciendo de este episodio el primer acto de «thatcherismo primitivo» y el cambio de lógica total del planteamiento de 1945.

Esta 'caída' no pudo ser más acentuada tras la llegada de los largos años del conservadurismo en su nueva forma, con Margaret Thatcher en el poder desde 1979, que hicieron de «TINA» su norma: «There is No Alternative». Pese a que estos años tienden ser considerados retrospectivamente como un hecho contrastado (la ausencia de alternativa política y económica), Todd se encarga de rescatar esas voces del disenso colectivo: el descontento generado entre las comunidades de la clase obrera en distintos puntos geográficos del país; la pre-

caria consolidación de Thatcher en el poder hasta mediados de la década de los ochenta, solo restaurada tras el baño patriótico–mediático de la Guerra de las Malvinas; o la gran movilización sindical y social derivada de la huelga de la minería en 1984–1985. Sin embargo, la sombra del Thatcherismo se evidencia larga y consistente en la renovación neoconservadora del mito de la sociedad ociosa y dependiente de ayudas, que se cebó especialmente con los la clase obrera más desfavorecida. Una línea que se puede seguir hasta la actualidad con el arquetipo del «gorrón» (*scrounger*) de todo tipo de ayudas viviendo a costa del esfuerzo de los contribuyentes, habitualmente, en alguna de las promociones de vivienda pública subsidiada (*council estate*), lo que no deja de ser otra cosa que una imagen demonizada de la clase obrera en su conjunto^[7].

La primera víctima política del Thatcherismo fue el propio Labour Party, que durante la década de 1980 se vio inmerso en un profundo e intenso debate (incluso con una escisión socio–liberal mediante) que acabó arrinconando las corrientes del trade unionismo militante y del socialismo británico (representado por políticos como Tony Benn) y puso a Neil Kinnock al frente de un Labour Party camino hacia el abandono de su planteamiento de clase (hacia una «classless society»), que tomó su forma definitiva con el New Labour de Tony Blair, la conocida «Tercera Vía» y el nuevo proyecto de construcción nacional «alternativo» al conservadurismo. Pese a que lógicamente Todd no puede dedicar mucho más espacio a esta etapa crucial de los años más recientes de la historia británica por el ambicioso objetivo global de su trabajo, los debates en el seno del laborismo de esta época (en la que historiadores como Eric Hobsbawm

realizaron alguna que otra notoria contribución^[8]) son cruciales (más bien, otro punto de inflexión) en la contribución a la caída (que no desaparición) de la clase obrera en la escena política del país.

Por último, es una buena noticia que en la segunda edición del libro, Todd haya incluido un epílogo sobre los años 2011–2015 para analizar el «estado en el que nos encontramos» valorando los años de la administración conservadora de Cameron, en el que la autora aprovecha para desmontar varios mitos que se han ido construyendo durante décadas y que perviven en la actualidad como: el estado del bienestar como el origen de la crisis y la apelación al trabajo duro para superar la misma; el bloqueo de oportunidades de la clase obrera a causa de las mujeres y los inmigrantes (una constante desde Enoch Powell hasta el UKIP); el mito de la movilidad social como solución a la desigualdad; la ausencia de una alternativa se produce por la avaricia y el egoísmo generalizado de la gente. En este último punto, se ofrece una clave interpretativa sobre los escasos índices de participación política de la clase obrera en los años recientes, en la que se evidencia que, no son fruto de tal adopción de la cultura del individualismo extremo y la apatía sino que, posiblemente, su órgano de representación política tradicional ha dejado de ser tal. Como nota Todd: la identidad y la experiencia de clase no ha desaparecido, solo ha decaído (como demuestra a lo largo de su obra) su influencia para ejercer un control político y económico sobre sus propias condiciones de existencia. Tal vez, los acontecimientos más recientes en el seno del Labour Party del último año, puedan ofrecer una entrega adicional de la obra en el futuro.

7.— Owen Jones, *Chavs. The demonization of the Working Class*, Londres, Verso, 2011.

8.— Eric Hobsbawm, *Politics for a Rational Left, Political Writing: 1977–1988*, Londres, Verso, 1990.

El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España, de J.L. Martín Ramos*

Pablo Montes Gómez

Doctorando por la Universidad de Oviedo

No era un pensamiento original suyo —al menos ya lo había enunciado anteriormente Walter Benjamin—, pero Christopher Hill tenía razón en afirmar que cada generación debe escribir su propia historia. Extraños son los libros que, como el que tenemos entre nuestras manos, puedan aspirar a constituirse en nexo intergeneracional. Y es que pocas veces el trabajo de un historiador tan veterano y experimentado como José Luis Martín Ramos posee, juntamente a un vasto conocimiento de la materia que aborda, la virtud de ser fresco e innovador. El mérito es seguramente mayor al tratarse de un libro de ensayo, que supone una auténtica consagración a toda una vida como historiador dedicada a «la victoria y la derrota de la democracia» en nuestro país.

Al lector, aun no compartiendo todo o ni tan siquiera el grueso de lo que el autor plantea, forzoso le resultará reconocerle su rigor y honestidad. De lo primero se deja constancia desde el primer capítulo; de lo segundo un reconocimiento explícito en el preámbulo: «Lo que yo ofrezco es una interpretación beligerante, que defiende el valor histórico y ético de la Segunda República». Considerando, con Gramsci, que la indiferencia es el peso muerto de la historia, uno no puede por menos que agradecer una declaración de intenciones tal, tan sana y creativa intelectualmente hablando. Y tan inhabitual.

* José L. Martín Ramos, *El Frente Popular: Victoria y derrota de la democracia en España*, Barcelona, Pasado y Presente, 2016



Ciertamente, otros muchos autores en otras obras no nos tienen acostumbrados a tanta transparencia, siendo moneda de cambio habitual en nuestro país —y no sólo en él— encontrar trabajos no menos combativos que sin embargo buscan colarse en el tejido social colgándose la etiqueta de «neutros».

Estamos, pues, ante un libro valiente que sale al paso de las interpretaciones que, según afirma el autor, aún dominan en los ámbitos académicos y de divulgación, lo que él

llama «la cultura histórica social». Algo así sólo puede ser celebrado. Porque ejercicios como éste apuntan a un síntoma (uno de ellos) del grave mal que padece nuestra historiografía, a saber: que la brecha existente entre la sociedad y la academia es justa y merecida. Ha llegado a constituirse en lugar común entre los historiadores españoles aludir con frecuencia a la escasa incidencia social que tiene nuestra disciplina, lo cual es muy cierto, pero esta evidencia, en los últimos años, ha caído a plomo sobre nosotros. Se ha hecho de todo punto manifiesta para aquel que quiera verla. El desfase, la falla existente entre las interpretaciones que imperan en el ámbito historiográfico en torno a aspectos como el ascenso y posterior caída de la democracia republicana, y las actuales demandas provenientes de la ciudadanía, cuyos agravios pivotan precisamente en torno a la baja intensidad democrática —o a la fuerte incidencia del elemento oligárquico— en nuestro sistema de representación, desvelan el distanciamiento. Martín Ramos pone todo esto en primer plano a través de la interrupción forzada de la experiencia de los años treinta. De esta forma, este esfuerzo *de combate* por la historia que tenemos hoy aquí, aunque no baste, contribuye a entender esto, pues constituye un ataque frontal al funcionalismo imperante en nuestra academia y discurso político oficial.

Centrado en el esfuerzo por concederle su merecido lugar en nuestra historia, se dedican nada menos que tres de sus seis capítulos a exponer la génesis de formación del Frente Popular y su implantación en España. El capítulo I se justifica en el escaso conocimiento que «salvo excepciones», según él mismo afirma, se tiene de la realidad del *Komintern*. El contexto histórico e internacional, así como su concreción a la realidad política y social de España se encuentran adecuadamente en esas páginas. Los debates, las discrepancias y las reticen-

cias internas, que llevaron a la IC a rectificar su política anteriormente sectaria del «clase contra clase» o el «frente único» en pos de la colaboración interclasista, son aquí desgranadas gracias al exhaustivo conocimiento que de la III Internacional exhibe el autor. Así, teorías conspirativas emanadas del conservadurismo más reaccionario como la del complot de Moscú para instaurar una república soviética en España o su posterior actualización por medio del llamado «Caballo de Troya», que indica que el objetivo comunista nunca fue otro que la toma del poder, son desmontadas con minuciosidad.

Porque como sostiene con firmeza Martín Ramos, la estrategia frentepopulista siempre dependió de la fuerza de los PC. Ello se prueba en las notables diferencias entre países y el momento del que se tratara. Así, la alianza electoral entre socialistas y radicales en la Francia de 1924 tuvo muy poco que ver con la que se alcanzaría en 1936, pero la novedad no residió únicamente en el apoyo comunista al resto de partidos, sino en el cambio de estrategia. En general, la socialdemocracia fue reticente a adoptarla, también en España. De hecho, en nuestro país no han sido pocos los que han querido identificar la propuesta del Frente Popular con una especie de reedición del pacto republicano-socialista, minimizando de esta forma la aportación del PCE. En Bélgica, uno de los principales líderes del Partido Obrero Belga, Paul Henri Spaak, llegará a desdeñarla por considerarla «centrista». Y es que como expone con gran sagacidad Martín Ramos, en el momento en que los comunistas no dispusieron de la fuerza suficiente para ser considerados imprescindibles, los socialistas descartaron su iniciativa.

A decir verdad, no es en absoluto común hallar explicaciones tan completas de este intrincado período, capaces de situar la argumentación en diversos momentos y lugares. Entender la importancia crucial que los

tempos, las culturas socio-políticas así como las experiencias de los diferentes países jugaron en el devenir de los acontecimientos se hace esencial. Sirvan como muestra nuevamente los ejemplos de Bélgica o Francia, en donde los altos representantes del movimiento obrero reaccionaron inicialmente ante el fascismo proponiendo una alianza entre las clases medias y el proletariado industrial sobre la base de una «hegemonía de los valores y prejuicios de esas clases medias», temerosas de su proletarianización y su hondo rechazo al colectivismo, lo que acabó acercando a sus promotores al fascismo. Nombres como Manuel Déan, Adrien Marquet, Henri de Man o el propio Spaak así lo testifican. Ningún proceso histórico es estático, mucho menos aún el de entreguerras, por lo que no marcar bien sus etapas puede comportar consecuencias irreversibles para el análisis. La meticulosidad de que hace gala Martín Ramos le hace moverse constantemente en la intercalación de la lupa y el telescopio, atendiendo incluso a fenómenos de duración secular, al tiempo medio y el tiempo corto. Así, es capaz de llevarnos de los despachos del *Komintern* en Moscú a las sedes de las organizaciones obreras de Barcelona, Madrid o París y, de ahí, a las pequeñas agrupaciones locales de España. Incluso se retrotrae a los inicios del Estado liberal para ilustrar que la supuesta polarización política, tantas veces atribuida al resultado de la victoria de las izquierdas, no era un fenómeno ni nuevo ni característico en éstas.

Sería laborioso enumerar todas las polémicas y mitificaciones que Martín Ramos aborda con el objetivo de desarticularlas. Como es natural, octubre de 1934 ocupa un espacio importante, pero también se desarrollan ampliamente otras como la supuesta pérdida de apoyos de las izquierdas a partir de 1933 y el consiguiente viraje de la opinión hacia la derecha, la oposición y radicalización antigubernativa de las izquierdas

obreras, o la idea sobre la que varios autores han insistido en los últimos años, tendente a considerar que dicha actitud intransigente colaboró de modo decisivo a que no surgiera una opción de centro que pudiera equilibrar la República, también son abordadas con elocuencia y gran aportación documental, de tipo tanto micro como macro.

La idea de la polarización política inunda obviamente el conjunto de la obra. Un trabajo entonces notablemente novedoso en este sentido lo representó el de Rafael Cruz (*En el nombre del pueblo*, 2006), en el que se contestaba esa creencia tan extendida en nuestro país en sentido arriba-abajo según la cual un exceso de política puede conducir al conflicto. Otros estudios relacionados con esta problemática, como el de la violencia política que testimonian nombres como Eduardo González Calleja o José Luis Ledesma, han venido también a romper ciertos tópicos —o mejor, mitificaciones— y son muy bien aprovechados por Martín Ramos. En su capítulo IV aborda la cuestión de la conspiración y posterior golpe contra la República bajo la excusa de la ingobernabilidad (inestabilidad, inseguridad, etc.) y la tensión social provocada principalmente por la izquierda proletaria. Y pone en cruda evidencia que el levantamiento armado contra la legalidad republicana no fue más que el último recurso de las derechas antirrepublicanas contra el reformismo, el cual aborda con cierto detalle en dicho capítulo, subrayando que todas las políticas seguidas venían discutiéndose en las democracias parlamentarias del entorno, en ningún caso fueron políticas revolucionarias.

Aborda asimismo, como no podía ser de otro modo, la victoria de las candidaturas de izquierdas en las elecciones de febrero, poniendo énfasis en la discusión de la misma por la publicística iniciada en el mismo momento en que ésta se produjo. Merece la pena citarse, como ejemplo del nivel de mi-

nuciosidad analítica del estudio, el repaso que realiza a aquellos resultados electorales, en los que incluye las provincias en que fue necesaria una segunda vuelta para decidir o las tres en que los mismos fueron impugnados (casos de Cáceres, Cuenca y Granada). Estos últimos resultan reveladores por lo menos en dos sentidos: que reforzaron la victoria de las candidaturas de izquierdas; que desvelaron la deriva conspirativa de esas derechas, mostrando un acercamiento a Falange, con la que llegaron a presentar por Cuenca a José Antonio Primo de Rivera y al general Francisco Franco.

Los dos últimos capítulos vienen dedicados a la sublevación militar y a la evolución del frentepopulismo durante la guerra, abordando problemáticas como las de la revolución y la defensa de la democracia por parte del obrerismo. Así, aparecen las fricciones entre el PSOE y los republicanos en torno al Frente Popular, en cuestiones tales como la elaboración de las candidaturas para las siguientes elecciones municipales que, en ningún caso, llegaron a poner en entredicho el pacto de gobierno. También en aspectos como los problemas en torno al orden público. No hará falta recordar que aquellos meses son ricos en las polémicas que desataron. Pero si algo sobresale en importancia es el argumento de fondo. Presente ya en varios capítulos en los que trata la reacción conservadora a la labor reformista del primer bienio, sitúa la motivación última del golpe de Estado en algo que puede decirse que, aunque no sea un argumento nuevo, hoy comienza lentamente a abrirse camino entre nuestra historiografía: que el problema del malestar de las derechas en la aplicación de las leyes —entre las que destaca la de Reforma Agraria—, lejos de tener su motivación en supuestas radicalidades y excesos del gobierno frentepopulista o de la acción incontrolada de las masas, fue su mero *cumplimiento*. Esto fue lo que para unos secto-

res dominantes, que habían vivido tradicionalmente en la costumbre de ver cómo no eran aplicadas las leyes de carácter social, resultó intolerable. El golpe de Estado no fue más que, como desgrana Martín Ramos, la consumación de una elaborada conspiración que no sólo afectó a los militares o a Falange, encargada de recibir apoyo económico que se brindaba desde Italia, sino que fue promovida, alentada y financiada por las élites sociales presentes en los sectores financieros, patronales y de la gran propiedad agraria. Y que por supuesto recibió el apoyo de una parte importante de la clase media.

Bien ordenado, como es característico en su autor, la estructura del libro ayuda enormemente al lector a seguir por los múltiples entresijos de un muy complejo proceso, tan enmarañado posteriormente por argumentaciones tendentes a justificar un golpe de Estado contra la democracia española y una larga guerra. Pero sin el menor atisbo de duda, la mayor virtud que aquí se ofrece es esencialmente una enriquecedora discusión, en su mejor y más sano sentido historiográfico.

En resumen, esta obra de ensayo es, en el más estricto sentido, un intento (exitoso en nuestra opinión) de aplicación de la VI tesis de la Historia de Walter Benjamin, en la que el filósofo marxista alemán afirmaba rotundo lo que con tanto afán pretendió hacer el grupo de historiadores del Partido Comunista Británico, que en cada época, en cada generación, «es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo». Este libro es, *sensu stricto*, de esta época y este presente a pesar de lo que el salto generacional pueda dar a entender. Y es que «encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si éste vence».

Poder, economía y sociedad en el sur. Historia e instituciones del capitalismo andaluz, de Carlos Arenas Posadas*

Carlos Martínez Shaw

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

Nos hallamos, para decirlo ya de entrada, ante un libro básico, un libro necesario. Hay que señalar que para ello su autor se ha beneficiado de una dilatada experiencia docente e investigadora como profesor de historia económica de la Universidad de Sevilla, donde ha desarrollado también una larga labor de gestión, principalmente como decano de la Facultad de Ciencias del Trabajo hasta su reciente jubilación. Puede presentar además una abundante bibliografía, compuesta por más de cincuenta trabajos, esenciales algunos de los referidos a la Sevilla contemporánea, esencialmente a la Sevilla de los perdedores. También es un historiador de la empresa, con dos espléndidas monografías: *Empresa, mercados, mina y mineros: Ríotinto (1873-1939)*, publicación de 1999 dedicada a uno de los grandes centros del capitalismo industrial andaluz, y *La Cartuja de Pickman: la primera fábrica de cerámica artística y loza de España, 1899-1936*, publicada en 2007.

El libro de Carlos Arenas, dicho muy brevemente, habla con conocimiento de causa del capitalismo andaluz, pero también del capitalismo español, de las bases frágiles sobre las que se ha construido este capitalismo español y las más frágiles aún sobre las que se ha levantado el capitalismo andaluz. Como el autor combina una excelente formación historiográfica con una sentida

* Carlos Arenas Posadas, *Poder, economía y sociedad en el sur. Historia e instituciones del capitalismo andaluz*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2015,.



preocupación por Andalucía y además sabe transmitir con facilidad sus investigaciones gracias a su óptima capacidad comunicativa, la obra, en consecuencia, aparece plétórica de ideas, abundante en sugerencias, con multiplicidad de lecturas, que motivan e incitan a reflexionar acerca de los asuntos tratados. Las ideas son sintetizadas además con frases de extraordinario acierto que resumen muy bien lo que se quiere transmitir, todo lo cual tiene que ver con fenómenos históricos muy complejos. Un ejemplo es el capítulo que se titula *De señores a señoritos*: es muy difícil encontrarse con una expresión más lograda para identificar un

proceso histórico, pues eso es exactamente lo que ocurrió en Andalucía en el siglo XIX.

Hay que señalar también que estamos hablando de un libro de considerables proporciones, con un ingente número de notas a pie de página y una excelente bibliografía como demostración de sus sólidos fundamentos. En este sentido, el libro, que arranca de Carlos Marx, se ve sustentado en las tesis de una serie de autores que se encuentran entre los más influyentes del pensamiento económico de los siglos XX y XXI. Ahí están Max Weber, Joseph Schumpeter, Paul Krugman o Thomas Piketty, de los cuales ha extraído gran parte de su jugo teórico. Aunque la idea madre proviene de Daron Acemoglu y James Robinson, dos autores que han enmarcado su trabajo acerca del atraso económico en una perspectiva política, difundida a través de una gran cantidad de artículos pero sobre todo a través de un conocido libro de gran éxito, *Why Nations fail. The origins of power, prosperity and poverty* («Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza»). Una obra que ha inspirado a muchos y concretamente ha inspirado a Carlos Arenas. Y es que lo esencial es pensar que una problemática tan densa como es la del desarrollo económico y social de Andalucía requiere finalmente una respuesta política, que es la propuesta por los dos autores mencionados.

Carlos Arenas trata también de captar el origen del atraso andaluz a partir primero de un solo concepto, que luego se extiende en miles de conceptos secundarios. Es la noción de *capitalismo extractivo*, un modelo de capitalismo que se basa sólo en la potenciación de unos contados sectores de bajo rendimiento, con aplicación de gran fuerza de trabajo, con ínfimos salarios, con escasa tecnología y con inversiones que no tienen la rentabilidad debida y cuyo producto además se marcha fuera de la tierra

de origen para ir a engrosar los capitalismos de otras regiones. Por cierto que este análisis sobre Andalucía recuerda mucho al que hizo Antonio Gramsci para explicar el atraso económico, social y político de su Cerdeña natal a fines del Ochocientos.

Por tanto, el *capitalismo extractivo* es un fenómeno fundamental que Carlos Arenas explica como constitutivo de la evolución económica y social andaluza de los siglos XIX y XX y cuya virtualidad confirman los acontecimientos del último siglo e incluso los de este siglo XXI. El modelo de capitalismo secundario, subalterno, extractivo, se agravó a partir de la derrota de 1939, a través de una contrarreforma agraria, basada en los bajos salarios, en la represión generalizada del campesinado y en la existencia de un ejército de reserva (el lumpenproletariado marxista), lo cual produjo una acumulación de capital agrario, una parte del cual se fue hacia las regiones o los países industriales del norte, del mismo modo que una parte considerable de la mano de obra del campo tuvo que buscar su supervivencia en la emigración no sólo hacia el norte de España sino también hacia la Europa próspera e industrializada.

La crisis financiera de 2008, que aparece fuera de nuestras fronteras, ha sido una crisis insólita, tanto que casi nadie se dio cuenta de lo que se estaba fraguando. Pero dicha crisis demostró que el capitalismo andaluz era un capitalismo con pies de barro o, como dice el autor, «con pies de ladrillo y cemento». Por ello hay que pensar que los responsables del desarrollo subalterno de este capitalismo no se deben buscar fuera de Andalucía, sino que, antes al contrario, hay que hallarlos dentro de la propia sociedad de la región. En gran medida, son las minorías dirigentes andaluzas, las minorías adineradas andaluzas las responsables de la marcha que ha seguido este proceso histórico.

Y ello porque, en primer término, los recursos de la región han sido secuestrados por unos pocos. Así, Carlos Arenas nos habla del «secuestro del capital cultural». Antes de 1936, con la persecución de las experiencias laicas republicanas, aquellas que buscaban una mayor socialización del conocimiento, y después de 1939, con la depuración de los profesionales cuando no con los asesinatos masivos de los grupos opositores que disponían de una gran parte de ese «capital intelectual». No por casualidad dedica un capítulo entero al papel de la Iglesia católica, al haber sido siempre un elemento retardatorio, no sólo en España sino a nivel universal, pero muy especialmente en nuestro país, con sus continuas reticencias hacia la cultura y hacia la enseñanza pública.

Pero no solo se menciona al capital cultural. También se habla del capital social secuestrado por las castas dominantes que han marcado la vida de la región. Un capital social desvirtuado por fenómenos como el clientelismo, el favoritismo, o la utilización partidista de lo que viene a llamarse recientemente el «capital relacional». Nos referimos, por supuesto, a los contactos que producen el amiguismo y el nepotismo como instrumentos para colocar en los puestos no a los mejores sino a los que pueden aprovecharse de esas relaciones.

Y queda el capital laboral. Ya sabemos que en Andalucía se ha jugado con un altísimo nivel de desempleo, con unos salarios ínfimos y con una precariedad laboral muy acusada, lo que ha producido una permanente inestabilidad que ha venido pesando sobre la vida entera de la región durante mucho tiempo. De ahí, desde el punto de vista estrictamente económico, la escasa demanda y la escasa capacidad de ahorro, de inversión e incluso, lo más elemental, de gasto, todo lo cual condiciona ese carácter subalterno del capitalismo andaluz.

Hace tres meses una gran personalidad de la vida política europea, Yanis Varoufakis, en un encuentro celebrado en Francia, pronunció una frase muy certera, que es una glosa de otra frase muy famosa que se pronunció en 1848: *Un fantasma recorre Europa, es el fantasma de la democracia*. Entonces era el fantasma del comunismo, ahora es el fantasma de la democracia. ¿Por qué? Lo dice también Carlos Arenas: la democracia es el enemigo de todas estas castas sociales, de todos estos capitalismos extractivos, de todas estas desigualdades internas, de todas estas situaciones de pobreza, porque la solución final es una solución política. Es en la política donde finalmente se desanuda todo.

Es verdad que, en el momento presente, Andalucía es una de las regiones que mejor se han defendido de los efectos perniciosos de las políticas de austeridad, una de las regiones que mejor han sabido conservar algunos de sus bienes públicos. Sin ir más lejos, ha conseguido preservar su sanidad pública, su educación pública, su cultura pública. Y esto ha sido posible porque ha habido una situación política que lo ha permitido, mientras que en otros lugares, donde la situación política ha sido diferente, los ataques reiterados y continuos contra la sanidad, contra la educación y contra la cultura pública han sido mucho más apremiantes y despiadados que en Andalucía.

Pero, para el autor, esto no es suficiente. No hay que contentarse con decir que «estamos mejor que otros» en estos campos. Hay que ir más allá, y esto es lo que nos ofrece en el último tramo el libro de Carlos Arenas. Hay que caminar hacia una soberanía alimentaria, energética y financiera en Andalucía. Es necesario algo de lo que se llamó la «reforma agraria» porque se precisa de una actividad agropecuaria sostenible. Es necesario un sistema financiero que no esté al servicio de las minorías especulador-

ras, sino que realmente esté al servicio del conjunto de la población. Es necesario un modelo productivo en el que haya fuertes inversiones intensivas de capital, las cuales permitirán rebajar el paro estructural, fijado en el 35 por ciento para una Andalucía en ese extremo tristemente a la cabeza de las regiones españolas.

Y, además, hay que ser conscientes, y en el libro se nos advierte, de que estamos en un fin de ciclo, de que no solo Europa ha dejado de ser una unidad política o una gran entidad social para convertirse ya sólo en un mercado común, sino que además esta Europa está dejando de ser una madre para convertirse en una madrastra, acosándonos continuamente a través de *ukases* donde se nos exigen recortes presupuestarios, donde se nos obliga a arruinar la calidad de vida de las clases trabajadoras y a conculcar sus derechos (conseguidos a través de una lucha muy dura y prolongada), donde se nos imponen ajustes (es decir reducciones drásticas) en gastos sociales, donde se permite el hundimiento de la inversión pública...

Carlos Arenas da al final unas escuetas ideas de cuáles podrían ser las soluciones.

En primer lugar, hay que conseguir una mejor redistribución de ese capital, el capital económico, social, cultural, relacional. Y, en segundo término, hay que conseguir un desarrollo sostenible que evite el capitalismo especulativo basado en la construcción y el turismo. Hay que combatir esa orientación perversa de la política económica y hay que conseguir el despliegue de un capitalismo mucho más complejo, con inversiones mucho más intensivas. Y sobre todo ello, se impone una concienciación política, pues la política siempre decide en última instancia los destinos de las sociedades.

En suma, nos hallamos ante un libro excepcional, ante la mejor síntesis escrita sobre el capitalismo andaluz de los siglos XIX y XX. Sus conclusiones se imponen por los sólidos fundamentos teóricos del autor, por la amplitud de su investigación, por la claridad con que expresa las ideas y porque hace un análisis de la realidad, no solo parcial o sectorial, sino auténticamente integral. En definitiva, porque practica la historia total que querían tanto Carlos Marx como los padres fundadores de la historiografía moderna, Lucien Febvre y Marc Bloch.

«Italia e Spagna (1945-1975): per trent'anni così vicini e così lontani»*

Cristian Ferrer González

Universitat Autònoma de Barcelona

España e Italia: ya sea por lengua, cultura o incluso religión, las relaciones entre estos dos países mediterráneos han sido siempre estrechas, aún durante el tiempo en que cuyos modelos políticos diferían notablemente. Con ese marco de fondo se desarrolló el XIV Congreso Internacional de Estudios Históricos que bianualmente organiza *Spagna Contemporanea* en la ciudad emiliana de Módena. El profesor Alfonso Botti actuó como mecenas cultural del congreso, materializando nuevamente aquella voluntad con la que nació la revista *Spagna Contemporanea* hace prácticamente un cuarto de siglo: actuar (y él así lo hizo) como puente entre las investigaciones desarrolladas en y sobre España e Italia.

Ismael Saz fue el encargado de realizar la conferencia inaugural en la imponente Aula Magna de la Università di Modena e Reggio Emilia. Con una ponencia titulada «Nacionalismo y fascismo en España e Italia», la intervención de Saz no dejó indiferente y suscitó un debate tan interesante como de actualidad sobre las «continuidades fascistas» en el post-fascismo. A la charla inaugural de Saz, y dentro de este primer bloque con el que abrió el congreso, le siguieron las ponencias de Pablo del



Hierro, español residente en Maastricht, y la de la italiana afincada en Madrid, Laura Branciforte. Estas dos primeras ponencias versaron sobre las relaciones políticas y diplomáticas hispano-italianas durante un período clave para ambos países como lo fue el de la Segunda Guerra Mundial y su postguerra, época en el que una aislada España franquista requería reconocimiento internacional tras evidenciarse que el Eje Roma-Berlín saldría con toda seguridad derrotado de la contienda. Los ponentes arguyeron la fluidez diplomática entre ambos países a pesar de sus antitéticas características políticas: una República Italiana surgida del antifascismo, por un lado, y la España de Franco nacida de una guerra fascista, por otro. Relaciones que, sin embargo, fueron más allá de lo estrictamente económico y sobre las que todavía tenemos un conocimiento parcial, pese a la biografía

* XIV Convegno Internazionale di studi storici di Spagna Contemporanea; «Italia e Spagna (1945-1975): per trent'anni così vicini e così lontani», Modena, 2-4 de diciembre de 2015

existente.^[1]

La primera jornada de congreso la clausuró el español cuasi sardo Gabriel Andrés, con la exposición de su interesante investigación sobre las traducciones al castellano de novelas italianas durante las décadas de 1940 y 1950. En concreto, en su ponencia nos habló sobre la política de censura aplicada a las novelas, lo que Andrés definió como una auténtica «batalla del libro».^[2] Sin duda, una interesante aproximación cultural al franquismo y las relaciones hispano-italianas de enorme e inexplorado recorrido, a pesar de las honrosas aproximaciones a la temática existentes.^[3]

Las transformaciones socioeconómicas, los intercambios culturales y las relaciones diplomáticas bilaterales que ambos países experimentaron a lo largo las década de 1950 a 1970 —tales como el consumismo, las migraciones desde el *mezzogiorno*, el catolicismo (pre)conciliar o el mismo proceso de integración europea— fueron objeto de la sesión celebrada al día siguiente en el

Istituto Storico della Resistenza, estancia que acogió el resto del encuentro. Marco Cipolloni, Giulia Quaggio, Michelangelo Di Giacomo, Mireno Berretini, Giuliana Laschi y Rosa Pardo fueron los ponentes que intervinieron. El húmedo frío emiliano fue suplido por el calor del debate que se desarrolló a raíz de sus intervenciones. Por la tarde, cuando aparentemente el ambiente no podía ser ya más acogedor, irrumpió un elemento que ocuparía el resto del congreso y que aportaría un extra de vigor al mismo: la política. Abordaron las relaciones de tipo político entre España e Italia Emanuele Treglia, Jorge Torres Santos y Steven Forti. Voy a detenerme en la intervención del primero —a la sazón miembro del Comité Científico del congreso, junto a Cipolloni y Pardo— por el interés que el tema puede tener para los lectores de esta revista: la solidaridad antifranquista en Italia.^[4]

Pese a lo que uno pudiera presuponer antes de escuchar su intervención, esta no se refirió a las manifestaciones de protesta que esporádicamente se producían en Italia como consecuencia de la política represiva desarrollada en España contra la oposición y cuyo impacto en Italia no logró ser más que un aliento simbólico para el antifranquismo. Contrariamente, Treglia sacó a la luz y sistematizó las numerosas acciones colectivas que a menudo pusieron en un aprieto a las autoridades de ambos países y cuyo impacto político fue notorio.^[5] Desde

1.- A este respecto, disponemos de investigaciones de los propios ponentes, como el dossier coordinado por Laura Branciforte «La República italiana y la dictadura franquista. Relaciones política y culturales», en *Historia del Presente*, 21 (2013), o la monografía de Pablo del Hierro, *Spanish-Italian relations and the influence of the Major Powers, 1943-1957*, Londres, Palgrave MacMillan, 2015.

2.- Gabriel Andrés, *La Batalla del libro en el primer franquismo. Política del libro, censura y traducciones italianas*, Madrid, Huerfano & Fierro, 2012.

3.- Seguramente la más reciente de ellas sea la de Fernando Larraz, *Letricidio español. Censura y novela durante el franquismo*, Gijón, Trea, 2014. Existen también algunas obras colectivas que han abordado aspectos concretos de la censura literaria como el de Georgina Cisquella, et. ali. (coord.), *La represión cultural en el franquismo. Diez años de censura de libros durante la Ley de Prensa, 1966-1976*, Barcelona, Anagrama, 2002; Eduardo Ruiz Bautista (coord.), *Tiempo de censura. La represión editorial durante el franquismo*, Gijón, Trea, 2008, así como otras aproximaciones a la censura desde un punto de vista cultural determinado, como el de la música: Xavier Valiña, *Veneno en dosis camufladas. La censura en los discos de pop-rock durante el franquismo*, Barcelona, Milenio, 2012.

4.- El ponente publicó en 2013 una artículo de autoría compartida con otro de los organizadores del congreso sobre la solidaridad antifranquista en Italia, aunque en Módena reconoció haber podido indagar mucho más en la temática: Javier Muñoz Soro y Emanuele Treglia, «La política de la fuerza o la fuerza de la solidaridad: franquismo y antifranquismo en la Italia de los años sesenta», *Historia del Presente*, 21 (2013), pp. 81-98.

5.- Poco antes del encuentro, la prensa española dedicó un artículo a un episodio del que se cumplían 40 años: Alfredo Relaño, «El Barça, 'non grato' en Roma por culpa de Franco», *La Vanguardia*, 1/11/2015, disponible online

el boicot de los operarios genoveses a los barcos españoles provenientes de Barcelona, hasta la ausencia de un representante italiano de relevancia en la ceremonia de coronación de Juan Carlos como rey de España, estos episodios descansaban en la extensa red de solidaridad que el antifranquismo —especialmente a través de la Delegación Exterior de Comisiones Obreras— y el antifascismo italiano habían tejido desde largo tiempo atrás. Era una solidaridad, nos dijo Treglia, que no se circunscribía únicamente al ámbito comunista o a la izquierda italiana, sino que englobaba a los amplios sectores de la Democracia Cristiana de impronta antifascista. Esperemos que la intervención de Treglia tenga continuidad debido al ingente, si bien fragmentario, material existente y su interés histórico. Sin duda, un estudio pormenorizado de estas relaciones podría fácilmente convertirse en una monografía, puesto que el tema resulta atractivo y, por qué negarlo, su interés hace que tenga un público potencial elevado.

Por su lado, Jorge Torres Santos abordó en su ponencia la potente organización sindical italiana CGIL y la influencia y relaciones internacionales que sobre aquella tuvieron CCOO.^[6] Torres Santos focalizó en la influencia que CCOO tuvo como sindicato unitario, una meta que sobrevolaba todo el espectro izquierdo de Europa en los años sesenta y setenta.^[7]

Desde otra perspectiva, Steven Forti —a quien se le percibía cómodo sacando a re-

lucir su conocida faceta de melómano conjugada con su oficio de historiador— nos habló de algo ineludible para cualquier estudioso de las izquierdas en los años sesenta y setenta: la música de autor. Focalizó, además, en un aspecto concreto: la transmisión a las nuevas generaciones de la memoria antifascista a través de la *cançó*. No faltó un análisis del entramado discográfico y de las intensas redes de intercambio, colaboraciones y *guiños* entre los propios autores. Pienso que no es una falta decir que fue un análisis necesariamente parcial, pero que fue completado y enriquecido por las aportaciones desde el público —bien fuese por experiencia directa como por conocimientos adquiridos. Ello contribuyó a la construcción colectiva de ese puzzle musical, del que Forti presentó un sugerente esbozo. Queda todavía mucha vía por recorrer en esta materia y, de nuevo, los vínculos hispano-italianos volvieron a mostrarse como un fecundo campo de trabajo en la historia cultural de ambos países, tal y como Forti evidenció.

Como por desgracia suele ser habitual en la mayoría de congresos de historia, la parte que sin duda siempre necesita mejorar es la relatoría de comunicaciones. Quizá debamos preguntarnos si el formato de relatoría es el más adecuado para los intereses de los comunicantes; si les pareció suficientemente enriquecedor a las asistentes, en su totalidad venidas desde España, el viaje hasta Módena. No debe ser achacado en exclusiva a este congreso, ni mucho menos, sino que, por desventura, es extensible a otros encuentros de similares características. Puede que sea un problema de formato o quizá debemos cuestionarnos si la valoración pública de trabajos iniciáticos frente a un público formado, en gran parte, por los referentes que los jóvenes investigadores tratan de *superar* —o en ocasiones ni tan siquiera eso— es en el mejor espacio

en: http://deportes.elpais.com/deportes/2015/11/01/actualidad/1446401888_926233.html

6.- Sobre las relaciones CGIL-CCOO existen algunas aportaciones. Véase, por ejemplo, Carme Molinero, «Nuevas formas de sindicalismo en tiempo de contestación: CGIL y CCOO, 1966-1976», *Historia Social*, 72 (2012), pp. 133-153.

7.- Al respecto, el ponente ha publicado Jorge Torres Santos, «Sindicatos y unidad sindical en la Italia republicana», *Historia, trabajo y sociedad*, 3 (2012), pp. 35-60.

para ello; si el comunicante encuentra ahí un espacio de confianza y colaboración útil a sus investigaciones en desarrollo o si sencillamente asiste empujado por la obsesión de la academia por hacernos «hacedores de *papers*».^[8]

En cualquier caso, es un asunto a reflexionar y ya va siendo hora de imponer otras fórmulas en la que los jóvenes investigadores reciban un *feed-back* que realmente contribuya a hacer avanzar sus tesis y a mejorar su formación como profesionales de la historia. Sigue siendo nuestra asignatura pendiente. Merece la pena mencionar que los organizadores del VI Encuentro (Internacional) de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea, que se celebrará en Zaragoza en septiembre de 2017, han realizado una propuesta de interés al respecto: *Scriptoria*, una plataforma de trabajo online que pretende dejar atrás los formatos de presentación-relatoría de *papers* y que aspira a convertirse en un espacio de trabajo e intercambio de pareceres en común. Habrá que estar alerta a los resultados que cosechen en este campo.

La última jornada del *Convegno* arrancó con la interesantísima ponencia de Matteo Albanese, «Neofascismo, falangismo ed estrema destra in Italia e Spagna degli anni 60 al 1977» en la que desgranó las relaciones transnacionales de los grupos neofascistas de ambos países. Entrados en materia, Giaime Pala abordó de un modo magistral las relaciones e influencia entre los partidos comunistas español y catalán con el italiano. Arguyó Pala que el partido de Gramsci, Togliatti y Berlinguer no estableció una relación de cercanía con el PCE/PSUC hasta la etapa Berlinguer. El referente por exce-

lencia de los comunistas españoles y catalanes no había sido el partido italiano, sino el francés. Este hecho influyó, a su vez, en la percepción que los españoles tenían sobre el PCI, mediatizada por la visión que de éste había construido el PCF. Una opinión que, en realidad, no era buena: el PCI era visto por el PCF —y, por extensión, por el PCE/PSUC— como un partido excesivamente intelectualizado y, en cambio, valoraban la vertiente obrerista del comunismo francés. No fue hasta el aplastamiento de la Primavera de Praga en 1968, apuntó Pala, que el PCE/PSUC buscaron nuevos referentes en el campo del comunismo occidental en los que apoyarse. Sin embargo, la condena que españoles e italianos realizaron de la URSS no fue equiparable: mientras Enrico Berlinguer mantuvo una pulsión asoviética, es decir, las críticas del PCI a la URSS se hacían desde la fraternidad y el reconocimiento de los logros alcanzados en el país de los soviets, Santiago Carrillo cruzó el Rubicón en más de una ocasión y, de facto, convirtió al PCE/PSUC en un partido anti-soviético. Berlinguer jamás quiso ir (ni fue) tan lejos.

Pala argumentó que esas críticas no fueron las que provocaron la implosión del PSUC y la crisis del PCE, sino que ésta fue posterior: los soviéticos se mantuvieron a la espera de los resultados de 1977: si el PCE/PSUC eran el PCI del 34%, los soviéticos deberían mitigar sus críticas; pero no tuvieron por qué con el 9%. A partir de ahí se inició una escalada entre Carrillo, la URSS y el PCI que terminó por afectar a las propias bases del PCE y que fue una de las causas de la implosión del PSUC en 1981.

Javier Muñoz Soro fue el último ponente del congreso. En su intervención, «La lucha del franquismo por su legitimación en la Italia de los años 60 y 70» vino a representar la Cara B de la intervención de Treglia, en la que dibujó un régimen franquista, si

8.- Fernando García-Quero, «Crisis y Universidad: de intelectuales a hacedores de 'papers'», *Eldiario.es*, 30 de mayo de 2014, disponible en: http://www.eldiario.es/zonacritica/Crisis-Universidad-intelectuales-hacedores-papers_6_265683463.html

bien consolidado y con un amplio reconocimiento internacional, siempre carente de una plena legitimación. Y, por otra parte, presentó a una República Italiana siempre condicionada en sus relaciones con la España de Franco por sus propios movimientos sociales que no dejaron de reivindicarse como antifascistas. Cabe mencionar que parte del contenido del congreso saldrá publicado —probablemente en septiembre— por la editorial Comares bajo la coordinación, precisamente, de Treglia y Muñoz.^[9]

En la intervención de clausura, Alfonso

Botti sacó a relucir el papel de los llamados hispanistas más allá de Italia. Apuntó —tal y como el contenido y la continuidad de los encuentros de *Spagna Contemporanea* justifican— a la necesidad de seguir indagando en el abasto campo de estudio que contemple la historia de España como parte ineludible de la historia europea.^[10] Reivindicó, asimismo, los fructíferos resultados que esta relación está dando en los estudios de historia política, económica, social y cultural, en los que los encuentros de Módena se han erigido como un referente ineludible.

9.- Emanuele Treglia y Javier Muñoz (coords.), *Dictadura y democracia en la Europa de la Guerra Fría. (Des)encuentros entre la República Italiana y la España franquista*, Granada, Comares, 2016.

10.- Hace un par de años se publicó una obra colectiva bajo su coordinación que puede considerarse el primer intento por sistematizar el hispanismo italiano: Alfonso Botti, Marco Cipolloni y Vittorio Scotti Douglas (coords.), *Ispanismo internazionale e circolazione delle storiografie negli anni della democrazia spagnola (1978-2008)*, Soveria Mannelli, Rubbettino Editore, 2014.

«80 años de la Guerra Civil Española»*

Julián Sanz Hoya
Universitat de València

La serie de encuentros de investigadores de la época franquista organizados regularmente por la Red de Archivos Históricos de Comisiones Obreras en colaboración con diversas universidades, se constituyó ya desde aquel primero celebrado en Barcelona en 1992, y se ha consolidado después, como un referente fundamental para el debate, la reflexión y la difusión de las nuevas investigaciones relacionadas con aquellas cuatro largas décadas. En este caso el congreso se llevó a cabo en Granada, gracias al compromiso del pequeño pero prestigioso núcleo de investigación que impulsan en aquella universidad Francisco Cobo, Teresa Ortega o Miguel Ángel del Arco.

El encuentro se abrió con una conferencia inaugural a cargo de Walther Bernecker, quien se ocupó de *Memoria histórica y superación del pasado: similitudes y diferencias entre Alemania y España*, una sugerente y reflexiva exposición que generó una primera ronda de intervenciones que puso de manifiesto el ambiente de intercambio colectivo y libre debate que caracterizó a las jornadas granadinas en su conjunto. A partir de ese momento los trabajos y aportaciones se estructuraron en catorce mesas, en forma de dos mesas paralelas en cada sesión, un método casi inevitable para poder dar cabida a tantas temáticas y comunicaciones de interés, pero que deja siempre al asistente con la frustración de tener que optar con frecuencia entre mesas de su interés. Los temas abordados incluyeron la cuestión de los naciona-



lismos y las identidades bajo el franquismo (mesa coordinada por Ismael Saz), la oposición (Javier Tébar), los nuevos movimientos sociales (Julio Pérez Serrano), los orígenes del franquismo en la guerra civil (Carlos Gil Andrés), los medios audiovisuales y la propaganda (Marta García Carrión), memoria e historia (Jesús Izquierdo), el franquismo y la transición en perspectiva comparada (Antonio Míguez), las fuentes y la metodología (Encarnación Barranquero), el arte, la propaganda y la cultura (M^a Isabel Cabrera), las relaciones internacionales (Francisco Javier Rodríguez), el mundo rural (Manuel Ortiz Heras y Miguel Ángel del Arco), la religión y la política (Mónica Moreno), las actitudes sociales y la opinión popular (Oscar Rodríguez Barreira), así como la ciencia, la universidad y el pensamiento (Francisco Morente). Por tanto, un extenso y necesario conjunto de áreas de trabajo que, además del periodo de la dictadura franquista, avanzaban crono-

* IX Encuentro Internacional de Investigadores del Franquismo. 80 años de la Guerra Civil Española (Granada, 10 y 11 de marzo de 2016)

lógicamente hacia el estudio de la transición.

En las mesas se presentaron un total de 117 comunicaciones, en su mayoría obra de investigadores jóvenes. Esto último es una constante habitual de esta serie de encuentros y, de hecho, creo que constituye una de sus señas de identidad más evidentes y positivas, permitiendo una plataforma de presentación y puesta en común de investigaciones tanto en sus primeros pasos como más consolidadas. Con todo, fue de lamentar la ausencia de muchas de las personas que habían presentado comunicaciones y que no pudieron acudir a las sesiones, así como la falta de buen número de investigadores ya consolidados, incluyendo a habituales de los encuentros anteriores. Posiblemente la causa de esto último está en la continua realización de seminarios, jornadas, congresos e iniciativas que hoy en día inunda la lista de correos y la agenda de cualquier especialista, pero el resultado limita un tanto el impacto y el nivel de debate que debería continuar manteniendo esta serie de encuentros.

No entraré a detallar el contenido de las aportaciones y los debates en cada mesa, dado que excedería el espacio de esta reseña, optando por tanto por exponer una valoración general y algunas reflexiones específicas sobre determinados temas. Comenzaré por el problema que me ha parecido más notable: la desproporción en la calidad de las aportaciones presentadas así como en los debates, donde pudimos presenciar algunas muestras de ignorancia —tanto sobre el periodo como sobre la historiografía— y situaciones un tanto surrealistas que no parecen propias del ámbito científico.

En todo caso, cabe reseñar el interés de los debates en torno a cuestiones como la definición de la «izquierda revolucionaria» o «radical» en el tardofranquismo y la transición, sobre las dificultades para valorar la adhesión y las actitudes políticas de la población bajo un régimen de aspiraciones totalitarias,

o sobre la cuestión agraria y la situación de los arrendamientos en la posguerra, destacando por su calidad las aportaciones y las reflexiones desarrolladas en las mesas sobre el mundo rural y sobre las actitudes sociales.

En el debe conviene señalar la escasez o la falta de comunicaciones sobre algunas cuestiones de especial relevancia. Así, no se presentaron apenas aportaciones sobre el partido único, sobre la cultura o culturas políticas de la dictadura, sobre los cuadros políticos del régimen en su segunda mitad, sobre la historia económica, sobre la vida cotidiana o sobre las migraciones. Por otro lado, la opción de no centrar una mesa específica en la historia de las mujeres o la perspectiva de género no se tradujo en una menor presencia de tales cuestiones, sino en una inclusión más transversal de las mismas —ya reclamada en encuentros previos— en diferentes mesas; persistió, eso sí, la escasa aplicación de los análisis de género a la construcción de la(s) masculinidad(es). Los nuevos intereses y agendas investigadoras se pusieron de manifiesto en la saludable atención a formas de disenso y a organizaciones políticas (MC, prosoviéticos, OIC) o frentes sindicales (el sindicalismo jornalero y campesino) relativamente menos tratadas hasta ahora, pero debe señalarse que la contrapartida parece ser el descuido de los grandes actores clásicos del antifranquismo: la clase obrera, las huelgas, las comisiones obreras, así como el PCE y el PSUC.

El balance de este encuentro, una vez dejada constancia de que me parece imprescindible la asistencia para quienes estudiamos o nos interesamos por el estudio de aquel periodo de larga sombra, resulta por tanto ambivalente por lo que hace a sus resultados. Lo mejor, sin duda, el empuje y el buen hacer de una nueva generación de investigadoras e investigadoras que vienen trabajando con rigor, con entusiasmo y con compromiso cívico.

Historical Materialism, 12º Congreso Anual en Londres*

Juan Grigera

Univ. de Quilmes (Argentina) y Consejo Editorial Historical Materialism

Después de unas décadas de desierto neoliberal estamos viendo el resurgir de una amplia gama de resistencias y frentes políticos que ofrecen alternativas a las propuestas de «austeridad sin fin». A su vez, ese espacio de lucha heterogéneo ha presentado diversos desafíos a la izquierda antipitalista tradicional, al punto que esta ha llegado a desdibujarse. Su reconstrucción es una tarea que implica esfuerzos en distintos frentes en el que necesariamente se incluyen el del debate de ideas y el trabajo teórico. Los congresos anuales de *Historical Materialism* en SOAS (School of Oriental and African Studies) en la ciudad de Londres (que se han convertido en un evento internacional de grandes proporciones) son otra forma en que este colectivo intenta contribuir a un debate sobre la austeridad y la resistencia y sobre como revitalizar la praxis y la crítica de izquierdas. Como una primer presentación a los lectores de *Nuestra Historia*, quisiera presentar brevemente a la revista y luego dar una idea somera de los temas tratados en el congreso anual de noviembre pasado.

Historical Materialism es hoy uno de los espacios principales del marxismo contemporáneo. Desde su nacimiento en 1997 como una revista, este ha crecido enormemente, sosteniendo no tan solo la publicación de la revista (con artículos y números de referencia) sino que también ha publicado más de cien obras (originales y traducciones al inglés) en su colección de



libros, y organiza anualmente conferencias en Londres, además de un evento en América del Norte (un año en Nueva York y el siguiente en Toronto). La revista se inició en 1997 como reacción a las tendencias crecientemente socialdemócratas de parte de los clásicos lugares institucionales de la izquierda inglesa (como la *New Left Review*) y la creciente marginalidad de otros. Estas tendencias (a veces identificadas en *Marxism Today*) entendían que la derrota del movimiento obrero ante el *thatcherismo* y el cambio político y cultural de la sociedad británica, sumado a la derrota de los «socialismos reales» dejaban a la izquierda

* Londres, 5-8 de noviembre de 2015.

un lugar limitado a la crítica de algunas posiciones antes que a la posibilidad de proponer alternativas al capitalismo. En este contexto de «largas temporadas de post-marxismo» *Historical Materialism* se definió como un proyecto modesto de construcción de puentes entre quienes aún se definieran como «marxistas sin peros» y una oportunidad para, desde el peculiar lugar internacional de una ciudad como Londres, entablar un diálogo con otras culturas de izquierda y marxistas en otros idiomas que habían existido previamente en los años 1960 y 1970, pero que se han perdido por razones generacionales en la década de 1980 y principios de 1990. Necesariamente, el proyecto se definía como un enfoque no sectario para desarrollar un amplio foro de debate marxista. El grupo traía también un quiebre generacional, en tanto estuvo compuesto desde un principio por quienes habían vivido estas derrotas de la izquierda radical como punto de partida de su militancia y podían proponer un marxismo menos defensivo de aquél que dominaba entonces.

La revista comenzó a ser editada por Brill y a salir en forma trimestral a partir del número 10, y a partir de 2004 (un tanto irresponsablemente) agregó a sus tareas la de organizar un congreso anual, en un momento en que habían dejado de hacerse otros congresos académicos marxistas importantes (como los de *Capital & Class*). El congreso se planteó desde el comienzo como un espacio político necesario y vacante (al igual que la revista, que originalmente solo se planeó como un boletín) y por tanto no seguía las reglas de otras conferencias académicas: no incurre en gastos en las instalaciones, ni en los pasajes de los participantes, ni realiza gastos en comida. Tampoco está construida a partir de «simposios descentralizados» (aunque estos existan minoritariamente) sino que

el comité realiza toda la planificación (fomentando así el intercambio y evitando los grupos pequeños que hacen muchos kilómetros para conversar entre ellos mismos). El congreso creció constantemente en número de participantes y ponencias, para convertirse ahora en un evento importante que reúne más de 300 ponencias y 900 personas interesadas en una amplia variedad de temas de debate de teoría marxista, evitando el academicismo pero con rigor intelectual.

El congreso de 2015, realizado en noviembre, fue otro de estos encuentros exitosos. Sería imposible dar una visión exhaustiva de sus más de 120 paneles, aunque sí señalar algunos debates y la continuidad de discusiones que se vienen desarrollando año a año.

La temática general del congreso intentaba convocar a reflexiones sobre la crisis en Europa y sus respuestas políticas, así como fuera del viejo continente. En este sentido el plenario del sábado reunió reflexiones de académicos y referentes en torno de la resistencia a la austeridad en el sur de Europa, abriendo un diálogo sobre las estrategias políticas y un balance de las mismas en Grecia con Syriza, en España con Podemos y en Portugal con el Bloco de Esquerda. Tanto los panelistas como el debate con el público mostraron que hay un sin número de problemas clásicos que se plantean en un nuevo contexto a quienes intentan desarrollar una política anticapitalista al interior de estos movimientos hegemonizados por otras estrategias. Problemáticas similares se debatieron en otros paneles, por ejemplo la revista *Socialist Register* debatió las perspectivas de Corbyn en el Partido Laborista, una mesa reunió trabajos sobre los problemas de la zona del Euro y los desafíos para una política clasista, otras sobre Grecia, España e Irlanda y los experimentos políticos entre la forma

partido y los movimientos sociales. En esta línea también hubo mesas sobre el populismo en Grecia y América Latina y la crisis de Brasil.

Dos temas recorrieron la conferencia transversalmente: por un lado (y por cuarto año consecutivo) un conjunto de paneles que reflexionan desde distintos puntos de vista sobre el marxismo feminista y sobre las interrelaciones entre marxismo y feminismo, abordando temas como la interseccionalidad, el ecofeminismo, la sexualidad y su política, entre otros, incluyendo un plenario sobre el problema de la reproducción social. El segundo fue el de la geografía de la austeridad y perspectivas marxistas sobre el espacio que además de distintos paneles culminó con un debate sobre la geografía y la racialización de las migraciones en el contexto Europeo que incluye a los refugiados de Siria.

Entre los temas que se vienen desarrollando hace ya varios años hubo paneles sobre la financiación y el lugar de la mercantilización del arte, el marxismo en el arte y la cultura, el derecho internacional como problema y desafío a la teoría marxista del Estado, la islamofobia, la «ola rosa» en América Latina, el «trabajo digital», el cambio climático como un producto del «capital fósil» y no del «antropoceno», revisiones y visitas a temas clásicos de la economía política marxista como la transformación del valor en precio, la superexplotación o la renta. También otros paneles se concentraron en revisiones y reconstrucciones de la historia del socialismo y el comunismo. En estas ponencias se debatieron el rol de figuras clásicas del marxismo (como M.N. Roy, Mahdi Amel o Palmiro Togliatti) o el anti-imperialismo en la historia del socialismo o el feminismo negro.

Entre estas últimas merecen una mención (por el interés que estos temas pueden tener para los lectores de esta revista) una

serie de trabajos que revisaron el impacto y el significado de la revolución de 1905. Entre otros Rory Castle y Axel Fair-Schulz investigaron el impacto en la obra de Rosa Luxemburg, el primero sobre como afectó el concepto de honor revolucionario, sacrificio y muerte y el segundo sobre la idea de democracia socialista (también sobre un tópico similar ver el trabajo de Ottokar Luban). Peter Hudis revisó el debate sobre el lugar de los soviets post-1905, tras la pregunta de si estos eran una fuente de revuelta espontánea que debía absorberse por las organizaciones partidarias o si constituían formas alternativas de gobierno en construcción que podían coexistir o incluso desafiar a la forma partido. Wiktor Marzec volvió sobre sus trabajos de la revolución del 5 para presentar una visión general de un evento que entiende como un punto de inflexión en la lucha de clases y en la conformación de la esfera pública. También el panel sobre la crisis en Portugal, que se sumó a la intervención de Mariana Mortágua en el plenario. Allí cuatro trabajos revisaron la trayectoria de Portugal desde la revolución de 1974 (Perez, Noronha, Mortágua y Stadheim), discutiendo desde las características del movimiento obrero, de la acumulación de capital en ese país y los legados de la revolución desde entonces hasta su fase neoliberal actual. Un panel conformado por trabajos de Jules Townsend, Renzo Llorente, Daniel Mourrenza y José Sarrión Andaluz presentó el libro recientemente traducido por Historical Materialism de Manuel Sacristán, y exploró varios aspectos de su obra mayormente desconocida en el mundo anglosajón, tanto su intento por incorporar tópicos de la ecología, el feminismo y el pacifismo como su concepto de ciencia y el lugar de ésta en un proyecto comunista^[1].

1.- Renzo Llorente, *The Marxism of Manuel Sacristán: From*

También podemos señalar de interés al panel que revisó el marxismo italiano de los '60, con los trabajos de Giorgio Cesarale, Félix Boggio y Andrea Cengia. Cesarale presentó un informe sobre el congreso de 1961 en el Instituto Gramsci de Roma donde los marxistas más importantes de la época (tales como Luporini, Della Volpe, Colletti, Paci, Lombardo Radice o Valentini) debatieron a Sartre y la relación entre Marxismo y subjetividad. Boggio retomó lo que identificó como tesis centrales del operaísmo italiano sobre la estrategia política, en particular la idea de que la política revolucionaria pasa por forzar respuestas capitalistas específicas a las crisis, respuestas que estén restringidas tanto económica como políticamente hasta llegar al punto en que la organización de los trabajadores sea suficientemente fuerte para desafiar la reproducción de las relaciones capitalistas de producción. Cengia por su parte presentó algunas ideas de Panzieri, en particular la crítica a la racionalidad capitalista y a su falta de neutralidad y como de aquí puede derivarse la parcialidad de la tecnología y fundar una crítica ideológica a las condiciones de existencia de nuestra contemporaneidad.

El Deutscher Prize tuvo su habitual «Lecture» que este año versó sobre la revolución Taiping, por el ganador del premio el año anterior Roland Boer, al tiempo que se anunció a Tamás Krausz por *Reconstructing Lenin* como el ganador de este año. En el orden de los libros, también se presentaron varios: *Warped: Gay normality and Queer anti-capitalism* de Peter Drucker, *Max Weber: Modernisation as Passive Revolution* de Jan Rehmann, *The politics of transindividuality* de Jason Read, la traducción del manuscrito original del tomo 3 de *El Capital*, *How*

the West came to rule de Alexander Anievas y Kerem Nisancioglu, *Southern Insurgency* de Immanuel Ness, *Fossil capital* de Andreas Malm, *Money and Totality* de Fred Moseley, *Crisis and contradiction* editado por Jeff Webber y Susan Spronk.

Como se podrá apreciar, en esta apretada mirada a cuatro días extenuantes de debates y conversaciones dentro y fuera de los paneles, el congreso reúne una muy amplia variedad de temas y perspectivas bajo una agenda común de revitalizar teórica y políticamente el marxismo. Es así que un aspecto que se ha convertido en central de estos congresos (y que ha llevado a muchos otros a intentar organizar eventos similares, tales como los que se realizan anualmente en New York y Toronto, o en Sydney) es que hay un modo distintivo de discusión y debate dentro de la izquierda. *Historical Materialism* ofrece un espacio para la reflexión teórica y el debate serio, no tolera las polémicas sectarias y refuerza el respeto por discusiones respetuosas y entre camaradas, aún cuando haya desacuerdos fuertes. Tanto el crecimiento constante desde 2004 de estos eventos como los pedidos regulares de organizar conferencias bajo este nombre en otros países hablan de la buena recepción y la necesidad de este tipo de espacios en el marxismo actual.

El congreso de este año tendrá un día dedicado a «los límites al capital y los límites de la naturaleza», es decir a las crecientes contradicciones entre los imperativos de la acumulación capitalista y el medio ambiente. El resto de los temas estarán como siempre presentes en sus múltiples y variadas formas, esperando de este modo que la cornucopia de problemas que conforman el «archipiélago de los mil marxismos» vuelva a expresarse en su cordialidad y en su intento por seguir recreando, constituyendo y manteniendo un espacio público internacional para la teoría marxista.

Communism to the New Social Movements, Haymarket Books, London, december, 2015.

Primera conferencia de la Red Europea de Historia del Trabajo*

Rubén Vega García
Universidad de Oviedo

Organizado por la Società Italiana di Storia del Lavoro y el Istituto per la Memoria e la Cultura del Lavoro, dell'Impresa e dei Diritti Sociali, con la colaboración del International Institute of Social History (Amsterdam) y la International Conference of Labour and Social History (Viena), el congreso fue convocado con el propósito de dar el espaldarazo a la iniciativa de crear una red de historiadores del trabajo. Aunque no figurara entre los promotores, el Instituto de Movimientos Sociales de Bochum tuvo también una presencia significativa en las sesiones y mesas del congreso. La idea había nacido en octubre de 2013 en el marco de un encuentro celebrado en el Instituto de Historia Social de Amsterdam y se planteaba articular de forma flexible un marco de colaboración que reuniera a especialistas con muy diverso respaldo institucional (institutos, archivos, asociaciones, revistas, grupos de estudio e investigadores individuales) con el denominador común del trabajo como tema de investigación.

La conferencia de Turín fue concebida con el ánimo de poner en contacto a quienes vienen trabajando en estos temas, intercambiar experiencias y configurar grupos de trabajo específicos sobre temáticas concretas. Las 19 temáticas representadas en otras tantas mesas que sostenían sesiones paralelas estaban planteadas para dar como fruto grupos de investigadores conectados entre sí y generar planes de trabajo de cara al futuro y proyectos de inves-

tigación conjuntos.

En función del propósito de reunir a especialistas en torno a cada uno de los temas, el congreso fue estructurado no sólo en torno a mesas simultáneas que contaban con grupos previamente configurados pero se desarrollaban de forma abierta de tal modo que cualquiera podía sumarse o circular por las sesiones que fueran de su interés sino también como espacios de maduración en los que el contacto personal directo habría de servir para perfilar los grupos de trabajo y que cada uno de ellos definiera de forma autónoma su agenda futura en cuanto a investigaciones, proyectos o captación de recursos.

En la medida en que el congreso tuvo éxito al reunir a varios centenares de investigadores de una veintena de países europeos, además de Estados Unidos, Canadá y Australia, la propia composición de las mesas permite ofrecer una perspectiva de las temáticas actualmente en boga. Los vientos son propicios para la investigación desde una perspectiva de género y para los estudios sobre migraciones, que en ambos casos dieron pie a varias sesiones, pero queda espacio también para salarios, condiciones de trabajo, estudios a nivel micro y macro, trabajo compulsivo, culturas sectoriales, procesos de desindustrialización y escrituras o memorias de trabajadores.

Las dimensiones del congreso son en sí mismas reveladoras de que el trabajo, enfocado desde el punto de vista social y no desde el de la gestión de recursos humanos, no es un tema marginal o demodé.

* Turín, 14-16 de diciembre de 2015



Una de las sesiones del encuentro (Foto: <http://www.storialavoro.it/>).

Más todavía si se tiene en cuenta que existe también otra convocatoria que va por su tercera edición y tiene por tema las huelgas y consiguientemente los conflictos y las relaciones laborales. En contraste con el primer congreso sobre huelgas, donde una abundante afluencia de historiadores brasileños aportaba un espacio amplio para la lucha de clases y la teorización marxista, en el de Turín apenas ha habido presencia de estos enfoques.

Aunque la mera ausencia en esta convocatoria no basta para ser concluyente, llama la atención la escasa representación de la Europa del Este. No parece que el postcomunismo haya dejado especial interés por las investigaciones en torno al trabajo y los trabajadores.

La relación de mesas incluidas en el programa permite ofrecer una idea del panorama de las investigaciones en torno al trabajo que

están siendo llevadas a cabo actualmente:

- *Free and Unfree Labour*
- *Gender, Labour and Modern History: What's new in Europe*
- *Military Labour between XV and XX Century*
- *New Directions in Imperial Labour History*
- *Historical Cultures of Labour under Conditions of De-industrialisation*
- *Maritime Labour History*
- *Labour in European Transport before the Coming of the Railways*
- *Women and Gender Relations in the Labour Force: The Case of Mining, 1500-2000*
- *Wage Equality, Pay Equity and Equal Pay*
- *Occupational Health and Safety: Collective Conflicts and Individual Litigations*
- *Worker's Writing in Europe (19th-20th Centuries)*
- *Italian Migration and Labour Movement in Switzerland*
- *History and Historiography of Remuneration in the Long-term*
- *Women Work in Rural Areas: A Long-term Perspective (XII-XXI Centuries)*
- *Rural Migrations: Labour, Environment and Society*
- *Women and Trade Unions in Europe*
- *Factory Level Analysis: A Methodological Exploration*
- *The Problem of Worker Consent to Extreme-right Regimes and Movements*
- *Internal Migrations and Labour History*

«Ara que fa 40 anys. Abans i després del 20-N»*

Vega Rodríguez-Flores Parra
Universitat de València

Organizada por la Càtedra Alfons Cucó y el Departament d'Història Contemporània de la Universitat de València, esta jornada estuvo guiada por la voluntad de reflexionar sobre el período del tardofranquismo y de la transición democrática en España. Se prestó atención a las dinámicas sociales, políticas y culturales más presentes en aquellos momentos, incluyendo el análisis de los movimientos sociales, las culturas políticas antifranquistas y la cuestión nacional.

Alfonso Botti fue el encargado de abrir el congreso con *Ante el fin de la dictadura*, una reflexión sobre el panorama que se abría, desde diferentes sectores, ante la posibilidad de cambios a la muerte del dictador. A continuación, el debate giró en torno a la articulación de la oposición al Franquismo, sobre la que hablaría Emanuele Treglia, quien destacó el papel del comunismo español con su intervención *El PCE, el partido del antifranquismo*. Por otra parte, Pau Casanellas planteó una perspectiva que revalorizaba la importancia del papel de los movimientos sociales que se enfrentaron a la dictadura durante esta etapa, ya que a través de *Finals de partida: la repressió i el control social*, demostró cómo estos no pueden ser infravalorados a juzgar por el recrudecimiento de la represión que llevó a cabo el Régimen durante su última etapa, ejercida también tras la muerte del dictador.

Por otra parte, Ismael Saz, se ocupó de poner de relieve, con *No només èlits. La*



lluita per la democràcia, el debate sobre las implicaciones que para la memoria del Franquismo, tuvo y tiene todavía hoy, la política de consenso llevada a cabo durante la Transición.

También fue abordada la importancia de la etapa que se abrió a partir de la muerte de Franco para la evolución de los procesos autonómicos. Se puso de relieve una evolución dispar a partir de dos modelos muy distintos de territorios con identidades diferenciadas. Leyre Arrieta, explicó el caso vasco a través de la política de Partido Nacionalista Vasco, con *Pacto y autogobierno. PNV y cuestión vasca*; y Ferran Archilés, analizó por medio de *Inèrcies i esperances. El País Valencià en canvi*, la peculiar situación de un territorio como el País Valenciano y cómo razones endógenas y coyunturales frustraron muchas de las expectativas que se habían generado a inicios de la Transición. Por otro lado, Vega Rodríguez-Flores, con *¿Estaba preparado el PSOE en 1975 para pensar la nación?* intervino señalando des-

* Gandía, 20 de noviembre de 2015

de una perspectiva estatal, cómo se pensó España desde un partido decisivo en el modelo de Estado y nación que se construyó en el proceso democrático.

Por último, José Carlos Rueda, ofreció con *Televisar el 20-N. Representación y ruptura*, una sugerente visión en la que hacía referencia a la manera en que se representó el 20-N a través de la televisión, como un medio privilegiado en la difusión de las prácticas culturales antes y después de aquella fecha.

Cabe señalar que estaba también previsto abordar el lugar de la mujer y su transformación en el marco de los años setenta, a través de la aportación sobre el movi-

miento feminista y el modelo de género en la izquierda de Irene Abad, que por problemas de última hora no pudo estar presente.

Así pues, este encuentro, dirigido por Ferran Archilés y Julián Sanz, utilizó el aniversario del acontecimiento que sirvió de pistoletazo de salida de la Transición, para ofrecer una mirada plural sobre aquel período. Intentando reflejar la multitud de implicaciones que para la sociedad española tuvo este momento divisorio, se trató el antes y el después de algunos de los aspectos más relevantes en relación con el posterior proceso de cambio de la dictadura a la democracia en España.

«L'esquerra a la transició espanyola»*

Joan Gimeno Igual

Universitat Autònoma de Barcelona

Durante los días 26 y 27 de noviembre tuvo lugar el Seminario Internacional *L'esquerra a la transició espanyola*, organizado por el *Grup de Recerca sobre l'Època Franquista* y el *Centre d'Estudis sobre l'Època Franquista y Democràtica* (GREF-CEFID) en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Dicho seminario —que se enmarca dentro del proyecto financiado por el Mineco HAR2012-31431— abordó desde una perspectiva transnacional la izquierda en aquellos años decisivos de cambio político en España. Años antesala, a su vez, de una larga crisis de las izquierdas que transcurrió en paralelo a la instauración de la hegemonía conservadora, desplegada a partir de los años ochenta. Una crisis en la que, siguiendo a Vázquez Montalbán, los partidos socialistas parecían «convocados para resolver la crisis del capitalismo», mientras que los comunistas dudaban «entre llevar a sus últimas consecuencias la pérdida de raíces leninistas o recuperar sus esencias asumiendo el modelo soviético, no totalmente, pero sí como punto de referencia»^[1]. Es decir, el inicio de la larga marcha por parte de la socialdemocracia europea en la asunción de sendas agendas neoliberales por una lado; mientras, por el otro, las graves crisis de los partidos comunistas por lo que respecta a su identidad, proyecto y peso electoral menguante y que pondría en peligro su propia supervivencia y obligaría a cambios y adaptaciones^[2].

* Seminario internacional «L'esquerra a la transició espanyola», Barcelona, GREF-CEFID, 26-27 nov., 2015.

1.— «La crisis de la izquierda», *El País*, 6-V-1984, pp. 12-13.

2.— Véase: Joan Botella y Luís Ramiro (eds.), *The Crisis of Communism and Party Change. The Evolution of*



Si bien en las últimas dos décadas ha habido un incremento notable de la producción historiográfica sobre la izquierda política en los años a caballo entre los setenta y ochenta, todavía quedan parcelas por explorar a pesar de las crecientes posibilidades de acceso documental. En este sentido, y a modo de ejemplo, seguimos sin contar con una monografía sobre el PCE para el período referido a pesar de los valiosos pasos dados en el proceso de su «normalización historiográfica»^[3]. Asimismo,

West European Communist and Post-Communist Parties, Barcelona, Institut de Ciències Polítiques i Socials-UAB, 2003.

3.— Manuel Bueno y Sergio Gálvez, «Un paso más en el proceso de «normalización historiográfica» del PCE», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 27, 2005, p. 317-322. Aunque en el último lustro han aparecido

no se ha profundizado lo suficiente en estudios comparativos de las distintas opciones políticas socialistas y comunistas de la Europa meridional. También resultaría de interés profundizar en el análisis entre partidos y movimientos sociales^[4]; sobre todo el movimiento obrero y sindical, en el que las distintas opciones tuvieron su base de masas y cuyo declive ayuda a comprender y explicar el ocaso de la izquierda política. En otro orden, y casi tres décadas después del llamamiento de H. Heine^[5], el campo de las opciones políticas a la izquierda del PCE-PSUC y su contribución a la conquista de la democracia continúan siendo un terreno yermo de investigaciones, salvo honrosa excepciones^[6].

El seminario abordó directamente alguno de estos déficits, realizando diferentes propuestas para su tratamiento. El resultado de las mismas, en todo caso, serán publicadas en forma de libro colectivo por *Publicacions de la Universitat de València*, previsiblemente hacia la primavera del presente año. Enfoques como éste, que contribuyen a forjar una narrativa, sobre todo para el caso español, basada en la contribución de las izquierdas a la instauración de la democracia resultan fundamentales^[7].

excelentes aportaciones que, por cuestiones de espacio, no reseñaremos aquí.

4.- En la línea del excelente trabajo Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el Movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012.

5.- Harmut Heine, «La contribución de la «Nueva Izquierda» al resurgir de la democracia española, 1975-1976», en Josep Fontana (ed.), *España bajo el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2000 (1986), pp. 142-159.

6.- Solamente citar, a corte de ejemplo, la recientemente publicada obra de Gonzalo Wilhelmi, *Romper el consenso. La izquierda radical en la Transición española*, Madrid, Siglo XXI, 2016.

7.- Como, por ejemplo, el que podemos encontrar en Geoff Eley, *Forging democracy: the history of the Left in Europe, 1850-2000*, New York / Oxford, Oxford University Press, 2002. Quizás significativamente traducido al castellano con el título más prosaico de *Historia de la izquierda en*

Máxime, y a pesar de que dicho relato goza de un relativo consenso en la historiografía, cuando socialmente parece en retroceso en la últimas décadas, aparentemente consolidándose así la narrativa de la «democracia otorgada»^[8]. Dicho esfuerzo se hace más urgente ante el proyecto de la Casa de la Historia Europea. Este proyecto, que pretende construir una suerte de «memoria nacional europea», amenaza con instaurar un relato sincrético y canónico único con importantes consecuencias tanto políticas como historiográficas. Puesto que el relato asociado al comunismo en los países del occidente europeo basado en el «fracaso de la utopía» —cuando no en el «triunfo del antifascismo» o la «conquista de la democracia»— podría ser fagocitado por el del «fracaso del totalitarismo» predominante en los estados miembros del Este^[9].

El seminario se desarrolló en cuatro sesiones. La primera de ellas, situó el foco en las organizaciones de la izquierda política de nuestro entorno geográfico más inmediato y que, de una o otra manera, más influencia ejercieron en la izquierda española. La segunda, en cambio, se centró en la izquierda política española, abordando así los casos del PCE, el PSOE y el conglomerado de partidos de la izquierda radical o revolucionaria. La tercera consistió en sendas aproximaciones a la izquierda vasca, los intelectuales de la izquierda catalana y al

Europa.

8.- Véase al respecto CIS, *25 años después*, Estudio nº 2401, diciembre del 2000. Quizás con la notable excepción de Catalunya, donde la acción de la izquierda política y social continúa siendo percibida como un vector democratizador fundamental, CIS, *Memorias de la Guerra Civil y el Franquismo (Catalunya)*, Estudio nº2760, abril del 2008.

9.- Ricard Vinyes, «Europa, el moment memòria», (conferencia presentada en el seminario «El franquisme a Catalunya. Quinze anys de recerques (2000-2015): balanç i perspectives», Universitat Autònoma de Barcelona, 4 de septiembre del 2015.

sindicalismo de clase. Finalmente, la cuarta sesión tuvo por objeto la izquierda en la Diputación de Barcelona y una aproximación al binomio movilización-represión durante al transición.

La primera conferencia corrió a cargo de Serge Buj (Université de Rouen) y se tituló *El gran ocaso: el PCF, de partido tribunicio a partido de gobierno*. En su intervención Buj realizó un esbozo de la evolución de uno de los partidos comunistas más importantes de la Europa occidental, ahondando en las causas de su crisis. Su «omnipresencia» se vería cuestionada no sólo a partir de los cambios culturales y estructurales de la sociedad francesa de finales de los sesenta y setenta, sino también por causas endógenas como su carácter de «organización cerrada», tanto en lo que respecta a su lógica orgánica, como a su constitución identitaria. También trató la lucha por la hegemonía, que se saldó con la victoria de los socialistas, dentro del marco del Programa Común y que motivó un retorno a cierto esencialismo doctrinario del PCF causante, a su vez, de cierto «desencanto» y la aceleración de su ocaso.

Alfonso Botti (Università di Modena e Reggio Emilia), bajo el título *El PCI y la izquierda en la Italia de los setenta* abordó los avatares del partido comunista más grande de Europa occidental. A pesar de la implantación de los comunistas italianos, el contexto internacional y una suerte de «techo de cristal» impidieron al partido gobernar más allá de importantes ciudades. Esta situación, sumada a la «estrategia de la tensión», motivaron la adopción del «compromiso histórico» priorizando así la alianza —para unos táctica, para otros estratégica— con la derecha italiana. La certificación del fracaso de esta opción ya en 1979 motivaron el giro de la «alternativa democrática». Sin embargo, el PCI fue incapaz de articular alianzas a su izquierda y permaneció

como una «comunidad autoreferencial». A pesar del dudoso resultado de estos bandazos estratégicos, los comunistas italianos consiguieron poner en primer plano la «cuestión comunista», así como salvar la democracia italiana en un contexto marcado por los intentos desestabilizadores.

La tercera y última intervención de la primera sesión, titulada *Radicalización, revolución, reflujo: las izquierdas portuguesas en los años 70*, corrió a cargo de Manuel Loff (Universidade do Porto). En ella se abordó principalmente el papel del Partido Comunista portugués y su competición con los socialistas en la coyuntura revolucionaria abierta en 1974. La cerrazón de los comunistas ante las opciones a su izquierda y las crecientes acusaciones desde el PS — con ayuda estadounidense— de encarnar un proyecto totalitario contribuyeron a su aislamiento. En este sentido, en las elecciones constituyentes en abril de 1975 M. Soares triplicó en votos la candidatura encabezada por A. Cunhal. Este hito marcó el triunfo de la «legitimidad electoral» frente a la «legitimidad revolucionaria» de la que el PCP había hecho gala en su lucha contra la dictadura.

José María Marín (UNED), bajo el título *La «alternativa de poder». El PSOE frente a UCD*, analizó el proceso en el que, una vez finalizada la «época del consenso» de los primeros años de la transición, el PSOE orientó todos los esfuerzos a debilitar el gobierno de Suárez; culminando dicho proceso con su triunfo electoral en las elecciones de octubre de 1982. En este sentido, por un lado aumentó su presión sobre el ejecutivo en manos de la UCD mientras, por el otro, emprendió un acelerado viraje político-ideológico hacia posiciones más pragmáticas y moderadas abandonando el radicalismo verbal exacerbado expresado hasta entonces. Este proceso, que tendrá en el XXVIII uno de sus hitos fundamentales, fue

acompañado por sendos pactos sociales, a través de la UGT, con la CEOE. En definitiva, de lo que se trató era de constituir el PSOE en una suerte de «lugar vacío», capaz de interpelar a numerosos sujetos sociales, tranquilizar a los poderes fácticos y recuperar así una iniciativa política que lo acabaría llevando al gobierno.

Carme Molinero y Pere Ysàs (UAB), bajo el título *El PCE i la democràcia*, trataron de combatir el tópico según el cual los comunistas luchaban contra el franquismo, pero no por la democracia. Señalando, en este sentido, la contribución fundamental del PCE a la instauración del régimen democrático, con el que demostró un claro compromiso ya desde 1956 así como a lo largo de toda la transición y cuyos límites, defraudando algunas expectativas, produjo cierto «desencanto comunista». Así el resultado de octubre del 82 cabría entenderlo como efecto y no como causa de la crisis que afectó a los comunistas y de la cual no conseguirían reponerse. A pesar de todo ello, el PCE-PSUC consiguió dejar vías abiertas en el articulado constitucional para cambios ulteriores en sentido progresista.

Ricard Martínez (UAB) abordó el papel de las opciones a la izquierda del PCE-PSUC durante el proceso de transición bajo el título *Antifranquisme i anticapitalisme. L'esquerra revolucionària en temps de canvi polític*. Expresión de una importante dimensión anticapitalista asociada a sectores del antifranquismo y imbuida de un optimismo voluntarista ante la percepción de que la revolución estaba a la orden del día, la acción de los grupos de la izquierda radical fue importante para certificar la muerte del franquismo y, por lo tanto, contribuyeron a la instauración de la democracia al tiempo que testimoniaron los límites del proceso de cambio político. El nuevo régimen no colmó las expectativas de amplios sectores de la sociedad, al tiempo que no

alcanzó determinadas instituciones provenientes del franquismo como, por ejemplo, el aparato coercitivo o el judicial.

La primera conferencia de la tercera sesión corrió a cargo de José Antonio Pérez (Universidad del País Vasco). Titulada *La izquierda vasca en la compleja transición hacia la democracia* abordó la izquierda vasca durante una transición de «desarrollo anómalo» marcada por la violencia política. Exceptuando el PSE y el EPK (con un humilde peso en la sociedad vasca), el resto de opciones de la izquierda vasca no reivindicaron la instauración de un sistema democrático como objetivo prioritario, diluido en la mayoría de casos entre otros de diversa índole. Además, ETA se constituyó como un referente simbólico alrededor del cual se articuló una izquierda *abertzale* que impugnó la legitimidad del nuevo régimen democrático.

Bajo el título *Democratització i transició política a través dels sindicalismes de classe a Espanya: herències, projectes i transformacions*, Javier Tébar (UAB) nos acercó al proceso de «transición sindical» que finalizaría en 1986 con la Ley Orgánica de Libertad Sindical. Analizó, por lo tanto, el proceso de constitución del modelo sindical español marcado por un difícil contexto. Y es que a la crisis económica y los cambios sociales que terminaron por ahondar la fragmentación de la clase obrera, hay que añadir la creciente competencia entre CC.OO y UGT y las resistencias de una patronal que se había visto favorecida por el modelo de relaciones laborales franquista. Estos factores ayudarían, en definitiva, a comprender la constitución de un modelo sindical que llegó a destiempo para incorporarse al modelo de la Europa de *los años dorados*.

La propuesta de Francesc Vilanova (UAB) se tituló *Taula de Canvi i l'esquerra catalana*. En ella llevó a cabo un acercamiento a la revista *Taula de Canvi* editada entre 1976

y 1980. De temática transversal e íntegramente en catalán, en sus páginas se dieron encuentro algunas de las plumas más destacadas de la izquierda catalana durante el proceso de transición. En este sentido, constituye una atalaya privilegiada para acercarnos a los debates que tuvieron lugar entre los intelectuales más destacados de las distintas opciones de las izquierdas catalanas y es, asimismo, un interesante testimonio del malestar entre la *intelligentsia* de izquierdas en un contexto de crisis de la hegemonía que éstas había detentado durante el tardofranquismo y los primeros años de la transición hasta el triunfo electoral de CiU en 1980.

La primera conferencia de la última sesión fue realizada por Martí Marín (UAB) y se tituló *L'esquerra a les institucions locals: la Diputació de Barcelona*. Abordó el papel de las izquierdas en una institución cuya desaparición habían defendido: la Diputación de Barcelona. A partir de 1981 las izquierdas catalanas contribuyeron a la completa transformación de una institución que había permanecido bajo el control del Movimiento y que tenía asignado, a su vez, un importante presupuesto. Instituyendo así el modelo que más tarde, ya bajo el gobierno de CiU, se extendería al

resto de provincias catalanas. Además, la Diputación constituyó un espacio de colaboración entre las izquierdas catalanas al menos hasta 1983, cuando el PSC inició su distanciamiento de los comunistas catalanes y a pensar en otras alianzas posibles al margen de un PSUC en crisis y cuyo terreno político y bases sociales quería disputar.

La última conferencia fue la de David Ballester (UAB). «*Corre, democràcia, corre*». *Mobilització i repressió a la Catalunya de la Transició* versó sobre las movilizaciones producidas durante la transición en Catalunya. Un completo estudio empírico orientado a certificar que, efectivamente, la democracia fue conquistada en la calle. A pesar de la dificultad de cuantificar de forma exhaustiva las movilizaciones producidas, la aproximación no dejó lugar a dudas: el franquismo tuvo que enfrentarse a una amplia movilización opositora que, desde la muerte del dictador hasta 1980, se tradujo en un total 874 manifestaciones. Si bien la mayoría tuvieron como motivo causas laborales, el porcentaje de las originadas por cuestiones políticas no fue nada desdeñable. Sin embargo, la movilización obtuvo por respuesta la represión, obligando a cuestionarse el carácter eminentemente pacífico del cambio político.

Perfecto de Dios. Una historia recuperada

Carmen García-Rodeja

Profesora de Geografía e Historia, ARMH

*Por llanuras y montañas
guerrilleros libres van
los mejores luchadores
del campo y de la ciudad.*

*La bandera de combate
como manto cubrirá
a los bravos guerrilleros
que en la lucha caerán.*

*Ni el dolor ni la miseria
nos harán desfallecer
seguiremos adelante
sin jamás retroceder.*

*Nuestros jefes nos ordenan
atacar para vencer;
abnegado guerrillero
tu lema es obedecer.*

*Nuestros padres
Nuestras madres
Nuestras hermanas
y novias
esperan de nuestras armas
el final de la victoria*

*Vencedores del fascismo
a la batalla final.
españoles muera Franco ¡muera!,
Viva nuestra libertad ^[1].*

El día 19 julio de 2015 mientras se entonaba el himno guerrillero el joven Perfecto de Dios fue enterrado con todos los honores en su tierra natal Sandiás (Ourense) en la sepultura en la que también están su padre, rodeado de amigos, vecinos y camaradas.

Perfecto de Dios Fernández había nacido en el año 1931. Su padre, Jesús de Dios de Dios, fundador del Partido Comunista en Ourense, debió huir a Portugal al iniciarse el golpe de Estado de 1936. Mientras, su madre Carmen Fernández Seguí, también perseguida, tuvo que esconderse y mal vivir junto a sus hijos puesto que les habían requisado todas sus pertenencias. El padre volvió ya muy enfermo a fallecer en su tierra. La madre y los hermanos de Perfecto siguieron sufriendo la represión.

Camilo de Dios describe a su hermano:

«Como irmán era perfecto (como o seu nome). Sabía que a min gustábame a festa e xogar cos rapaces. Poñer uns pantalóns novos e saír a divertirme se había algo de festa —e a el non lle interesaba— e se tiña unha peseta dábame a min. El non gastaba os cartos, nunca se viu nunha taberna. Empezou coa gramática, cunha enciclopedia. Gustáballe moito estudar. Era un superdotado sobre todo para as matemáticas, era un rapaz que eiquí pois inda viu unha maestra dando clases, e dicía que ela non lle daba matemáticas que non lle daba ensina-

1.–«Himno Guerrillero», 1946, AHPCE. Citado por: Fernanda Romeu, *Más allá de la Utopía: Agrupación Guerrillera de Levante*, Cuenca, UCLM, 2002, p. 69-70



Botas de Perfecto de Dios halladas durante la exhumación (Foto: Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica).

do nada: búscate outro sitio ou non veñas á escol, que vas perder o tempo –dixéralle.»

Perfecto, un joven muy preocupado por la cultura, marcha con catorce años a estudiar a Orense en donde se hace de las JSU —ya en el año 1946—, realiza numerosas acciones de propaganda y de trabajo político y comenzó a colaborar con la Resistencia como enlace; en pocos meses pasó a formar parte de la II Agrupación del Ejército Guerrillero de Galicia junto a su hermano Camilo. Ingresa en el Destacamento «Santiago Carrillo», de la II Agrupación Guerrillera de Orense, Camilo junto a *Ángel, Raúl* o José María Graña estaban integrados en la guerrilla de choque^[2] cuyo jefe era Juan Sorgia, mientras que su hermano Perfecto

2.—Era un grupo de no más de cinco o seis y su cometido era ser ambulantes, proteger a la guerrilla de estado mayor o realizar acciones que requiriesen más agilidad de movimientos.

estaba en el estado mayor.

El cuartel general estaba en Edreira, en un lugar que llamaban «El balneario», en donde estaba regularmente su madre que también se había echado al monte y participaba en labores de propaganda. Durante ese tiempo, a pesar de la terrible presión de la guardia civil, se realizan notables actos de fuerza con la colaboración de muchos vecinos que eran puntos de apoyo, incluido el intento fallido de liberar a los líderes Gayoso e Seoane de la cárcel de Coruña.

En el año 1949 empiezan a caer numerosos guerrilleros, entre ellos Camilo que, apresado en Ourense y torturado junto a un compañero durante cincuenta y seis días, es condenado a pena de muerte y conmutada por ser menor de edad. Fue conducido al penal de A Coruña para seguir preso durante diez años en numerosas cárceles de España.

El 16 de mayo de 1950, el joven Perfecto

con su madre y los compañeros Juan Rodríguez Sорга y Manuel González intentan huir a Francia y, vestidos de segadores, intentaron pasar desapercibidos; pero al llegar a Chaherrero (Ávila) se vieron implicados en un tiroteo con la Guardia Civil. Perfecto cayó muerto y su madre se quedó junto al cuerpo de su hijo agonizante entre sus brazos^[3]. Perfecto de Dios fue enterrado en el lateral de la iglesia^[4]. La frialdad de la autopsia nos cuenta que tenía

«Pelo castaño ensortijado, nariz regular, boca pequeña, ojos claros, sin ninguna otra señal o cicatriz antigua, encontrándolo vestido con un mono azul, cazadora del mismo color, calcetines grises y botas negras de piel de becerro. (...) se aprecian orificios de entrada y salida de bala, al parecer producida por arma de fuego larga, en el dorso de la nariz y en la región inframentoniana; otro orificio de entrada en la región escapular del lado derecho con salida en cara anterior del tórax del mismo lado al nivel de la tercera costilla y otro orificio de entrada de región abdominal, línea media con orificio de salida en zona renal lado derecho»

Setenta y cinco años después, el 19 de

3.-Carmen Fernández Segúin fue detenida y condenada, estuvo trece años en la cárcel. Manuel Rodríguez fue apresado algo más tarde y ejecutado cuatro meses después a garrote vil en Ourense, mientras Juan Rodríguez Sorgia, pudo escapar y se le pierde la pista en Francia.

4.- «(...)se constituyó en el cementerio civil donde se encuentra depositado el cadáver reseñado al margen, el cual fue trasladado a la sepultura en él construida al efecto procediéndose seguidamente a la inhumación, siendo las veinte horas quince minutos (..) Dicho Cementerio se encuentra situado a la parte Oeste del Cementerio Católico y junto al mismo; la fosa en que ha sido enterrado el cadáver se identifica por ser la única que existe en el mismo; tiene la misma una longitud de dos metros de longitud, un metro de ancho y uno y treinta centímetros de profundidad, habiendo quedado enterrado el cadáver en posición Sur-Norte». Diligencia de inhumación del cadáver de Perfecto de Dios Fernández, causa 201/50 de Ourense.



Cuerpo de Perfecto de Dios hallado durante la exhumación (Foto: Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica)

Julio de 2014, la ARMH^[5] realizó la exhumación de los restos del joven Perfecto. Allí acudieron los técnicos de la ARMH, junto con los voluntarios de la Asociación, periodistas, investigadores, estudiantes, fotógrafos, un grupo de antropólogos argentinos dirigido por el doctor Luis Fondebrider y Camilo de Dios, el hermano que había hecho la reclamación a la Asociación, acompañado de amigos y camaradas.

La exhumación realizada bajo el sol de Castilla, sorprendía a Camilo por la calidad de los trabajos de apuntalamiento del muro; la minuciosidad del proceso de escavación; el detalle en la recogida de los restos...Y poco a poco empezaron a llegar los vecinos del pueblo, primero con reticencia, después con afecto —entre ellos la familia de la niña que aquel día había sido herida en un pierna en la refriega—. Todos acompañaron a Camilo de Dios, que hablaba de su hermano y cuánto había sido el dolor de la madre y de la familia por la pérdida. También recordaba con precisión cuando, estando en la cárcel, le anunciaron la muerte. Mientras los vecinos describían lo sucedido ese día con todo lujo de detalles: la refriega, los tiros, la huida y la madre junto a

5.- A.R.M.H. (Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica) <http://memoriahistorica.org.es/>

su hijo muerto. Contaron que en ese trozo de terreno, rodeado por un muro cerrado, siempre había flores, lo veía el campanero desde lo alto cuando iba a tocar. Y mientras avanzaba la exhumación, los que acudían se acercaban a Camilo para consolarlo.

«Impresionoume moito a exhumación de Perfecto. Era algo que desexaba moito. Prometéralle a miña nai que faría o que puidera para logralo; foi pois...unha satisfacción. A xente que me daba o pésame parecíame que me debía de dar unha aperta de alegría por logralo».

Durante todo ese caluroso día, Camilo permaneció emocionado y en pie, por ver a tanta gente, por el trabajo de los técnicos y voluntarios de la Memoria Histórica y por la solidaridad del sindicato de electricistas noruego ELOGIT que ante la falta de ayudas del Estado, proporcionó apoyo económico para que la ARMH pudiera realizar esta exhumación^[6]. Meses después, el 25 enero pudo reunirse con ellos en un encuentro realizado en Ponferrada. Allí el grupo de sindicalistas quedaron impactados de la fortaleza de Camilo de Dios y el trabajo realizado por la ARMH.

La entrega del cuerpo de Perfecto de Dios se realizó el día 7 de Junio de 2015, en un acto organizado por un grupo de personas, donde primó la solidaridad y, tanto los amigos de Camilo, el técnico de la Casa de Cultura de Xinzo de Limia, como los jóvenes de las Juventudes Comunistas, el Concejal de Cultura y los voluntarios de la ARMH hicieron posible el solemne encuentro.

6.-La ARMH ha recordado que desde 2011 no se han vuelto a convocar ayudas destinadas a las actividades relacionadas con la búsqueda de las víctimas de la dictadura franquista, de ahí que sea la propia asociación la que afronte este tipo de gastos con recursos propios o con aportaciones, como en esta ocasión, del sindicato noruego.

A las doce de la mañana se inició el acto coordinado por Carmen Becerra, profesora de la Universidad de Vigo, en el que el arqueólogo de la ARMH, René Pacheco, con la música de la marcha del antiguo Reino de Galicia y todo el auditorio en pie, entregó la caja mortuoria con el cuerpo de Perfecto de Dios a la familia que fue cubierto con banderas. A continuación, la restauradora Cristina Pimentel entregó las botas de Perfecto de Dios y posteriormente dijeron unas palabras: el vicepresidente de la ARMH, Marco González; amigos y camaradas como Xesús Alonso Montero, presidente de la Real Academia Gallega, Manuel Peña Rey, Gonzalo Sueiro y la Secretaria General del PCG, Eva Solla. Fueron leídas algunas de las adhesiones: de Darío Rivas, iniciador de la Querella Argentina; del alcalde de Chaherrero en nombre de los vecinos y de poetas como Marcos Ana. Por su parte Camilo de Dios reivindicó la lucha de los guerrilleros y la memoria de su hermano y los 12 jóvenes de las Juventudes Comunistas que con él se habían incorporado a la guerrilla.

El acto finalizó con un emotivo discurso de Henning Solhaug, Secretario General del sindicato ELOGIT en el que recordó la figura de Perfecto «una de las innumerables víctimas del terror fascista...asesinado y arrojado a una zanja por los fascistas y condenado a ser olvidado durante casi cincuenta años». Reivindicó los logros de la II República y la lucha de los brigadistas contra el fascismo en la Guerra Civil, «nuestra participación es también un reconocimiento de una historia común. Poetas y autores noruegos fueron a la España republicana y escribieron sobre su lucha en artículos, novelas y poemas....Cuando era joven conocí a los noruegos de las Brigadas Internacionales...Noruega fue ocupada por la Alemania nazi durante cinco años y los noruegos aprendimos por experiencia lo que fue el fascismo». Criticó al gobierno del PP que



Intervención de Henning Solhaug, Secretario General del sindicato noruego ELOGIT, durante el acto de entrega de los restos de Perfecto de Dios a sus familiares. Ponferrada, 7 de junio de 2015 (Foto: Asociación por la Recuperación de la Memoria Histórica).

«ni siquiera cumple con los derechos de las víctimas ni con su obligación de ayudar a encontrar a los que han desaparecido... Sus familias tienen derecho a saber qué pasó con sus seres queridos, que deberían tener un lugar para el duelo y la certeza de que se hacía justicia» para terminar mostrando su solidaridad con las tareas de la ARMH «me siento honrado en nombre de los miembros de mi sindicato por haber tenido la posibilidad de dar una modesta contribución a la ARMH y a la exhumación de Perfecto de Dios,... se debe apoyar la lucha por la recuperación de la historia y la exhumación de los más de 100.000 desaparecidos civiles hasta que el Gobierno español acepte y lleve a cabo su deber de acuerdo con los derechos humanos... Por tanto para mi es una

placer anunciar a mis amigos de la ARMH que nuestro congreso celebrado en marzo de este año dono otras 200.000 coronas a su importante labor».

Posteriormente la comitiva se dirigió, para la inhumación, a Sandiás donde fue recibida por el coro «Máximo Gorki» entonando el himno de la guerrilla y a continuación entraron en el cementerio los restos de Perfecto de Dios y la familia bajo un pasillo improvisado de banderas. Allí el grupo de violinistas entonó la Internacional y el himno de la Joven Guardia mientras se depositaba tierra de Chaherrero y Alfonso, el sobrino nieto leía un poema, y, mientras se daban los pésames, una alfombra de flores rojas fue cubriendo la sepultura. Hoy Perfecto descansa con su familia y con los héroes.

Encuentro Estatal de Colectivos de la Memoria Histórica y de Víctimas del franquismo*

Arturo Peinado Cano

Presidente de la Federación Estatal de Foros por la Memoria

Encuentro

El 17 de octubre de 2015 tuvo lugar en Vicálvaro (Madrid) el «Encuentro Estatal de Colectivos de la Memoria Histórica y de Víctimas del franquismo», que reunió a delegaciones de 70 colectivos venidos de todos los territorios del Estado, y del exilio español. En el referido Encuentro se aprobó una Carta que recoge las principales reivindicaciones de este movimiento social, y que constituye un mandato dirigido a ser tomado en consideración por las instituciones del Estado español^[1].

Con el lema «Convencidos de que sin Justicia no hay democracia, y de que sin Memoria no hay cambio», partía de la valoración unánime por los colectivos convocados de encontrarnos en una situación, si no de cambio de régimen, sí de crisis del sistema político. El presumible final del sistema bipartidista que parecía iba a plasmarse en las elecciones del 20 de diciembre, fue interpretado por el conjunto de las asociaciones como la apertura de una coyuntura favorable para los intereses de las víctimas y sus asociaciones. Una coyuntura decisiva de oportunidad y de riesgo, quizás la última

para las víctimas del franquismo. La constatación de la situación también explica la generosidad del conjunto de las asociaciones participantes en los debates y el consenso finalmente alcanzado.

Como primera valoración del Encuentro destacamos que, por primera vez, 70 organizaciones se reunieron y elaboraron un documento común, lo que constituye un éxito de todas y todos los participantes. El Movimiento Social por la Recuperación de la Memoria (MSRM) se compone de múltiples organizaciones de implantación estatal, autonómica, comarcal o local; asociaciones de víctimas con problemática específica; colectivos vinculados a un lugar de memoria o a un hecho histórico concreto; y además, cada uno de ellos con muy diverso origen ideológico e histórico, y algunos con cierto nivel de vinculación con fuerzas políticas y sociales. Por tanto, que un movimiento tan extenso y plural busque organizarse para poner en común unas propuestas consensuadas, es una cuestión de gran dificultad, y a su vez una muestra de generosidad al pretender poner por delante lo común y lo esencial, por encima de los intereses y los posicionamientos de cada colectivo. Consideremos que la pluralidad del movimiento, si bien es un síntoma de debilidad también lo es de fortaleza, porque históricamente ha dificultado la instrumentalización por parte de las instituciones.

La inminencia de las elecciones, coincidiendo con un momento en que el MSRM

* Vicálvaro (Madrid), octubre de 2015

1.- «Carta aprobada en el Encuentro Estatal de Colectivos de Memoria Histórica y de Víctimas del Franquismo». *Federación Estatal de Foros por la Memoria*, 17 de Octubre de 2015, <http://www.foroporlamemoria.info/2015/10/carta-aprobada-en-el-encuentro-estatal-de-colectivos-de-memoria-historica-y-de-victimas-del-franquismo/> (Consulta: 2/3/2016).



Manifestación Estatal por la Memoria Histórica. Madrid, 22/11/2015 (Foto de Twitter, cuenta: @apces).

percibía que el tema de la memoria histórica pretendía ser apartado del debate político, y el convencimiento de que cuatro años más de gobiernos de la derecha significarían el definitivo triunfo del modelo de impunidad, y el final del movimiento memorialista y de la causa de las víctimas del franquismo, ha posibilitado la confluencia de organizaciones muy diversas. El objetivo central del Encuentro era impedir que el tema de la memoria histórica y los derechos de las víctimas quedasen fuera de la agenda política en la coyuntura electoral, construyendo una estrategia para influir en los debates y en los programas electorales. Esta estrategia consistió en el envío a instituciones y a fuerzas políticas del Documento aprobado en el Encuentro; la celebración de reuniones bilaterales con los partidos; y por fin, la manifestación celebrada en Madrid el 22 de noviembre.

Podemos decir que el objetivo inicial se alcanzó: el MSRM consiguió introducir el

tema de la memoria histórica en el debate electoral. Los líderes políticos tuvieron que pronunciarse al respecto con mayor o menor claridad, e incluso matizar y rectificar públicamente declaraciones críticas con la lucha y las reivindicaciones del movimiento memorialista. Asimismo, en los programas electorales de los partidos del ámbito de la izquierda, se recogieron propuestas del movimiento y del Encuentro de asociaciones, con diferentes grados de concreción y de compromiso.

El Documento

El Documento aprobado en Vicálvaro parte de la exigencia del reconocimiento jurídico de las víctimas del franquismo, para que posteriormente se garantice la aplicación de los derechos a la Verdad, a la Justicia y a la Reparación material y simbólica, tal y como se definen por la ONU, conforme al Derecho Penal Internacional de

los Derechos Humanos. La impunidad del franquismo vigente en el Estado español ha seguido persistiendo hasta el día de hoy, lo que ha implicado el no reconocimiento jurídico y político de las víctimas, y en consecuencia, la negación a todos los efectos de sus derechos.

Por tanto, la Carta contempla la eliminación de las trabas jurídicas que impiden el reconocimiento de los derechos de las víctimas; por un lado, la Ley de Amnistía de 1977, que viene siendo utilizada por los tribunales para garantizar la impunidad de los crímenes franquistas, y por otro, los elementos contrarios al derecho internacional que existen en la Ley de Memoria de 2007, la cual explícitamente niega el reconocimiento jurídico a las víctimas del franquismo y su derecho a la justicia, y que además atribuye única y exclusivamente al ámbito administrativo las reclamaciones de las víctimas.

Las propuestas programáticas que contiene este documento encuentran su fundamento y apoyo en los informes presentados en septiembre de 2014 en el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas celebrado en Ginebra^[2].

Los debates

Para alcanzar un consenso que pudiera vincular a todas las asociaciones presentes en el Encuentro de Vicálvaro, así como las

que pudieran adherirse posteriormente, se optó como método de trabajo dejar fuera todo lo que no contara con un respaldo unánime. Se consideró conveniente, en consecuencia, partir del «mínimo común denominador» y redactar algunos puntos con una ambigüedad calculada (como el tratamiento de la Ley de Amnistía de 1977; o la consideración de las exhumaciones de fosas comunes, es decir, por quién y cómo deberían llevarse a cabo). Temas controvertidos fueron así apartados de inicio de los debates, y para otros se buscó una redacción ambigua, que pudiera satisfacer a todas las organizaciones.

Dentro del MSRM resulta especialmente controvertido desde hace años la viabilidad de una Comisión de la Verdad (CdeV), dado que diversas organizaciones plantean que esta iniciativa proporcionaría una «verdad oficial» que generaría consecuencias favorables a hacer efectivos los derechos de las víctimas. Por el contrario, para otras asociaciones la CdeV es un elemento de la justicia transicional y ésta, obviamente, no es la situación en la que nos encontramos. De una CdeV oficial (constituida por mandato parlamentario) sólo podría salir una verdad oficial legitimadora del régimen de la transición, y por tanto de la impunidad del franquismo y de los pactos más o menos explícitos de silencio y olvido^[3].

Ante la divergencia irreconciliable de ambas posiciones, éste fue uno de los temas que se optó por dejar apartado desde un principio, puesto que las recomendaciones de los informes de la ONU tampoco concretan qué tipo de políticas debe desarrollar el Estado español para hacer efectivo el Derecho a la Verdad de las víctimas del

2.- Naciones Unidas- Consejo de Derechos Humanos. «Informe sobre España del Grupo de Trabajo sobre las Desapariciones Forzadas o Involuntarias», 2 de Julio de 2014. <https://documents-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/G14/072/73/PDF/G1407273.pdf> (Consulta: 2 de marzo de 2016). Naciones Unidas -Consejo de Derechos Humanos, «Informe sobre España del Relator Especial sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición, Pablo de Greiff», *Federación Estatal de Foros por la Memoria*, 22 de Julio de 2014. <http://www.foroporlamemoria.info/wp-content/uploads/2014/08/ONU-agosto-2014-InformeRelatorPablodeGreiff.pdf> (Consulta 2/11/2016)

3.- <http://comisionverdadfranquismo.com/>. Federación Estatal de Foros por la Memoria, «Comisión de la Verdad versus Justicia», 14 de octubre de 2012 <http://www.foroporlamemoria.info/2012/10/comision-de-la-verdad-versus-justicia/> (Consulta 2/3/2016).

franquismo.

Si bien existe entre las organizaciones del MSRM un consenso generalizado sobre el papel negativo de la Ley de Amnistía de 1977, se dan notables diferencias en cuanto a cómo ha de solventarse este problema: Algunas organizaciones interpretan la Ley de Amnistía como un éxito de la oposición antifranquista, y rechazan las críticas a la misma, por cuanto supone para ellos el cuestionamiento de parte de su biografía personal y de organizaciones políticas o sindicales en las que militan. Otras, en cambio, definen la Ley como pilar central de sistema de impunidad, y la cuestionan utilizando argumentos de entidades internacionales de derechos humanos, que la asimilan a las leyes de punto final de las dictaduras latinoamericanas de los años 70 y 80 del siglo XX.

En cuanto al tratamiento que habría que dar a dicha Ley, el MSRM se divide entre las propuestas de derogación (dejar de tener vigencia a partir del momento en que se deroga legalmente), y de anulación (deja sin efecto todas las sentencias y resoluciones judiciales que se han sustentado en la aplicación de esa Ley). La redacción final acordada fue: «Anulación de la Ley de Amnistía de 1977 en los apartados que permiten la impunidad de los crímenes franquistas».

Para varias de las organizaciones participantes en el Encuentro, la llamada Querrela Argentina que se presentó en 2010 en el Juzgado Nacional N° 1 de Buenos Aires, tendrá unas consecuencias decisivas y definitivas en el desmantelamiento del sistema de impunidad. Otras asociaciones, si bien no niegan el papel que la Justicia Internacional puede tener en la resolución del «caso español», creen que ésta tiene unos límites, y que en todo caso, las reivindicaciones que se recogen en el documento deben ir dirigidas al Estado español y a sus

instituciones políticas y judiciales^[4].

La redacción consensuada definitiva quedó así: «Que el Estado español, en tanto continúe haciendo una manifiesta dejación de su obligación de investigar y perseguir los crímenes del franquismo, en virtud del principio de jurisdicción universal, dé cumplimiento a las órdenes de detención y extradición de criminales franquistas y demás requerimientos y diligencias de cooperación cursadas por los tribunales extranjeros que decidan investigar estos delitos. Este es el caso de la Causa 4591/2010 abierta ante la Justicia Argentina, o cualquier otra que se inicie en el extranjero.»

Otro debate importante que se dio en el Encuentro es definir qué tipo de iniciativa institucional habría que promover para conseguir la plasmación política y legal de las propuestas del documento: la exigencia de una ley específica de víctimas del franquismo confrontó con otra propuesta, que consideraba que era más conveniente la reforma de la Ley llamada de Memoria Histórica de 2007. En aras del consenso no se optó por ninguna solución concreta, aunque el debate ha quedado abierto porque es absolutamente ineludible. En nuestra opinión sólo una Ley de Víctimas del franquismo vendría a solventar definitivamente el agravio comparativo que se ha venido produciendo con respecto a otros colectivos de víctimas que sí han tenido un reconocimiento legal, una consideración justa y cuya problemática ha sido atendida ampliamente por parte del Estado español^[5].

4.- <http://www.ceaquia.org/querella-argentina/> (Consulta 2 de marzo de 2016).

5.- Federación Estatal de Foros por la Memoria, «Propuesta para una Ley de reconocimiento y protección integral de las víctimas del franquismo», 1 de septiembre de 2015, <http://www.foroporlamemoria.info/wp-content/uploads/2015/09/Propuesta-LVF-FEFM-sept-2015-1.0.pdf> (Consulta 2/3/2016).

Retos de futuro

El Encuentro no debería convertirse en una mera coordinadora de asociaciones para llevar a cabo iniciativas comunes y respaldar las actividades particulares de cada una de ellas. El único futuro viable del Encuentro es que llegue a convertirse en un mecanismo unitario de acción política en torno al Documento. Si hubiera una nueva campaña electoral, para que de nuevo se presente a las fuerzas contendientes como propuesta programática con la exigencia de que sea asumido; si finalmente se conforma gobierno y la legislatura echa andar, para que sea una propuesta de acción política, un plan de acción que se discuta y se plasme en leyes y medidas concretas.

Para ello hace falta una modificación organizativa y de funcionamiento, constituyendo una dirección más dinámica y representativa que abarque a organizaciones no madrileñas, superando a la actual comisión promotora. Esto implicaría estabilizar el Encuentro con una estructura coordinadora mínima de ámbito estatal, legitimada en sucesivas reuniones y que garantice su continuidad.

Tenemos que asegurar que no se reabran debates (sí adaptarse a las nuevas realidades que vayan apareciendo para dar respuesta a nuevos problemas), y que no se cuestionen los consensos conseguidos con gran esfuerzo en Vicálvaro.

Otro elemento de importancia fundamental es ampliar el Encuentro y lo que representa a la parte del MSRM que, por diversas causas, no se sumó a la iniciativa del mes de octubre. Si se analiza la lista de asociaciones participantes en el encuentro y signatarias del documento, se observa que no hay representación específica de zonas geográficas tan amplias e importantes como Andalucía o Galicia, lo que supone un hándicap para las expectativas del futuro

de la iniciativa.

El principal reto político, que ya hemos enunciado antes, es cómo convertir las exigencias recogidas en el Documento, en leyes y medidas concretas. En debates y reuniones mantenidos con las fuerzas políticas antes de las pasadas elecciones generales para promover la inclusión en los programas electorales de las propuestas del Documento, se planteó la posibilidad o la necesidad de un Pacto de Estado para solucionar el «problema» de las víctimas del franquismo, dado que los diferentes documentos y del Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas sobre el caso español, han tenido una repercusión interna e internacional indudable, aunque hayan sido obviados por el Estado español.

Deducimos que el tema de las fosas comunes ha llegado a ser percibido por las fuerzas políticas como un problema de Estado, al que debería darse una solución definitiva en un plazo no demasiado largo, y que podría contar con un amplio consenso. Todo ello ha supuesto una indudable conquista del MSRM gracias a años de permanente denuncia y reivindicación, y consecuentemente, a las impactantes imágenes de las exhumaciones e historias personales que han sido conocidas por la opinión pública.

La actividad de parte de las organizaciones que formamos parte del MSRM, así como la distorsión intencionada por parte de los medios, han hecho calar en la opinión pública la idea de que nuestro único objetivo es la exhumación de restos cadavéricos para entregarlos a sus familias, sin importar cómo, por qué ni para qué. Este tipo de medidas han venido siendo avaladas hasta ahora por buena parte del MSRM, también participante de la dinámica de la exhumación por sí misma, justificada en el humanitarismo y en la urgencia de la edad de las víctimas y sus hijos.

Creemos que es probable que en la próxima legislatura, se pretenda dar al «problema» de las fosas comunes del franquismo una solución como la que se ha venido aportando hasta ahora, en línea con lo recogido por la Ley de Memoria de 2007, es decir, utilizando mecanismos ajenos a la justicia, mediante el sistema de privatización y servicios funerarios externalizados, con la diferencia de que ahora se le proporcionaría una suficiente dotación económica, frente a lo que ha hecho el gobierno del Partido Popular en los últimos cuatro años. En esa línea de continuismo con los gobiernos de Rodríguez Zapatero se mueve el acuerdo de gobierno firmado el 23 de febrero entre PSOE y Cs, consistente en revitalizar la Ley de Memoria de 2007 «incorporando la dotación presupuestaria que en su caso sea necesaria».

Esta es una salida inaceptable. Las fosas comunes del franquismo no son sólo un asunto familiar, sino pruebas materiales de crímenes de lesa humanidad (el tipo penal aplicable sería la desaparición forzada, por tanto, delito permanente e imprescriptible), y como tal deben ser tratadas, es decir, que todas y cada una de las exhumaciones deben ser judicializadas. Todo lo que no se haga en ese sentido es apuntalar la impunidad, favorecer el silencio y la injusticia, y a la postre, certificar el triunfo final del franquismo sobre sus víctimas y sobre la sociedad.

El tema de las sentencias franquistas, que siguen siendo firmes y legales, es otro elemento que difícilmente podrá incluirse en un Pacto de Estado con consecuencias satisfactorias. Con la reciente reforma de la Ley de Enjuiciamiento Criminal (Lecrim), algunos juristas interpretan que se abre una puerta para dar una solución a la vigencia de las sentencias represivas del franquismo. Según estos juristas se han establecido mecanismos para que el órgano



Manifestación Estatal por la Memoria Histórica, Madrid, 22/11/2015 (Foto:Fernanda Moral).

judicial competente, la Sala de lo Militar del Supremo, pueda revisar las sentencias de manera individualizada^[6].

A nuestro parecer esto sería un camino erróneo hacia la solución del problema, por cuanto implicaría el reconocimiento de la legalidad del conjunto de la legislación represiva franquista y sus sentencias, y además porque centenares de miles de ellas quedarían sin revisar, puesto que muchos de los represaliados carecen de familias o estas pueden no tener interés alguno en iniciar el procedimiento. El único camino justo, por tanto, es la anulación por el parlamento de todas las sentencias franquistas, tal y como se hizo, por ejemplo, con las sentencias nacionalsocialistas por la República Federal Alemana en 1998 y 2002^[7].

Como base para una verdadera política integral de Derechos Humanos y de Memoria democrática, el Estado español «sencillamente» tendría que cumplir con las obligaciones que ha ido adquiriendo en materia de derechos humanos, garantizando que se

6.- Ángel García Fontanet, «Una vía de rehabilitación», *El País*, 27 de noviembre de 2015.

7.- Equipo Nizkor, «Texto de la carta-informe enviada a cada uno de los diputados de todos los grupos parlamentarios acerca de la nulidad de las leyes y sentencias nacionalsocialistas en Alemania», Febrero de 2010. <http://www.derechos.org/nizkor/espana/doc/nulidad1.html> (Consulta: 2/3/2016).

incorpore la normativa internacional a la legislación española (lo cual es un mandato constitucional que no siempre se respeta), y debería actuar sin subterfugios, por ejemplo, ratificando ya, la «Convención sobre la imprescriptibilidad de los crímenes de guerra y de los crímenes de lesa humanidad», otra exigencia recogida en la Carta de las asociaciones.

Conclusión

Nos produce recelo un Pacto de Estado, porque éste podría ser utilizado por las fuerzas políticas para alcanzar un acuerdo inevitablemente a la baja, un subterfugio mediante el cual el Estado español pueda seguir incumpliendo sus obligaciones.

En la última asamblea de la Federación Estatal de Foros por la Memoria, los servicios jurídicos analizaron que el marco idóneo para promover el desarrollo de legislación sobre Víctimas del franquismo sería una ponencia en la Comisión de Justicia del Congreso de los Diputados. Esta ponencia debería ser promovida simultáneamente por varios grupos parlamentarios; con su correspondiente fase de redacción, comparencias, consultas y dictámenes...; y las conclusiones finales se trasladarían al pleno del Congreso como propuestas legislativas.

Ésta podría ser una estrategia asumible por las organizaciones en el marco del Encuentro, sirviéndonos del Documento colectivo como propuesta a las fuerzas políticas. Debemos ser conscientes de que,

en caso de prosperar la iniciativa y una vez puesta en marcha, perderíamos completamente su control y puede acabar siendo utilizada para alcanzar consecuencias no deseadas e incluso opuestas a las reivindicaciones del Documento, en la línea del presumible Pacto de Estado que rechazamos explícitamente.

En conclusión, no debería hacer falta un pacto de Estado para que un gobierno democrático respete el derecho internacional, ni para que cumpla la hoja de ruta que Naciones Unidas ha establecido para el tratamiento de los crímenes del franquismo. Tampoco para que una oposición democrática respalde una política de Estado en ese sentido. Para todo ello sólo hace falta voluntad democrática y compromiso con los derechos humanos, es decir, lo que no ha habido hasta ahora. De ahí la importancia de la propuesta colectiva recogida en el Documento consensuado en Vicálvaro. Pero si algo hemos aprendido en los años de historia del MSRM, es que nada se consigue sin trabajo, sin movilización y sin acciones reivindicativas de cara a la opinión pública.

Quizás la Carta de las más de 70 asociaciones no sea el mejor documento colectivo de la historia del movimiento memorialista, pero ningún otro con un carácter programático tan extenso ha contado con tal grado de apoyo. Y sin lugar a dudas, será en el futuro el documento de referencia a la hora de presentar las propuestas del conjunto del MSRM, en busca de soluciones políticas y legales al problema de las víctimas del franquismo.

La memoria histórica como arma arrojadiza. De cátedras y ayuntamientos

Santiago Vega Sombria

Profesor de Historia de Enseñanza Secundaria, Sección de Historia de la FIM

Parece mentira, pero todavía en 2016, no hemos superado la guerra civil ni la dictadura franquista en nuestro país. La resistencia que encuentran los «ayuntamientos del cambio» para aplicar la denominada Ley de Memoria Histórica de 2007, así lo ponen de relieve. Después de años de reivindicaciones por parte de las asociaciones memorialistas, se elaboró una ley que, si bien fue criticada por tenue e incompleta desde algunos sectores del movimiento memorialista, al menos exigía a las instituciones españolas unas condiciones mínimas de aplicación de políticas de memoria democrática equiparables a las practicadas por los países con los que nos acostumbramos a comparar nuestros gobernantes. Las discusiones durante la elaboración parlamentaria ya mostraron entonces la falta de madurez democrática del centro derecha español, quienes, con sus comportamientos, dan la sensación de sentirse orgullosos de ser herederos del franquismo. De otra manera no se entiende su empeño en no condenar la dictadura franquista. Su última visibilización ha sido en marzo de 2016, en el pleno de la Junta General del Principado de Asturias donde Foro Asturias se ha opuesto y el PP se ha abstenido. Qué diferencia con sus homólogos de centro derecha nacionalistas vascos o catalanes o del resto del continente europeo, claramente de tradición antifascista. El todavía partido del gobierno alega que la izquierda española es guerracivilista porque reivindica la memoria democrática de los que defendieron la legalidad constitucional represen-



Cartel de la concentración «Fuera golpistas y asesinos del callejero madrileño», 8 de abril de 2016.

tada por la II República frente al golpe de estado del 18 de julio, que el PP no condena con la contundencia que se merece. ¿Cómo se puede calificar su negativa a condenar el golpe de estado que provocó la guerra civil?

No es momento éste para profundizar en las responsabilidades de quienes, por acción u omisión, no han puesto en práctica las políticas de memoria democrática. La realidad es que a partir del nacimiento del movimiento memorialista, en los albores del siglo XXI, las instituciones públicas

se vieron obligadas a dar respaldo oficial a las iniciativas de familiares de represaliados encaminadas a diferentes frentes: principalmente, la recuperación de los restos óseos de los ejecutados, la rehabilitación de la memoria de los represaliados y la retirada de simbología franquista. Incluso las Universidades públicas se vieron empujadas a participar en esta demanda de la sociedad civil. Organizaron multitud de congresos, encuentros, seminarios, proyectos de investigación y en la Universidad Complutense de Madrid, con el impulso principal del Profesor Julio Aróstegui, se creó la única —hasta el momento— Cátedra de Memoria Histórica.

En ese marco de sensibilización social, el Congreso de los Diputados elaboró la denominada Ley de Memoria Histórica que entre otros cometidos, instaba a las instituciones locales a retirar los innumerables lugares de exaltación a los golpistas del 18 de julio y la dictadura que provocaron. A la altura de 2006 (inicio de la tramitación parlamentaria, 31 años después de la muerte del dictador) aún quedaban demasiados símbolos franquistas. Un fenómeno insólito en los países democráticos que han padecido regímenes autoritarios.

La sensibilidad de las instituciones variaba fundamentalmente, aunque no siempre, en función del color político de sus dirigentes: más sensibilizados cuanto más a la izquierda, acentuado con el componente nacionalista, en el caso de Esquerra Republicana, Bloque Nacionalista Galego y Amaiur, con especial cercanía hacia la memoria. Fue muy difícil encontrar colaboración de instituciones gobernadas por el Partido Popular. Esa primera fase de conquistas fruto de la movilización memorialista se truncó bruscamente con el cambio de gobierno en 2011. El PP del rodillo absoluto cortó por completo todas las medidas sociales, incluidas las de memoria demo-

crática.

Es digno de análisis observar cómo la extrema sensibilidad que ha mostrado siempre el Partido Popular con las víctimas de ETA, ni siquiera es la misma con las víctimas del terrorismo yihadista del 11M, por lo que algún malpensado podrá indicar que se utiliza políticamente cierto terrorismo. Las víctimas de la violencia de ETA no padecen en el paseo por las calles y plazas de sus ciudades el insulto de contemplar nombres vinculados a los terroristas que provocaron su sufrimiento. Parece lógico preservar del callejero a personajes e instituciones que hayan protagonizado, sustentado o permitido actos de violencia contra la ciudadanía. En la misma medida, puede parecer lógico que las centenares de miles de víctimas de la dictadura franquista, tras cuarenta años de democracia, no tengan que seguir padeciendo (después de las cuatro décadas de dictadura) la humillación de ver ensalzados en el callejero a los protagonistas de su sufrimiento. Esa sensibilidad falta absolutamente con las víctimas del terrorismo franquista, ¿no fue acaso una dictadura basada en el terror?

A estas alturas de 2016 ya está suficientemente estudiado de forma científica, con datos contrastados y perfectamente identificados con nombres y apellidos los cientos de miles de represaliados por el franquismo en sus distintas formas de violencia: asesinados, presos en sus variantes carcelarias (campos de concentración, prisiones habilitadas, colonias penitenciarias, batallones de trabajadores), expulsados de su puesto de trabajo y sancionados con multas o la expropiación de sus bienes. Esta violencia con la que el régimen franquista castigó a los defensores de la legalidad democrática fue más extensa e intensa, por ejemplo, que la dictadura de Mussolini. En Italia no hay ni una sola placa de homenaje o de enaltecimiento del dictador fascista, a pesar de que

son legales las organizaciones neofascistas. El Estado italiano ha impulsado políticas de memoria democrática, se conmemoran oficialmente las fechas importantes de la lucha contra el fascismo y después contra la ocupación alemana, cuando Mussolini ya había caído y Hitler acudió en su rescate. Por su parte, en Alemania es impensable que una calle, una plaza, un jardín esté dedicado a las SS, la Gestapo o cualquiera de los dirigentes nazis.

No se puede, en ningún caso, tildar de rencor, venganza o ánimo de revancha a las propuestas de eliminar definitivamente los vestigios franquistas. Aunque todavía haya a quien le cueste reconocerlo, porque tuviera la fortuna de no ser perseguido o incluso fuera beneficiado, el franquismo fue una dictadura, que surgió de la victoria en una guerra civil provocada por un golpe de estado contra la democracia representada por la II República. Hay que seguir insistiendo en esa realidad histórica. Ante ella, se pueden comprender opiniones de simpatía (defensa de la «necesidad» del golpe, los «rojos» ya habían dado su «golpe» con la revolución de Asturias de 1934,...), pero no pueden negar que esa sublevación militar, esa guerra y la dictadura fusiló a más de 140.000 personas, encarceló a un millón, expulsó de su puesto de trabajo a medio millón y otros tantos fueron sancionados económicamente con cuantiosas multas o la pérdida de sus bienes. No es por tanto, de recibo, que los causantes de este dolor reciban aún el reconocimiento de un estado democrático en el siglo XXI. No se puede llamar rencor a la exigencia de supresión de simbología franquista, no se trata de «*Volver al pasado para recuperarlo como arma arrojadiza contra los enemigos del presente*»^[1]. Es, sin duda, higiene democrática.

Tras el parón obligado por las autorida-

des del PP, la llegada de los ayuntamientos del cambio, fruto de las confluencias, han retomado la iniciativa, pues todavía queda mucho por hacer, como han reclamado instituciones internacionales como la ONU. El más contundente fue el informe del Relator Especial Pablo de Greif de 2014^[2]. Entre otras críticas, exponía que «El Valle de los Caídos difícilmente podrá pensarse como un lugar en favor de la paz y la reconciliación [...] mientras siga en el centro del monumento la tumba con flores del dictador». Denunciaba la falta de políticas globales de memoria democrática con vacíos más notables en cuanto a la verdad y la justicia. El Relator Especial anotaba que varios representantes del Gobierno en las reuniones que mantuvieron enmarcaron las discusiones en el siguiente esquema: «o todos concluimos que ya estamos totalmente reconciliados o la única alternativa es el resurgir de odios subyacentes, lo cual implicaría un riesgo demasiado alto».

Verdad, justicia y reparación son los tres principios que establecen las Naciones Unidas para que los estados democráticos resuelvan de manera saludable y de forma definitiva los conflictos civiles y las dictaduras, pues obligan a que los gobiernos protejan a las víctimas otorgándoles esos derechos. Es chocante constatar cómo los puso en práctica Franco como un auténtico adelantado a su tiempo. En primer lugar, estableció la Causa General, con todos los medios económicos y humanos del Estado, encargando a un fiscal en cada provincia que recabara toda la información de los hechos violentos producidos durante la guerra civil, pero ocurridos solo en zona republicana y cuya responsabilidad era netamente republicana. Esa Causa General fue

1.- *Acabar con el Rencor*, editorial de *El País*.

2.- www.ohchr.org/EN/HRBodies/HRC/.../A.HRC.27.56.Add.1_S.doc, (Consulta: 14/4/2016) Informe del Relator Especial sobre la promoción de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición, Pablo de Greiff.

LA VANGUARDIA | Vida

Al Minuto Internacional Política Opinión Vida Deportes Economía Local Gente Cultura Sucesos Temas

Vida Natural Big Vang Tecnología Salud VangData Qué estudiar Bienestar Ecología Catalunya Religión Más ▾

DIRECTO Playoff Liga Adelante: El Girona intenta remontar el 2-1 encajado en Córdoba

Ian Gibson y Paul Preston firman un manifiesto de apoyo a la asesora para retirar símbolos franquistas en Madrid

Historiadores como Paul Preston o Ian Gibson han firmado un manifiesto de apoyo a Mirta Núñez Díaz-Balart, profesora titular de Historia de la Comunicación Social en la Universidad Complutense y asesora del Ayuntamiento de Madrid para retirar símbolos franquistas, al ser "objeto de un ataque ideológico".

Titular de la edición digital del diario *La Vanguardia*.

una base fundamental (aunque no la única) para la represión franquista en lo que había sido zona gubernamental, pues sustanció decenas de miles de sumarios militares que condenaron a muerte o prisión a otras tantas decenas de miles de ciudadanos que habían defendido la legalidad democrática, provocó la depuración de decenas de miles de empleados públicos de ayuntamientos, diputaciones y administración central (desde barrenderos de la localidad más pequeña y recóndita hasta catedráticos de universidad de Madrid o Barcelona) y respaldó la aplicación de la Ley de Responsabilidades Políticas por la que los leales perdían sus bienes o eran sancionados con cuantiosas multas por haber apoyado la democracia tricolor. Estos principios deberían haberse puesto en práctica en nuestro país cuando llegó la democracia, pero la Transición vendió el «pacto de silencio» y la Amnistía de 1977 como la base fundamental de nuestra convivencia pacífica, borró el pasado democrático que había protagonizado España entre 1931 y 1936, hasta la palabra República sigue maldita en demasiados ámbitos.

Al mismo tiempo eximió las responsabilidades penales de antifranquistas presos —a los que liberó de la cárcel— y de los represores franquistas que nunca llegó a procesar, equiparando con la Ley de Amnistía a los luchadores por la libertad con los defensores de la dictadura. Últimamente está creciendo la presión a favor de la anulación de esa Ley de Amnistía que, por ejemplo, impide el procesamiento de dirigentes políticos y policías reclamados por la Justicia argentina, único país donde, de momento se investigan los crímenes del franquismo.

Los ayuntamientos sensibilizados con la memoria democrática, trabajan con gran entusiasmo para superar su inexperiencia institucional, pero se han topado con la crítica despiadada de los desalojados del poder local y toda la prensa que los apoya. Si bien, eran de esperar las críticas, ha sorprendido la extraordinaria virulencia con la que se ha cargado contra el Ayuntamiento de Madrid y la Cátedra de Memoria Histórica a cuenta del cambio de los últimos vestigios del callejero franquista en la capital. Desde luego, parece lo más indicado

que la única Cátedra de Memoria Histórica en todo el Estado sea la encargada de elaborar un informe científico sobre el asunto. A partir de ahí, la oposición y los medios afines han sacado las garras más afiladas para enturbiar el ambiente de colaboración entre Ayuntamiento y Cátedra hasta conseguir su ruptura.

No han escatimado ningún mecanismo de crítica, alcanzando la ruindad de la crítica personal absolutamente fuera de lugar, asentada en mentiras e insidias. Los titulares eran gruesos del tipo: «La hija de la primera mujer de Fidel Castro asesora a Carmena para borrar el callejero franquista»^[3]. ¿Dónde está la relación entre Mirta Núñez con Fidel Castro?. Era la puesta en práctica del «ensucia que algo queda» tan habitual en ciertos ambientes (cuánto daño hicieron a los docentes las palabras de Esperanza Aguirre sobre que los profesores de Madrid sólo trabajaban 18 horas a la semana). Se ha echado en falta una defensa más cerrada de la Cátedra y de su directora por parte de la Universidad Complutense y del propio Ayuntamiento de Madrid ante las críticas despiadadas de los medios conservadores, a los que se ha unido el otrora medio de la progresía española (*El País*). El diario atribuyó a la Cátedra un informe municipal escondido en un cajón en el que había algunos errores de bulto que magnificaron la polémica, como que se cambiarían calles dedicadas a artistas o intelectuales como Salvador Dalí, Manuel Machado o Miguel Mihura.

El trabajo científico de la Cátedra, que no había confeccionado ningún listado (ni recibido dinero alguno del convenio que había firmado), se vio perjudicado por la actuación desafortunada y unilateral del Ayuntamiento retirando y volviendo a colocar —en el cementerio de Carabanchel— la placa en memoria de ocho carmelitas

asesinados en el verano de 1936. Ante esa realidad, la Cátedra renunció al convenio con el consistorio y días después dimitió su directora Mirta Núñez. Han transcurrido unos meses y aún no ha sido sustituida en el cargo, lo que parece indicar que el mantenimiento de esta iniciativa —única en España— no suscita excesivo interés en la Universidad Complutense.

Por su parte, el Ayuntamiento de Madrid nombró a Francisca Sauquillo, veterana socialista y excompañera de estudios de Derecho de Manuela Carmena, para dirigir un Comisionado para la aplicación de la Ley de Memoria Histórica. Sus seis miembros han sido elegidos por PSOE, PP y Ciudadanos^[4]. Sorprende que el partido gobernante Ahora Madrid no haya participado en la designación y, aún más, que no estén representantes de víctimas o de asociaciones memorialistas, a pesar de que, según Sauquillo «*son parte, por reclamar... la verdad, la justicia*»^[5]. La no presencia de las víctimas supone, para el profesor Escudero Alday, «*ignorar la normativa y recomendaciones internacionales sobre programas de reparación de víctimas de graves violaciones de derechos humanos: en ella se exige la presencia institucional de las víctimas en todos aquellos foros o espacios de reparación que se creen. Y esta Comisión es —o debería ser— uno de ellos*»^[6]. Escudero denuncia también la falta de juristas especialistas en cuestiones de memoria histórica, tanto en Derecho interno como internacional.

En definitiva, la decisión sobre la desaparición de los vestigios franquistas ya no va a ser científica, sino política, y además encargada al partido que elaboró la controvertida ley de Memoria Histórica. Un PSOE que ha demostrado fehacientemente que rei-

3.- ABC, 23/12/2015.

4.- *El Norte de Castilla*, 9/02/2016.

5.- *El Español*, 5/05/2016.

6.- *La marea.com*, 7/05/2016.

vindica y actúa de forma más comprometida cuando está en la oposición que cuando ejerce labores de gobierno, sea central, autonómico o municipal. Sirva como ejemplo la actuación del alcalde de la localidad segoviana de Cantalejo, una de las muchas localidades que han mantenido el callejero franquista hasta 2016. Recientemente, con la orden del cambio de denominación, el edil manifestó ante la prensa «no quisimos entrar en discusión ni pretendemos ofender la memoria de nadie, y tampoco discutir los fundamentos de la norma, pero está claro que no hay que enaltecer el franquismo, como tampoco la segunda república o el terrorismo»^[7]. Estas desafortunadas declaraciones han servido para comprobar que, a cuarenta años de la muerte del dictador, aún queda vigente en amplios sectores

de la ciudadanía la criminalización de la II República establecida por quienes acabaron con ella en 1936. De esa percepción distorsionada de nuestra historia es responsable la clase dirigente de la modélica transición que permitió la permanencia de esa visión durante la democracia. Es mucha la pedagogía que todavía debemos desarrollar para que la ciudadanía distinga entre golpe de estado y guerra civil y entre democracia y dictadura. En esa tarea están llamados a colaborar las administraciones públicas, universidades, historiadores, docentes, periodistas, políticos y el movimiento memorialista. Una democracia solo puede ser verdadera cuando sus referentes históricos son periodos democráticos y son condenados pública y oficialmente los momentos que no lo fueron.

7.- El escritor Andrés Trapiello, los historiadores José Álvarez Junco y Octavio Ruiz-Manjón, la urbanista Teresa Arenillas, la catedrática de Ética y feminista Amelia Valcárcel y el sacerdote Santos Urías.

Una vida en busca de la justicia. Manuel De Cos Borbolla, eterno comunista*

Casiano Hernández,
Concejal del PCE en Becerri (Madrid)

En 1920 en el mes de abril nacía en Rábago, Ayuntamiento de Herrerías en San Vicente de la Barquera, Cantabria, Manuel de Cos Borbolla. Uno de los ocho hijos de María Borbolla y Donato De Cos, Teniente de Alcalde de Puente Nansa, miembro de la Federación Socialista Montañesa, la UGT y presidente del Frente Popular local, asesinado en el campo de exterminio de Mauthausen, probablemente en las escaleras de la cantera de granito del campo central. Unas escaleras de ciento ochenta y seis huellas y contrahuellas de unos cinco metros de ancho, hechas por los propios deportados republicanos —como el resto del campo— que, a fuer de agotar las ochocientas calorías diarias disponibles, terminaban las jornadas de sol a sol ascendiendo en columnas los pesados sillares esculpidos a las rocas durante el día y que finalmente terminarían en los pie de obra de las faraónicas construcciones del Berlín nazi-fascista de los primeros cuarenta del pasado siglo^[1].

Cuan atrás quedaría al vencido soberano español todo esto si el hilo rojo familiar,



Manuel De Cos (Foto de José Camo: www.josecamo.com).

representado en una orfandad que venía llamada desde sus entrañas a algo más que un cierre de duelo, no se hubiera empeñado en pasar el testigo trascendiendo el ámbito familiar. Manuel de Cos es uno de estos huérfanos en eterna labor autoimpuesta de enlace, aún hoy a sus noventa y cinco años, no ya entre guerrilleros alzados en armas sino entre generaciones de naturales con una historia común cercenada y enterrada como sus gloriosas víctimas.

Si a día de hoy políticos, jueces, historiadores y maestros, periodistas y activistas sabemos algo de nuestro pasado y hemos podido reconstruir una memoria colectiva más amplia, lo debemos a estos imprescindibles y particulares sujetos históricos. A ellos agradecer la Causa Argentina, la recopilación de ciento cuarenta y cuatro mil víctimas extraoficiales publicitada por el juez Garzón y tantas, tantísimas recopilaciones y estudios aunque fuera tardíamente, de importancia trascendental para nuestra salud mental colectiva y la revigo-

*Manuel De Cos es fotógrafo honorífico de *Mundo Obrero*.

1.- «La extracción de granito era uno de los motivos por los que se creó un campo de concentración en Mauthausen. Debido al boom de la construcción a finales de los años 30, había escasez de materiales para la construcción. Aquí las SS vieron la posibilidad de ampliar sus actividades económicas con el sistema de campos de concentración. Por este motivo, la empresa de las SS DEST (Deutsche Erd-Und Steinwerke GmbH) compró en 1938 la cantera de 'Wiener Graben' en Mauthausen. Los presos del campo de concentración debían explotarse como mano de obra». AAVV, *Catálogo de la exposición internacional, «Fotografías del campo de concentración de Mauthausen, imágenes y memoria»*, Viena, Amical de Mauthausen, 2005, p. 62.

rización de la lucha de clases se diga del precariado o como se quiera convenir hoy en llamar frente a un Estado cooptado por los vencedores que dificulta el acceso a la libre investigación de la verdad objetiva y mantiene en una infame ignorancia, a generación tras generación de trabajadores, en aras del mantenimiento de la ideología más beneficiosa a sus intereses de clase explotadora.

Fruto de esta constante pugna son las trabas militares para desclasificar los archivos y así por ejemplo hasta dentro de nueve años, pasados ochenta del fin de la Segunda Guerra Mundial, los investigadores no podrán acceder a los archivos de la República de Francia para conocer el número exacto de víctimas republicanas españolas del campo de Mauthausen, establecidas en siete mil en su momento^[2].

En lo interno, las trabas tienen que ver además con el saqueo y la redistribución patrimonial desde los vencedores a los vencidos, incluida descendencia y ahí nos topamos hasta con Roma. La rebeldía de nuestros *vencidos* tiene pues tres tiempos centrándonos en el caso de Manuel De Cos, pero generalizables, en preguerra, guerra y resistencia.

El primero viene dado por una infancia marcada por las charlas que le da su padre a lo que habría que añadir el paso, si bien breve, por el sistema de escuelas organizado por la Segunda República y su convivencia durante cuarenta días con un revolucionario asturiano escondido en un pajar familiar en huída tras la represión del treinta y cuatro^[3]. Su adolescencia en el convulso Cádiz del treinta y cinco donde trabaja de ayudante-esclavo en régimen de

internamiento, será su primera experiencia de crecimiento humano; de rebeldía ante la injusticia, de la que escapa de la mano de sindicalistas organizados en torno a la Casa del Pueblo, ascendido a la categoría de *pionero* y consiguiendo su primer trabajo digno acogido por una familia de albañiles.

La escuela de la vida se generaliza en el segundo paso, con un De Cos adolescente atravesando la península de sur a norte en el último tren que ya en mil novecientos treinta y seis hace esa travesía de tres días. La guerra ha comenzado y en año y medio poco más o menos termina de guía del Batallón vasco-comunista número 119 en su retirada de la caída de Bilbao, refugiándose en Cangas de Onís, en casa de una tía, tras atravesar de este a oeste los Picos de Europa. Allí queda hasta que es llamado a filas, donde una —tan habitual por la época— denuncia falangista, lo envía a la cárcel de Escolapios junto a otros veinte mil presos, de donde no saldrá hasta mil novecientos treinta y nueve tras ser absuelto in extremis de una condena a muerte por falsos cargos a la edad de diecinueve años^[4]. Pocos meses dura la *dádiva* del Tribunal Militar pues, apresado nuevamente por falangistas, retorna a Cádiz vía del campo de concentración de Miranda de Ebro y del también campo improvisado en el colegio Miguel de Unamuno de Madrid para terminar en el Castillo de Santa Catalina, donde ya totalmente conformado el Batallón 91 de presos políticos penados, zarpa hacia Tenerife^[5].

2.- Entrevista a Mariano Constante, Montpellier, 2004. Archivo personal del autor.

3.- Entre otros, véase el documental: Guillermo Carnero y Casiano Hernández, *Retrato*, (2014.) En línea: <https://vimeo.com/guillermocarnerorosell/retrato>.

4.- Tras la traición de Santoña el 28 de agosto de 1937, Larrañaga y Errandonea prosiguen campaña hasta Asturias participando heroicamente en la defensa del Mazuco con la 6ª Brigada compuesta de cuatro batallones. Entendemos que Manuel De Cos sirvió de guía de alguna de las unidades de estos batallones compuestos principalmente por comunistas vascos y que tendría esa numeración.

5.- Luana Studer, Aarón León, Guacimara Ramos y Victorio Heredero: «Esclavos de Franco en Tenerife. El Batallón disciplinario de soldados trabajadores penados 91», en

Por negligencia o acción clandestina se le licencia en algo más de un año de trabajo de pico y pala haciendo carreteras de alta montaña y durmiendo al raso, por lo que tiene la suerte de escapar a la segunda etapa de la historia de este batallón, que terminó trabajando en las obras del Valle de los Caídos.

Es por esta época, en que fallece su padre sin él tener noticia alguna, cuando le incorporan al eterno servicio militar de la época y donde al final de un periplo de anti-soldado, después de haber estado lo mismo de ordenanza de Estado Mayor en Santander, que de «carcelero» de sus propios camaradas ideológicos termina este *bachillerato* empuñando una ametralladora frente a los guerrilleros de Tovar, en el Valle de Arán, dispuesto en todo momento a «cambiar la dirección de tiro hacia sus propias filas», aunque no llegó a entrar en combate.

El tercer paso comienza con la clandestinidad militante comunista. Compatibiliza aquí su trabajo de comercial, tras un breve tiempo en que trabaja como pocero en Madrid, con la realización de sabotajes; destacando el derribo de las torres de alta tensión que dejan Santander sin luz, los trabajos propios de enlace con la guerrilla cántabro-leonesa y la labor en el aparato de mugas para pasar a más de una treintena de guerrilleros a Francia, su propio hermano Jesús De Cos (*comandante Pablo, de la partida* de Juanín) entre ellos, en los últimos cuarenta y primeros cincuenta.

Terminados los rescoldos de la resistencia armada y gracias en parte a la indemnización de guerra alemana por el asesinato

de Donato en Mauthausen monta en Madrid un taller de bisutería «La novia del mar» que rápidamente se convierte en cooperativa autogestionada por los asalariados de un antiempresario, que no obstante estar organizado en su correspondiente sector comunista clandestino, se convierte en interlocutor oficial de este incipiente sector productivo localizado principalmente en el centro de Madrid.

Ya en los sesenta monta el primer herbolario de Madrid, siempre relacionado con círculos de naturalistas —precursores del actual ecologismo— y organiza la primera ayuda de solidaridad con Cuba, al tiempo que desempeña cortos trabajos en Picos de Europa que aprovecha para descubrir importantes cuevas de índole rupestre y geológica, hoy patrimonios nacionales y comienza su labor ecologista de denuncia de las talas de bosques centenarios de su Cantabria natal.

A partir de esta década no suelta las cámaras fotográficas, obsesión que se amplía al video y que no es sólo su faceta más reconocida, sino el testimonio gráfico de su singular y universalizado camino por la historia popular española de todos estos años.

Unida pues su vida a los movimientos de protesta y rebeldía vía de la militancia y la acción directa personal con la fotografía como medio de fijar la memoria colectiva, es sin duda su aportación más importante la dedicación constante al mantenimiento del Club de Amigos de la Unesco de Madrid (Caum), verdadero sostén de la lucha política y social popular en Madrid entre 1961 y 1975^[6].

Aarón León (coord.), *La represión franquista en Canarias: contribuciones para su estudio*, Santa Cruz de Tenerife, Le Canarien Ediciones, 2015, pp. 293-322.

6.— Recomendamos la lectura del libro sobre la historia del Caum: Antonio Gómez, *Tantas vidas, tantas luchas*, Madrid, Caum, 2012, editado con motivo de su 50 aniversario y del que Manolo De Cos es miembro fundador.

AUTORES

Autores de las secciones Dossier y Autor invitado:

Rolando Álvarez Vallejos. Doctor en historia contemporánea y académico de la Universidad de Santiago de Chile. Especialista en la historia política de Chile y en sus actores sociales, centrándose en la Historia del Partido Comunista chileno. Es miembro del Instituto de Estudios Avanzados de esa universidad y autor de numerosos capítulos de libros y artículos en revistas especializadas. Entre sus libros se encuentran, *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. (2003) y *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura, 1965-1990* (2011) y *Gremios empresariales, política y neoliberalismo*, (2015). Actualmente coordina un proyecto de investigación sobre el PC desde 1990.

Fernando Hernández Sánchez. Profesor de Didáctica de las Ciencias Sociales de la Facultad de Educación de la Universidad Autónoma de Madrid. Doctor en Historia Contemporánea y miembro de la Asociación de Historiadores del Presente. Es autor de *Comunistas sin partido: Jesús Hernández, ministro en la Guerra Civil, disidente en el exilio* (2007); *Guerra o revolución: el PCE en la guerra civil* (2010); *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo* (2015); y *El bulldozer negro del general Franco* (2016). Ha colaborado en obras colectivas como *En el combate por la Historia* (2012) y *Los mitos del 18 de Julio* (2013). Además, es autor de numerosos artículos de investigación sobre Historia contemporánea y del tiempo presente, así como sobre didáctica de las Ciencias Sociales.

José Ignacio Ponce López. Profesor de Historia y Ciencias Sociales, es magister en historia y doctorando en la Universidad de Santiago de Chile e integrante del Taller de Historia Política. Su línea de investigación se orienta hacia la historia y la historiografía política de Chile y América Latina desde una perspectiva de izquierdas y el movimiento sindical. Ha publicado trabajos sobre el PC chileno en la transición a la democracia y la política actual en América Latina en revistas como *Polis* y *Revista Divergencias*.

Francisco Sánchez Pérez. (Madrid, 1963). Profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid. Entre las obras recientes de las que es autor o en las que ha colaborado se pueden reseñar *La Segunda República española* (Barcelona, 2015), *La España del siglo XX. Síntesis y materiales para su estudio* (como coautor y coordinador, Madrid, 2015), *Los mitos del 18 de julio* (como coautor y coordinador, Barcelona, 2013), *Le printemps 1936 en Espagne/La primavera de 1936 en España* (Aix-en-Provence, 2013) y *La España del Frente Popular/L'Espagne du Front Populaire* (Madrid, 2011).

Sandra Souto Kustrín es doctora en Historia por la Universidad Complutense de Madrid y científica titular en el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Es autora de las monografías *Y ¿Madrid? ¿Qué hace*

Madrid?, Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936), Siglo XXI, 2004; y *Paso a la juventud. Movilización democrática, estalinismo y revolución en la República Española*, Publicacions Universitat de València (PUV), 2013. Cuenta, además, con numerosas contribuciones en revistas y editoriales de prestigio nacionales e internacionales, como *Ayer*, *Memoria e Ricerca*, *European History Quarterly*, Comares, Fondo de Cultura Económica o Palgrave.

Julián Vadillo Muñoz. (Madrid, 1981), doctor en Historia por la Universidad Complutense de Madrid, trabaja como docente universitario y en la enseñanza secundaria. Especializado en historia del movimiento obrero es autor de numerosas obras sobre el tema como *Aproximación a Mujeres Libres*, *La explosión del polvorín en Alcalá de Henares (1947)*, *Mauro Bajatierra. Anarquista y periodista de acción*, *El hilo rojinegro de la prensa confederal*. *Ochenta aniversario del periódico CNT*, *Abriendo brecha. Los inicios de la lucha de las mujeres por su emancipación. El ejemplo de Soledad Gustavo* e *Historia del movimiento obrero en Alcalá de Henares (1868-1939)*. En la actualidad trabaja sobre diversas figuras del movimiento obrero, así como el desarrollo del anarquismo madrileño y colabora con el movimiento memorialista.

Serge Wolikow. Doctor en Historia y profesor en la Universidad de Borgoña, se ha centrado en la historia política e historia del movimiento obrero, prestando una especial atención a las organizaciones políticas socialistas y comunistas y a las organizaciones sindicales y su militancia. Entre sus numerosas obras destacan, *Le Front populaire en France* (1999), *Les Combats de la mémoire : La FNDIRP de 1945 à nos jours* (2006) o *L'Internationale communiste (1919-1943)*. *Le Komintern ou le rêve déchu du parti mondial de la Révolution* (2010). Ha dirigido importantes obras, como *Le Siècle des communismes* (2000), *Les Syndicalismes en Europe* (2002) o *Cultures communistes au XXe siècle* (2003). Director de la Maison des Sciences de l'homme (MSH) de Dijon, presidió la red nacional de MSH. En 2011 fue condecorado con la Legión de Honor.

fundación de
investigaciones
marxistas



www.fim.org.es